Elizabeth Von Arnim

El señor Skeffington



El repaso de la vida amorosa de una bellísima mujer es a la vez su reencuentro con sus propias debilidades.

La bellísima Fanny Skeffington lleva años sin acordarse de su exmarido. Pero, a punto de cumplir los 50 y, recuperándose de una grave enfermedad, comienza a evocarlo con involuntaria existencia. La imagen vaga de su antiguo esposo se alterna con la de muchos de sus amantes, con quienes vuelve a encontrarse. Estos caballeros son la viva imagen del tiempo que pasa y a nadie perdona, ni siquiera a Fanny. Es a través de su decadencia que Fanny asume por fin sus propias arrugas y comprende que tendrá que empezar a negociar con el mundo sin poder ya utilizar su belleza como moneda de cambio. Luego, de repente, un fantasma vuelve del pasado: es *Mr*. Skeffington, más pobre, más viejo y… completamente ciego. Renace así una relación peculiar donde se revela el aspecto más generoso y humano de Fanny.

Elizabeth von Arnim

El señor Skeffington



Título original: *Mr Skeffington*
Elizabeth von Arnim, 1940
Traducción: Silvia Pons Pradilla, 2009

-

Revisión: 1.0
08/03/2024

I

Fanny, que se había casado con un tal señor Skeffington y de quien hacía ya tiempo se había divorciado por razones que a ella le parecían de peso, después de largos años sin haberle dedicado un solo pensamiento comenzó, para su sorpresa, a pensar en él con mucha frecuencia. Si cerraba los ojos lo veía detrás de la fuente de pescado del desayuno y no pasó mucho tiempo antes de que, aun sin cerrarlos, lo viera detrás de casi cualquier cosa.

Lo que más le inquietaba era que no hubiese pescado. Solo durante el no demasiado largo reinado del señor Skeffington como marido habían desayunado pescado, pues él era un hombre de tradiciones arraigadas y le gustaba ver en la mesa lo mismo que había visto en ella de pequeño. Con él desapareció la fuente de pescado, que se mantenía caliente con electricidad y era de plata maciza. Y no porque él se la hubiera llevado —estaba demasiado abatido para pensar en una fuente—, sino porque el desayuno de Fanny, desde el día de su partida hasta el momento presente, había consistido en medio pomelo.

Como es natural, le inquietaba sobremanera ver al señor Skeffington y la fuente con tal nitidez, sabedora de que ni uno ni la otra estaban allí en realidad. Estuvo a punto de ir al médico, pero como nunca se había sentido demasiado inclinada a visitarlos, pensó que tal vez sería mejor esperar. Pues, al fin y al cabo, razonaba Fanny, que se consideraba una mujer muy sensata, pronto cumpliría cincuenta años y al alcanzar ese punto tan notorio y solemne de la vida, ¿qué podía haber más natural que echar la vista atrás y hurgar en el pasado, y qué más inevitable, después de haber hurgado, que toparse de bruces con el señor Skeffington? Él había tenido, durante un tiempo, un papel destacado en su vida. Fanny reconocía que había sido la piedra angular de su carrera. Gracias a la asignación económica que le había concedido, la asignación de un hombre sumamente rico y afectuoso, ella

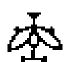
vivía con holgura, y gracias a sus infidelidades —aunque, ¿se puede estar agradecida a una infidelidad?; en fin, no importa— era una mujer libre.

Había adorado sentirse libre. Había gozado de veintidós años de maravillosa libertad y había disfrutado cada instante de su vida, salvo los instantes finales de una aventura amorosa, cuando de repente parecía inevitable que todo se tornara angustioso, y salvo algunos instantes de los últimos tiempos, ya que estaba recuperándose de una terrible enfermedad, y no pudiendo hacer nada más que pensar, comenzó a pensar en el señor Skeffington. Tal vez fuera la temida cercanía de aquel fastidioso cumpleaños lo que la llevó a tomar aquella peligrosa dirección. Quizá se debiera a que estaba tan espantosamente débil después de la difteria. O a que su maravilloso pelo se le había caído a mechones. Sea como fuere, se adentró por aquellos derroteros y aquel que algún día había sido su esposo pareció responder a la llamada con una presteza que la sorprendió, convirtiéndose con el tiempo en una presencia perturbadoramente vívida y real.

Aquello había sucedido durante los últimos meses, pero ella estaba segura de que muy pronto, cuando volviera a sentirse fuerte, todo pasaría. Hasta la enfermedad, ¡qué perfecta había sido su vida! Una vida realmente radiante, repleta de todo tipo de cosas divertidas y excitantes, como los amantes en ciernes —hubo una época en la que el mundo entero parecía deseoso de convertirse en el amante de Fanny—, y todo porque el señor Skeffington nunca fue capaz de resistirse a sus jóvenes mecanógrafas.

¡Cuán furiosa la habían puesto aquellas mecanógrafas hasta que cayó en la cuenta de que en realidad eran puertas abiertas hacia la libertad! Cuando por fin las vio como lo que realmente eran, al tiempo que se descorrían los pestillos y las puertas se abrían de par en par, Fanny dejó de sentirse furiosa y —si bien no le parecía lo más apropiado— lo cierto es que comenzó a alegrarse. No, no debería haberse alegrado, pero ¡qué difícil resultaba no disfrutar de la ausencia del señor Skeffington! Jamás había sido feliz durante su matrimonio. Lo lamentaba profundamente, pero esa era la verdad. Entre otras cosas, él era judío y ella no. Y eso no habría importado, pues Fanny no tenía prejuicios, si él no hubiera tenido un aspecto tan rematadamente judío. No era en absoluto necesario que lo tuviera. Conocía a muchas mujeres que se habían casado con judíos y ninguno de ellos tenía una apariencia tan judía como Job (el señor Skeffington se llamaba Job, un nombre que, todos coincidían, solo podía calificarse de desafortunado). Sin embargo, él no tenía ninguna culpa y a decir verdad siempre había sido un

hombre muy amable. Por su parte, Fanny, en el pasado una joven formal que creía en el cumplimiento de las promesas y en dar tanto como recibía, también había sido en extremo amable. Sin embargo, no había puesto en ello su corazón. Opinaba que un matrimonio con alguien de otra raza era una fuente de pequeños conflictos e incluso había tenido que cambiar de religión, lo cual la fastidiaba, pese a no profesar ninguna en concreto. De modo que cuando su marido le ofreció repetidamente la oportunidad de librarse de él con toda dignidad, si bien al principio se mostró escandalizada, terminó por sentirse satisfecha.



Fanny sabía muy bien que su reacción a las infidelidades del señor Skeffington no era la apropiada, pero no podía hacer nada por evitarla. Era del todo consciente de que su enfado debería haber ido en aumento, al igual que su amargura, pero los hechos sucedieron como sigue: dispuesta a olvidarse de la primera mecanógrafa, allá él con su penitencia y su vergüenza, el episodio con la segunda, aunque humillante, no le causó tanta aflicción. Cuando llegó la tercera, se mantuvo casi serena. La cuarta simplemente hizo que se preguntara cómo era posible que hubiera tantas jóvenes a quienes su marido gustara lo suficiente para mantener ese tipo de relaciones con él, pero supuso que lo harían por el dinero. Fue a visitar a la quinta y, una vez delante de aquella criatura inquieta y acobardada, le preguntó con gran interés qué veía en él. Después de la sexta salió y se compró varios sombreros y tras la séptima se marchó.

Se marchó y no regresó jamás. Se marchó y no volvió a verlo hasta que se encontraron cara a cara en el tribunal de familia. Desde entonces no había posado la mirada en el señor Skeffington, exceptuando la ocasión, poco después de haber logrado la libertad, en que su coche —el de él, en realidad, si contemplamos el asunto con objetividad— se detuvo en Pall Mall en el mismo instante en que Job pasaba por allí de camino a su club. Ahí estaba ella, una mujercita adorable, su delicada palidez enmarcada por la carrocería negra del coche, sin duda alguien a quien cualquiera desearía amar, el enorme sombrero de principios del verano de 1914 sostenido sobre una melena cuyo suave espesor él había acariciado con tanta devoción en tiempos más felices, y ahora aquel hombre le interesaba tan poco que apenas se molestó en volver la cabeza. ¿No era duro? ¿No era terriblemente duro?, se preguntaba el señor Skeffington, su cuerpo convertido en una

apasionada protesta. ¿Acaso no la había adorado, no había vivido para ella, pensado solo en ella, aun cuando se las arreglara para pensar al mismo tiempo en la hermosa jovencita que trabajaba en la oficina? Porque, ¿qué significaban, a la larga, las bellas jóvenes de la oficina para un hombre? Nada. Nada en absoluto. Menos que nada, comparado con lo que significaba una mujer amada y espléndida, una esposa que, según había imaginado él, estaría siempre a su lado.

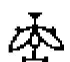
Pero Fanny, mirando de reojo entre las pestañas, lo vio; vio que vacilaba y que había estado a punto de pararse, vio que se sonrojaba y pensó: «Pobre Job, creo que aún sigue enamorado de mí», y mientras el coche subía por St. James's Street en dirección a su hermosa casa —la hermosa casa de él, en realidad, si contemplamos el asunto con objetividad—, se entretuvo reflexionando sobre la evidente capacidad de los hombres para estar enamorados de varias mujeres a la vez. Porque Fanny estaba segura de que había varias mujeres en la vida de Job en el preciso instante en que vacilaba sobre la acera y enrojecía de amor por ella. Ahora Fanny sabía por experiencia que él no podía pasar sin esas mujeres: una en casa, una en su oficina y otra Dios sabía dónde; tal vez en Brighton, como solía decir, adonde tanto le gustaba ir para respirar el aire del mar.

Pese a todo, estuvo a punto de detenerse al verla y la había mirado con aquella impenetrable mirada perruna suya, como si fuera el único amor de su vida. Y Fanny, que era partidaria de tratar cada cosa a su debido tiempo, pasó a considerar la paciencia que había tenido con él, la paciencia angelical con los deslices de él. Siete deslices antes de que ella se animara a hacer algo. Sin duda podría haberse divorciado tras el segundo desliz —una decisión totalmente justificada incluso a ojos de su madre, una ferviente defensora de que las mujeres permanecieran al lado de sus maridos— y haber comenzado su maravillosa etapa de independencia a los veintitrés años en lugar de a los veintiocho. En ese caso habría gozado de cinco años más de libertad, con el mundo entero dedicado a compensarla por el trato vergonzoso que había recibido de su marido y por lo mucho que todos imaginaban que debía de haber sufrido. Su paciencia le había costado cinco años. Cinco años de felicidad.

Y se preguntó, mientras entraba en su biblioteca repleta de flores —la cantidad de flores que le llegaban a diario en aquella época era algo extraordinario— y recibía a lord Conderley de Upswich, un apasionado admirador de avanzada edad (a ella le parecía viejo, pero en realidad aún no había cumplido los cincuenta), que la esperaba para invitarla a almorzar, se

preguntó qué otra mujer habría sido tan angelical y tolerante como ella. ¿O tal vez lo suyo no había sido tolerancia sino la más absoluta indiferencia?

Sí, pensó Fanny, que era una mujer honesta a quien le gustaba enfrentarse a la verdad, la suya no había sido una conducta angelical; en realidad, después del tercer desliz, había dejado de darle importancia.

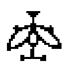


Pero de eso hacía ya mucho tiempo. No lo parecía, pero habían transcurrido años. Entonces tenía veintiocho. Y pronto cumpliría los cincuenta. Había pasado toda una generación, en realidad un abrir y cerrar de ojos, desde el día en que vio al señor Skeffington paseando por Pall Mall aquella mañana, y los huevos de chorlito, aquellas cosas duras, cocidas, con que, más tarde, en el Berkeley, Conderley la había alimentado con ardor, ¿dónde estaban ahora? Habrían reaparecido en forma de flores, tal vez, o hierba, y se la habrían comido las ovejas, y, una vez más, en forma de cordero, que quizá ella misma se había comido. Al volver la vista atrás se daba cuenta de que todo se había dispersado y evaporado para reaparecer convertido en algo diferente. Desde luego la vida era extraña: tan breve y a la vez tan repleta de todo; tan sustancial, pero al cabo de unos años, que parecían instantes, tan desperdigada y azarosa. Si ella y Job hubieran tenido hijos, también ellos estarían ahora desperdigados y de cualquier manera. Serían adultos. Estarían casados y, sin duda, la habrían hecho abuela. Increíble las cosas que pueden hacer de una los demás. ¡Una barbaridad, eso de que te obliguen a ser abuela, quieras o no!

Pero los nietos… Fanny paladeó la palabra con cautela, como si quisiera desentrañar a qué sabía en realidad. Una mujer podía ocultar durante años, a quienes no la buscaban en la guía *Debrett's*, que había cumplido los cincuenta, pero no era posible esconder a los nietos, porque sin duda estos insistían en crecer. Así pues, era una suerte no tener nietos. ¿A quién podía gustarle que se supiera su edad?

Sin embargo, ¿no llenaban los nietos un vacío? ¿No llegaban a la vida de alguien cuando esa vida ya comenzaba, como el cabello, a escasear? Desde la terrible enfermedad que había padecido en otoño, con la fiebre por las nubes durante días seguidos, Fanny sabía —y deploraba— que su cabello ya no era lo que había sido. En realidad, desde entonces nada se parecía demasiado a lo que había sido. Había vivido en el campo durante varios meses, recuperándose lentamente, y a su regreso a Londres la ciudad y su

gente le parecieron un lugar diferente, una raza distinta, tan apática, tan aburrida. Y, ¿qué decir del gusto que sus amigos habían tomado en los últimos tiempos a eso de morirse…?

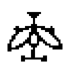


Fanny reflexionaba sobre estos asuntos en la cama. Era una mañana gélida y nebulosa de febrero, pero en el interior de la casa, en su habitación, todo era rosado y cálido. Envuelta en una bata de color rosa —cuando era joven su ropa de cama siempre había sido verde mar, pero resulta llamativa, Fanny se daba cuenta de ello, la frecuencia con que los lechos de las mujeres mayores se vuelven de color rosa—, con las lámparas de pantalla de color rosa creando un ambiente de lo más agradable y una hermosa lumbre cuyo rosado resplandor bañaba toda la habitación, Fanny se comía, o trataba de comerse, el medio pomelo que tomaba para desayunar.

Demasiado frío y ácido para comenzar un día de invierno, pensó mientras lo soltaba y apartaba la bandeja a un lado. El propósito era mantenerse esbelta, pero aun en el caso de conseguir un cuerpo esbelto —y nadie podía tener un aspecto más esbelto que ella desde que había enfermado—, ¿de qué servía si no se tenía pelo? Siempre se podía ir a Antoine's, por supuesto, y comprar un poco de pelo, pero el hecho de comprarlo, de tener que comprar pelo cuando solo unos meses antes se había lucido una abundante cabellera, resultaba espantoso. Además, ponía fin a muchas otras cosas eso de llevar en la cabeza algo ajeno. Por ejemplo, el pobre Dwight, el más reciente y también el más joven de sus admiradores —de un tiempo a esa parte eran cada vez más jóvenes—, un muchacho recién salido de Harvard que había gozado de una beca Rhodes y la adoraba con fervor transatlántico, no podría volver a acariciárselo con reverencia, como ella le permitía hacer cuando él había sido más dulce y paciente de lo habitual. Si el joven lo acariciara, podrían suceder las cosas más horribles; de hecho, no pueden sino ocurrir las cosas más horribles cuando una mujer se permite el lujo de tener admiradores en un momento en que se está cayendo a pedazos.

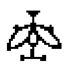
Un amago de risita, el débil sonido de un alborozo más bien sardónico, se instaló en sus labios al imaginarse aquellas escenas, aunque para ella era un asunto muy serio. Los admiradores habían tenido un papel sumamente importante en su vida; sin duda lo más importante era que le habían aportado color, calidez y poesía. ¡Qué árida se volvería sin ellos! Si bien era

cierto que también le habían causado más de un problema, cuando, al cabo de un tiempo, la acusaban de haberlos engatusado. Cada vez que lo oía, y todos ellos lo dijeron cuando llegó el momento, Fanny se quedaba totalmente sorprendida. ¿Engatusarlos? Ella opinaba que no los atraía, simplemente acudían, y acudían con ímpetu, mientras que ella, por su parte, se quedaba muy quieta, sin hacer nada.



En apariencia cómoda y digna de envidia en su nido rosa y acogedor, Fanny se entretenía pensando en aquellos admiradores para no pensar en el señor Skeffington. Fuera, la niebla era densa y amarilla, y hacía un frío glacial. En el interior de la casa estaba Fanny, una mujer en apariencia envidiable. Sin embargo, no lo era en absoluto. Estaba calentita y tan cuidadosamente iluminada como una obra de arte, pero lejos de ser una mujer envidiable, después de una noche en vela especialmente desagradable, no era más que un manojo de nervios, lo que el pomelo, ácido y frío en su interior, bien poco mitigaba. Tal vez, se dijo mientras observaba el pedazo de fruta con desdén, en invierno, y mientras no se hubiera recuperado del todo de su enfermedad, debería desayunar algo caliente, algo más nutritivo, como por ejemplo, un poco de pescado…

Y en ese preciso instante, nada más recordar la palabra, apareció de nuevo el señor Skeffington. Lo había evitado con sumo cuidado y ahora una sola palabra lo había devuelto allí; Fanny ya no tenía la impresión de estar en su dormitorio, sino con su marido, en el salón del piso inferior, él detrás de la fuente de pescado, ella enfrente, detrás de la cafetera, tal como se habían sentado durante tantos desayunos aburridos a lo largo de los primeros años de su maravillosa juventud. Él la miraba con adoración entre bocado y bocado, y le preguntaba, rebosante del orgullo posesivo que a ella le resultaba tan desquiciante: «¿Cómo está mi mujercita esta hermosa mañana?», aunque la mañana no fuera hermosa, aunque lloviera a cántaros, aunque, unas horas antes, él le hubiera propuesto reunirse con ella en su habitación y Fanny le hubiera asegurado con vehemencia que nunca, jamás, volvería a ser su mujercita, y todo por culpa de aquellas mecanógrafas. No en vano Job era un optimista redomado en lo tocante a las mujeres, además de muy afectuoso.



Rendida, se recostó sobre las almohadas, cerró los ojos y se entregó a la melancolía. Había pasado una noche terrible, había hecho todo lo posible por olvidarla, y aquello era el colmo.

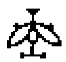
Su sirvienta entró silenciosamente en la habitación, observó su actitud, retiró la bandeja sin molestarla y salió también sin hacer ruido. «Conque esas tenemos de buena mañana», pensó la sirvienta, que se llamaba Manby.

«Ni siquiera —se decía Fanny a sí misma, los ojos apretados, la cabeza reclinada sobre las almohadas, el rostro en alto señalando hacia el techo—, ni siquiera puedo mencionar el pescado, en un entorno del todo distinto, ¡sin que él aparezca de repente!».

Todo empezaba a indicar que tal vez debería ir al médico, quien, sin duda, lo primero que haría sería preguntarle la edad. Y cuando ella le dijera la verdad, porque no tenía ningún sentido mentirle a un médico, comenzaría una conversación sobre —odioso concepto— el momento de la vida en que se encontraba. Sin embargo, también era cierto que el asunto de Job comenzaba a ser preocupante. El hecho de que tuviera lugar en febrero, el mes en que se habían casado, no era razón suficiente para suscitar su recuerdo de aquel modo, porque habían pasado muchos febreros desde que ella lo abandonó y en ninguno de ellos se había acordado de él. Job había permanecido apartado, portándose bien, guardando silencio, y Fanny había supuesto que así quedaba zanjado el pasado. Y ahora se le aparecía por todas partes.

Habría que frenarlo de algún modo. Fanny sabía que era producto de su imaginación y justamente por eso sus apariciones resultaban tan estremecedoras. Perder el juicio a los cincuenta le parecía un triste final para una carrera gloriosa. Y no podía decirse que no hubiera hecho cuanto estaba en sus manos, que no hubiera razonado consigo misma e intentado ser una persona sensata y objetiva. Todo lo que podía hacer ya lo había hecho, como ordenar que se retirara la silla que él había ocupado en el comedor o tomar baños fríos. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que aquellas medidas eran del todo inútiles. Los baños fríos la dejaban tiritando durante el resto del día, y en cuanto a lo de la silla, como la presencia del señor Skeffington era imaginaria, el hecho de que no hubiera silla no le impedía sentarse. Los productos de la imaginación eran así, tenía que ir asumiéndolo. Podían sentarse en lo que fuera, aunque no hubiera nada donde sentarse.

Definitivamente, tenía que hacer algo. No podía seguir de ese modo mucho más tiempo sin sufrir una crisis nerviosa. Después de la noche que había pasado, y que trataba de olvidar a toda costa pensando en Dwight, en el poco pelo que le quedaba, en cualquier cosa que se le pasara por la cabeza y no fuera el señor Skeffington, por mucho que detestara relacionarse con médicos, no le quedaba más remedio que concertar una visita. Aquella noche el señor Skeffington se había mostrado insoportablemente animado. Tal vez no fuera más que una aparición, pero hacía que Fanny reconociera el mérito de su imaginación, tan nítida era su imagen, tan real, tan presente. Hasta ese momento solo la había importunado de día, cuando se sentaba a la mesa con ella, iba a buscarla a la biblioteca o la acompañaba al salón, pero la noche anterior, es decir, la noche del que habría sido su trigésimo aniversario de boda, al regresar Fanny de una fiesta —no demasiado animada porque todo el mundo había estado de lo más aburrido—, él la estaba esperando en el recibidor; después la agarró de la mano, o ella sintió que lo hizo, subió con ella al piso de arriba como lo había hecho treinta años antes, se quedó en la habitación mientras ella se desnudaba y se empeñó en arrodillarse y colocarle las zapatillas, e incluso le besó los pies. Qué espantoso, que una aparición le besara los pies, pensó Fanny; entonces abrió los ojos mientras un escalofrío le recorría la espalda, y se incorporó de golpe en la cama.



Se quedó mirando fijamente el quieto resplandor del fuego. Una lumbre hermosa. Todo a su alrededor era hermoso. No había ningún motivo de preocupación, ninguno. Tenía que mantener la calma. Y si sentía frío en su interior, se debía únicamente al pomelo.

Manby, que parecía capaz de ver a través de las paredes, supo que había abierto los ojos y se coló en la habitación. Entró de lado, ocupando el menor espacio posible a fin de no abrir demasiado la puerta y evitar que pasara la corriente, con una bandeja en la que le llevaba las cartas del día.

—¿Se pondrá el gris o el marrón, señora? ¿O prefiere que saque el negro? —preguntó.

Fanny no respondió. Volvió la cabeza y miró la bandeja mientras se abrazaba las piernas, encogidas sobre la cama. Muchas cartas, pero todas parecían aburridas. Era curioso lo tediosas que resultaban las cartas y las llamadas telefónicas que había recibido desde su vuelta. ¿Qué les había

pasado a todos? Rara vez oía la voz agradable de un hombre al otro lado del teléfono. La llamaban familiares y amigas, pero los hombres, al igual que su pelo, parecían haberse esfumado. No debería haberse ausentado durante tanto tiempo. Es fácil perder el rastro de alguien que pasa demasiado tiempo fuera. En los momentos difíciles parecía que se olvidaban de una rápidamente, aunque era descabellado suponer que precisamente a ella…

—¿Se pondrá el gris o el marrón, señora? ¿O prefiere que…?

Era raro, pensó Fanny acercando una mano a la bandeja para coger las cartas, que abundara tanto la gente aburrida en los últimos tiempos. Hombres aburridos. Indiferentes. Indiferentes y por tanto insustanciales. Cuando comenzó a salir de nuevo después de regresar del campo se quedó impresionada. Londres parecía repleto de ese tipo de hombres y a Fanny no se le ocurría de dónde podían haber salido. Dondequiera que fuera, ahí estaban ellos. De hecho, no cabía duda de que Londres había cambiado. La gente, incluso sus amistades masculinas, no eran ni la mitad de alegres que en el pasado, ni la mitad de interesantes. Eran muy amables con ella y estaban muy pendientes de que nunca le faltara una copa, pero más allá de acariciarle la mano con afecto y comentar: «Pobrecita Fanny, tienes que recuperarte. Deberías tomar caldos de carne, ¿sabes?», no tenían mucho más que decir. Daba la impresión de que estaban haciéndose mayores y de que no había jóvenes que pudieran reemplazarlos, y todo por la velocidad frenética de la vida que llevaba todo el mundo, con excepción, por supuesto, de Dwight, pero ahora él tenía que presentarse a unos exámenes, o aprobarlos, o lo que fuera, y solo había podido escaparse de Oxford en una ocasión para visitarla. Todos se habían vuelto muy serios, casi ensimismados. En lugar de ansiosos, estaban distraídos. En lugar de aprovechar cualquier oportunidad para susurrarle al oído cosas divertidas —o simples bobadas, en realidad— le hablaban en voz alta de la situación europea, de modo que cualquiera podía oír lo que decían. Y a Fanny no le resultaba interesante una conversación, si cualquiera podía oír lo que se decía.

—¿Se pondrá el gris o…?

Sin lugar a dudas la situación europea era para comentarla en voz alta, pero desde que Fanny tenía uso de razón, siempre había habido algún motivo de preocupación, y eso no había interferido en lo más mínimo en las bobadas o los comentarios divertidos que a ella le susurraban al oído. ¿Cuánto hacía que nadie le susurraba nada al oído? La noche anterior, en aquella cena aburrida, había una joven, una muchacha un punto demasiado

saludable y rubicunda, la hija de la casa, y el caballero que tenía a su lado le había susurrado algo al oído; Fanny, que en aquel momento miraba la mesa, lo había visto, y fue eso lo que la llevó a preguntarse cuánto tiempo hacía que su oído no había acogido ningún susurro. La joven ni siquiera era bonita; tan solo era joven y tenía la piel tersa. Juventud y piel tersa, al parecer cuanto hacía falta en aquella época, se había dicho Fanny volviéndose de nuevo hacia su anfitriona, ligera e ingratamente sorprendida por el tono mordaz de su pensamiento. Y es que, hasta entonces, jamás había sido mordaz.

—¿Se pondrá el…?

—¡Oh, maldita sea! —espetó Fanny, exasperada por las persistentes interrupciones, para añadir acto seguido con arrepentimiento—: Lo siento, Manby. No pretendía ser desagradable.

—Es el tiempo —dijo Manby tranquilamente—. Estas nieblas…

—¿Crees que estoy más malhumorada que de costumbre? —preguntó Fanny, mirándola con interés y dejando caer sobre la cama las cartas que sostenía.

Manby llevaba con ella tantos años que ya había presenciado todas sus etapas, desde la de Jovencísima Exquisita, pasando por la de Tan Encantadora como Siempre, hasta llegar a la etapa actual, que sus amigos calificaban de Estupenda. «Querida, estás realmente estupenda», le decían ahora cada vez que la veían, y a Fanny no le gustaba lo más mínimo.

—Yo no diría que esté más malhumorada, señora —respondió Manby, cautelosa.

Entonces era cierto. Sin duda, lo estaba. De otro modo, Manby no habría sido tan prudente. ¡Ah, pero qué triste volverse malhumorado con el paso de los años! Alguien a punto de cumplir los cincuenta debería estar por encima de esas cosas. A esa edad debería, al menos, haber aprendido a comportarse y a no gritar a sus sirvientes. Serenidad, no malhumor, deberían aportarnos los años; madurez, dulzura, sabor. Como un albaricoque bajo el sol, deberíamos soportar el crepúsculo vespertino de la vida; como una ciruela, perfecta y madura.

Una vejez serena, apacible y radiante,
y tan hermosa como la noche de Laponia…

… Ese era el final que el pobre Jim Conderley, aficionado a las citas y conocedor de un buen número de ellas, había profetizado para Fanny un día en que ella se quejó de lo terrible que debía de ser hacerse mayor; el

mismo que solía invitarla a huevos de chorlito cuando aún valían su peso en oro.

No podía decirse que Fanny hubiera llegado ya al estado de la noche de Laponia; al fin y al cabo, no hacía tanto tiempo que había ingresado en la etapa Estupenda y, aunque cargada de implicaciones horrorosas, era mejor eso que convertirse en una noche lapona, que, por serena, apacible, radiante e incluso hermosa que fuera, también debía de ser de lo más fría. Que la dejaran vivir lejos del frío el mayor tiempo posible, se dijo, con un leve temblor. Quizá, en general, debería estar agradecida por el hecho de que, cada año con un poco más de convencimiento, sus amistades siguieran diciéndole: «Querida, estás absolutamente maravillosa».

Maravillosa. «Quién me lo iba a decir», pensó Fanny, mientras se levantaba de la cama e introducía los brazos en las mangas de la bata —también de color rosa— que Manby sostenía; quién le iba a decir que había llegado el momento de su vida en que había de conformarse con los premios de consolación.

Caminó hasta el tocador y se miró en el mismo espejo que hacía tan poco tiempo, o así se lo parecía, había reflejado la imagen triunfante de su poderosa juventud. Maravillosa. Estupenda. ¿Qué significaban aquellas palabras, sino «Estupenda para la edad que tienes, querida», o «A pesar de todo, pobrecita Fanny»?

La semana anterior había ido a Windsor a visitar a un ahijado suyo que estudiaba en Eton y que acababa de ingresar en la sociedad del colegio, y, aunque él se resistía a admitirlo, estaba tan orgulloso de sí mismo que Fanny creyó que reventaría si no se lo contaba a alguien que no fuera uno de los chicos; y de regreso a Londres, como la tarde era apacible, Fanny hizo la mayor parte del trayecto a pie, a través del parque.

Y bien, ¿por qué no iba a caminar? Estaba lejos, pero no infinitamente lejos. Le dolían los pies, pero a casi todo el mundo le duelen los pies al caminar sobre el asfalto. Lo que había hecho no tenía nada de excepcional, se dijo. Sin embargo, cuando se enteró el grupo de amigos que la estaban esperando en el salón, exclamaron a la vez: «¡Querida, eres realmente extraordinaria!».

Qué tediosa se estaba volviendo la gente. Tediosa a más no poder.

—¿Se pondrá el…?

—¡Oh, por el amor de Dios, déjame en paz! —gritó Fanny sentándose de repente y con violencia en su silla, tras lo cual, Manby, después de mirarla con prudencia, se retiró con cuidado, avanzando de lado hasta el

baño, donde se concentró en los grifos.

⁂

En esa ocasión Fanny se sintió avergonzada de sí misma, profundamente avergonzada. Mirándose fijamente a los ojos en el espejo, a esos ojos hundidos y —¿era posible?— hinchados por la falta de sueño de la que tenía toda la culpa el miserable de Job, se preguntó cómo era posible que estuviera tan furiosa y que hubiera arremetido contra la amable y leal Manby. No recordaba haberse comportado de ese modo con anterioridad, y entonces, tras un breve intervalo durante el cual reflexionó con gran inquietud sobre la evolución de su carácter mientras analizaba con una inquietud aún mayor su rostro en el espejo, una vez más, volviéndose levemente hacia la puerta del baño y con un hilo de voz, dijo que lo sentía.

—Perdóname, Manby. Es vergonzoso lo irritable que estoy esta mañana.

—No se preocupe, señora —respondió Manby de entre los grifos—. ¿Se pondrá el…?

—He dormido tan mal… A decir verdad, casi no he dormido —dijo Fanny—. Tal vez por eso estoy tan insoportable.

—No importa, señora —dijo Manby, saliendo del baño ahora que el ambiente parecía despejado—, pero lamento que mi señora no haya dormido bien. ¿Le traigo una aspirina? ¿Se pondrá el gris o…?

—Es el señor Skeffington —dijo Fanny, volviéndose de nuevo hacia el espejo para dirigirse otra mirada triste y sorprendida.

—¿El señor Skeffington, señora? —repitió Manby, y se quedó inmóvil.

Estaba sumamente asustada.

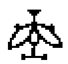
—Se está volviendo tan real… —explicó Fanny, con los ojos muy abiertos.

—¿Real, mi señora? —Fue cuanto Manby acertó a balbucear, pues ese era un nombre que llevaba casi un cuarto de siglo sin mencionarse en aquella casa, con excepción del piso inferior—. ¿Acaso el señor Skeffington no está bien, señora? —preguntó, con gran vacilación y nerviosismo.

—No lo sé, pero no creo que yo lo esté —dijo Fanny—, porque si lo estuviera no lo vería a todas horas… a todas horas…

Y para sorpresa y consternación de ambas, después de mirar a Manby y de retirarse el cabello de la frente con un movimiento rápido y distraído, de repente rompió a llorar.

—Oh, oh —gimoteó Fanny, sin intentar esconder la cara, aún vuelta hacia Manby, aún retirándose el cabello de la frente—. Oh, oh, oh…



Con excepción del momento en que una relación amorosa tocaba a su fin, cuando todo se tornaba sombrío y deprimente y no se vislumbraba ninguna luz, Fanny no lloraba jamás. ¿Qué motivos tenía para llorar, ella que vivía una vida tan feliz? Mujer dichosa, hasta el momento de su enfermedad y de la reaparición del señor Skeffington, salvo en las ocasiones mencionadas con anterioridad, siempre había hecho muy felices a quienes la rodeaban. De modo que aquellas lágrimas eran tan beneficiosas como desconocidas para ella. Pero eso, ahora, el hecho de arrancar a Job de la calma decente de un pasado lejano, esa especie de horrible regurgitación que no la dejaba dormir, que la convertía en un ser repulsivo a ojos vista, con quien resultaba imposible tratar, haría llorar a cualquiera. ¿Y qué podía hacer? ¿Cómo detenerlo? Qué tarea tan difícil, intentar detener a alguien que no estaba allí.

El sonido de su llanto violento las horrorizó a ambas. Ninguna de las dos tenía la menor idea de que Fanny pudiera guardar tanto ruido en su interior. Manby, que le había traído agua, le había traído una aspirina, había atizado el fuego, había llamado para que le subieran un *brandy* y había hecho todo lo que estaba a su alcance como doncella, estaba totalmente desconcertada. ¿Debería llamar al médico?, preguntó al fin, como último recurso.

—No, no, iré yo —sollozó Fanny—. Sí, iré, iré. Esta misma mañana. Necesito un especialista. Solo un especialista podrá ayudarme. Me vestiré y saldré…

—¿Se pondrá el gris o el…?

—Oh, Manby, te lo ruego, ¡deja de repetir eso! —gritó Fanny, cogiendo un pañuelo y llevándoselo a los ojos, hinchados de tanto llorar—. He estallado por estar siempre tan… tan enfadada, y tan… tan triste…

—Entonces, ¿le preparo el negro, señora?

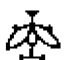
Jamás, comentó Manby algo más tarde a la secretaria, la señorita Cartwright, cuando su pobre señora ya se había calmado lo suficiente para dejar que la vistieran, la subieran al coche y la condujeran a través de la niebla a la consulta de un médico, jamás habría pensado que Fanny pudiera desmoronarse como lo había hecho, como lo seguía haciendo. Recaídas.

Cada vez que ella, Manby, hacía cualquier comentario. Y lo más alarmante era que todo parecía relacionado con —se cubrió la boca con una mano y miró a su alrededor con expresión temerosa antes de decir, a media voz— el señor Skeffington.

—¿No será…? —preguntó la señorita Cartwright, también a media voz. Miró a Manby fijamente. Llevaba en la casa tan solo seis semanas, pero una buena secretaria es capaz averiguar muchas cosas en poco tiempo.

Manby asintió con la cabeza.

—Sí, el mismo. Su marido —respondió Manby con la voz entrecortada por la emoción.



Fanny se dirigió primero a Bond Street, a ver a *madame* Valèze, la famosa maquilladora. El coche avanzaba a ciegas a través de la niebla y Fanny se cubría la nariz y la boca con las pieles, para no ahogarse, según dijo, aunque en realidad lo hacía para ocultarse. No podía verla nadie, ni un viandante, ni siquiera un médico, hasta que su rostro estuviera en condiciones. A decir verdad, un médico menos que nadie, porque si la viera con la cara hinchada por el llanto, a buen seguro supondría que había sufrido una crisis nerviosa mucho más grave de lo que había sido en realidad. Y eso la deprimiría, y Job cobraría aún más fuerza.

Pero en las hábiles manos de Hélène, la ayudante de *madame* Valèze —ni siquiera *madame*, que era tan concienzuda, se había aventurado a salir de casa en una mañana tan horrible como aquella, y el hecho de que la señora se hubiera animado a hacerlo dejaba en mal lugar a quienes se habían quedado en casa, comentó la ingenua Hélène—, Fanny pasó una hora relajante, recostada en una silla sumamente cómoda, con la dolorida cabeza envuelta en vendas frías y los ojos cubiertos por unas bolsitas también frías que eran una auténtica bendición. Una y otra vez le aplicaron ungüentos en las zonas de piel flácida, le untaron cremas, prestando especial atención a la papada, y lo último que oyó antes de dormirse —porque se durmió, y permaneció dormida, exhausta, hasta que estuvo lista— fue la sugerencia de Hélène de que debería seguir algún tratamiento para la papada, porque le sería de gran ayuda, y lo último que pensó fue: «Qué pena, haber llegado al punto en que mí papada necesite una gran ayuda».

Después se dejó llevar por el sueño, calmada por los suaves movimientos, y solo se despertó cuando Hélène le pidió, con tono triunfal,

que se mirara en el espejo.

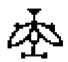
Sin duda estaba más presentable, y las manchas del llanto, sobre las que Hélène había sacado sus propias conclusiones, habían desaparecido. Pero, curiosamente, tenía el aspecto de todas las mujeres que van a los salones de belleza. Sus rostros, después del tratamiento, parecían llevar exactamente la misma máscara.

Aunque, por lo menos, pensó, su cara ya no reflejaba su estado de ánimo, y se sentía tan revitalizada tras el descanso que se preguntó si era realmente necesario visitar al médico de los nervios. ¿No debería esperar un poco, un par de días, tal vez, y ver cómo se encontraba? Detestaba con todas sus fuerzas comenzar con las visitas a los médicos, porque una vez se empezaba sabía que era muy difícil librarse de ellos.

Vacilante pero ya frente a la puerta de la consulta, Fanny permaneció en el coche durante unos minutos antes de dar el paso definitivo y salir del vehículo, sus delicadas cejas fruncidas en un gesto de duda, las cejas por las que, a fin de alabarlas como se merecían, lord Conderley plagiaba literatura, desde los isabelinos hasta el mismísimo H. G. Wells.

El chófer esperó pacientemente alguna señal.

—Está bien —dijo al fin con decisión mientras se envolvía con las pieles y se preparaba para dar el primer paso—. Supongo que ya que estoy aquí debería entrar a ver a ese vejestorio.



Sir Stilton Byles, el eminente especialista en enfermedades de los nervios y de las mujeres, no era en absoluto un vejestorio, como Fanny habría sabido de haber escuchado con atención las conversaciones de sus amigas cuando comentaban sus dolencias. No podía decirse que fuera un jovenzuelo, pero desde luego tampoco era un vejestorio. Era un hombre de treinta y ocho años, claro y directo, poco amable en el trato con sus pacientes y sin pizca de esa tontería que algunos llaman comprensión. Él no era comprensivo. ¿Por qué debería derrochar su tiempo comprendiendo a aquellas mujeres ociosas y las actitudes caprichosas que les habían causado sus enfermedades? ¿Y por qué tenía que fingir que lo hacía? Su obligación era curarlas, o al menos hacerles creer que las había curado. Y todos los días, una vez terminado el trabajo, abría la ventana de par en par para librarse del olor a perfume de su consulta y exclamaba: «Cielo santo, ¡qué mujeres!».

A las amigas de Fanny, todas ellas enfermas de los nervios y todas ellas mujeres que en el siglo XVIII habrían sido consideradas «damas distinguidas», los modales de *sir* Stilton les resultaban de lo más reconfortante. Comparado con los médicos de maneras suaves y pulcras que solían visitar, aquel era de lo más vigorizante. Adoraban ir a su consulta. Salían de allí increíblemente revitalizadas y listas para lo que fuera. Tras una reprimenda de veinte minutos por parte de *sir* Stilton, aquellas mujeres se sentían fuertes y duras como boxeadores. Estaba muy bien, convenían, que no las compadeciera, que las obligara a encajar sus ganchos —incluso su forma de expresarse, después de un rato con él, era viril— directos a la mandíbula. También comentaban entre ellas que, con toda probabilidad, aquel hombre sería un amante excepcional, y se preguntaban si habría una señora Byles, y en caso de no haberla, si tal vez podrían invitarlo a cenar.

A centenares, acudían a ver a *sir* Stilton. Su consulta estaba inundada por el aroma —él lo llamaba el hedor— de aquellas mujeres. «Oh, Dios mío», solía murmurar entre dientes, cuando hacía su aparición una especialmente perfumada.

Sin embargo, gracias a ellas se estaba haciendo muy rico, y valía la pena soportar sus fragancias y sus tonterías a cambio de llegar a lo más alto de su profesión a los treinta y ocho años. En los últimos tiempos, incluso la realeza había comenzado a encontrarlo reconfortante; en una semana lo habían convocado en dos ocasiones para que atendiera a princesas de sangre real. Y Fanny, cuando se decidía a visitar a un médico, lógicamente acudía a aquel al que iba todo el mundo. Sin molestarse en concertar una cita se presentó en su consulta, pues sabía por experiencia que no le hacía falta pedir cita; y era cierto, porque por larga que fuera una lista de espera, Fanny, aun llegando la última, siempre entraba la primera.

La mujer que le abrió la puerta, vestida de enfermera pese a no serlo, como era la primera vez que la veía, se sorprendió. No estaba acostumbrada a tal altivez e indiferencia ante los obstáculos.

—¿Cómo? ¿Sin cita? ¿Qué? Imposible —dijo con altanería—. Ni hablar del asunto.

—¿Va a dejar que me muera? —preguntó Fanny, con la sonrisa que durante tantos años había sido su punto fuerte y todavía resultaba encantadora.

—Bueno —respondió la aparente enfermera, con un tono agradable del que su jefe carecía—, esperemos que la situación no sea tan grave.

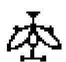
—Dele esto —le pidió Fanny y, pasando junto a ella, se adentró en el

vestíbulo y garabateó algo en una de sus tarjetas.

«Soy un caso urgente», se leía, y como era la hija de un duque y la exesposa, en situación extremadamente holgada, de un hombre exageradamente rico, *sir* Stilton, que tenía un conocimiento profundo de la nobleza así como de los asuntos de los financieros famosos y de los hechos que pudieran resultarle útiles, no la hizo esperar ni cinco minutos.

—No observo nada que necesite remediarse con urgencia en usted —dijo, sosteniéndole la muñeca y tomándole el pulso mientras leía por segunda vez lo que ella le había escrito en su tarjeta.

—¿Ah, no? —gritó Fanny, y comenzó a hablarle del señor Skeffington.



Diez minutos más tarde estaba de nuevo en el vestíbulo, con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y la cabeza en alto.

—Llame a mi coche, por favor —ordenó, convertida en una persona totalmente distinta a la que, a su llegada, había sonreído con dulzura a la enfermera.

«Lo ha vuelto a conseguir», pensó la enfermera con orgullo, apresurándose a abrir la puerta. No pudo evitar decir:

—Es una maravilla, ¿verdad?

—¡Oh, es absolutamente asombroso! —Fue la respuesta a su pregunta; una respuesta pronunciada con un tono que casi parecía de enfado, aunque, por supuesto, aquello era del todo imposible.

Pero sí, era de enfado, y los ojos de Fanny brillaban, no por las fuerzas renovadas que sus amigas obtenían gracias a la conversación tonificante con *sir* Stilton, sino de ira. No se había sentido tan enojada desde que descubriera el primer desliz del señor Skeffington. Médico odioso. Aquellas amigas suyas que lo habían coronado no podían ser sino una panda de masoquistas.

—Debería haberse quedado a su lado —fue el comentario del individuo, muy útil después de veintidós años, cuando ella terminó de describirle la conducta del señor Skeffington.

—¿Quedarme a su lado? Aun cuando…

—¿Cuántos años tiene? —La interrumpió bruscamente, y cuando Fanny le contó la verdad, porque era absurdo no hacerlo, él señaló—: Me sorprende.

Fue en ese momento cuando Fanny comenzó a sentirse herida, pues, a

juzgar por su expresión, parecía que lo que le sorprendía no era, como Fanny había supuesto de manera natural durante un instante inicial, que fuera tan mayor, sino que no tuviera más años. De modo que se sintió herida.

—Es que no he dormido en toda la noche —se apresuró a explicar, tratando de disimular que le importaba.

—Ya sabe lo importantes que son las noches tranquilas para las mujeres de su edad —dijo el doctor.

—Supongo que como para todo el mundo —replicó Fanny con altivez.

—Si no quieren parecer adefesios, claro está.

¿Adefesios? ¿Acaso insinuaba que ella era un adefesio? ¿Ella, Fanny Skeffington, durante años la persona más bella del mundo, y durante cinco gloriosos años, aproximadamente, la casi más bella del mundo? ¿Ella? ¿La misma que iluminaba los rostros de los desconocidos que se cruzaban con ella por la calle? Ella, «la noble y encantadora Fanny», como el pobre Jim Conderley solía llamarla, mirándola con afecto, citando a alguien, suponía Fanny, y a nadie se le ocurriría decirle aquel tipo de cosas a un adefesio.

Jim se las había dedicado tiempo atrás, cierto; y también era cierto, ahora que pensaba en ello con total honestidad, que la gente que se cruzaba con ella por la calle en los últimos tiempos parecía mirarla más con sorpresa que admiración. Pero bueno, ahí estaba Dwight, quien el pasado otoño, justo antes de que ella enfermara, le decía que no podía vivir alejado de ella, que lo dejaría todo para convertirse en el guardián de su casa, o en su mozo de cocina, solo para verla de vez en cuando, porque ella era la criatura más hermosa que Dios había puesto sobre la tierra. Los jóvenes no les decían cosas como esas a los adefesios. Aunque también era cierto que desde entonces apenas se habían visto, porque casi inmediatamente después Fanny había caído enferma. Sin embargo, él había ido a Londres y había cenado con ella, si bien solo en una ocasión, ahora que pensaba en ello. Los exámenes lo retenían en Oxford, dijo. ¿O acaso —sus pensamientos, ante la mirada fija y fríamente escrutadora de *sir* Stilton, vacilaron— no eran los exámenes?

Se quedó mirando la fría expresión que tenía ante sí sin verla. En tan solo seis meses, se dijo para convencerse, era imposible pasar de ser la criatura más hermosa que Dios había puesto sobre la tierra a un adefesio. ¿O —dudó de nuevo— sí lo era?

Sir Stilton, individuo detestable, seguía hablando.

—Ahora que la etapa del amor ya ha terminado… —Estaba diciendo.

En aquella ocasión fue Fanny quien lo interrumpió bruscamente, demasiado dolida para guardar las formas.

—Le ruego me explique —comenzó, sonrojándose y levantando la barbilla, momento en que el médico aprovechó para dirigir su fría mirada a aquellas zonas que según Hélène podían recibir una gran ayuda— cómo sabe usted que esa etapa ha terminado para mí. ¿Cómo sabe que no estoy viviendo lo que usted llama una etapa del amor en estos momentos?

Porque, al fin y al cabo, a ella le bastaría con levantar un dedo para que Dwight regresara volando a Londres en cualquier momento, con exámenes o sin ellos. ¿O no?, se preguntó, sus pensamientos de nuevo vacilantes frente a aquella mirada fija.

—Oh, pobre mujer —fue la respuesta de *sir* Stilton a aquella pregunta.

A continuación se produjo un silencio durante el cual se miraron, él con su rostro bien afeitado, una mueca sarcástica en los labios y las yemas de los dedos perfectamente unidas, ella demasiado herida para hablar.

Qué hombres había en el mundo, pensaba Fanny, qué hombres tan vulgares. Aunque también, gracias a Dios, estaban esos otros capaces de ver a una mujer de otra forma, de adorarla y jurar que no podían vivir alejados de ella. Al menos eso era lo que le habían dicho el pasado otoño, y el pasado otoño aún quedaba a la vuelta de la esquina, ¿o no?

Indignada, se quedó mirando a aquel tal Byles que se atrevía a compadecerse de ella, pero mientras lo miraba sentía que sus dudas comenzaban a acrecentarse, a volverse más intensas, y penetraban, como la fría niebla de fuera, en su corazón. Supongamos —permitámonos suponer durante un momento, se dijo, en un intento de afrontar el asunto con sensatez— que ese hombre tuviera razón y que ella no fuera más que una pobre mujer que vivía de ilusiones. Supongamos que cuanto había aportado calidez y felicidad a su vida estuviera a punto de terminar, o que ya lo hubiera hecho. Entonces, ¿qué? ¿Qué podía hacer una mujer en esa situación? ¿Qué haría con la segunda parte de su vida en este mundo extraño, la parte que va de mayor a vieja, la parte que venía a continuación y comenzaba, por ejemplo, a partir de su quincuagésimo aniversario? ¿Qué haría esa mujer si no había tenido hijos ni ningún talento especial, ni ningún interés en particular más allá de sus amistades y la belleza que siempre, invariablemente, le había facilitado tanto las cosas? ¿Y si, por si fuera poco, había tenido que librarse de su marido, por razones más que justificadas? La gente solía valorar su amabilidad. Le decían que tenía un carácter encantador. Pero ¡qué fácil ser encantadora y amable, cómo no

serlo, cuando se tiene todo en esta vida! La amabilidad emanaba de su propia felicidad, y lo que ahora quería saber era si, en los años nuevos y fríos que le quedaban por delante, los años al otro lado de la barrera de los cincuenta, condenados, cada uno de ellos, a ser más frío que el anterior porque con cada uno ella se quedaba un poco más desnuda, seguiría siendo tan amable, generosa, tolerante y todo lo demás. Se acordó de su comentario sobre la chica de la fiesta de la noche anterior: juventud y piel tersa. Sin duda, un comentario crítico. ¿Y cuánto tiempo seguirían considerándola un encanto, cuando ya no hubiera nadie a quien le importara si lo era o no? ¿Y no sería de lo más deprimente no poder abandonar el vicio de levantar ese dedo que en el pasado había hecho correr a tantos a sus pies, levantarlo con una sonrisa en los labios y que nadie acudiera?

Su mirada se volvió sombría por culpa de algo desagradable como el miedo. Ya no veía nada de *sir* Stilton. Con la vista clavada en él, durante unos minutos aterradores lo único que vio fue a una anciana cada día más sola, que comía cada vez más, hasta que llegaba el día en que comía excesivamente y, sintiéndose mal por su conducta, echaba las culpas a su criada.

Entonces le llegó una voz procedente de la oscuridad que durante aquellos últimos momentos había ocultado a *sir* Stilton, como si tratara de responder a sus preguntas, y le dijo:

—Pero ahí es donde entran en juego los maridos y la importancia de permanecer junto a ellos. Los amantes, como sin duda usted sabrá, porque es evidente que algún día debió de ser una mujer hermosa y es probable que tuviera varios…

Algún día. Había dicho «algún día». Aquellas dos palabras la devolvieron a la realidad y a la presencia de *sir* Stilton. Algún día. Cuando, pese a lo que pudiera depararle el futuro, seguía siendo cierto que hacía menos de seis meses, Dwight… «¡Caramba! —se interrumpió, al asaltarle una repentina idea dolorosa—, ¡hay que ver de qué manera me aferró a Dwight! A ese muchacho. Como si fuera mi única esperanza. A ese pobre muchachito…».

—Los amantes —prosiguió *sir* Stilton, para terminar su frase—, como sin duda debe de recordar, siempre terminan por dejar un poso amargo en el estómago.

Plenamente consciente de su presencia, Fanny le dirigió una mirada gélida. Menuda expresión. Qué forma de describir aquellos finales —tristes

aunque con un encanto particular, siempre ennoblecidos por una intensa aflicción— que aún permanecían tan vivos en su memoria. El pobre Adrián Stacy, el predecesor de Dwight, había encajado la ruptura hacía menos de un año; Fanny era capaz de repetir cada una de las palabras que habían pronunciado en aquella ocasión, y no hubo ni una sola que no hablara bien de los dos. La ruptura con el anterior, Perry Lanks —¿o aquel no había sido el anterior?, no lograba recordarlo con certeza—, que desde entonces se había convertido en toda una celebridad, no había sido tan buena, porque era abogado y exigía razones.

—Oh, Perry, en el amor no existen razones —le había dicho, naturalmente incómoda por tener que dar explicaciones. Tras lo cual él había insinuado, como si la estuviera interrogando, que no decía más que tonterías.

—Verás, querida, siempre hay razones —le había respondido, con aspecto cansado y gesto paciente.

Con todo, no había nada que pudiera considerarse amargo en su separación, pese al convencimiento de Fanny —tenía la esperanza de que no se le notara— de que cuando un amante comienza a tener aspecto cansado y gesto paciente es hora de empezar a despedirlo. Y en cuanto a todos los demás, hasta el momento presente solo los recordaba con afecto y ternura.

Pero allí estaba ese individuo, ese tal Byles, cuyas palabras eran como bofetadas, estableciendo relaciones entre sus queridos amantes y el malestar estomacal.

—No entiendo… —comenzó Fanny.

—… Por qué sus amigas vienen a mí consulta —se apresuró a añadir *sir* Stilton.

—Exactamente. ¿Cuánto le…? —preguntó, alcanzando sus guantes y su bolso.

—Aún no me he ganado mis honorarios —respondió—. Siéntese —ordenó, porque Fanny se había puesto en pie y lo miraba desde su altura.

—Gracias, pero no —dijo Fanny mientras abría su bolso—. ¿Cuánto le…?

—De acuerdo, no se siente, pero escúcheme.

—No hay nada que me apetezca escuchar. Dígame cuánto…

—Escuche, por favor, en lugar de perder el tiempo —intervino él bruscamente—. A la larga, la única persona que puede ser de alguna utilidad a alguien que también ha recorrido un largo camino…

—Es suficiente —lo interrumpió ella, decidida a no escuchar una palabra más, mientras dejaba unos billetes sobre la mesa.

—Créame, la única persona que se quedaría junto a una mujer así, que se preocuparía por ella —insistió él, apartando los billetes a un lado— es su marido. No tiene alternativa el pobre desgraciado, es su deber. Y usted debería ponerse en contacto con Skeffington lo antes posible. Es un sabio consejo —dijo, dando golpecitos en la mesa con un abrecartas—. Me estará eternamente agradecida, se lo aseguro.

Sir Stilton soltó el abrecartas y también se levantó. Era más bajo que ella —era un poco grueso y tenía las piernas cortas— y Fanny seguía mirándolo desde más arriba. Skeffington, sin más, pensó, observándolo por encima de su todavía espléndido hombro. Sin el tratamiento de «señor», solo Skeffington, como si fueran amigos.

—¿Por qué no lo llama Job, ya que estamos? —preguntó con total frialdad, o al menos ese era el tono que esperaba haber utilizado.

Sin embargo, nada paralizaba a *sir* Stilton.

—Por supuesto. Encantado. Me gustan los judíos. Póngase en contacto con Job, entonces. En contacto de verdad, quiero decir. Nada de creer que él está ahí cuando en realidad no lo está. Si la atormenta, acabe con él… Será mejor que me escuche —gritó, porque Fanny le había vuelto la espalda y se dirigía hacia la puerta—. Créame, la única forma de liberar la mente de sueños e ilusiones es mediante el contacto físico. ¿Acaso cree que las relaciones amorosas se terminarían algún día, si no fuera por el contacto físico? Hágase amiga de Job. Véalo con frecuencia. Invítelo a cenar. Es decir, acabe con él.

Fanny se volvió y lo miró, la mano apoyada en el pomo de la puerta.

—He acudido a usted en busca de ayuda y lo único que he recibido…

—Son insultos. Es lo que iba a decir. Bueno, tal vez sí, desde su punto de vista. Yo diría que no soporta la verdad pura y dura. Ninguna mujer la soporta. Pero le aseguro que le he prestado ayuda; usted verá si quiere aceptarla. Le he dado el mejor consejo que podía darle. Póngalo en práctica y se curará. Solo una cosa más, por favor… —dijo, levantando una mano—. Invite a ese desdichado marido suyo a cenar y se dará cuenta de que en el mismo instante en que esté con usted en persona dejará de estarlo en espíritu. Y por cierto —añadió rápidamente, porque Fanny ya estaba abriendo la puerta—, si alguno de los otros comienza a molestarla, los que no fueron sus maridos, y empieza a verlos cuando no están ahí, lo cual, le advierto, es bastante probable, invítelos a cenar también. Invítelos a todos

—concluyó, con una media sonrisa en los labios—. Invítelos a todos y obsérvelos. Ellos también la observarán a usted, y al final todos…

Pero Fanny ya se había ido. Tiró de la puerta con tanta violencia que la mujer vestida de enfermera se acercó precipitadamente a ella en el vestíbulo; con el rostro sonrojado y los ojos brillantes, pidió su coche.

—Es una maravilla, ¿verdad? —preguntó la enfermera con orgullo.

—¡Oh, es absolutamente asombroso! —exclamó Fanny, avanzando con tal premura por el vestíbulo que la enfermera tenía dificultades para seguirle el paso.

Y *sir* Stilton, mientras esperaba en su consulta a la siguiente paciente, se acercó a la ventana y la abrió de par en par.

II

En las afueras de Londres, al otro lado del anillo de densa niebla que rodeaba y oscurecía Harley Street, donde Fanny acababa de estar, Charles Street, donde había comenzado su andadura, y Paddington, hacia donde se dirigía, el día era hermoso: claro, frío, con las ramas peladas de los árboles, cada una de ellas un milagro de belleza intrincada, recortadas contra un cielo sumamente azul y delicado. Las alondras se estremecían y trinaban. En los senderos, con los bordes de hierba enmarañada que parecían cintas de escarcha, los carreteros cargaban los caballos y silbaban alegres melodías. Las amas de casa cantaban mientras sacudían las esteras contra los marcos de las puertas. El mundo era un lugar tan resplandeciente, tan similar a un cuento de hadas, que esa mañana, en el campo, nadie estaba enfadado.

Fanny, asfixiándose en Londres, intuyó lo que debía de estar sucediendo a tan solo unos kilómetros de distancia y pensó que si le diera el sol, tal vez, pese a todo, conseguiría calmarse un poco. Así las cosas, cuando dejó atrás Harley Street ordenó que la condujeran a Paddington, con la intención de tomar allí el primer tren que la llevara a cualquier sitio donde pudiera respirar. Respirar y pensar. O mejor, respirar y no pensar. En cualquier caso, respirar.

Desde luego no podía regresar a casa hasta haberse recuperado un poco. En aquel momento estaba demasiado enojada para ver a nadie, soportar la expresión estudiadamente despistada del rostro de la señorita Cartwright o las preguntas impacientes de Manby. Le mandaría un mensaje a la señorita Cartwright para que cancelara por teléfono todos sus compromisos del día y se retiraría en busca de soledad, encontraría serenidad y se recompondría las plumas alborotadas.

Estaban sumamente alborotadas. Por primera vez en su vida había estado en compañía de un hombre vulgar que le había dicho a la cara cosas

que hasta ese momento ni siquiera había imaginado que alguien pudiera pensar de ella, y Fanny sentía que se merecía un poco de esparcimiento. Esparcimiento. Pese a lo furiosa que estaba, no pudo reprimir una sonrisa al pensar en la palabra. Incluso en los momentos de angustia y enfado, Fanny era capaz de reírse de sí misma, un rasgo de su personalidad de lo más atractivo, según sus amigos; sus amigas, aunque admitían que el rasgo era atractivo y que Fanny era un encanto, pensaban que, si bien le resultaría gracioso encontrar un pétalo de rosa arrugado en su cama, dudaban de que le hiciera mucha gracia encontrar la cama totalmente cubierta de pétalos. Aquella era una de las cosas que la habían estado preocupando en los últimos tiempos, el hecho de que su facultad de alejarse de un asunto y observarse a sí misma desde fuera, y de divertirse con lo que veía, parecía estar abandonándola. ¿Se estaría tomando cuanto le sucedía demasiado a pecho? ¿Sin valentía? ¿Y acaso no apuntaba eso a un grave deterioro de su personalidad? Eso y los gritos a sus criadas; eso y la rapidez con que encontraba adjetivos mordaces para describir a la gente joven.

Y todo por culpa de Job, era evidente. En realidad él tenía la culpa de todo. Pero a él lo dejaría atrás, en Londres. Aquel día estaba decidida a librarse de él, a pasarlo en el campo, sin hablar con nadie, sin que nadie le hablara, lejos de todos y de todo. Sintió un deseo impreciso de disfrutar de cosas solitarias, frías y puras, como las prímulas, el musgo y los bosquecillos aún sin hojas, y lamentó que solo fuera el 7 de febrero, porque le habría gustado sentarse en un bosque de tierra húmeda y hacer ramilletes de prímulas, a su alrededor todo calma y silencio.

Los trenes llevaban retraso por culpa de la niebla, y el primero en partir, que saldría cuarenta minutos más tarde de lo debido, se dirigía a Oxford. Oxford era una buena opción, pensó Fanny, y compró un billete. No encontraría bosquecillos solitarios, pero sí antiguos jardines silenciosos. Además, todos sus recuerdos de Oxford eran agradables. Por ejemplo, la ciudad no tenía ninguna relación con Job. No lo encontraría allí, porque nunca había estado allí ni en ningún sitio parecido, pues él —como se podía leer en *Who's Who*— había recibido educación privada. El tal Byles tampoco se le aparecería por allí, porque los indicios de civilización serían lo último que le harían pensar en él. Dwight… Sí, Dwight estaría allí, pero él aún no había dejado de ser un recuerdo agradable y, tal vez, después de un largo día a solas, cuando comenzara a oscurecer, iría a su habitación y le pediría que la invitara a tortitas, siempre y cuando llegado ese momento se sintiera mejor.

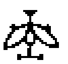
Sin embargo, no estaba segura de que visitar a Dwight fuera una buena idea. Recordó la forma en que Byles le había dicho:

«Oh, pobre mujer», y pensó que quizá debería esperar antes de verlo o, más bien, de dejar que él la viera. Fanny sabía que Dwight tenía ideas de lo más románticas y poéticas sobre ella y su perfección, y si la viera en aquel momento poco favorable, probablemente creería que en adelante tendría siempre aquel aspecto, y entonces…

Entonces Fanny dio una leve sacudida, porque se sentía avergonzada. Ese chico. Como si importara lo que pudiera pensar. No, no iría a verlo. ¿Acaso era ya tan mayor como para apreciar la compañía de un universitario? El siguiente paso, si no andaba con cuidado, sería ir a Eton en busca de admiradores; y en ese momento le vinieron a la cabeza, sin motivo aparente, las palabras «en la salud y en la enfermedad…».

Qué placenteras, apacibles y seguras, pensó, recordándolas con añoranza.

Sí, pero no había que olvidar que hacían referencia a los maridos. Eran ellos quienes debían permanecer con sus esposas en la salud y en la enfermedad, en la etapa de la piel tersa y en la de las arrugas. Los amantes no tenían por qué, y tampoco se les pasaría por la cabeza hacerlo, en particular a los jóvenes. Sus aspiraciones eran tan altas cuando se enamoraban, que el esfuerzo por mantenerse a la altura agotaba a las mujeres y provocaba las reacciones que terminaban por ahuyentarlos. Y no era que Fanny hubiera tenido que esforzarse demasiado… bueno, solo un poco, tal vez, durante la última visita de Dwight, cuando la vio por primera vez tras su enfermedad y la miró con aquella expresión deplorable. Fanny había pensado que sus ojos reflejaban una compasión profunda y afectuosa. Ahora ya no estaba tan segura. Podría haberse tratado, perfectamente, de otro «Oh, pobre mujer».



Caminando por el andén de la estación de Paddington, ese escenario de tantas partidas felices, porque Conderley, en la época que ahora Fanny recordaba como «la era Conderley» —de igual modo que los geólogos hablaban de «la era de los reptiles»—, había sido gentilhombre de cámara de la reina y cuando le tocaba servir en Windsor en ocasiones Fanny lo visitaba y pasaba la tarde con él, aunque regresara a tiempo para la cena con los brazos repletos de flores y los ojos encendidos (porque, aunque se

intente negarlo, no hay nada como un amante para encender por completo a una mujer); caminando, pues, por aquel andén lleno de recuerdos aquella mañana oscura y nebulosa, Fanny, rodeada de los pasajeros que esperaban el tren, tenía el aspecto de un ave del paraíso que se hubiera mezclado con una bandada de gorriones. Es decir, llamaba la atención. De manera extraordinaria. El negro, como Manby describía el más sobrio de sus vestidos, en absoluto parecía sobrio al lado de las prendas de los pobres. Inevitablemente, el origen del vestido bastaba para convertirlo en ostentoso, como también lo era su pequeño sombrero negro, colocado en el ángulo exacto sobre un ojo. Aquel sombrero, un objeto desenfadado y provocador a ojos de las humildes mujeres que esperaban en el andén, era de lo más sencillo, salvo por una única pluma escarlata que destacaba, alegre y brillante, en mitad de la penumbra; los ojos de Fanny, si bien eran el reverso de la alegría, también brillaban debido a la reciente pelea con *sir* Stilton, y sus mejillas seguían rojas de rabia. De modo que por todos esos motivos resultaba ser una figura llamativa y un puñado de mujeres abrumadas por el peso de los fardos y los bebés la observaban con una mezcla de envidia e indignación.

—Es una de esas mantenidas —decidieron, y las más abrumadas comentaban a sus vecinas de rostro adusto que había mucho que decir sobre las mantenidas.

—Cállese, señora Tombs —la reprendió la mujer que tenía al lado.

—Hola, Fanny —dijo una agradable voz masculina a sus espaldas cuando el tren entró en la estación—. ¿Adónde vas con esta espantosa niebla? —Y mientras Fanny se volvía, sorprendida e irritada porque no tenía el menor deseo de encontrarse con nadie conocido, el hombre la miró de arriba abajo con ojos centelleantes y añadió—: Tienes un aspecto estupendo esta mañana. Ya vuelves a ser la de siempre, ¿verdad?

Fanny se reanimó de inmediato. Allí estaba, tras largas semanas, por fin la familiar nota de admiración. Fa hizo entrar en calor como el vino; la animó como un tónico; mucho mejor que cualquier medicina o consejo que los médicos pudieran darle era aquel sencillo comentario en la voz de su primo acerca de su buen aspecto. Al diablo con los cumpleaños, al diablo con Byles y con Job, pensó Fanny sonriendo a los ojos sonrientes que de manera tan abierta y aduladora captaban hasta el último detalle de su aspecto.

—Acabo de salir de un salón de belleza y de la consulta de un médico —dijo Fanny—, así que si no tengo buen aspecto ahora, ¿cuándo lo tendré?

—¿Un médico, Fanny? ¡Ay, querida! —respondió Pontyfridd, tomándola del brazo y avanzando con ella por el andén hacia un vagón apropiado (era su primo hermano y había sido su primer amor cuando Fanny iba a la escuela, siempre habían sido grandes amigos)—. No te acostumbres a los médicos, por el amor de Dios. Ya tomaste suficientes medicamentos durante los meses que pasaste en el campo. Ahora olvídate de eso y disfruta. Niggs… —Niggs era su esposa— se pasa la vida en la consulta de ese tipo. El tipo de Harley Street. Styles, o algo por el estilo.

—Byles —dijo Fanny.

—Eso es, Byles. Cielo santo, qué nombre. ¿Lo conoces?

—¿Que si lo conozco? —respondió Fanny alegremente, pues, de pronto, Byles y su odiosa cháchara le parecieron totalmente despreciables. Allí estaba ella, con alguien de su entorno, de su clase, de su sangre, y era tan agradable, se sentía tan cómoda y segura, después de la desolación que le había causado la presencia de Byles—. Por eso mismo —dijo entre risas mirando a Pontyfridd, más corpulento que nunca con su abrigo forrado de piel— me voy a pasar el día al campo, para intentar recuperarme de mi encuentro con él.

—Magnífico, querida. Ven conmigo y nos recuperaremos juntos. Pero espera a que comiencen a llegarte sus facturas; entonces sí que necesitarás recuperación. A mi pobre Niggs le ha encontrado más achaques de los que pueden caber en su diminuto cuerpecillo. Voy a Windsor. Tengo que hablar con el encargado de las obras sobre un asunto del castillo. Podemos comer juntos y así me cuentas qué se te ha metido en la cabeza para que hayas comenzado de nuevo tus visitas a los médicos. Sí, querida, hoy vas a comer conmigo —añadió, cuando Fanny abrió la boca para decir algo—. Hace años que no vamos juntos a ningún sitio.

La ayudó a subir al vagón.

—Mírelos —gruñó la señora Tombs, dando un codazo a la mujer que tenía al lado—. Subiendo a un vagón de primera clase mientras que usted y yo, por ser decentes, tenemos que ir en tercera como sardinas.

—Cállese, señora Tombs —la reprendió la mujer.

Sin embargo, la señora Tombs no estaba dispuesta a callarse. Al contrario, se dedicó a hacer comentarios en voz alta sobre la manta con que aquel caballero envolvía las rodillas de la dama.

—¿Ha visto esa manta? —le preguntó a su ruborizada compañera—. Pieles de las buenas. ¿A usted o a mí nos envuelven en pieles? Ni por asomo, y todo porque somos decentes. Hágame caso, señora W.: ser

decente no sale a cuenta.

—¿Quiere hacerme el favor de callarse? —dijo la mujer, escandalizada.

—Pues no. Llevo callada demasiado tiempo, y no pienso callar más. Callando no se consigue casi nada, y tampoco siendo decente. Si pudiéramos ver lo que guardan esos dos en sus estómagos, me apuesto lo que quiera a que están a rebosar de beicon del bueno. Usted y yo no tenemos beicon en el estómago, ¿verdad que no? ¿Sabe por qué?

—No, y no quiero saberlo —espetó la mujer, tratando de apartarla de allí.

—Lo quiera o no, se lo voy a decir —insistió la señora Tombs—. Porque somos decentes. Y le digo que no sale a cuenta, y estoy harta, así que lo dejaría todo mañana mismo y me largaría con él o con el primero que se cruzara en mi camino, si me invitara a un desayuno caliente en condiciones.

—Es una pecadora y voy a tener que rezar por usted —fue cuanto la mujer, escandalizada, pudo decir mientras seguía intentando llevársela a otra parte.

—George, querido —dijo Fanny, con cuidado de no mirar por la ventana, porque, a pesar de que no oía bien lo que aquellas dos mujeres decían, no pudo evitar la sospecha de que sus comentarios se refirieran a ella y a su primo, y no fueran demasiado agradables—, ¿crees que esa pobre mujer…? ¿Dirías que ha estado…?

—Eso diría yo —respondió Pontyfridd, que tenía el oído tan fino como la vista y no se le había escapado ni una palabra—. Pobre infeliz —añadió—. Aunque en una mañana tan horrible como esta a cualquiera le apetecería. Pero debo decir que me parece un poco temprano. —Y movido por un impulso repentino (Pontyfridd era famoso en la familia por sus impulsos repentinos) abrió la puerta, bajó del vagón, se acercó a las dos mujeres, que parecían absolutamente asustadas, y le dio unas palmaditas en el hombro a la señora Tombs para tranquilizarla.

—Perderán el tren, señoras —dijo con tono agradable—, si se quedan ahí chismorreando. Suban al tren y tómense una apetitosa comida caliente. A mi cuenta, por supuesto. Se lo diré al encargado. Dense prisa… y pidan montones de beicon con el pollo —añadió, mientras le guiñaba un ojo a la señora W., quien, como ella misma explicó más tarde, estuvo a punto de desplomarse, y empujaba suavemente a la señora Tombs al tiempo que la señora W. tiraba de ella hacia la parte trasera del tren.

—Ocupen sus asientos, por favor —gritó el jefe de estación, paseándose

con su bandera verde.

—Espere un momento —dijo Pontyfridd—. Deje que estas damas suban al vagón del restaurante —le pidió, y cuando hubo regresado a su compartimento, cerró la puerta, colocó de nuevo la manta alrededor de Fanny y le preguntó si había oído lo que habían dicho.

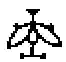
—No —respondió ella—. Pero tengo la impresión de que ha sido desagradable. ¿Qué han dicho?

—Te lo diré durante la comida —respondió Pontyfridd entre risas, acomodándose en un asiento del rincón.

Pero muy pronto dejó de reír y dijo, por segunda vez: «Pobre infeliz». Y entonces se inclinó hacia Fanny y le preguntó:

—Fanny, ¿no te odias, a veces?

Y cuando, ante una pregunta tan extraña, ella le sonrió y, como la mujer adorable y deseable que era, respondió: «No. ¿Debería?», él la miró durante un instante con expresión pensativa y ofreciéndole su pitillera, añadió: «Vaya, vaya, hay que ver lo que nos cuesta madurar, ¿no te parece?».



Fanny no tenía la menor idea de qué significaba aquello, pero como no sonaba demasiado prometedor, decidió no preguntar.

Además, el rostro de Pontyfridd tenía una expresión como si se muriera de ganas de entablar conversación sobre la situación europea: una expresión seria y ligeramente abstraída.

Ella era una mujer sensata —siempre se había enorgullecido de su sensatez—, y sabía que a veces los hombres debían ser serios. Pero que lo fueran, pensaba, en sus oficinas, o en las reuniones del gabinete, o en sus catedrales, o en la asamblea, y que no desperdiciaran los momentos valiosos en compañía de una mujer bonita. Todo tenía su momento. Incluso la Biblia decía que había un momento para cada cosa, y en cuanto a lo de «mujer bonita», Fanny sabía muy bien que en su caso la expresión se quedaba corta. Siempre había sido bellísima. Sencillamente, no era capaz de recordar una sola ocasión en que, al hacer entrada en una habitación, no se hubiera producido un súbito silencio, como si los presentes hubiesen contenido a un tiempo la respiración.

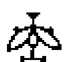
De modo que, naturalmente, hasta hacía poco había estado siempre muy segura de sí misma, y justo unos momentos antes, en el andén, cuando los ojos de Pontyfridd la habían examinado con un placer y una admiración

tan evidentes, Fanny se había sentido tan segura como siempre, olvidándose de repente de sus recientes dudas y preocupaciones, como si *sir* Stilton y su ridícula expresión «Oh, pobre mujer», no hubieran existido jamás. Por consiguiente, le parecía una lástima que George, por lo general tan alegre y acertado, decidiera, de repente, ponerse serio. Y todo por culpa de aquellas dos borrachas. Fo habían incomodado. ¿Cuál era el poeta que el pobre Jim Conderley solía citar, aquel que decía que jamás podría entregarse de pleno a la felicidad porque algún día le llegaría el momento de la muerte y porque las mujeres enfermaban de cáncer? Algo por el estilo había dicho, pero Fanny no recordaba las palabras exactas. ¡Como si ayudara en algo, eso de no ser feliz! George era un poco así. Cada vez que veía a un pobre o a alguien que pasaba frío, dejaba de estar contento. Si Fanny no hubiera estado allí es probable que les hubiera regalado su abrigo de piel a aquellas dos mujeres. Al fin y al cabo las había invitado a comer, descubrió Fanny cuando el encargado apareció para preguntar si el pedido era correcto.

—Eres un auténtico encanto, George —dijo cuando el hombre se hubo retirado, al tiempo que apoyaba afectuosamente la mano en la rodilla de su primo—. *Ojalá* se me hubiera ocurrido a mí. Pero, al parecer, siempre se me ocurren las cosas cuando ya es demasiado tarde… ya me entiendes.

—Vida mía, si hubieras intentado algo, habrías causado una gran sensación y esas mujeres habrían salido corriendo como liebres. ¿Tienes frío? —preguntó de repente, mirándola con mayor atención.

¿Qué había notado?, se preguntó Fanny, y hundió el cuello, arrebujándose en el abrigo.



En aquel momento el tren ya había dejado atrás la oscura niebla de Londres y se había adentrado en una neblina blanca. Un resplandor muy poco favorecedor llenaba de luz el vagón y el único modo de escapar de él era escondiéndose en el cuello de su abrigo. Además, la ira que Byles había desatado en ella ya había amainado, y con ella el brillo de sus ojos. Y también la presencia de aquellas mujeres y el hecho de que George hubiera pensado más en esas dos desconocidas que en ella y que se hubiera puesto serio, sin duda la había afectado. De modo que, si bien consiguió mostrarse risueña durante un rato, como su primo continuaba pensativo, su sonrisa se fue apagando a medida que la luz se volvía más intensa y después de West Drayton desapareció por completo, pues entonces los ojos de él de repente

comenzaron a escrutar su rostro, lo cual le llevó a preguntarle si tenía frío.

Aquello significaba que debía de tener mala cara. Era muy poco halagador, eso de tener mala cara. Aletas de la nariz aplastadas y cosas por el estilo.

—Oh, no, ni un poco —respondió rápidamente, hundiéndose aún más en el abrigo.

—Procura no resfriarte, Fanny —dijo, inclinándose hacia ella; luego le agarró el cuello del abrigo con ambas manos y la arropó.

No había duda. Aquellos ojos terriblemente observadores habían percibido lo que, a decir de Hélène, necesitaba una enorme ayuda, y entonces decidió que no había nada que pudiera inducirla a almorzar con él. ¿Sentarse delante de su primo, probablemente frente a una horrible ventana de cristal biselado y verse obligada a desabrocharse el abrigo? Ni hablar.

Después de haberla arropado, creyéndola cómoda y abrigada, él dio una palmadita casi maternal encima de la manta y dijo:

—No deberías salir en días como hoy. Hace demasiado frío para una personita tan menuda como tú. Ya sé qué voy a hacer —añadió rápidamente—. Tengo un poco de *brandy*. Te serviré una copa y entrarás en calor —le aseguró, mientras sacaba una petaca y comenzaba a servirle un chorro en un vaso diminuto.

—¿De verdad tengo un aspecto tan… extraño? —balbuceó Fanny.

—Extraño no, querida. Tú siempre tienes un aspecto adorable… —Bueno, eso estaba mejor—, pero pareces un poco cansada —añadió, resuelto a no derramar ni una gota de *brandy*.

Cansada. Qué poco favorecedor. Los ojos hundidos y demás. Qué poco le gustaba que le dijeran que parecía cansada; cuánto lo temía. Sabía a la perfección a qué se refería la gente cuando, llena de compasión, le decía: «Fanny, querida, ¡se te ve tan cansada! ¿No crees que deberías acostarte?».

—En Paddington me dijiste que tenía un aspecto… —comenzó, pero enseguida se interrumpió.

—Porque allí lo tenías —respondió él—. Estaba oscuro como boca de lobo —dijo, y sonrió mientras le ofrecía el vaso—, y cualquiera tiene un aspecto saludable en esas condiciones.

El *brandy* se derramó. Ya fuera porque el tren dio una sacudida o porque ella estuvo torpe al coger el vaso, o por ambas cosas, el hecho es que se derramó.

—No me ha parecido muy amable de tu parte —dijo Fanny, mientras dejaba el vaso a un lado y se recostaba en un rincón. Entonces fue ella quien

se cubrió todo lo que pudo el cuello con el abrigo—. No, no me sirvas más. Además, tú bajas pronto. George, este ha sido el primer comentario hiriente que me has hecho en toda tu vida.

—Querida, preferiría la muerte a dañar aunque fuera uno solo de tus maravillosos cabellos… —¿acaso había notado también que había comenzado a perder pelo?—, pero ya sabemos que has estado muy enferma y que aún no estás tan fuerte como lo estarás dentro de poco. Vaya, ya estamos en Slough. Vamos, el otro tren nos espera.

Pero Fanny no estaba dispuesta a seguirlo. No, ella quería ir a Oxford. No, no se había comprometido a almorzar con él. No, había planeado ir a Oxford y se ceñiría a sus planes.

—Vas a perder el tren —dijo Fanny, mientras él, todavía en la puerta, trataba de convencerla.

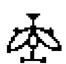
—Mi querida Fanny, no seas aburrida. Mira cómo brilla el sol. ¿Quién querría ir a Oxford, a perder el tiempo con estudiantes…?

¿Perder el tiempo? ¿Quería decir que ni siquiera los estudiantes…?

Lo miró sobresaltada. Después de aquello nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión. Así que él se fue, y cuando el tren de su primo se alejaba de la estación y tomaba la curva de Windsor, y el suyo avanzaba en dirección contraria, Fanny se sintió de nuevo abatida y asustada.

Pero pronto se calmó.

«Te estás volviendo demasiado desconfiada y susceptible», se dijo en voz alta, y decidió que probablemente lo que necesitaba era una buena comida, y que lo primero que haría al llegar a Oxford sería regalarse una.



Evitando los grandes hoteles, entró en uno pequeño que encontró por casualidad en una callecita recóndita, donde almorzó a solas, salvo por la presencia de una anciana sentada en un rincón oscuro, y fue atendida por un camarero entrado en años. Había un fuego grande y vivo y un aparador rebosante de relucientes soperas vacías y enormes cubreplatos que no cubrían nada, y la comida le pareció mejor que la que hubiera probado jamás en su casa.

«¿Por qué no cocinará la señora Denton estas cosas para mí?», se preguntó, llevándose a la boca algo que no sabía qué era pero que le gustaba mucho.

Se lo preguntó al camarero, que pareció sorprenderse un tanto por la

pregunta, y resultó que era un trozo de pastel de carne, y la verdura, le informó, de nuevo con expresión sorprendida por los elogios de Fanny, era col.

—Col rizada —dijo el camarero.

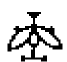
—Col rizada —repitió Fanny, con el firme propósito de no olvidar el nombre para preguntarle a la señora Denton si había oído hablar de ella.

Después del pastel de carne llegó otro de manzana y crema, pero aquel no le gustó tanto. Había que estar muy hambriento, pensó, para disfrutar de aquella masa. El café, sin embargo, estaba caliente y tenía buen sabor, de modo que Fanny acercó su silla al fuego para tomárselo allí. Encendió un cigarrillo y, saciada y a gusto, se sintió inclinada a permitirse una sonrisa, tras las varias emociones de la noche y también del día, congratulándose por estar sentada calentándose las rodillas junto a un fuego extraño en Oxford, en un estado difícilmente distinguible de la placidez.

«Ha sido el pastel de carne —decidió en ese mismo momento—. Estoy, como diría Edward, llena, o atiborrada, o alguna otra espantosa palabra por el estilo…». Edward era el que había sucedido a lord Conderley, y contrastaba tanto con él como el período cenozoico con la era de los reptiles que lo había precedido. Fanny reconoció que sus sentimientos no podrían liberarse mientras estuvieran sepultados en pastel de carne, de ahí su estado de inactividad. Qué útil. No debía olvidarse de preguntarle a la señora Denton si sabía prepararlo. Tal vez lo probara cuando Job comenzara a darle la lata. Y con la vista clavada en el fuego, sus pensamientos volaron hacia Edward en sus buenos tiempos.

Su querido Edward. Qué divertido era. Totalmente irrespetuoso con todos y todo aquello que Conderley le había enseñado a venerar. Jamás abría un libro. Decía que la poesía le provocaba dolor de estómago. Y una vez, al principio, cuando la atmósfera Conderley aún flotaba a su alrededor y Fanny dijo algo de Wordsworth, Edward lo llamó «cara de besugo». Aquello, claramente reprobable, la había animado en grado sumo. Es extraño lo beneficioso que pueden resultar los cambios. Su querido Edward. Tenía un aspecto particularmente elegante en Ascot, con su sombrero de copa gris. Sin embargo, también aquello había terminado en lágrimas. No el sombrero de copa, y durante un breve momento se preguntó cómo terminaban los sombreros de copa grises, sino sus días felices juntos. Las lágrimas de él, también en aquella ocasión; nada menos que Edward, llorando desconsolado. Pero llegado ese momento Fanny ya mantenía una relación con Perry —el que acabó teniendo aspecto de hombre paciente— y

lo único decente que podía hacer era decirle adiós a Edward. Esperaba que se hubiera conservado bien. No le interesaba tanto la parte del bien, que, sin duda, también la deseaba, como la de que se hubiera conservado. Había sido un hombre tan atractivo que Fanny lamentaría muchísimo que, por ejemplo, hubiera engordado, o que se hubiera dado al *whisky* en una de esas cálidas islas donde era gobernador, o algo por el estilo.



Sumida en el pasado, se quedó allí sentada fumando mientras la anciana que ocupaba la mesa del rincón oscuro la miraba con hostilidad. Las mujeres mayores pertenecientes a esa clase que se cree el pilar de Inglaterra y todos los clérigos que no la conocían de cerca en aquella época siempre la observaban con recelo. Fanny era sumamente atractiva pero había quedado maltrecha. Y las mujeres de bien, según los clérigos y las ancianas, no son atractivas ni quedan maltrechas, sobre todo no quedan maltrechas. Las verdaderas mujeres de bien se marchitan gradualmente, según ellos. Se van apagando hasta volverse como sus madres.

Sin embargo, Fanny, a sus cincuenta años, no se parecía en absoluto a la madre de nadie, sino que se había convertido en la clase de mujer ante la cual los clérigos retrocedían instintivamente, y si se la encontraban en un tren cambiaban de vagón, y si se cruzaban con ella por la calle volvían la cabeza y clavaban concienzudamente la mirada en cualquier otro lugar. Por el contrario, si en un acontecimiento público Fanny estaba sentada en la tribuna entre arzobispos y su nombre figuraba en la lista de colaboradores, de manera que todo el mundo podía saber quién era, la confianza y la admiración hacia Fanny que se despertaba en ellos no conocían límites.

«La hermosa *lady* Francés Skeffington estuvo aquí… ya sabes, la hija del duque de St. Bildads, el desafortunado que se arruinó por culpa de los impuestos sobre sucesiones que tuvo que pagar tres veces en cinco años», solían decirles más tarde a sus esposas. «El arzobispo pareció alegrarse mucho de que ella se sentara a su lado».

«¿No estaba divorciada, o algo así?».

«Querida, no somos quiénes para juzgarla».

Aquello, sin embargo, no era un acto público, no había una lista de nombres que orientara a nadie y la anciana solo podía guiarse por las apariencias. En aquel lugar estaban en contra de Fanny, que entonces oyó una voz procedente del rincón que tenía a sus espaldas y le decía con

claridad:

—Me molesta que fume.

Fanny se quedó perpleja y se volvió a toda velocidad. Se había olvidado de la anciana.

—Lo siento mucho —dijo, y lanzó el cigarrillo al fuego.

—De haberme preguntado si me molestaba, le habría dicho que sí —añadió la anciana, doblando su servilleta y haciéndola pasar por un servilletero de hueso—. Pero como no me lo ha preguntado me he visto obligada a decirle, sin que me lo preguntara, que me molesta. Me molesta muchísimo.

—Lo siento mucho —repitió Fanny.

Entonces se produjo un silencio durante el cual la anciana, al amparo de la oscuridad de su rincón, estudió la vista lateral del pequeño sombrero negro de Fanny, pues esta, ahora consciente de su presencia, consideró que era de mala educación darle la espalda y volvió la silla un poco, mostrándole el contorno de su pluma escarlata, la punta de una nariz célebre y un pendiente consistente en una única piedra, que la anciana juzgó de imitación.

«Se puede disculpar a una jovencita hermosa —pensó— por ser hermosa, porque ella no tiene la culpa, pero una mujer mayor tiene que asumir su culpa si, mediante artificios que deberían avergonzarla, consigue un aspecto más o menos favorecedor. Probablemente esta ha venido aquí, toda maquillada y emperifollada, a engatusar a jovencitos inocentes».

Entonces dio gracias al cielo por no tener ningún jovencito inocente susceptible de ser engatusado, ni aquello que, en tales circunstancias, a menudo precedía a los jovencitos: un marido. Porque también los maridos, en su opinión, eran susceptibles de verse enredados en las actividades de las féminas depredadoras.

«Debe de estar a punto de irse», pensó Fanny, que había visto la servilleta colocada en el servilletero y dedujo que la anciana debía de hospedarse en el hotel y que le gustaba utilizar siempre la misma.

Tenía muchas ganas de fumarse un cigarrillo, y también muchas ganas de salir después a tomar el sol, antes de que aquel hermoso día de invierno cediera el turno a la noche; como la anciana no se movía de su silla fue ella quien se levantó, le dedicó una débil sonrisa por encima del hombro —que no recibió el más mínimo movimiento a modo de respuesta— y avanzó por el pasillo.

Enfrente vio una puerta en la que se leía «sala de fumadores». Se abría a

un pequeño salón en el que había otra lumbre viva, y una vez en el interior Fanny acercó una silla cómoda al fuego, se sentó y encendió un cigarrillo. No habían pasado ni cinco minutos cuando la anciana entró en el salón y se quedó allí de pie, mirando a Fanny.

—¿Le tapo el fuego? —preguntó Fanny tras unos segundos, durante los cuales no hubo palabras, y se hizo a un lado—. Ah, ya —añadió con una sonrisa, sosteniendo el cigarrillo en alto—, ¿aquí también le molesta que fume?

—Por supuesto que me molesta —respondió la anciana escuetamente.

—Pero ¿no ha visto el letrero de la puerta? —se justificó Fanny.

—Usted me ha preguntado si me molesta, y yo le he respondido.

—Sí, claro. Entonces…

Fanny arrojó también aquel cigarrillo al fuego.

La anciana permaneció en medio de la sala, apoyada en su bastón.

—Si no me he quejado a la dirección mil veces no me he quejado ninguna —dijo con tono irritado—. Les he pedido que cubran ese letrero y cuelguen uno en que se lea «privado». Este es mi salón.

—Lo lamento mucho —dijo Fanny, levantándose a toda prisa de la silla —. Aunque supongo que se da cuenta de que yo no podía saberlo.

—Tal vez debería informarle de que el salón está reservado para mi uso personal, siempre y cuando nadie más se hospede en el hotel. La gente de paso no cuenta. Y supongo que usted está aquí de paso, ¿verdad?

—Sí, pero es probable que reserve una habitación para esta noche, y aunque no me quede en ella, eso me daría derecho a utilizar el salón, ¿verdad? —preguntó Fanny.

—Por supuesto, si es que le gusta derrochar el dinero —respondió la anciana, mirándola de arriba abajo, como si se preguntara de quién sería ese dinero—. Aunque me parece un precio muy alto por el cuestionable placer de fumarse un cigarrillo.

—Tendré que fumarme varios, para compensar —dijo Fanny con una sonrisa.

—Entonces me retiraré a mi habitación. Y no es que no esté acostumbrada a eso. En época de clases viene mucha gente rara a Oxford y siempre quieren fumar aquí. La dirección del hotel es de lo más desatenta y no hace nada para evitarlo. A veces es tan desatenta que incluso se diría que quieren que me vaya. Aunque, como vivo aquí la mayor parte del año, supongo que mí presencia tiene algún valor. Y también están los de la compañía de teatro, una pandilla de groseros. Llegan aquí a armar jaleo y la

dirección no hace nada. Por mucho que me desagraden las salas de cine, debo admitir que en las ciudades universitarias cumplen su función. Al menos esas criaturas absurdas, que se hacen llamar estrellas, se quedan pegadas a la pantalla y no se apartan de ella ni siquiera cuando ha terminado la sesión, de modo que no se pasean por la ciudad molestando y causando problemas.

Fanny, durante ese discurso, se fue aproximando lentamente a la puerta. Sospechaba que acabaría atosigándola. Era evidente que la pobre anciana no tenía a nadie con quien hablar y se moría por decir lo que pensaba. Si ella, Fanny, fuera una mujer buena y amable de verdad, se quedaría a escucharla, pero pensó que no era lo suficientemente buena ni amable, tan apremiante era su deseo de escapar. Siempre había temido a los incontinentes. En un poema que Jim solía leer en voz alta aparecía uno malicioso, y era una pesadilla el modo en que insistía en hablar y hablar, sin dejar que el infeliz al que había pillado —quien, si mal no recordaba, estaba muy ocupado y tenía mucha prisa— se marchara hasta que él hubiera soltado todo lo que tenía que decir. La anciana daba señales de ser pariente cercana de aquel individuo. No se parecía en mucho a las noches de Laponia. No había nada sereno ni apacible en ella, y desde luego nada hermoso. Algo fallaba en aquella descripción de la vejez. El poeta que la escribió debía de ser muy joven y no habría visto a demasiadas mujeres mayores. Aquella que tenía delante, sintió Fanny con inquietud, se acercaba mucho más a la realidad. ¿Era posible que algún día se volviera como aquella mujer? ¿Tan vieja que todos los que la apreciaban hubieran muerto, obligada a arrastrarse de hotel en hotel porque sus sirvientes también habían muerto y no le gustaban los nuevos? ¿O, aún peor, tal vez a merced de un acompañante, un acompañante que cuando ella estuviera aburrida y enfadada la despreciara? Ella, la noble y encantadora Fanny, a quien la vida había envuelto como una corona de flores, sus flancos —era curioso lo pegadizas que resultaban las expresiones de Conderley— cubiertos con guirnaldas de seda, ¿era posible que su vida hubiera tomado ya ese cariz?, se preguntó, utilizando de nuevo palabras de Conderley.

La anciana, que ya había decidido el papel de Fanny en aquella situación, se estaba acomodando en la que sin duda era su butaca favorita, la misma en la que Fanny, decididamente desafortunada aquel día, se había sentado, y se arrellanaba en ella con un gesto desmañado. «¿Por qué no se va? —pensó—. Tengo ganas de dormir una siesta».

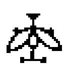
Pero Fanny, pese al miedo de ser retenida, vaciló ante la imagen de lo

que, de marcharse, dejaría al otro lado de la puerta cerrada: el silencio de la sombría habitación de hotel, vacía salvo por la presencia de aquella figura solitaria sentada junto al fuego, una mujer que durante semanas, meses o tal vez años, permanecería sentada en medio de ese mismo silencio, solo roto por el grupo de teatro o por alguna discusión esporádica, sin duda cargada de rencor, con la dirección del hotel. Y entonces pensó: «Puede que algún día también yo me quede ahí sentada, cuando me haya peleado con mi compañero… —Se interrumpió, pues enseguida se impuso su carácter más positivo y añadió—: Supongo que debería quedarme con la pobre anciana y dejar que hable cuanto quiera. George lo haría. Hay que ver lo amable que fue con aquellas mujeres de Paddington. Si incluso les dio unas palmaditas en la espalda».

Pero su carácter más positivo, aún poco desarrollado —«Hay que ver lo que nos cuesta madurar», había dicho George en el tren, sorprendido por algo que echaba en falta en ella—, no logró imponerse durante mucho tiempo. El sol brillaba con demasiada fuerza en la calle, y la sala, con su sombrío contenido, se asemejaba demasiado a un sepulcro. Por supuesto que algún día ella podría estar sentada en aquellas mismas condiciones, pero mientras tanto…

Mientras tanto, huyó. «¿Qué sentido tiene perder el tiempo pensando en sepulcros?», se dijo y, abriendo la puerta, se despidió con un rápido «Adiós» y salió al pasillo.

A lo cual la anciana respondió con un «Gracias a Dios», se arrellanó en la butaca y se dispuso a dormir.



Qué hermoso estaba todo fuera, en la quietud congelada de aquella tarde invernal.

Fanny se quedó durante unos instantes de pie en el borde de la acera, respirando profundamente aquella pureza fría y clara, y sacudiéndose de la ropa lo que le parecía olor a muerto. Allí, en aquellas calles, no había más que juventud; una juventud viva, vital, enérgica, absurda y adorable, con sus arrebatos de felicidad y sufrimiento. Así como en la habitación de la que acababa de salir parecía flotar la mortalidad en el ambiente, allí fuera era como si todo oliera a leche fresca. Cuánto se enfadarían los jóvenes que conocía, pensó divertida, si supieran que le recordaban la leche fresca. Pero así era. Cubos llenos de leche fresca, dulce y espumosa, por todas partes;

por doquier grupos de jóvenes de cabello abundante —se fijaba sobre todo en la abundancia de su cabello—, jóvenes alegres con el rostro iluminado y las mejillas sonrosadas por el frío.

«Esto es maravilloso —dijo Fanny, olvidándose de Byles, de George y de Job, y levantando la cabeza hacia el sol—. Me alegro mucho de haber venido».

Varios cubos de leche fresca pasaron frente a ella por la acera —perdón, quería decir jovencitos—, la miraron tímidamente durante un momento y enseguida ocultaron, bajo el manto de los buenos modales, su admiración e interés. Sin duda había interés y Fanny esperaba que también hubiera admiración, pero de eso no podía estar tan segura porque la luz del sol la deslumbraba. En cualquier caso, resultaría agradable que unos muchachos tan amables la admiraran; tan agradable que, para su satisfacción, decidió que la admiraban, aunque no fuera cierto.

Su intención había sido pasear por el jardín de St. John pero quedaba un poco lejos; se había entretenido tanto con el pastel de carne y con la anciana del hotel que solo faltaba una hora para que se pusiera el sol y comenzaran a cerrar las puertas del jardín. De modo que cambió de planes y se dirigió a los jardines del New College, pues se encontraba a tan solo unos metros de la callecita serpenteante que conducía a la entrada principal. No le hacía falta preguntar cómo llegar, porque aquel era el *college* de Dwight. En ocasiones había almorzado allí y conocía bien la calle, el precioso jardín y el silencioso sendero que se abría al final, con un muro alto a un lado y una cortina de árboles en el otro, un lugar donde, después del almuerzo, Dwight y ella solían pasear. Él, en aquel aislamiento, podía expresar libremente su adoración con los gestos que mejor se correspondían con sus palabras —estudiaba lenguas modernas y elegía muy bien las palabras—, mientras ella escuchaba a los grajos, cuyos graznidos siempre la habían fascinado, que se peleaban y reconciliaban en los nidos de aquellos olmos centenarios. Entonces Dwight decía que el hecho de haber almorzado con ella era un honor tan grande que su habitación quedaría envuelta en una aureola que brillaría por siempre jamás, a través de los tiempos —«Oh, Dwight, eso es mucho tiempo. Mira ese grajo, ¿te parece que está enfadado o que es afectuoso?»—, con todo su fulgor, o resplandor, o lo que fuera; probablemente fulgor, porque Dwight prefería las palabras altisonantes.

Ese era el problema con Dwight: siempre, desde el mismo instante en que quedaba con él, Fanny se volvía una mujer distraída. Incapaz de prestar

atención. Sencillamente, le resultaba imposible. ¿Por qué razón, cuando él estaba prácticamente de rodillas en Charles Street, diciéndole que era la criatura más hermosa sobre la faz de la Tierra, si bien a una parte de ella le gustaba mucho oírlo, la otra parte no dejaba de preguntarse si la señorita Cartwright se habría acordado de llamar a Harrods para que lavaran las fundas de las butacas?

Sabía que era duro para Dwight, que era un cielo además de muy bien parecido, y su devoción por ella era, en aquellos momentos, especialmente grata y reconfortante, pero ¿qué podía hacer? ¿Enmendarse? Sí, lo intentaría con todas sus fuerzas; entretanto, ¡qué agradable era pasear por el que llamaban su sendero, sin él! Fanny y los grajos se llevaban de maravilla; era un momento perfecto de la tarde y ella podía pensar en Dwight y analizarlo con afecto y simpatía sin más, porque no estaba expuesta a aquel incesante torrente de elocuencia del joven, curiosamente monótono, que siempre la arrastraba a un estado de distracción.

Bueno, tampoco era muy complicado sentirse bien a solas en Oxford, se dijo mientras cruzaba las puertas de hierro y se adentraba en el jardín, porque allí los recuerdos eran recientes, inocentes e inofensivos. ¡Qué distintos de los que habrían atenazado su corazón si hubiera ido a Cambridge! Pero no podía haber ido a Cambridge. Hacía años que no visitaba la ciudad, porque fue allí donde vivía su adorado y único hermano, la persona a quien más había querido en su vida; durante las pocas semanas que había vivido en Trinity, antes de que estallara la guerra y él se alistara y muriera de inmediato, ella había pasado todos los sábados y domingos allí, durmiendo en el Bull y haciendo todas las comidas, también el desayuno, en su pequeña habitación en lo alto de una escalera de madera en Neville's Court.

Cuando entró en los jardines del New College, sin saber por qué, el recuerdo de aquella época breve y sumamente feliz le volvió a la mente con gran detalle. Fanny era casi diez años mayor que él y no había nada que ella no hubiera hecho por su hermano. En realidad, no hubo nada que no hiciera, pues, aunque nunca se lo había confesado a nadie, se había casado con Job por él.

Fanny siempre había creído que el señor Skeffington, asombrosamente rico, con una habilidad especial para incrementar su fortuna, era un partido maravilloso para una jovencita pobre como ella. Del mismo modo que Bach era capaz de hacer lo que quisiera con un montón de símbolos negros, combinándolos a placer para crear alguna de sus inmortales fugas, Job hacía

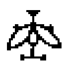
lo que quería con el dinero, que henchía sus bolsillos, con tan solo echar una mirada, un tipo de mirada muy distinta de las miradas perrunas que ella conocía, pues aquellas otras miradas, comunes entre sus colegas financieros, eran duras como el acero, despiertas y concentradas como la del halcón. Tenía un instinto infalible para atraer el dinero y para, una vez en su poder, manipularlo con la facilidad y la destreza de un genio. Siempre compraba en el momento oportuno y vendía en el momento oportuno, y en su vida privada era generoso, amable, afectuoso y leal: el yerno ideal para un duque arruinado que lamentó profundamente perderlo como miembro de su familia tras el divorcio, y no solo porque su fortuna hubiera sido un regalo del cielo.

—¿Es necesario, Fanny, cariño? ¿De verdad te parece necesario? —le preguntó su padre—. ¿No crees que, si lo intentaras con todas tus fuerzas, tal vez podrías…?

Fanny negó con la cabeza.

—Siete, no —respondió—. Además, ahora ya se ha convertido en una costumbre, y dentro de poco es probable que la cifra ascienda a setenta. ¿Permitirías que perdonara setenta deslices?

No. Su padre no permitiría que perdonara setenta deslices.



Trippington estaba en la escuela cuando Fanny se prometió y ella fue a verlo allí para contárselo antes de que nadie más lo supiera.

—¿Qué? ¿Con ese judío? —exclamó horrorizado—. Pero Fan… no puedes hacerlo.

—¿Que no puedo? Ya lo verás. Es un hombre muy bueno. Buenísimo. Más bueno que todos los que conocemos, y también el más… el más agradable, sin duda.

—Pero… piensa en su nariz.

—Ya lo hago. He pensado mucho en ella. Y he llegado a la conclusión de que las narices no lo son todo.

—¿Ah, no? Espera a ver cómo la frunce todas las mañanas por culpa del beicon.

—No habrá beicon. Yo también seré judía, y los judíos no comen beicon.

—¿Tú, judía? —exclamó él, en aquella ocasión totalmente abrumado—. Oh, Fan… no puedes.

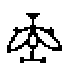
Fanny lo rodeó con un brazo y comenzó a besarlo, pero él la apartó y se sentó con la cabeza entre las manos.

—Trippy, cariño —dijo Fanny, inclinándose sobre él para darle un beso de mariposa con las pestañas con la esperanza de hacerlo sonreír—, no seas bobo ni trates de arruinar mi maravilloso plan. Sé un buen hermano y dame tu aprobación, por favor, cariño.

Pero Trippington, sin hacer caso a aquellas lisonjas, solo dijo:

—Es un maldito… —comenzó, y entonces, con expresión de súbita consternación, anunció que debía salir un momento de la habitación, porque tenía náuseas.

Y ahora, él, por cuyo bien se había casado con Job, para que los miles de hectáreas que su padre había tenido que hipotecar pudieran ser liberadas de toda deuda y le fueran entregadas a él, cuando le llegara el momento de heredar, en el mismo estado en que las habían dejado sus antepasados, había desaparecido hacía ya mucho tiempo, y Job, que redimió la deuda, también había desaparecido; Trippy, para siempre, tras las chirriantes puertas de la muerte, y Job, también para siempre, por supuesto, pero de manera bien distinta. En su caso, si quería, Fanny aún hubiera podido mortificarlo o, siguiendo la ridícula sugerencia de *sir* Stilton, invitarlo a cenar, mientras que a Trippy… Ah, pero, al fin y al cabo, ¿no podría considerarse afortunado, su querido Trippy, por no haber tenido que envejecer? ¿No era una alegría, en aquellos días en que el horror parecía acercarse con rapidez, saber que al menos su adorado hermano estaba para siempre a salvo?



Ensimismada en aquellos pensamientos, Fanny llegó al sendero solitario tras haber recorrido, con la elegancia que hacía sus movimientos tan agradables a la vista, el tramo bordeado de arriates guarecido por el enorme muro gris; dos profesores que discutían sobre Pitágoras en una sala del piso superior con vistas al jardín hicieron una pausa para observarla mientras avanzaba.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó uno, ajustándose a toda prisa los anteojos.

—No lo sé —respondió el otro, ajustándose a toda prisa los suyos—. Pero a juzgar por lo que he visto, se podría decir que es atractiva.

—Bueno, no hemos visto demasiado. Y las mujeres, vistas por detrás,

suelen tener un aspecto diferente del que presentan si se las ve por delante. Resultan más atractivas, quiero decir.

—Cierto, cierto. ¿Cuál prefiere?

—Ambas —respondió el otro—. Y ahora, volviendo a Pitágoras…

Avanzando por el sendero, Fanny llegó a la curva que torcía por detrás de los árboles plagados de grajos y regresaba gradualmente por el lado sur del jardín, de nuevo hacia las puertas de hierro. En aquella curva había un banco, y en el banco, pese al frío de la tarde en aquel lugar privado de sol, un muchacho y una joven absortos en un beso; de hecho podría decirse que estaban atrapados, el uno en los brazos del otro. Fanny jamás había visto un beso tan sincero, tan entusiasta y vigoroso. A la joven se le había caído el gorro, que permanecía en el suelo sin que nadie reparara en él. Los rizos oscuros y tupidos de ella, totalmente alborotados, eran la única parte de su cabeza que quedaba a la vista. Tan ensimismados estaban, tan oscuro era el rincón rodeado de arbustos y tan ligera la esbelta, por no decir demacrada, Fanny, que esta topó con la pareja antes de que cualquiera de ellos se percatara de la presencia del otro. A punto estuvo de tropezar con sus piernas, estiradas sin cuidado, casi olvidadas, y, sumamente impresionada y avergonzada, lamentando mucho haber perturbado el que, a fin de cuentas, era uno de los momentos más interesantes de la vida, farfulló algo a modo de disculpa. Cuando, con la cabeza inclinada y la mirada discreta y baja, se disponía a seguir su camino a toda prisa, ellos cometieron el mismo error que los conejos, y en lugar de permanecer inmóviles y entrelazados, se apresuraron a soltarse: el joven era Dwight.

—Oh —dijo él, poniéndose de pie con dificultad al tiempo que se colocaba bien la bufanda y se pasaba la mano por el pelo. Tenía el rostro rojo escarlata.

—Oh —dijo Fanny, deteniéndose, incapaz de hacer frente a un acontecimiento social por primera vez en su vida.

La joven, que también estaba colorada —en su caso por la virulencia del besuqueo—, permaneció sentada, los rizos salvajemente desordenados (afortunada criatura, pensó Fanny incluso en aquella situación, por tener tanto pelo que, cuando se desordenaba, el desorden era salvaje), mirando fijamente, medio avergonzada y medio desafiante, a la mujer mayor que parecía conocer a Dwight.

¿Podría ser su madre? Había oído que las mujeres americanas ricas eran muy elegantes. Y si era su madre, ¿no estaría a punto de estallar una discusión? Sin embargo, a juzgar por la expresión de la mujer y la de

Dwight, parecía que ya hubiera estallado, aunque, ¿qué había hecho de malo, salvo disfrutar y contribuir a que Dwight también lo hiciera? ¿Qué había de malo en un poco de disfrute?

La joven tiró de la manga de Dwight.

—Si es tu madre tal vez deberías presentarme —susurró, pero los tres estaban tan cerca que el susurro no fue lo más acertado.

—Hazlo, Dwight —dijo Fanny, sintiéndolo muchísimo por él.

Dwight masculló algo que ni Fanny ni la joven lograron entender. Sonó a algo así como la señora Parker, Perkins, Parbury, Partington o algo que comenzaba por Par y terminaba en algo muy confuso. La joven solo entendió la sílaba Skeff. Pero Skeff era suficiente para que se diera cuenta de que no era la madre de Dwight, a menos que se hubiera vuelto a casar. Quizá su tía, entonces, aunque no sabía por qué motivo, si fuera su tía, debería estar tan alterado.

Entonces se dieron la mano. La joven se levantó para la ceremonia y se reveló como una criatura pequeña y regordeta, bastante voluminosa con aquel jersey de lana amarillo, y de piel tersa, desde luego, pensó Fanny, que, contemplando a la joven allí de pie, desplegada en todo su esplendor, sintió más pena que nunca por Dwight. Cuánto debía de haber sufrido aquel pobre muchacho por culpa de su exigüidad y de su marcada reticencia a dejar que ahora se acercara demasiado a ella, o al menos no tanto como lo había hecho a veces, antes de su enfermedad, cuando todavía tenía bastante pelo y él se lo acariciaba. Aquella criatura pequeña y rellena, que rebosaba tierna juventud a través del jersey, tenía carnes sustanciosas, estaba intensamente viva, parecía a punto de estallar de tanto vigor; Fanny, mirándola, se sintió como si sus huesos tuvieran apenas el revestimiento necesario para no ofender a nadie, y que no era más que un espectro surgido de un pasado frío, extraviado en una época de calidez a la que no pertenecía. De pie frente a aquella muchacha desbordante de juventud, ni siquiera la ofendió que la tomara por la madre de Dwight. Podría haber sido perfectamente su madre. Era la conclusión más lógica a la que podía llegar aquel cerebro joven y vital. Además, Fanny estaba demasiado apenada por él, allí de pie, indefenso, sus exquisitas palabras y su elocuencia silenciadas, para ofenderse por algo así.

Pero no tenía ni idea de qué hacer a continuación. Y era evidente que Dwight tampoco. Ante lo que Fanny había visto y los dos jóvenes sabían que ella había visto, una conversación en términos normales habría sido una farsa. Una demostración de gentileza por parte de Fanny solo serviría para

mortificar aún más al pobre Dwight, y sugerir algo de lo más común, como que fueran a tomar el té con ella al Mitre, o a cualquier otro lugar, sentarse a tomar el té con él en aquellas circunstancias habría sido una farsa y una tortura de lo más sutil para el desgraciado joven.

Fue la muchacha quien solucionó el problema. Como no le agradaba la expresión de ninguno de los dos, y sin ninguna gana de verse involucrada en una pelea después de habérselo estado pasando tan bien, se agachó súbitamente, recogió su gorro, se lo encasquetó con la feliz indiferencia de un niño pequeño y, sin importarle que estuviera recto o torcido, dijo:

—Bueno, hasta la vista. Tengo que irme corriendo para prepararle el té a mi madre.

Tras dedicarle un «Buenas tardes, señora Skeff» a Fanny y a Dwight un desenfadado «Hasta esta noche, tal vez», se alejó a toda prisa, dando pequeños brincos mientras se abrochaba la chaqueta.

Sin ella, aunque no podía decirse que llegara el alivio, al menos llegó un cambio; con todo, la situación aún estaba en ese punto en que debe empeorar antes de comenzar a mejorar.

—Lo siento mucho, Dwight —fue cuanto a Fanny se le ocurrió decir, tras un silencio doloroso, mientras avanzaban lentamente por el camino que la había llevado hasta allí—. Es decir…

¿Qué quería decir? Que sentía, suponía, haberlos interrumpido, haberse encontrado con ellos.

Dwight, que tan solo minutos antes había vibrado con el amor más delicioso y placentero, tenía ahora un único deseo, y era no volver a sentir, ver, pensar ni oír nada sobre el amor.

—No importa —respondió con las manos en los bolsillos y la mirada baja, enfurruñado, pateando la gravilla que había al borde del camino.

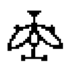
Una respuesta inadecuada, aunque, ¿habría alguna respuesta adecuada —se preguntó Fanny— que el muchacho pudiera dar en aquella situación?

—No hace falta que me acompañes, Dwight —dijo Fanny, tras otro *silencio doloroso*—. Si prefieres hacer… si tienes que…

Pero como todo lo que empezaba a decir complicaba aún más la situación, guardó silencio.

—No importa —dijo él por segunda vez. De nuevo una respuesta inadecuada, mientras continuaba pateando la gravilla del camino.

¡Ay, pobre Dwight! Su elocuencia enmudecía justo en el momento en que, por primera vez, Fanny no se distraía estando con él.



En su sala del piso superior, los dos profesores, al verla reaparecer por el sendero de abajo, se apresuraron a ajustarse de nuevo los anteojos. En aquella ocasión Fanny se acercaba a ellos, y a los hombres les complació observar que era tan atractiva de frente como de espaldas, o así se lo parecía, desde aquella distancia, a sus ojos cortos de vista y cansados por culpa del griego. En realidad, les pareció más que atractiva: parecía realmente hermosa, muy cercana a la idea que ambos tenían de Helena de Troya.

Con prontitud eliminaron a Pitágoras de su conversación y se concentraron en la dama que se acercaba a ellos.

—Ya suponía que no tardaría en encontrar compañía —dijo el que era un poco mayor de los dos.

—Es ese muchacho americano, el joven de la beca Rhodes —comentó el que era un poco más joven.

—Qué lugar más extraño en el que encontrarse… los matorrales del final del jardín.

—Como si fuera el pequeño Moisés.

—Y ella la hija de un rey.

—Podría serlo perfectamente, o ser hija de los dioses.

—Sin embargo, es curioso, pero nuestro alumno becado no parece estar disfrutando demasiado.

—No, ¿verdad? Arrastra los pies.

—Sí, como si estuviera malhumorado.

—Sí, o realmente abatido. Sorprendente. *Si la jeunesse savait…*

—Ah, desde luego. Ah. En fin. Volviendo a esa teoría suya…

Cuando la pareja hubo pasado por debajo de la ventana, los profesores, en lugar de asomarse y estirar el cuerpo para seguir observándola, lo que habría sido indecoroso, no tuvieron más remedio que volver a Pitágoras.

III

Cuando Fanny regresó al hotel donde había almorzado, todo Oxford ya estaba tomando el té. Se había despedido de Dwight a los pies de su escalera, alegando un compromiso mientras esbozaba una sonrisa que no podía ser sino funesta; le contó que aquel compromiso era la razón por la que se encontraba en la ciudad y después de agradecerle que se hubiera ofrecido a acompañarla a donde tenía que ir, a lo que ella le había respondido que encontraría el camino sola y que no era necesario que se molestara, esforzándose para que sus palabras no dejaran traslucir su malestar, Fanny se adentró en la penumbra y salió de su vida.

No se imaginaba formando parte de ella en el futuro. «Es el último —pensó con frío convencimiento—. Presiento que es el último y que mi etapa del amor, como Byles la llama, se ha terminado para siempre».

Justo antes de alejarse de Dwight, despidiéndose aún con la mano, Fanny dijo:

—No te preocupes, Dwight. Estas cosas pueden sucederle a cualquiera…

Pero aquello tampoco sonó bien; parecía repulsivamente magnánimo, o tal vez sonaría a perdón, como si quisiera volver con él, o quizá como sí le resultara indiferente, como si no le importara lo más mínimo.

No. No había palabras para ese momento. Tan solo el silencio.

Entró en una papelería, compró un horario de trenes y averiguó que el siguiente tren rápido hacia Paddington no salía hasta al cabo de una hora. Decidió que regresaría al hotel y esperaría allí, donde sabía que solo encontraría a una anciana, lo cual era mucho mejor que enfrentarse a los atestados salones de comidas de los hoteles más grandes. Además, la anciana ya no la incomodaba. Al contrario, pensó que se sentiría tranquila al imaginar que estaba consigo misma veinte años más tarde, cuando el

presente sería una vieja historia, muy vieja, casi olvidada por completo o, si no olvidada, recordada con tan solo una sonrisa.

Pero ¿por qué —pensó, caminando por las calles en penumbra en dirección al hotel, con el horario en la mano— esperar hasta entonces para sonreír? ¿Por qué no sonreír en ese mismo momento? Ella, que en tantas ocasiones a lo largo de su vida se había reído de sí misma, ¿no debería aprovechar aquella ocasión tan oportuna para reírse?

«No estés resentida, Fanny», la amonestó una parte de sí.

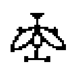
«No lo estoy», respondió la otra parte.

Pero lo estaba. La habían engañado. La habían dejado en ridículo. Le habían hecho morder el polvo más amargo, el polvo reservado a las mujeres mayores que permiten que se les acerquen muchachos con intenciones amorosas. Y Fanny ni siquiera tenía la excusa de algunas desafortunadas mujeres de mediana edad, destrozadas por sus deseos indecorosos. En su caso no había habido más que pura vanidad, un mero capricho en plena etapa de decadencia, solo para sentirse poderosa, para mantener la seguridad en su belleza y en los efectos de esta sobre los hombres.

¿Y qué había sacado Dwight de ello? Apenas se atrevía a considerarlo, tan humillante le resultaba admitirlo. Sin embargo no podía dejar de pensar que lo que Dwight, un joven con un instinto para los negocios excesivamente desarrollado para su edad pero en armonía con su ascendencia americana, había sacado de la relación era su posición social. En casa de Fanny había conocido a todos aquellos que según él merecía la pena conocer. Y ella había premiado su devoción presentándole a gente que lo dejaba encandilado. Dwight se había convertido, con la ayuda de Fanny, en un joven elegante y sociable; él, a cambio, ¡con qué ahínco se había dedicado a construir frases distinguidas con su exagerada elocuencia! Fanny las había absorbido por completo. La habían aburrido, pero se había creído todas sus palabras. Y cuando, sentado a sus pies con la cabeza recostada sobre su regazo mientras ella lo consolaba —¡lo consolaba!— y le acariciaba suavemente la cabeza, Dwight le dijo que no sabía si podría vivir sin ella, Fanny también lo creyó. Extraordinaria, su credulidad. ¡Cuántas veces y cuánto debió de divertirse a su costa!

«Fanny, haz el favor de no estar resentida».

«No estoy resentida».



A la anciana, para quien había llegado el momento más placentero del día, la hora de los solitarios, antes de subir a cambiarse para la cena —cambio consistente en ponerse un fular de encaje sobre el vestido de día—, no le hizo demasiada ilusión ver que la puerta se abría y aparecía de nuevo la persona que horas antes había irrumpido en su sala. También hay que decir que tras la siesta, después de haberse tomado el té y comido las deliciosas tostadas con abundante mantequilla que la mayoría de los días se preparaban en el Blue Dog, ahora estaba de un humor distinto, porque el té, muy fuerte y oscuro, siempre la animaba y las tostadas con mantequilla tenían un efecto lubricante sobre sus conexiones cerebrales y reducían la fricción interna. Así pues, de existir un momento en las veinticuatro horas del día en que pudiera decirse de ella que era una mujer accesible, era ese momento.

No obstante, no estaba alegre, y cuando Fanny abrió la puerta con actitud vacilante y le preguntó: «¿Puedo quedarme un rato, si no fumo?», la anciana, casi con tanto disgusto como antes de la siesta, del té y de la tostada con mantequilla, respondió: «La dirección del hotel sin duda le diría que puede», y siguió jugando como si estuviera sola.

Fanny se sentó al otro lado del fuego, se quitó los guantes, se calentó las delgadas manos y se dispuso a olvidarse de Dwight.

La anciana, que la observaba por encima de las gafas mientras colocaba las cartas, decidió que debía de haber sufrido algún contratiempo. Tenía un aspecto más demacrado que antes, de lo que deducía que su expedición no había sido demasiado exitosa. Y como le resultaba más sencillo sentirse en disposición de ayudar a quienes ya habían recibido lo que se merecían que a quienes aún no lo habían recibido, humanizada aún más por la abundancia de mantequilla de la tostada, le preguntó:

—¿No va a tomar el té?

Fanny miró alrededor con aire distraído. El servicio de té aún no había sido retirado y daba un falso aire de confort al desgastado salón. Las lámparas estaban encendidas y las cortinas corridas. La lumbre estaba prendida y bajo aquella cálida luz la anciana no tenía un aspecto tan cadavérico como antes; de hecho no parecía en absoluto estar muerta, sino asombrosamente viva, disfrutando de sus pequeños placeres con un entusiasmo casi venerable. Entonces, ¿era posible contentarse con tan poco?, pensó Fanny. ¿Ser despojado de todo lo que convierte la vida en maravillosa, y no darle mayor importancia? Pero tal vez a esa mujer no la habían despojado de nada, porque no había nada que arrebatarle. Por

consiguiente, no lo echaba en falta. En consecuencia, lógicamente, no le daba importancia.

—Sí —respondió Fanny, acercándose a ella para hacer sonar la campanilla que había junto a la lumbre—. Creo que lo tomaré.

—No puedo recomendarle muchas cosas —dijo la anciana—, solo las tostadas con mantequilla.

—Entonces tendré que probarlas —dijo Fanny. Y, creyendo que si charlaba con alguien neutral e indiferente se distraería más que guardando silencio y tratando de olvidar a Dwight, añadió—: ¿No es un poco cansado vivir en un hotel?

—Usted debería saberlo —respondió la anciana.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿No es usted del teatro de repertorio?

—¿El teatro de repertorio? ¿Se refiere a la compañía de teatro de la que me habló antes? No, no lo soy.

—Creí que era una de ellos. Con ese color de pelo…

—Es mi color natural —dijo Fanny con gran rapidez, precisamente porque no lo era.

—Desde luego —añadió la anciana, y guardó un elocuente silencio.

No cabía duda de que ese día Fanny había recibido unos cuantos golpes, y uno más no importaba, de modo que pensó: «Pobrecita, no está satisfecha con su vida, de lo contrario no estaría tan amargada». «¿Hay que estar insatisfecho cuando se llega a la vejez?», se preguntó. ¿Era realmente inevitable? La mujer de la noche de Laponia no lo estaba. Ella estaba serena y maravillosa, sin duda, en su última etapa. Pero el inconveniente de utilizarla como fuente de inspiración era que aquella mujer no era real. Esa otra anciana, en cambio, la que estaba allí sentada colocando las cartas con los labios fruncidos, sí lo era, y veinte años más tarde, o tal vez menos, al ritmo que parecía descomponerse, la boca de Fanny tenía muchas probabilidades de quedar también totalmente fruncida, convertida en una especie de arruga furiosa. ¡Las humillaciones de la vejez! Imposible, en realidad, creer en la vejez serena, apacible y radiante. Así pues, ¿no le convenía ser amable con la pobre imagen de su propio futuro, con la esperanza de que alguien lo fuera con ella cuando se hubiera convertido en una criatura indefensa?

La anciana, sin embargo, no era ninguna criatura indefensa y habría protestado con todas sus fuerzas de haber sabido que Fanny planeaba ser amable con ella.

—Entonces —dijo, transcurrido el tiempo necesario para que la elocuencia de su silencio adquiriera pleno significado—, si no es del grupo de teatro, ¿podría decirme quién es?

—Soy una mujer de casi cincuenta años —fue la inesperada respuesta.

La anciana se quitó las gafas, las dejó a un lado y miró a Fanny con curiosidad. A través de las rendijas que sus apergaminados párpados dejaban ver de sus ojos, la miró con más interés del que estaba dispuesta a admitir.

—Cuánta sinceridad —dijo—. ¿Puedo preguntarle por qué me ha respondido eso?

—Porque no me lo quito de la cabeza. No logro quitármelo de la cabeza. Y porque es fácil contarle las cosas a una desconocida que tal vez pueda ayudarme a ser un poco más sensata.

En ese momento el camarero entró en la habitación acudiendo al sonido de la campanilla y la anciana se ahorró cualquier comentario sobre lo de prestarle su ayuda. ¿Por qué debería ayudarla? A ella nadie la había ayudado cuando tenía cincuenta años, ni cuando tenía sesenta, ni setenta, ni ochenta. Cada cual debía valerse por sí mismo. Detestaba a los fracasados.

—Habría dicho que tenía sesenta —dijo la anciana—, si he de ser sincera —añadió, consciente de que su comentario había sido recibido con un escalofrío.

—Sesenta —repitió Fanny, obligándose a decirlo. Sesenta. Si de verdad aparentaba esa edad, ¿era extraño que Dwight…?

Miró fijamente a la anciana al tiempo que jugueteaba con los anillos que adornaban sus dedos.

—Entonces —comenzó, tras unos instantes—, ¿por qué creyó que formaba parte del grupo de teatro? ¿Acaso me aceptarían si tuviera…?

No. No podía volver a pronunciar aquella palabra.

—Supuse que debía de interpretar a duquesas. Duquesas mayores, mujeres de mundo. Podría hacer muy bien el papel de una de ellas, si no fuera porque generalmente tienen un busto generoso. De hecho, si no llevara una ropa tan juvenil y esta habitación fuera un teatro, no creo que desentonara en absoluto. En realidad…

—Bueno, usted me sugirió que tomara el té —dijo Fanny—. Ahora no puedo irme antes de que me lo traigan, así que mientras espero, ¿por qué no hablamos? Me refiero a hablar de verdad. Me encantaría, por una vez, hablar con sencillez y honestidad. Con los extraños es más fácil, me parece. ¿Le importa? ¿Quién sabe si una de nosotras dirá algo que pueda ayudar a

la otra? Usted es mayor que yo… —Se interrumpió, asaltada de repente por una duda terrible, pues ya no estaba segura de nada—. ¿Verdad?

—Por supuesto —espetó la anciana, desechando con indignación la absurda idea de ayudarse la una a la otra—. Tengo ochenta y tres años y estoy muy orgullosa de mí edad. No me gustan las bobadas. Nunca me han gustado. Tampoco me ha llamado jamás la atención todo eso de la belleza, algo en lo que usted sí parece muy interesada.

—No me interesé por ella, sino ella por mí. Todo comenzó cuando aún estaba en la cuna y no me la he quitado de encima desde entonces… Es decir —añadió Fanny, dándose cuenta de la mueca burlona en el rostro arrugado que tenía ante sí—, hasta hace poco. Hasta hace muy poco. ¿Y sabe de qué estoy comenzando a darme cuenta? De que es espantoso haber sido bella.

La anciana chasqueó la lengua y, con suma aspereza, le dijo que no debería tener una opinión tan elevada de sí misma.

—No la tengo —respondió Fanny.

—Vamos, vamos —dijo la anciana, y añadió que las mujeres realmente bellas de la historia se podían contar con los dedos de una mano.

—Bien, pues yo he sido una de ellas —insistió Fanny, y la anciana, indignada más allá de lo decible, comenzó a tabalear sobre la mesa—. ¿Es posible que no aprecie ningún rastro? —preguntó Fanny, inclinándose hacia ella—. ¿Ni uno solo?

La anciana volvió la cabeza con exasperación, negándose a mirarla, y golpeó la mesa con más fuerza.

—Pero seamos sinceras —insistió Fanny—. Usted dijo que estábamos siendo sinceras. Dejémonos de modales de salón y que cada una diga lo que realmente piensa. No puedo hablar de esto con nadie, salvo con una extraña, alguien a quien no volveré a ver. Yo me iré y usted morirá… quiero decir que, evidentemente, un día morirá —añadió, al ver que la anciana recibía sus palabras con cierto malestar—, igual que yo; incluso puede que yo muera antes, y sería una lástima malgastar un solo minuto de los pocos que podamos compartir siendo convencionales y mediocres.

—Supongamos que prefiero ser convencional y mediocre. Que lo prefiero mil veces —espetó la anciana.

—¿Tanto tiempo tiene para desperdiciar? —preguntó Fanny con los ojos muy abiertos.

La anciana se tomó un par de minutos para reponerse.

—Ah… Ya vuelve a la carga —dijo entonces la anciana, a quien le había

gustado tan poco aquel comentario como a Fanny oír que aparentaba sesenta años, pues, cuantos más años vivía más la atormentaba la idea de dejar de estar viva… justo cuando ya se había acostumbrado a la idea y justo cuando, habiendo sobrevivido a todos sus familiares, estaba al fin libre de tribulaciones. La seguridad de una rutina apacible, la paz de la repetición, eran los valores que ahora apreciaba. Desde luego su vida no estaba llena de acontecimientos, pero ella tampoco los quería. Ya los había vivido… no habían sido muchos, pero sí suficientes. Llegado aquel momento lo único que deseaba era calor, comida, un sueño reparador y que llegara otro día como el anterior.

Sentía que no le pedía demasiado a la vida y que no había ninguna razón por la que sus deseos no pudieran seguir siéndole concedidos durante muchos años. Estaba en perfecto estado de salud; un poco regordeta, tal vez, pero nada importante. Además, en cuanto a lo de caerse en el baño, a lo cual los ancianos parecían muy propensos, ella se había librado de esa posibilidad no entrando en ningún baño, de modo que no veía razón por la que no hubiera de llegar a los cien años. Así pues, ¿por qué motivo aquella maleducada tenía la descortesía de insinuar que no le quedaba mucho tiempo que perder? La sinceridad se tornó en grosería con demasiada rapidez para serle de alguna utilidad a aquella conversación.

El camarero llegó con el té. Daba la impresión de que tardaba más de lo habitual en preparar la mesa que había junto al fuego, pero la intrusa, sin prestarle más atención a él que a cualquiera de las mesas, siguió con su franqueza y añadió:

—Usted no lo entiende. No pretendo molestar a nadie. Es solo que no soy feliz.

—Entonces debería tomarse el té mientras esté caliente —señaló con brusquedad la anciana, para que el camarero apreciara que había al menos una persona sensata en aquella habitación. La anciana estaba indignada por su indiferencia ante la presencia del camarero. ¿Qué pensaría aquel hombre? Sabía que ella no conocía a aquella mujer, por lo cual, ¿qué conclusiones sacaría de aquellas confidencias? «No soy feliz…», repitió para sí con desdén—. Si no es feliz —agregó cuando el camarero se retiraba, cerrando la puerta muy lentamente tras de sí, como sí tratara de escuchar algo más—, me atrevería a decir que se lo debe a usted misma y a nadie más. Y tal vez un poquito más de lo que para usted es convencional y mediocre, además de una pérdida de tiempo, la ayudaría a mejorar su perspectiva.

—¡Mi perspectiva! Cielo santo… mi perspectiva —repitió Fanny, con

una sonrisa irónica.

—No me hable de ella ahora, porque no quiero conocerla —intervino la anciana a toda prisa, levantando una mano en señal de prohibición.

Fanny se quitó el sombrero, lo lanzó sobre un sofá y se colocó el cabello detrás de las orejas. Le dolía la cabeza. Se sentía estúpida, de nuevo, pues, ¿acaso no había sido, durante meses, una estúpida rematada, con todo lo de Dwight? Ahora volvía a sentirse igual porque, en su necesidad, había creído que sería capaz de obtener peras de alguien que, probablemente, no era más que un olmo.

—Usted ni se imagina —dijo Fanny, volviéndose hacia el servicio de té y sirviéndose una taza de té negro.

Sin el sombrero, a la anciana le pareció mucho menos objetable. Sin él era posible vislumbrar alguna traza de su belleza, su frente poseía una especie de inocencia incuestionable, pese al aspecto extremado de sus pestañas pintadas de negro y el rojo de sus labios. Hija de un escultor que había sido nombrado caballero en la época victoriana, en su juventud, la anciana había oído hablar mucho de modelados y de figuras, por lo que era capaz de reconocer que el cuerpo que ahora contemplaba era, sin duda, de los que su padre y sus amigos tenían en muy alta estima. La línea de la frente, por ejemplo, y una elegancia peculiar, casi inocente, en las sienes.

Aun así, por mucho que luciera el palmito, se les veía la hilacha… Satisfecha, se recreó un momento en aquella frase, feliz al descubrir que aún retenía su habilidad para jugar con las palabras. Ella había sido la única de su familia que tenía sentido del humor. Su padre siempre se lo decía. «Maud —le decía—, deberías enviar eso al *Punch*». Así que, aunque su cuerpo tuviera ochenta y tres años, su mente tenía muchísimos menos y, a la postre, era la mente la que mantenía el cuerpo con vida, ¿o no?

—La entiendo perfectamente. Tiene cincuenta años y no le gusta tenerlos. Ha perdido su belleza y no le gusta haberla perdido. Y me tiene acorralada detrás de esta mesa y sabe que si luchara por escapar y subiera a mi habitación tendría frío, por lo que es muy probable que me quede aquí mientras me abruma con su charla sobre usted, quiera o no quiera oírla. Debe de ser hermana del Viejo Marinero de la balada y, como todos los egoístas, una embaucadora de oyentes reacios —añadió, y colocó otra carta.

—Ese es el hombre —dijo Fanny, con la tetera detenida en su mano—. Ese es el hombre del que no me acordaba. Después del almuerzo, cuando usted no dejaba de quejarse.

—¿Yo? ¿Quejarme?

—Ese es el hombre… el viejo marinero. Por eso me marché, porque me estaba atosigando, igual que hacía él.

—¿Yo? ¿Atosigándola? —exclamó la anciana, con una mueca en los labios, pequeños y fruncidos, de rechazo e indignación.

—Reteniendo a una oyente reacia, si lo prefiere —respondió Fanny con una sonrisa.

—En mi vida he hecho tal cosa —gritó la anciana, indignada hasta la médula—. Y si cree que sería capaz de intentar siquiera retener a una total desconocida, una desconocida que, además…

—Me parece —comenzó Fanny, llenándose la taza mientras la anciana se quedaba sin palabras— que no somos totales desconocidas, sino que hemos conseguido una relación de confianza.

—Si por confianza entiende mala educación…

—No. Sinceridad.

—No hay ninguna diferencia.

—Sí la hay. La mala educación es algo personal. Nosotras somos sinceras de un modo impersonal porque no volveremos a vernos.

—Entonces, ¿sería sincera o maleducada si le dijera que eso me parece una auténtica bendición? —Fue la ingeniosa pregunta de la anciana.

—Estoy segura de que sería muy sincera —respondió Fanny, sonriendo de nuevo.

Cogió una tostada y comenzó a comérsela mirando fijamente el fuego. Se olvidó de la anciana. Estaba de nuevo en el jardín del New College, tropezando con dos pares de piernas estiradas…

—¿Ya se va? —preguntó la anciana esperanzada, pues Fanny había apartado su silla del fuego con un movimiento brusco.

—Tengo calor —dijo Fanny. Y sí, tenía calor, la cara le ardía, le escocía de calor, aunque no a causa del fuego.

—Ah, ya imaginaba que no se iría todavía —dijo la anciana, que por un momento se había hecho ilusiones.

—No puedo irme hasta que llegue un taxi. He pedido que pase a recogerme.

—¿Y cuándo vendrá?

—Pronto, supongo.

—Bien, como estoy de acuerdo con usted en que no volveremos a vernos, déjeme decirle algo antes de que se vaya…

—¿Algo grosero?

—No. Sincero. Usted puede tomárselo como quiera. Pero le ruego que

me escuche. Aunque su aspecto juega en su contra…

—No entiendo por qué dice eso —la interrumpió Fanny—. Usted y yo tenemos un aspecto muy distinto, pero no creo que a ninguna de las dos nos perjudique el nuestro. Pertenecemos a mundos diferentes, eso es todo.

—Sí, mundos muy diferentes. Déjeme terminar, por favor. Aunque su aspecto, sin duda alguna, juega en su contra, como cualquier clérigo o persona responsable le diría, en general parece tener los cimientos de un carácter interesante. O mejor, si interesante es decir demasiado, dejémoslo en peculiar.

—Sí —convino Fanny, y hurgó en su bolso, sacó un cigarrillo y lo encendió—. Oh, se me olvidaba —dijo, y lo lanzó al fuego al tiempo que la anciana chasqueaba sonoramente la lengua—. Sí —prosiguió con expresión seria—, siempre he pensado que, invirtiendo algo de tiempo, se podría haber hecho algo conmigo.

—El taxi ya está aquí, señora —anunció el camarero, abriendo la puerta.

—Bueno, tal vez no siempre —corrigió, alcanzando su sombrero—, porque una mujer con mi estilo de vida no piensa a menudo. Solo a veces.

—¿Su estilo de vida? —repitió la anciana, sintiendo de nuevo sus sospechas y temiendo haberse precipitado al elogiarla—. ¿Quiere decir que en realidad es…?

—Sí. Una mujer de cincuenta años —respondió Fanny, levantándose y colocándose el sombrero frente al espejo que había encima de la chimenea, con la minuciosa atención a la que estaba acostumbrada, como si los sombreros aún tuvieran alguna importancia.

—Cincuenta, cincuenta. Sí, ya conozco la historia de usted y sus cincuenta años —dijo la anciana con tono de fastidio.

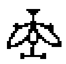
—Pero soy algo más —añadió Fanny, colocándose dentro un tirabuzón y deteniéndose a observar el efecto, como si los tirabuzones aún tuvieran alguna importancia—. Soy una estúpida.

—Bueno, eso no hacía falta que me lo dijera —aseguró la anciana.

Lista para marcharse, Fanny cogió los guantes.

—Y esta misma tarde, después del almuerzo, en realidad desde que salí de esta habitación, me he dado cuenta de que no hay mayor estúpido que el que ha alcanzado ya cierta edad.

—¡Sabía que había tenido algún percance! —exclamó la anciana con tono triunfal—. Pero no me lo cuente —se apresuró a añadir, alzando una mano—, porque perdería el tren.



Había solo una parada antes de llegar a Paddington y durante todo el trayecto hasta Slough, sola en su compartimento, Fanny se entregó a la reflexión.

«Tengo que pensar detenidamente en ello —se dijo—. No es posible que todo el mundo esté equivocado».

Un asunto de lo más incómodo, eso de tener que pensar detenidamente en algo. Se creía llena de valor y de sentido común, y le gustaba dar por sentado que si surgía la ocasión actuaría con la misma heroicidad que sus famosos antepasados. Y la ocasión, del todo ausente hasta ese momento en su afortunada y cómoda vida, había surgido ahora, y lo había hecho de un modo tan sórdido, vil y, a ojos de los demás, tan rematadamente ridículo, que resultaba casi absurdo hablar de heroísmo en esas circunstancias. ¿Qué podía haber más ridículo a ojos de los demás que una mujer que armaba un escándalo porque había llegado a la vejez y su belleza se había esfumado? Sin embargo, ¿qué podía ser más trágico para esa mujer que, acostumbrada a ser hermosa toda la vida, descubría que sin la belleza no le quedaba nada a lo que recurrir?

«Ahí está el error —pensó—. Tiene que haber algo a lo que pueda recurrir. Alguien debería haberme hablado de esto en su momento».

Pero ¿quién? Además, ¿le habría escuchado? Sus amigos, sus familiares, el mundo entero se había propuesto ayudarla a ser una estúpida. Jim Conderley era tal vez el único que habría podido hacer de ella una persona mejor; como le había dicho a la anciana, a menudo pensaba que tenía al menos potencial para convertirse en alguien mejor, siempre y cuando ese potencial se utilizara de manera adecuada. Pero Jim estaba perdidamente encaprichado de ella. Y solo sabía adorarla y citar versos de poemas. Sin duda Fanny había aprendido mucha poesía durante esa etapa, de modo que también podría haber aprendido otras cosas si se le hubieran comunicado a tiempo. Pero nadie le había transmitido nada, salvo que era hermosa, y eso era cuanto sabía.

«Te han perjudicado mucho», dijo, dirigiéndose a su reflejo en la ventanilla.

Incluso su reflejo parecía viejo, pensó. Pronto hasta su misma sombra comenzaría a tambalearse. Cuando eso sucediera, se rendiría por completo. Sin embargo, hasta ese momento no le había ocurrido nada a su sombra, de la que podía decir, orgullosa, que seguía tan elegante y esbelta como

siempre. Fanny recostó la cabeza en el cojín y soltó una risa débil. A menudo se reía de sí misma cuando se le planteaba algún dilema, pero nunca de manera tan débil como entonces, y la visión del reflejo de mejillas hundidas que contemplaba con el rabillo del ojo en el cristal de la ventanilla, interrumpió de repente su diversión.

También era cierto, razonó, que había muchos motivos para aquellas mejillas hundidas, después de un día de tantos reveses y una noche en blanco llena de padecimientos. Sin embargo, cinco años atrás, o tal vez tan solo un año antes, ni reveses ni noches en blanco habrían evitado que su reflejo le devolviera un aspecto encantador. Aquella horrible enfermedad tenía la culpa de todo. Caer tan enferma a las puertas de los cincuenta era muy distinto de enfermar a las puertas de los treinta, y, como probablemente ya nunca recuperaría su belleza, era mejor que pensara qué le convenía hacer con su futuro, aburrido y sin sentido.

Oh, tan aburrido. Y con tan poco sentido. ¿Debería dedicarse a las obras de caridad? ¿Asistir a clase? ¿Aprender idiomas? ¿Interesarse por la situación europea, tal vez? Deprimente. Muy deprimente. Pero ¿no era la alternativa a eso aún más deprimente, casi espeluznante? ¿Avanzar babeando ociosamente hacia la vejez, cubriendo a paso lento etapas de depresión y descontento crecientes, salpicadas —¡qué divertido!— con episodios de reuma y sordera?

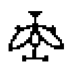
Entonces se imaginó convirtiéndose poco a poco en su caricatura, en una caricatura desagradable —o más que desagradable, una parodia sumamente cruel de lo que había sido— que seguía yendo a fiestas porque no soportaba estar sola, y una vez en ellas apenas era capaz de mantener los ojos abiertos, que aprovechaba las invitaciones y encargaba vestidos nuevos; una anciana de quien las jóvenes indiferentes oirían decir que fue mucho más bella de lo que ellas pudieran llegar a soñar.

«Por difícil de creer que sea —imaginaba que les decían—, esa mujer del rincón, *lady* Francés Skeffington, sí, la anciana del bastón, la que no deja de mover la cabeza, fue una belleza célebre».

Belleza, belleza. ¿De qué servía la belleza, una vez extinguida? No dejaba más que arrepentimiento amargo y ni una pizca de ánimos para comenzar de nuevo. Casi todo lo demás dejaba algo. Los maridos, por ejemplo, dejaban, o debían dejar, hijos, de modo que las mujeres podían entretenerse con ellos, y después con sus hijos. Para Fanny, aquella era la queja más justa que tenía contra Job, el hecho de que no le hubiera dado hijos. Al menos en ese momento sentía que era una de las quejas más justas.

Sin embargo, esa misma mañana había sentido justo lo contrario, y se había alegrado mucho sobre eso de que no se supiera su edad. Pero ahora que era su rostro el que revelaba su edad, ahora que parecía apisonada por las marca de la edad, mientras jovencitas vulgares y rechonchas vestidas de amarillo…

«Por favor, Fanny, no estés resentida».



En ese momento el tren disminuyó la velocidad e interrumpió sus reflexiones; creyendo que era un expreso que no paraba en ninguna estación, Fanny asumió que había llegado a Paddington, así que se levantó y abrió la ventana.

Allí, en el andén, esperando para subir, estaba Pontyfridd con un fajo de papeles debajo del brazo, y como no se le escapaba nada, enseguida la vio de pie junto a la puerta de su vagón y se acercó a ella corriendo y agitando su bastón.

—¡Qué casualidad! —exclamó con la respiración entrecortada al llegar a la puerta.

—Yo bajo aquí —dijo Fanny, mientras lo intentaba.

—No querida. Yo subo —replicó, impidiéndole el paso.

—Pero si estamos en Paddington.

—No. Esto es Slough.

Fanny estaba molesta. Harta de todo y de todos aquel día, estaba especialmente harta de George. Le había costado un gran esfuerzo reponerse de las cosas que le había dicho o insinuado en el viaje de ida, y ahora que estaba agotada por todo lo que le había pasado aquel día y tenía, sin duda, peor aspecto que nunca, lo último que deseaba era enfrentarse a sus ojos escrutadores y brillantes. Supongamos que, ahora que Fanny estaba indefensa por culpa de la fatiga, aquellos ojos lograran ver más allá de su rostro y penetraran en su mente. Y supongamos que en ella vieran a Dwight. Fanny se podía imaginar qué pensaría George de ella, si descubriera lo suyo con Dwight.

Fanny se sentó, se recostó en su asiento y dejó escapar un breve «¡Oh!».

—¿Cansada? —le preguntó, mientras levantaba la ventanilla y se acomodaba frente a ella. George era la clase de hombre, pensó Fanny, con quien se podía estar siempre y cuando una se encontrara en su mejor momento. Entonces dejaría de preguntar «¿Cansada?», «¿Tienes frío?»… todas esas frases con implicaciones tan desagradables.

—Sí, bastante —respondió, y cerró los ojos. No tenía ganas de seguir hablando con él. Que la mirara si quería. Ella, al menos, no tenía por qué hacerlo.

Cuando quiso darse cuenta ya lo tenía a su lado, rodeándole los hombros con el brazo.

—Vamos, vamos —dijo con conmiseración, acercándola a su cuerpo—. Pobrecita mía. No te ha ido muy bien por Oxford, ¿verdad? Apoya la cabeza en tu primo George y olvídalo todo.

Aquello era agradable. Justo lo que siempre había deseado: acurrucarse junto a un hombre amable y protector, que lo único que quería de ella era protegerla estrechándola contra su pecho.

Fanny soltó un pequeño suspiro de alivio mientras se acomodaba sobre el abrigo de su primo, Oxford. No, no había disfrutado en Oxford… con la excepción, pensó, aún capaz de sonreír un poco, tan cómoda estaba apoyada en su abrigo, de aquel pastel de carne. Después del pastel solo había recibido golpes insultantes. Tal vez lo que deseara, ahora que estaba a punto de cumplir los cincuenta y muy cansada, fuera una cuna y una niñera, para regresar con toda comodidad, cercana al fin, a lo que había sido en un principio. A la seguridad. A la protección. Al amor tierno. Oh, qué dulce. Y si la niñera pudiera ser un hombre y la cuna sus brazos fuertes y cuidadosos, muchísimo mejor.

—Lo que tú necesitas, querida, es un marido —dijo George, inclinando la cabeza sobre la pequeña oreja enjoyada de Fanny.

—No, no —se quejó ella con la cabeza hundida en su abrigo—. Sería espantoso.

Con todo, su corazón inquieto y humillado, que suspiraba por un poco de sosiego, se tranquilizó al descubrir que al menos un hombre consideraba que el matrimonio era de lo más natural para ella.

—Me refiero al marido que has tenido durante años, querida, aquel al que ya estás acostumbrada —dijo George, estropeándolo todo. Y prosiguió, estropeándolo hasta que ya no tuvo arreglo—: Nada como un marido para afrontar la última etapa de la vida.

Fanny enmudeció. George también pensaba ahora lo mismo que los otros. Se dijo de nuevo que todo el mundo no podía estar equivocado. Las personas que se había encontrado ese día no se conocían entre sí, no se habían visto jamás ni habían hablado de ella, y aun así todas hacían la misma clase de comentarios. ¿Realmente, había algo que pudiera hacer, aparte de esconder su consumido rostro en el abrigo de George y dejar que

la desolación se apoderara de ella?

—Lo mismo que Byles —murmuró tristemente, tras un momento.

—¿Lo mismo que quién? —preguntó George, inclinándose más para entender lo que le decía, porque resultaba difícil oír un murmullo con el veloz traqueteo del tren.

—Byles. El médico de los nervios. Esta mañana me ha dicho casi lo mismo sobre los maridos y las últimas etapas.

—¿Te refieres al médico de Niggs? Entonces es más sensato de lo que suponía. Sin duda, un marido es lo que necesitan las mujercitas como tú. Por cierto, ¿has tenido alguna noticia reciente del que te inició en eso del matrimonio? Aquel tipo con un nombre bíblico, Esaú, ¿no? ¿O era Israel?

—Era Job —dijo Fanny, y se incorporó, alejándose de su brazo.

Su nombre bastaba para hacerla estremecer. Se sentó muy derecha y lo miró, con la mejilla que había apoyado contra su abrigo enrojecida y el tirabuzón de ese lado algo alborotado.

Job otra vez. Job en el tren. Job escapándose incluso de los labios de su amable primo.

—Job, sí. Así se llamaba. Menudo nombre. ¿Sabes algo de él?

—¿Qué debería saber?

—No te habrá reducido la asignación, ¿verdad?

—¿Asignación? No tengo ninguna asignación. Llegamos a un acuerdo. Pero si la tuviera, ¿por qué habría de reducírmela?

—Bueno, me llegó el rumor de que está pasando una mala racha. En un primer momento perdió dinero. Y después siguió perdiéndolo.

Fanny lo miró fijamente.

—¿Job? ¿Perdiendo dinero? —preguntó, con las pupilas oscurecidas por el asombro. Que Job pudiera llegar a perder dinero, él, que tenía una habilidad tan grande para detectarlo, le parecía milagroso.

—Sí, bueno, son solo rumores. En México, o cerca de allí —continuó George con imprecisión, sin estar muy seguro de los hechos, mientras se recostaba en su asiento con las manos en los bolsillos, aprovechando que Fanny se había incorporado, y cruzaba sus largas piernas—. Ya sabes con qué facilidad se propagan los rumores. Como es natural enseguida me pregunté si tú, querida, te habrías visto afectada de algún modo.

—No me ha afectado para nada. Nada podría hacerlo.

—Bueno, me parece que eso es pura palabrería. Creo que ha vuelto a Inglaterra después de haber vivido unos años fuera. De todos modos, querida, me alivia saber que estás bien. No te ha vuelto a molestar,

¿verdad?, desde que te libraste de él. Se portó decentemente, ¿no? Estaba muy enamorado de ti, pobre diablo… ¡Vaya si lo estaba! —dijo George con una sonrisa mientras imágenes lejanas de Job, el rico más obstinado de toda Europa, que seguía a Fanny con adoración servil a todas las fiestas, que nunca le quitaba los ojos de encima, que se sonrojaba si ella le dedicaba una rápida mirada y temblaba cuando pasaba junto a él, emergían de nuevo a través del cieno de los años. Tras unos instantes añadió—: Es una pena que no lo perdonaras. En realidad era un buen tipo. Además, con el paso del tiempo, ¿qué importancia tienen un par de jovencitas por aquí, otro par por allá, en la vida de un hombre? Ahora lo tendrías a tu lado y cuidaría de ti.

Fanny estaba indignada.

—Gracias —dijo, rígida como el acero—, pero puedo cuidar de mí misma sin problemas. Y estoy harta —añadió con vehemencia—, pero que muy harta, de estos comentarios sobre el paso del tiempo.

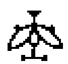
Se aferró con fuerza al bolso que tenía en el regazo, los ojos encendidos de indignación y rebeldía. ¡Las cosas que había tenido que oír aquel día, y las que aún le quedaban por oír! El tren, después de cruzar Ealing Broadway dando bandazos, comenzó a disminuir la velocidad; faltaban tan solo unos minutos para llegar a Paddington. George podría haber mantenido a Job fuera de la conversación durante aquel breve encuentro en lugar de volvérselo a meter violentamente en la cabeza justo cuando regresaba a casa con la esperanza de no verlo por allí. Había logrado mantener aquella fantasía alejada de su mente durante todo el día, intentando convencerse de que si no pensaba en él tal vez la dejara en paz cuando volviese a casa, y ahí estaba George —precisamente George, que se había sorprendido tanto por su matrimonio como el pobrecito Tripp—, alabándolo, diciendo que era un buen tipo y que debería haberlo perdonado.

—Querida… —dijo George, sorprendido por la vehemencia de Fanny, mientras posaba una mano sobre la de ella con ánimo de apaciguarla.

Pero Fanny estaba demasiado alterada para dejarse apaciguar.

—Sois tal para cual, ese Byles y tú —gritó, y retiró la mano. El tren ya había llegado a Paddington, y antes de que él pudiera descruzar las piernas y recoger sus documentos, Fanny había pedido a un mozo que abriera la puerta y había bajado del tren… Y desapareció entre la multitud, abriéndose camino entre los grupos que en el andén lo obstaculizaban, con los pasos rápidos y ligeros de mujer delgada y decidida.

—En fin —dijo George, y recogió sus papeles con tranquilidad.



De regreso a su casa en taxi, Fanny, con la cabeza tan alta y los ojos tan brillantes como al salir de la consulta de *sir* Stilton aquella misma mañana, decidió desafiante que nadie lograría convencerla de que debía lamentar no haber perdonado a Job, y que no aguantaría ni un minuto más las persecuciones y las diabluras del que fuera su marido. ¿En México, había estado? Debió haberse quedado allí. Fanny supuso que no había podido o no había querido y que prefería pasearse junto a ella por Charles Street. Si al llegar a casa lo encontrara allí, daría media vuelta y se iría a un hotel.

Lo encontró allí e inmediatamente dio media vuelta y se marchó a un hotel. Detrás del criado que le abrió la puerta, detrás del mayordomo que supervisaba el trabajo del criado que le abrió la puerta, detrás de la extraña figura de la señorita Cartwright, estaba él, al acecho.

—Oh —exclamó, deteniéndose en seco, parpadeando como si hubiera pasado de la oscuridad a la luz más intensa—. Oh. —Y se quedó quieta unos momentos, mirando a lo lejos—. Muy bien —dijo de repente, como si acabara de tomar una determinación—, está decidido. Iré al Claridge, señorita Cartwright, ¿podría decirle a Manby que prepare mis cosas?

El taxista que la había llevado a casa desde Paddington apenas se había guardado el dinero en el bolsillo cuando Fanny apareció de nuevo y le pidió que la llevara a otra parte.

El criado, el mayordomo y la señorita Cartwright se miraron. La señorita Cartwright no era de las que solían mirar a criados y mayordomos, pero en esa ocasión la perplejidad compartida niveló la escala social.

«Muy bien, está decidido». ¿Qué habían significado exactamente aquellas palabras? ¿Y a quién de los tres las había dirigido? Ninguno de ellos tenía la menor idea.

—Extraño —dijo la señorita Cartwright.

El mayordomo negó con la cabeza.

—Curioso, diría yo —comentó el criado, tratando de congraciarse con el mayordomo.

Y cuando, una hora más tarde, Manby llegó al Claridge cargada con toda la elaborada parafernalia sin la cual Fanny no podía desvestirse por la noche ni volver a vestirse por la mañana, se la encontró tal como iba, pero sin el sombrero, tendida a lo ancho de la cama y profundamente dormida.

IV

En Upswich, la residencia de lord Conderley en Suffolk, donde este, después de abandonar sus diversos cargos, se había establecido con su esposa, más bien joven, y sus hijos, más bien pequeños, la semana siguiente fue bendecida con unos de esos días soleados de febrero en que florecen los azafranes de primavera. Tras unos días de escarcha, con un enorme sol rojizo que se ocultaba tras las cumbres bajas de la cordillera del oeste cada atardecer, y un cambio repentino en la dirección del viento hacia el sur, salían los primeros azafranes y emprendían el vuelo las primeras alondras.

Upswich no estaba lejos de Ipswich, lo cual a veces creaba confusión. Sin embargo, no se parecía en nada a Ipswich; era una casa antigua y hermosa, situada en un viejo jardín espacioso. A lord Conderley, cuando al concederle el rey el título, tuvo ocasión de escoger el nombre que quisiera, no se le ocurrió otro mejor que el que ya tenía, por lo que siguió llamándose Conderley y añadió Upswich a continuación.

Allí en Upswich, con más de setenta años, escribía sus memorias, trabajaba en el jardín de rocas y plantas, observaba los hábitos de los pájaros, pescaba y disfrutaba en su bien surtida biblioteca. No conocía el aburrimiento, pues en el momento en que una situación amenazaba con volverse aburrida, iniciaba una conversación con su joven y siempre complaciente esposa. Hablaban con tono agradable de sus hijos y del futuro de sus hijos, o él leía en voz alta mientras ella tejía.

El único inconveniente de haberse casado a una edad avanzada —si bien consideraba que era algo totalmente admirable en un hombre— era que cuando sus hijos crecieran él sería demasiado mayor para serles de alguna utilidad. Tendría la edad de un abuelo, no la de un padre, o incluso la de un bisabuelo. Cuando su hijo, el menor, cumpliera la mayoría de edad, él, de seguir vivo, tendría más de noventa años, una edad más propicia para

sentarse junto al fuego y usar bastón, que para educar a un con toda probabilidad impetuoso jovencito, inculcarle los preceptos y darle ejemplo. Los preceptos pronunciados con una voz temblorosa, opinaba lord Conderley, no le causarían demasiada impresión, en cambio, en cuanto a lo de dar ejemplo, ¿cómo no iba a ser virtuoso y concienzudo un anciano al que la edad había liberado de las tentaciones que pudieran hacerle ser o actuar de otro modo?

De todo eso, sin embargo, no hablaba con su esposa. Tales pensamientos eran el único detalle que empañaba la felicidad de su hogar, y no estaba dispuesto a preocuparla contándole lo mucho que en ocasiones lo inquietaban.

Ella, una joven criada en el campo por unos padres muy agradables, tenía cuatro hermanos y dos hermanas, todos de lo más formal, y reunía, según Conderley, todas las cualidades de la buena esposa: sana, dulce, sensata, sencilla, dispuesta a aprender, feliz admiradora de su marido, interesada en todo lo que él hacía, que no conocía a ninguno de sus antiguos amigos y a quien le gustaba que le leyeran en voz alta. Era estupendo, eso de que le gustara que le leyeran, porque a él le encantaba hacerlo; tan solo alguna vez, en una calurosa tarde de verano, mientras él leía en alto en el jardín, ella se había perdido una frase o dos por haberse quedado dormida, y alguna vez más en invierno, por la noche junto al fuego, tras un día de mucha actividad, pero generalmente permanecía despierta.

Llevaban casados casi diez años y él cavilaba qué afectuosa sorpresa prepararle para celebrar el aniversario cuando le llegó la carta de Fanny, durante el desayuno. Su esposa no sabía nada de Fanny. Aquel episodio apasionado —apasionado por parte de él, que nunca había amado a nadie con tanta intensidad, y en absoluto apasionado para Fanny, aunque sumamente agradable y feliz— había terminado años antes de que él se casara, por lo que no veía motivos para profundizar en esa cuestión, ni siquiera para mencionarla. Fanny permanecía encumbrada en su recuerdo como la imagen de belleza más perfecta que conocería jamás. También la recordaba como la mayor causante de altibajos. Durante los tres años en que había sido su querida amiga, Conderley había conocido a fondo estados de arrobamiento y desesperación, que él, un hombre tranquilo, moderado, como buen funcionario de la corte que en su tiempo libre lee a los clásicos y a quien nunca le falta un pequeño ejemplar de Horacio en el bolsillo, ni siquiera imaginaba que pudieran existir. Aquella criatura maravillosa y

encantadora, tan interesada en todas aquellas cosas que él le decía que eran interesantes, con tantas ganas de oírle hablar de ellas, que tanto admiraba la belleza cuando se la mostraba, había sido la compañera más encantadora, además de la amante más adorable. Durante aquellos tres años fue el hombre más feliz del mundo, y también el más desgraciado; desgraciado porque la misma capacidad de adaptación que le había permitido a Fanny entrar a formar parte de su vida, de sus intereses y de su corazón con tanta facilidad, y acurrucarse en ellos tan cómodamente, despertaba en él temores de que pudiera adaptarse con la misma facilidad a otro hombre. Y así sucedió, al cabo de un tiempo, y precisamente con el fanfarrón de Edward Montmorency, la clase de hombre al que jamás habría imaginado que Fanny pudiera soportar. Con la mayor compasión y ternura, llorando tanto que él mismo tuvo que consolarla y secarle las lágrimas, Fanny lo apartó de su lado con suma delicadeza, y él enfermó de tal gravedad por su causa que estuvo de baja durante seis meses, y durante años no fue a ninguna parte; se limitó a atender los asuntos de la corte que no podía eludir, por miedo, sin duda, a caer muerto a sus pies si por azar llegara a estar tan cerca de ella que se viera obligado a decirle algo y oír su voz.

Estas no son cosas que se le cuenten a una esposa a la que se aprecia mucho, a la que se está muy agradecido y con la que se es muy feliz. Jamás se le había pasado por la cabeza la remota posibilidad de caer muerto a los pies de su esposa. Apenas se había fijado en que tenía pies. Era la mujer ideal para establecer vínculos permanentes, la clase de mujer con la que llevar una vida cómoda. El afecto y la amabilidad eran la base de su placentera relación. El breve cortejo había sido afectuoso, y la luna de miel, amable. Desde entonces, su vida había sido invariablemente afectuosa y amable. Él quería una compañera jovial en su casa y la tuvo. Quería hijos y los tuvo. Su esposa no era particularmente bella, cierto, pero en aquel momento tenía poco más de treinta años y poseía, a ojos de un anciano, todo el atractivo de la juventud. Además, ¿qué anciano querría la carga de una mujer bonita? Si fuera muy bonita, tendría que hacer frente a las miradas concupiscentes de otros hombres.

Audrey no corría ese peligro, no solo porque, más que bella, era una joven de aspecto sano y agradable, con firmes mejillas, carnosas y sonrosadas, y ojos pequeños y brillantes, sino también a causa de su carácter tranquilo de muchacha de campo, honesta y concienzuda. Seguro de sí mismo y satisfecho, Conderley se sentía listo para iniciar sin preocupaciones la última etapa de su vida, de modo que cuando, aquel día, durante el

desayuno, aproximadamente una semana después de que Fanny hubiera pasado el día en Oxford, reconoció su letra entre las cartas —la letra que solía hacerle latir el corazón con una violencia que amenazaba con asfixiarlo—, él llevaba tanto tiempo instalado en la serena felicidad que finalmente Dios había tenido a bien concederle, que no sintió más que una leve sorpresa.

Fanny. ¿Qué querría? Qué extraño que le hubiera escrito una carta.

Después de leerla, probablemente ya no se sentiría tan sereno ni tan feliz. ¿Qué había cambiado? Allí, alrededor de la mesa estaban sus lustrosos hijos: el pequeño Jim sujeto a su trona, junto a una niñera que le embutía cucharadas de papilla, y al otro lado de la mesa la pequeña Audrey, su hija mayor, y la pequeña Joan, la mediana, y finalmente, enfrente de él, recién bañada, pulcra y elegante con su vestido de mañana, estaba su reluciente esposa, vigilándolos a todos, bromeando con los niños y leyendo sus cartas, todo al mismo tiempo.

El sol penetraba con fuerza, la habitación olía a delicioso desayuno, el césped que se extendía por debajo de las ventanas estaba salpicado de azafranes, y en toda Inglaterra, en ese instante, había mesas de desayuno como esa. No, exactamente como esa no, pues solo en la de Conderley había una carta de Fanny, una carta que, una vez leída, parecía dar a la mesa un aspecto distinto del que tenía hacía tan solo un momento. De algún modo, aquel desayuno ya no era tan familiar, ni tan tranquilo y rutinario como el del día anterior, o el anterior a aquel, y así hasta el primer desayuno de su vida de casado. Una duda se cernía sobre él, como una pequeña sombra; varias dudas. Deseando no pensar en ellas durante un instante, dejó la carta sobre la mesa y centró su atención en lo que le rodeaba.

Qué descuidado seguía siendo al comer el pequeño Jim, pensó al ver el montón de papilla alrededor de la boca del niño. Y después advirtió que sus hijas, que tenían la briosa costumbre de jugar a las adivinanzas durante las comidas, se reían y hacían algo más de ruido del que deberían. A continuación se dio cuenta, con un leve sobresalto, de que su mujer lo estaba mirando.

—¿Algo va mal, Jim? —preguntó alegremente cuando sus miradas se encontraron.

—¿Mal, querida?

—Me ha parecido que la carta que leías te preocupaba.

—Ah, eso. No, no es exactamente preocupación. Más bien aburrimiento.

—Señorita, por favor —iba diciendo ella, dirigiéndose a la niñera—, el niño apenas ha tragado. ¿Sí, Jim? Niñas, me gustaría que aprendierais a reír con un poco de disimulo… pensad en lo agradable y poco ruidoso que sería. ¿Sí, Jim?

—Tal vez después del desayuno —dijo Conderley con vaguedad, volviendo de nuevo a sus cartas.

Pero después del desayuno no resultó más fácil. Entraron del brazo en la biblioteca, donde ella encendió un cigarrillo y él una pipa, y después de una calada, él sugirió que salieran a dar un paseo por el jardín.

Dieron un paseo. Llegado aquel momento su esposa tenía ya muchísima curiosidad.

—¿Y bien, Jim? —preguntó al fin, en vistas de que él no decía nada, aún de su brazo y mientras paseaban por la soleada terraza junto a la tapia sur del jardín.

Conderley se aclaró la garganta. Ella sentía cada vez más curiosidad.

—¿Recuerdas haberme oído hablar alguna vez de Fanny Skeffington? —preguntó, consciente de que no podía recordarlo porque jamás le había hablado de ella y recurriendo a una de esas pequeñas duplicidades en que a veces se enredan los maridos.

—No —respondió Audrey—. No lo recuerdo. ¿Quién es?

—Bueno, hace ya mucho tiempo y supongo que lo has olvidado. Pero como formaba parte de mi… de nuestro círculo hace algunos años, estoy prácticamente seguro de que te he hablado de ella.

—No —respondió Audrey con seguridad—. No lo has hecho.

—Bueno, no importa. El hecho es que quiere venir a casa el próximo fin de semana.

—¿Para qué?

—Para visitarnos, querida, y para hacerse amiga tuya, según dice.

—¿Amiga mía? ¿Por qué?

—Mi pequeña, eso es como preguntar por qué razón las personas entablan amistad unas con otras.

—¿Tú quieres que venga?

—No.

—Muy bien, pues dile que no puede venir.

—¿No sería un poco cruel?

—Se me ocurren mil excusas que podrías darle y ninguna de ellas tiene nada de cruel. Si lo prefieres, le escribiré yo.

—No creo que ese sea un buen plan. Todavía no te conoce y aunque

espero que pronto podáis…

—Entonces sí quieres que venga —lo interrumpió Audrey.

—¿No te acabo de decir que no? —respondió con su amabilidad natural un poco alterada.

—Pues, ¿por qué has dicho que esperas que pronto podamos conocernos?

—Querida, ¿por qué dice cosas la gente? —repuso Conderley, ahora más alterado.

Siguieron recorriendo en silencio la terraza. Sabía que tener una esposa tan recta era bueno y agradable, y la valoraba más que a ninguna otra mujer, pero había ocasiones, o más bien momentos, por lo breves y fugaces, en que un poco más de comprensión, una pizca más de imaginación…

Y ella pensaba: «Es por aquella ración de pudin con la carne. No debería haber permitido que se la comiera ayer para cenar».

Más recuperado, Conderley añadió:

—Hace años que no veo a la pobre Fanny.

—¿Es pobre?

—No en el sentido económico.

—¿En qué sentido, entonces?

—Supongo que en el sentido en que llamamos pobres a las personas que se están haciendo mayores.

—¿Se está haciendo mayor?

—Menuda pregunta, querida.

Sí, tenía que ser por aquel pudin. Parecía bastante enfadado y, ella lo sabía, eso no era propio de Jim.

—Quiero decir —respondió divertida porque nadie puede echarle la culpa a una comida—, ¿es muy mayor?

—Bueno, hará veinte años, o más, que no la veo.

—Vaya, entonces sí debe de ser bastante mayor —dijo Audrey, más tranquila y apaciguada. Por alguna razón había supuesto…—. ¿Y tú la llamabas Fanny? —preguntó.

—Si no hubieras vivido siempre tan recluida en el bosque y el campo, sabrías que todos, en el mundo en que en el pasado viví, teníamos la costumbre de llamarnos por el nombre de pila —respondió, y de nuevo fue como si el pudin le tomara la voz.

—Pero, Jim, ¿de verdad la llamabas…? —Audrey contuvo la respiración, demasiado sobrecogida para pronunciar la imponente palabra.

—Sí, querida, de verdad —afirmó Conderley, ya totalmente poseído

por el pudin.

Recorrieron en silencio el camino de vuelta por la terraza. Mientras ella se decía que jamás volvería a darle aquella masa indigesta por la noche, él pensaba: «¿Por qué me pondrá siempre las cosas tan difíciles?».

Entonces Audrey dijo:

—¿Y esa Fanny lo que sea…?

—Skeffington. Fanny Skeffington. *Lady* Francés Skeffington —la interrumpió él, pronunciando su nombre en voz muy alta y con una magnífica vocalización.

—… Skeffington, pues. ¿Te llamaba Jim?

—Querida, ¿no acabo de decirte que nos llamábamos por el nombre? Y ahora dime, Audrey —continuó Conderley, con más amabilidad, al darse cuenta del tono enfadado con que le había hablado y desagradablemente sorprendido porque una simple carta de Fanny pudiera desembocar en su primera… bueno, no podía considerarse una pelea, pero no estaban siendo tan amables el uno con el otro como de costumbre—, dime, sabiendo que, como tú dices, es bastante mayor… —Durante un momento trató de imaginarse a Fanny bastante mayor, aunque sin éxito— y que en su carta dice que…

—¿Puedo verla? —lo interrumpió Audrey, acercándole una mano.

Conderley no estaba preparado para eso. No se le había ocurrido que pudiera pedirle la carta.

Incómodo, fingió que la buscaba en sus bolsillos.

—Debo de haberla dejado en la biblioteca —respondió mientras la estrechaba con fuerza en el fondo del bolsillo.

¿Por qué hacía eso?, se preguntó. En realidad no había nada que ocultar en la carta. Tan solo unas cuantas palabras afectuosas que podrían explicarse fácilmente. Así pues, ¿qué impulso lo había llevado a fingir que no la llevaba?

Se dijo que no tenía la menor idea, pero la tenía, lo sabía, y la idea incluía la palabra «profanación».

Aquello lo desconcertó. Su mujer, profanando la carta de otra mujer por el solo hecho de leerla… «Pobre de mí —pensó Conderley—. Pobre de mí». Y entonces comenzó a pensar que tal vez sería mejor que Fanny aplazara la visita.

—Dime qué te ha escrito, entonces —le pidió Audrey.

—Que ha estado enferma y que tiene muchas ganas de ver a sus viejos amigos…

—Antes de morir —añadió Audrey, sorprendiendo con ello a su marido por primera vez en su vida juntos.

Se hizo un silencio durante el cual Conderley trató de dominar su indignación. En esa ocasión no estaba enfadado, estaba terriblemente indignado. Hablar con esa ligereza, esa falta de sensibilidad, de la muerte de Fanny, que había sido lo mejor de su vida… de una vida apasionada, palpitante, atormentada, exquisita, comparada con la cual su existencia y la de Audrey eran como el letargo de las babosas. Por supuesto que Fanny debía visitarlo. Por supuesto que no iba a retrasar la visita de alguien a quien había querido tanto por alguien que no despertaba en él el menor afecto. No. Sin duda, en aquel momento, su esposa, la buena y leal Audrey, madre de sus hijos, fiel compañera en sus ratos de ocio, incansable cuidadora dedicada plenamente a su bienestar, no despertaba en Conderley el menor afecto.

—En realidad no hay ninguna duda sobre cuál será la respuesta —dijo, en cuanto se sintió capaz de hablar con tranquilidad—. Le escribiré y le diré que nos encantará recibirla.

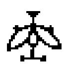
—Lo cual no es en absoluto cierto —dijo Audrey, sin abandonar su molesta sinceridad—. A mí no me encantará recibirla, quiero decir —añadió, tomándolo de nuevo por el brazo, que él había apartado—, a menos que a ti sí. ¿Te encantará? No sabría decirlo.

Audrey le dirigió una mirada afectuosa. No sospechaba que hubiera indignado a su marido. Estaba muy segura de la imagen que se había formado de él en su corazón, basada en su simpatía y amabilidad.

—Mi querida Audrey —comenzó Conderley, aún con frialdad, sin que su brazo respondiera a la cálida presión del de su esposa—, existe lo que se llama amabilidad y cortesía hacia los viejos amigos.

—Sí, lo sé —respondió ella, estrechando el brazo de él contra su cuerpo—, debes hacer lo que creas conveniente y te prometo que seré la anfitriona perfecta. Pero tendrás que contármelo todo sobre ella o me sentiré perdida.

—Habrá tiempo de sobra para eso —respondió Conderley, zafándose de ella y mirando el reloj—. Tengo una cita a las diez con Jackson —añadió de repente y, sin decir más, tras rellenar su pipa, se marchó en dirección a los invernaderos.



Cuando Fanny llegó, el sábado siguiente por la tarde —el fin de semana

más breve posible—, Audrey ya sabía todo lo que sabría sobre ella; no todo lo que había que saber, sino todo lo que sabría jamás, y Conderley, de nuevo tranquilo y muy sorprendido por haberse indignado tanto, había tenido tiempo para reflexionar a fondo sobre hasta qué punto la esposa de su corazón podía llegar a vivir fuera de este. Audrey sabía quién era el padre de Fanny, que su único hermano había muerto en la guerra, que se había casado con un judío («¿Cómo pudo hacer eso?», había preguntado Audrey), que su marido se había divorciado de ella…

—No. Ella se divorció de él —le aclaró Conderley.

—Es lo mismo.

—Desde luego que no. Es importante que te quede claro… y también sabía, porque lo había buscado en la guía *Debrett's*, que cumpliría los cincuenta el mes siguiente, el 12 de marzo. No sabía nada más. *Lady* Francés no se había vuelto a casar, le había dicho Conderley, que, sin pretenderlo, le dio a entender que una vez separada de su marido, Fanny había llevado una vida de soltería y austeridad en Charles Street, así que Audrey había empezado a fantasear imaginando un mundo de vestales y criadas devotas, dignas de las mejores referencias.

—Pobrecita —dijo Audrey con un suspiro feliz, posando la mano sobre la de él—. Y además no tiene hijos. Parece tan deprimente…

Sin embargo, lo que más le interesaba era el divorcio. No dejaba escapar la ocasión de hablar del tema. De modo que insistió. Y cuando al fin Conderley la reprendió por su obstinación, Audrey respondió que, al menos que ella supiera, nunca había conocido a una mujer a la que le hubieran pedido el divorcio, y mucho menos había tenido que entretenerla, por lo que se sentía como si eso fuera todo un acontecimiento en su vida.

—Fue ella quien se divorció de él —la corrigió Conderley con paciencia.

—Es lo mismo —dijo Audrey, que parecía incapaz de distinguir entre inocentes y culpables—. Después de todo, un divorcio es un divorcio, Jim —añadió, y lo miró desafiante, como si lo retara a rebatir su comentario; él cogió *The Times* y se enfrascó en la lectura.

Entonces, insistiendo de nuevo, añadió:

—Mi madre me dijo que la reina —refiriéndose a Victoria— se negaba a recibir visitas de divorciados en la corte, ya fueran del grupo de los inocentes o de los culpables.

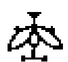
Y de nuevo, un poco más tarde, mientras Conderley seguía enfrascado en el periódico:

—Cuando el río suena agua lleva, ¿sabes, Jim?

Y una vez más, tras unos instantes en que él permaneció invariablemente enfrascado:

—Quien aceite mesura, las manos se unta, ¿sabes, Jim?

«¡Dios santo!», dijo Conderley para sí, súbitamente alterado. Hacía muchos años que no se decía «¡Dios santo!».



Ambos estaban en la puerta cuando Fanny llegó. Audrey había puesto mucho esmero en arreglar las habitaciones; las había llenado de flores silvestres, azafranes de primavera y campanillas de invierno, había sacado la mejor ropa de cama y la clase de libros que, según ella, a alguien que había estado enferma y aún se estaba recuperando le resultarían tonificantes, como *Paseos por Roma*. Había lumbre por todas partes. El té estaba listo en el salón. Hasta el último momento, Conderley permaneció enfrascado en *The Times*, y solo cuando oyó que el coche se detenía, lanzó el periódico apresuradamente y se precipitó junto a su esposa, a esperar a Fanny en la puerta.

Ahora que había llegado el momento, Conderley estaba preocupado por reencontrarse con Fanny y le molestaba que Audrey, a su lado en las escaleras, lo cogiera del brazo. Él le pertenecía, nadie dudaba de ello. Entonces, ¿por qué aquella actitud tan abiertamente posesiva?

Sin embargo, sabía que estaba siendo injusto con ella, pues Audrey era muy tímida y por eso se aferraba a él. Además, Manby salió del coche primero y Audrey la confundió con Fanny.

—Pero, Jim, ¿cuántos años…? —susurró—. Qué cincuenta años tan mal llevados…

Al darse cuenta de su error, Audrey se sintió aún más avergonzada y su marido se irritó de un modo que él mismo juzgó desproporcionado.

Pero allí estaba Fanny en persona, agachando la cabeza para no golpeársela contra el marco de la puerta. Conderley se acercó a ayudarla y, al tomarla de la mano mientras ella entraba, se vieron por primera vez desde aquella tarde desgarradora de hacía veinte años, cuando él la había ayudado a secarse las lágrimas de la despedida.

«Oh, pobre Jim», pensó Fanny, vacilante, algo insegura, aunque en el fondo muy confiada, lamentando que estuviera tan encorvado y canoso.

«Dios mío, pobre Fanny», pensó Conderley, horrorizado.

Fanny iba maquillada en exceso. Ninguna mujer acudiría a una cita con alguien a quien hubiera amado profundamente sin tomarse la molestia de ofrecer su mejor aspecto. Fanny se había tomado esa molestia, pero Conderley, acostumbrado a vivir en el campo rodeado de mujeres curtidas por los elementos y vestidas con faldas de *tweed*, con una esposa que lo único que le hacía a la cara era lavarla, juzgó que tenía un aspecto totalmente indecoroso. Su delgadez la empeoraba aún más. Las mejillas hundidas eran una imagen triste de por sí, pero llevarlas tan pintadas convertía la tristeza en tragedia.

«La noble y encantadora Fanny…».

Aquellas palabras, débiles, llegadas a través de los años, como la melodía delicada y jadeante de una vieja caja de música, se le escaparon de los labios. Conderley se inclinó sobre su mano como sí tratara de esconder lo que sentía y ella, al verlo desde ese ángulo, no pudo evitar fijarse en el escaso cabello que le cubría la coronilla. De hecho, casi no tenía.

«¡Ay! Pobre Jim», pensó ella, y entonces se arrepintió de haber ido a visitarlo.

«¡Ay! Pobre Fanny», pensó él, y se arrepintió de haberle permitido que lo hiciera. Lo más curioso era que ninguno de los dos tenía la menor idea de cómo lo veía el otro.

Fanny fue la primera en hablar.

—Qué maravilloso encontrarnos de nuevo. Querido Jim, no sabes lo contenta que estoy —dijo, intentando convencerse de que conocía muy bien a aquel anciano.

Pero él, mientras la ayudaba a subir las escaleras, con la mano debajo de su codo —notó ese bulto delgado y puntiagudo en la palma—, permaneció aún unos momentos en silencio. Después, con la respiración algo agitada, porque desde hacía tiempo le costaba subir escaleras y hablar al mismo tiempo, dijo:

—Me habría gustado que tuvieras esta magnífica idea mucho antes.

¿Quería decir mucho antes de que hubiera dejado atrás la juventud, o antes de que él hubiese envejecido tanto? No, tan solo estaba siendo educado. Fanny lo supo por la inclinación cortés de su cabeza y la amabilidad de sus ojos cansados.

«Pobre Jim, qué horror, esos ojos tan cansados», pensó, apartando enseguida la mirada.

—¡Qué casa antigua más maravillosa! —exclamó, contemplando con apreciación la espléndida fachada—. Ah, ¿y ella es Audrey?

Audrey, que se acercaba con una sonrisa de bienvenida, decidió enseguida, pese a no haber visto ninguna antes, que Fanny era la típica divorciada, y se alegró de no tener otras visitas. Aquella no era una invitada, pensó, que pudiera presentarle a un obispo. Se preguntó qué habría dicho su madre al respecto. Pero ella, que solo conocía a las mujeres sofisticadas a través de las fotografías, algunas muy extrañas, de la revista *Tatler*, se dio cuenta de que probablemente otras mujeres sofisticadas no habrían notado nada fuera de lo común. Jim no había mencionado aquel aspecto de su invitada. Con todo, Audrey reconoció de inmediato el tipo de mujer que era y se volvió aún más vergonzosa.

—Seguro que te apetece tomar un té —fue cuanto se le ocurrió decir en respuesta al saludo y al beso tan afectuoso de Fanny.

—Podría ser tu madre, ¿te das cuenta? —dijo Fanny con una sonrisa, justificando así su beso.

Conderley pensó que el comentario había sido desafortunado.

—¿Entramos a tomar el té? —preguntó Audrey, incapaz de pensar en algo que decir y, por tanto, insistiendo sobre lo mismo, pensó Conderley, enfadado, pues insistir era para ella una necesidad y en esa ocasión le había tocado al té. Entonces cayó en la cuenta, sorprendido, de que en cuanto Fanny aparecía en escena, ya fuera en persona, por carta o en una conversación, él se enfadaba con Audrey.

Avanzando de lado, Audrey abrió el camino hacia el salón. No solo se sintió de repente sumamente joven —una sensación por lo general bastante agradable—, sino que, tras echar un rápido vistazo a Fanny y fijarse en la ropa que llevaba, se dio cuenta de que ella, Audrey, no sabía vestir. Eso la deprimió, porque siempre había tenido la certeza de que vestía bien, y por eso entró en el salón de lado, con la esperanza de que Fanny no se fijara demasiado en ella.

¿Dónde estaba la diferencia?, se preguntó. Ambas vestían ropa de campo. Era difícil concretar en qué sentido la suya era distinta de la de Fanny, pero lo era. También los rostros, pensó Audrey, pues de inmediato había notado que debajo del maquillaje de su invitada y a pesar de los surcos, aún se apreciaban los trazos distinguidos de algo que ella no había poseído jamás. Audrey no había sido más que una joven bonita y lozana… lo sabía y siempre le había parecido un detalle maravilloso que su Jim hubiera querido casarse con ella. Así las cosas, con las diferencias en la ropa y en el rostro, Audrey se vio asaltada por un complejo de inferioridad y le resultó casi imposible articular palabra.

Pero Fanny era la persona adecuada para hacer frente a la timidez. De lo más desenvuelta, pues nunca se había preocupado por la impresión que causaba, se entregaba a los sentimientos de los demás con total libertad y ese era uno de sus principales encantos, y también uno de los mayores peligros para los otros, tanto entusiasmo ponía en su labor. Cuando hablaba con alguien, siempre daba la impresión de que aquella era la única persona de este mundo con quien le apetecía estar. Audrey no tenía necesidad de hacer nada más que servir el té, y Fanny, que, como cualquier mujer, reconocía la timidez en cuanto la veía, hizo todo lo demás hasta que su joven anfitriona se hubo tranquilizado. Se preguntó si a Jim le había parecido necesario hablarle de ella a su esposa. En caso de que lo hubiera hecho, aún tenía más razones para hacerse amiga suya. Sea como fuere, el aire de florecilla primaveral que tenía Audrey le resultaba atractivo. Fanny, que jamás había sido celosa ni posesiva, sino que siempre había deseado que las personas que le importaban conocieran y se relacionaran con otras que también le importaban y fueran felices con ellas, se alegró de todo corazón de que el pobre Jim hubiera encontrado un puerto tan acogedor en el que echar el ancla.

Y así, año tras año su pequeña embarcación
sigue en su puerto, meciéndose plácidamente…

—Jim —dijo Fanny volviéndose hacia él, que estaba sentado en silencio y rodeando con sus huesudos dedos la taza, como si tratara de calentárselos—, en cuanto te veo me vienen a la cabeza cosas hermosas, como la poesía.

—¿En serio, Fanny? —preguntó Conderley, ruborizándose—. Qué amable de tu parte…

—Y ahora mismo, viéndoos a ti y a Audrey tan a gusto y felices juntos… —Las sonrosadas mejillas de Audrey intensificaron su color, tanto la satisfizo aquel comentario—… Hay algo que siempre recitabas…

—¿Ya recitaba por aquel entonces? —preguntó Audrey, asomándose, como si por un momento hubiera estado a punto de cruzar el umbral de la timidez.

—Diría que llegó a este mundo recitando —respondió Fanny con una sonrisa, mientras alargaba un brazo para alcanzar un emparedado. Eso de no tener que molestarse en ofrecer las cosas es agradable, pensó Audrey—. Os estaba mirando y he recordado aquellos versos sobre el barco y el puerto. Eran de Wordsworth, ¿verdad?

Con una especie de sorpresa y de risa contenida, recordó el mote

irreverente que Edward le había dado a aquel gran hombre. Lo había llamado «cara de besugo». Viejo con cara de besugo. Terrible. Sin embargo, ese recuerdo aún le producía ganas de reír.

La diplomática Fanny sabía que le bastaba con empezar a hablar de poesía para hacer feliz a Jim, a menos que su pobre cerebro se hubiera quedado tan despoblado como su pobre cabeza. Era evidente que no había sucedido así, porque Jim dejó de acariciar la taza, se levantó con una presteza que no había demostrado hasta entonces, salió de la habitación y regresó de inmediato —«Gracias a Dios», pensó Audrey, que se había quedado consternada por la salida de su marido— con un grueso libro.

—Aquí está —anunció Conderley, señalando una página. Su dedo, huesudo y amarillento, temblaba.

—Léelo en voz alta —dijo Fanny mientras encendía un cigarrillo.

Eso de no tener que molestarse en proponer las cosas es agradable, pensó Audrey.

Fanny se recostó en la silla y Audrey se relajó lo suficiente para recostarse en la suya. Jim tenía una voz atractiva y leía bien. Qué gran recurso, pensó Fanny, la lectura en voz alta. No tener que decir ni una palabra; no tener que ocupar en nada la mente agotada e inquieta, tan solo dejarla vagar libremente. En ese sentido, la lectura en voz alta era mucho mejor que el ajedrez, concluyó Fanny, porque el ajedrez no solo requería concentración, sino que, en comparación con la lectura en voz alta, obligaba a la cháchara, con todos sus «jaques» y «mates».

Perry —se acordó de *sir* Peregrine Lanks, abogado de prestigio, que llegó a su vida después de Edward y terminó convertido en un hombre cansado y paciente— le había enseñado a jugar al ajedrez, había insistido en ello, poco interesado como estaba en ese otro recurso utilizado por quienes no tienen demasiado que contarse; y ella había aprendido, aunque a regañadientes, pues tras la primera o segunda semana de devoción Fanny había comenzado a presentir que, si bien era evidente que él la adoraba, también parecía sospechar que ella era una cabeza de chorlito. De modo que, si aprendía a jugar al ajedrez, sin duda un juego de personas inteligentes, ¿no se convencería de que también ella lo era? Así pues, acudió en secreto a un experto en ajedrez —un ruso que le había buscado su secretaria— y tomó clases. Iba a visitarlo todas las mañanas acompañada por Manby y durante un tiempo Lanks se quedó estupefacto por los progresos de Fanny. Parecía aprender de manera intuitiva, comentó. Lanks estaba sumamente entusiasmado y dijo que jamás había conocido a alguien

con tantas aptitudes.

—No hay nada que no sepas hacer, mi adorable Fanny —exclamó un día, encantado de que ella lograra arrebatarle la reina.

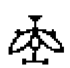
A continuación el experto le enseñó a mover los caballos de la manera apropiada, con su mano sobre la de Fanny, y cada vez que tenía ocasión de decir «Mate», lo cual sucedía con frecuencia, lo hacía con un susurro. «Mate», solía susurrar, mirándola con una ternura cargada de significado. «Ah… mate», susurraba de nuevo, entre suspiros. Entretanto, Manby, muy educada y discreta, sentada en un rincón, hojeaba un periódico ruso.

Fanny abandonó las clases y sus progresos se detuvieron en seco. Y Lanks, tras un período de creciente sorpresa e impaciencia, volvió, mal que le pesara a Fanny, a sus sospechas sobre ella.

Fanny recordaba ese episodio vagamente, mientras sus oídos, que no su mente, prestaban atención a la atractiva voz de Conderley. No lo miró, aunque podría haberlo hecho aprovechando que él no levantaba los ojos del libro, pero no le pareció apropiado. Le parecía casi indecente mirar a alguien a quien la edad había dejado tan al descubierto. Era mejor limitarse a escuchar su voz, que, al igual que su letra, seguía como siempre. La lumbre bailaba y crepitaba, en la habitación flotaba el dulce aroma a flores de primavera y fuera, en el jardín, donde los tordos cantaban en la penumbra, se oyeron los pasos apresurados de unos niños; por la forma en que Audrey hizo ademán de levantarse y volver a sentarse, y por el rápido cambio de su expresión, de atención respetuosa a interés genuino, Fanny supo que debía de tratarse de sus hijos.

¿Había hecho bien en ir allí?, se preguntó vacilante y algo abatida. ¿De verdad la ayudaría contemplar todo lo que se había perdido, presenciar la felicidad de los demás, lo seguros y confiados que se acostaban todas las noches? La noche eterna no podía quedar ya muy lejos del pobre Jim, esa noche sobre la que en los últimos tiempos, a raíz de su enfermedad, había comenzado a cavilar; pero él no tenía de qué preocuparse, su fiel esposa estaría a su lado hasta el final.

Cuando llegara su turno, Fanny tendría que depender de Manby.



Hasta después de la cena, Fanny no tuvo ocasión de pasar unos minutos a solas con Conderley. Audrey había ido a dar el beso de buenas noches a los niños, un ritual que realizaba con regularidad, y Conderley y Fanny se

quedaron por primera vez solos en la biblioteca.

De repente ambos se sintieron violentos. ¿Era esa la forma en que terminaba una amistad, con un sentimiento de incomodidad?, se preguntó Fanny. No tenía por qué. No debería ser así. Fanny estaba segura de que, si sucedía, era porque algo no marchaba bien. Pero la gran dificultad para ella era que no podía creer que ese viejo extraño que se apoyaba en la chimenea para llenar la pipa fuera alguien a quien alguna vez había conocido íntimamente.

—¿Te molesta que fume? —preguntó él, dejando de llenarla.

—Ya sabes que no —respondió ella, pues, ¿cuántas veces, porque le gustaba el olor, lo había animado a fumar en pipa?

Pero él no lo sabía. Se había olvidado de los pequeños detalles como ese. Solo recordaba la angustia. Fanny se acordaba de todos los detalles. Además, para ella tal angustia no había existido.

La voz de Fanny, pensó Conderley, no había cambiado en absoluto. Si no la miraba, era como si la Fanny que había perdido estuviera allí, de nuevo junto a él, en la silla baja, al lado de la mesita adornada con violetas. La mesita de Audrey. Las violetas de Audrey. Solo si no la miraba, era su Fanny. Así pues, sería mejor mirarla. No era decente ni tenía ningún sentido cerrar los ojos y quedarse escuchando esa voz amada. O más bien, esa voz que un día había amado.

Fanny, por su parte, se decía: «Es absurdo que dos viejos amigos se muestren tan tímidos el uno con el otro. Al menos yo intento ser natural…». Entonces comenzó a poner en práctica su naturalidad y preguntó:

—Jim, ¿me ves muy cambiada?

Jim se asustó tanto que se le cayó la petaca con el tabaco.

—¿Cambiada, Fanny? ¿En qué sentido? —preguntó él, mientras la recogía, no sin cierto esfuerzo. Hacía tiempo que no conseguía recoger cosas del suelo con facilidad.

—Ya sabes en qué sentido. ¿Tú crees, por favor sé sincero, Jim, crees que he cambiado mucho? —Y Fanny continuó, luchando contra la timidez contagiosa de él, haciendo un esfuerzo por sentirse cómoda y a gusto en su compañía—. No te imaginas lo difícil que es verse una misma como la ven los demás. De tanto mirarse en el espejo, una se acostumbra a su cara. Si de vez en cuando pudiera hacerme una ligera idea…

—Bueno, no te olvides de que eras casi una niña cuando yo… cuando éramos amigos —respondió—. Por supuesto, desde entonces has

madurado.

—George Pontyfridd me dijo el otro día que no lo había hecho. O más bien, que me estaba costando mucho hacerlo. Pero no se refería al físico. Al principio creí que sí, pero después de pensarlo mucho creo que se refería a mi mente, a mi imaginación, sensibilidad, o algo así.

—Bueno, es cierto que las mujeres tienden a mantener ciertas características infantiles… —comenzó Conderley con tono sentencioso, deseando que Audrey regresara lo antes posible.

—Quieres decir que nunca dejan de ser unas estúpidas —dijo Fanny, y sonrió. Y como la única respuesta que obtuvo fue un movimiento de desaprobación con la cabeza, añadió—: Si le hubiera dicho eso a Perry…

—¿Perry?

—Peregrine Lanks, ya sabes.

Conderley asintió con solemnidad. Lo sabía. Sabía que después de aquel tal Montmorency… aunque, ¿qué importancia tenía todo eso ahora?

—Si le hubiera dicho eso a Perry —continuó Fanny—, que las mujeres no dejan atrás la estupidez, me habría dicho que le había quitado las palabras de la boca. Pero tú eres más amable que él Jim, y…

Estuvo a punto de añadir «menos ingenioso», pero se calló.

—Lanks ha tenido una carrera notable —dijo Conderley, encendiendo la pipa y esforzándose por mantener la conversación alejada de los temas personales—. Rechazó el cargo de ministro del Interior porque no quería renunciar a la enorme fortuna que estaba haciendo en el colegio de abogados.

—Lo sé. Maravilloso. Pero ¿por qué hablar de él? Dentro de nada empezarás a hablar de Hitler.

—¿Y por qué no? Es de suma importancia en estos momentos.

Fanny suspiró.

—Oh, querido Jim… la situación europea. Tú también —dijo—. De acuerdo, adelante —añadió, deseando tanto como él que Audrey regresara.

—Ese es el tema más interesante en estos momentos —respondió Conderley mientras manipulaba su pipa, que no tiraba.

—Entonces, ¿crees que he cambiado? —preguntó ella apresuradamente.

Conderley la miró unos instantes, sin entender la relación.

—Por favor, Fanny… —rogó, y a continuación añadió—: ¿No he cambiado también yo?

—Oh… ¡Hombres! Y tú eras el que decía…

—Por favor, Fanny —le rogó de nuevo.

—Pero es verdad —insistió ella—. Cuando te decía que solo te importaba porque era bonita, siempre decías que era mi alma lo que más amabas. ¿Era cierto? Porque aún tengo la misma alma, ¿sabes?, por mucho que haya cambiado por fuera.

—Tal vez no deberíamos recordarnos el uno al otro lo que solíamos decir —sugirió Conderley, incómodo.

—No recuerdo que yo dijera demasiado, ¿verdad?

—Quizá fuera porque no sentías demasiado.

—Oh, Jim… ¡me dediqué plenamente a ti, y durante tantos años! —objetó Fanny.

—¿Quieres que te diga lo que pienso de verdad? —preguntó él, deseando de corazón desviar la conversación del curso que estaba tomando.

—Me gustaría que lo hicieras —respondió Fanny, preparándose para lo peor.

—Que eres, siempre fuiste y siempre serás la mujer más encantadora de este mundo —dijo, e hizo una reverencia ceremoniosa al estilo Windsor o palacio de Buckingham.

Fanny se recostó de nuevo sobre los cojines. Esas palabras y la reverencia interponían continentes, siglos, entre ellos.

—Eso suena muy vacío —dijo al fin con tono lastimero—. No me había dado cuenta de que ahora solo somos conocidos.

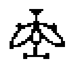
—Antes de entrar en eso —respondió Conderley, mirándola—, dime qué entiendes por conocidos.

Debía mirarla. De hecho, se levantó y encendió más luces, o todas las luces hasta que la habitación resplandeció. Si no la veía, si solo escuchaba su voz, se sentía demasiado cerca del dolor. No se había imaginado que volvería a sentir dolor, el dolor de la añoranza incluso tras el sufrimiento de sus años jóvenes, pero Fanny siempre había tenido una voz que le oprimía el corazón y, por desgracia, la seguía teniendo. Así que sería mejor mirarla; mirarla y conmoverse. Porque sin duda era preferible que un hombre casado se conmoviera a que sintiera dolor. ¿Y por qué demonios no regresaba Audrey?

—Eso, sin más —respondió ella con desgana—. Conocidos. Que se hacen cumplidos. Que se dicen cosas bonitas. Todas esas cosas con las que comienzan las relaciones. Lo que no sabía era que también terminaran así.

—Por favor, Fanny —le rogó él una vez más.

Y entonces guardaron silencio, deseosos de que Audrey regresara.



Cuando al fin lo hizo, intrigada por aquel resplandor al abrir la puerta, al principio creyó que no había nadie en la habitación, tal era el silencio que reinaba en ella. Luego, cuando los vio allí, cada uno hundido en su butaca sin decir palabra, no entendió nada.

Sin embargo, ambos parecían realmente encantados de verla. Fanny se incorporó con rapidez, le sonrió afectuosamente y le preguntó por los niños. Jim le acercó una silla y un cojín, se mostró de lo más diligente e incluso le entregó la bolsa donde guardaba la labor.

Audrey estaba muy sorprendida. Por lo general era ella la diligente, y no al revés; y con toda la razón, pensaba firmemente Audrey, pues nunca, ni por un momento, había dudado de que su Jim estaba por encima de ella en todos los sentidos, ni de que al casarse con ella había demostrado una gran generosidad.

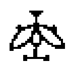
Una convicción de lo más útil para una esposa, ya que fomenta en gran medida la armonía en el hogar. Consciente de ello, pues se hacía evidente de mil maneras a diario, a Conderley le parecía enternecedor y más bien inexplicable, teniendo en cuenta que ya entonces era mucho mayor que Audrey, y que lo sería mucho más al cabo de diez años. Entonces sería un viejo caduco de más de ochenta años y ella aún tendría poco más de cuarenta, la etapa más vigorosa de la vida, como él tan bien recordaba. Por consiguiente, sabedor de que muy pronto Audrey se descubriría casada con un anciano, se esforzaba por ser amable con su dulce mujercita mientras aún le quedara un poco de vitalidad; consciente de que en los últimos días se había mostrado enfadado y con tendencia a responder bruscamente, en cierto modo por culpa de Fanny, comenzó a poner en práctica actos simbólicos de penitencia y le acercó la bolsa de la labor.

—¿Te encuentras bien, Jim? —preguntó poco después Audrey con inquietud.

Ese acercarle sus cosas y ese silencio en la habitación cuando había entrado…

—Perfectamente, querida. ¿Por qué?

—Me pareció que… Oh, no lo sé. Ha sido solo una sensación —respondió Audrey mientras inclinaba la cabeza sobre la bolsa de la labor y se recluía de nuevo en la timidez.



El domingo fueron a la iglesia. Fanny no los acompañó porque era judía.

—Pero si no es judía —se quejó Audrey a su marido, aunque se sentía aliviada porque el párroco no la vería.

—En lo tocante a la religión, lo es —respondió Conderley sin dar más explicaciones. No quería hablar de Fanny. Audrey, en cambio, quería hablar de ella todo el rato.

En lo referente a la religión, Fanny era aún judía porque no se había molestado en volver a cambiar de credo tras divorciarse de Job. Si bien era cierto que no le había gustado cambiar de religión solo para casarse con un hombre rico, cuando tuvo la ocasión de regresar a la fe de sus progenitores decidió no aprovecharla. ¿Qué sentido tenía abrazar —ella creía que esa era la palabra adecuada— una fe que nunca había sido especialmente alegre —le pareció que esa era la palabra adecuada—? La fe que ahora tenía era muy relajada; la fe sencilla de los extraordinariamente afortunados. Todos somos hijos de Dios y listo. Si alguien hubiera presionado a Fanny en busca de una explicación, sin duda esa habría sido su respuesta.

Conderley, seguidor riguroso de los rituales de su Iglesia, incluso en su época de mayor enamoramiento había sospechado que Fanny era en realidad una pagana, y Perry Lanks estaba convencido, y así se lo hizo saber, de que no era más que una hedonista irresponsable.

A Fanny no le importaba lo que pudieran decirle. Ella solo se reía. En aquellos tiempos estaba demasiado ocupada con su belleza para pensar en el tema. La vida se precipitaba a su alrededor a una velocidad vertiginosa, de un acontecimiento emocionante a otro, como la guerra y su trabajo en Francia durante el conflicto bélico, sus principales causas de agitación por entonces.

—Serías increíblemente perfecta si supieras algo, o si al menos tuvieras la capacidad de imaginarlo —le había dicho una vez Perry Lanks, exasperado por la continua frustración en el ámbito intelectual.

—No tengo tiempo.

—¡Tienes tiempo de sobra! Todo el tiempo del mundo, igual que todos nosotros. Pero tu problema, Fanny, ¡es que ni sabes ni eres capaz de imaginar nada en absoluto!

—Entonces enséñame.

—No puedo, porque ni siquiera sospechas que pueda haber algo que

aprender. En cuanto a lo de la imaginación…

Y levantaba las manos.

Así pues, durante seis días Fanny trabajaba y hacía todo lo que tenía que hacer, sin pensar ni un instante en la religión, pero el séptimo día la recordaba y descansaba plácidamente en la cama. Eso de acurrucarse bajo el ala de su anfitriona y dejar que la empujaran suavemente, en procesión, hasta el banco de una iglesia con olor a moho no iba con ella. Estaría encantada de holgazanear en su habitación hasta la hora del almuerzo o, en caso de conocer a alguien particularmente atractivo en una fiesta, de reunirse con él tras una cita concertada la noche anterior y explorar los jardines e invernaderos, pese a saber que tendría que explorarlos de nuevo más tarde con su anfitrión… Pero bueno, se dijo con alegría mientras se disponía a dar su primer paseo, no se podía tener todo.

En esa ocasión, sin embargo, tal vez por primera vez en su vida durante un fin de semana en el campo, no se celebró ninguna fiesta y, a juzgar por las apariencias, Fanny dedujo que los Conderley jamás habían celebrado ninguna. Si se hubiera casado con Jim —cuántas veces se lo había implorado, ¡qué ocurrencias, pobre Jim!—, Fanny suponía que las celebraciones habrían sacudido su hermosa casa solariega, pues en aquellos días las fiestas parecían arremolinarse a su alrededor. Dondequiera que fuera se organizaba una fiesta. Cuánto más feliz había sido el pobre Jim casándose con Audrey; qué suerte infinita para él haberse quedado con Audrey y no con ella: esa mujercita agradable y desenvuelta, años más joven que él pero contenta de llevar un tipo de vida del agrado de un hombre mucho mayor. Y Audrey también había tenido suerte, pues casándose con Jim se había librado de caer en manos de algún clérigo. Todo lo que tenía que ver con Audrey, a Fanny le hacía pensar en bancos de iglesia. Se la imaginaba en actitud devota sentada en uno de esos bancos y muy atenta a los pies del púlpito. Además, a Fanny no le cabía la menor duda de que la pasión era una pésima base para cualquier matrimonio. Si se hubiera casado con ella, Jim se habría convertido en un manojo de nervios, en un hombre intolerablemente celoso y desconfiado.

No, estaba mucho mejor sola. Se alegraba de no haberse casado con ninguno de ellos. Pero se sentiría sola y sería difícil sobrellevar una soledad cada vez mayor. Fanny pensaba que debería relacionarse con ancianas para descubrir a qué se dedicaban en la última etapa de sus vidas, como le había dicho George, pero el mero hecho de pensar en ancianas le provocaba náuseas. Además, se había relacionado con una la semana anterior en

Oxford y había tenido que aguantar un buen rapapolvo.

De todas formas, lo cierto es que se lo había pasado de maravilla, se dijo, tratando de ser agradecida, y era de suponer que ahora le tocaba pagar por ello. Pasados los cincuenta cabía esperar que la vida comenzara a pasarle factura. Pero qué difícil resultaba ser agradecida en un presente vacío, por muy agradable y activo que hubiera sido el pasado. Era como si, cuando se tiene hambre, se intentara obtener satisfacción recordando las buenas cenas disfrutadas en el pasado; ese domingo en Upswich, a Fanny, cuyo estado de ánimo solía elevarse las mañanas soleadas, le sorprendió bastante y casi le dolió que esa imagen de buenas cenas ya disfrutadas y concluidas pudiera afligirla y deprimirla.

Saldría a dar un paseo bajo el sol. Sería sensata y ahuyentaría la melancolía o, si no lo conseguía, al menos se alegraría de ser una mujer sin ataduras, libre de sentirse tan melancólica como se le antojara, sin involucrar a un marido o a unos hijos en su mal humor: personas indefensas que no podían escapar y estaban obligadas a sufrir cuando la madre o la esposa tenía un arrebato de pesimismo. Sí, saldría a dar un paseo brioso y pensaría qué decirle a Jim la próxima vez que, tal como planeaba, se quedara a solas con él. La conversación de la noche anterior había sido muy poco afortunada; la conversación que esperaba mantener con él antes de que terminara el día sería muy natural, muy sensata y muy útil. Le hacía tanta falta el consejo de un verdadero amigo… ¿Y quién mejor que uno de sus más viejos amigos y, sin duda, durante tres años, también uno de los más queridos?

Así pues, cuando juzgó que los feligreses debían de estar absortos en sus oraciones, pidió que le llevaran sus botas y su gorro de lana y avanzó entre los azafranes para echar un vistazo a esos jardines y a ese parque que, si así hubiera querido, hubieran sido suyos desde hacía ya tantos años. Paseando por allí bajo el suave sol de febrero, rodeada de la calma propia de una mañana de domingo en la campiña inglesa, como aún no había abandonado la costumbre de saborear la felicidad, muy pronto se sintió mejor. Alegre por naturaleza, hacían falta muchos y continuos golpes para doblegar a Fanny. El destino todavía no le había deparado una sucesión prolongada de ellos; el día que había pasado en Oxford había sido tal vez el más duro que había tenido que soportar hasta entonces. Fanny llegó recuperada y contenta a almorzar, y se alegró de que los niños, a los que aún no había visto, almorzaran con ellos.

Los niños eran bastante poco agraciados y sumamente activos. Fanny se

preguntó qué cara tendrían si hubiera sido ella su madre. Esa, sin duda, es la base realmente sólida y la promesa de felicidad de cualquier matrimonio: los hijos, pensó Fanny mientras miraba a su alrededor y se fijaba en la expresión complacida y ronroneante de Audrey y en el evidente orgullo de Jim hacia su hijo. Y por ello había que entrar en el matrimonio con la actitud recomendada en el libro de oraciones, no a la ligera sino con reverencia, discreción, conocimiento de causa, sobriedad y en el temor de Dios: la actitud opuesta a la que se adopta al iniciar una relación amorosa.

Era evidente, pensó Fanny, que los pequeños Conderley habían crecido sin temor a nada, pues la pequeña Audrey, sentada frente a ella, preguntó a su padre con un audible susurro si no creía que aquella hermosa mujer era la más bella que hubiera visto jamás, como salida de un cuento de hadas, y la pequeña Joan, sentada a su lado con briosa frivolidad —al menos Fanny, que aún llevaba el gorro de lana, deseó que el comentario fuera frívolo—, intentó explicarle a Fanny la diferencia entre una soltera y una solterona, y con tono triunfal añadió…

—Sí, ya lo sé. Estoy al corriente —trató de interrumpirla Fanny.

… Añadió, sin permitir que le quitaran la palabra, que una era divertida y juguetona, y la otra estaba amargada y pelona; y el pequeño Jim, atento a la explicación, señaló con su cuchara la cabeza de Fanny y gritó: «¡Pelona!», tras lo cual las dos hermanas se desternillaron de risa y él, animado, volvió a señalarla con la cuchara y gritó: «¡Pelo de azafrán!», y después se rio más fuerte que nadie mientras daba saltos en su trona.

—Tal vez, querida —le dijo Conderley a su esposa, cuando consideró que podría oírlo—, estamos permitiendo que los niños se desmanden demasiado.

—Es que han estado en la iglesia —explicó Audrey, avergonzada pero orgullosa, pues sin duda había sido muy inteligente su hija al comentar lo que su madre y el obispo, de haber estado allí, habrían pensado en líneas generales.

A Fanny le entusiasmó su explicación. Qué divertido sería que todo el mundo saliera de la iglesia con una actitud tan destructiva. Entonces le vino a la cabeza la imagen de sacristanes volcando ruedas de tortura por la calle, guiados por briosos coadjutores y seguidos por un grupo de feligreses enardecidos. Como jamás había tenido motivos para temer los ataques personales, se tomó los comentarios de los niños como un cumplido, aunque prefería que no mencionaran nada sobre su pelo. Estaba muy susceptible desde la enfermedad y no demasiado segura de que Antoine

hubiera dado con el color acertado. Él aseguraba que ese tono era exactamente como el original, pero lo cierto es que no combinaba tan bien con su rostro como en el pasado. Desde luego, si había conseguido que el pequeño Jim pensara en los azafranes amarillos de su jardín, era que Antoine no había encontrado el tono adecuado. Cuando regresara a casa el lunes, iría a verlo sin demora.

—Supongo que te apetecerá descansar un poco en tu habitación —dijo Audrey, cuando se tomaron el café y la niñera se llevó a los niños. Aún estaba un poco cohibida, aunque ya no tanto. No era posible sentirse cohibida durante mucho tiempo cerca de Fanny—. Suelo leer con los niños —comenzó, sonrojándose— durante una hora los domingos, después del almuerzo.

—¿Les causa el mismo efecto que la iglesia? —preguntó Fanny, esperanzada—. Porque si es así, ¿puedo ir contigo y escuchar?

—Me temo que hoy no se han portado muy bien —se disculpó Audrey.

—Creo, querida, que tal vez necesitan un poco más de disciplina —dijo Conderley con amabilidad.

—Lo intento —respondió Audrey. Hubo algo en el modo en que pronunció aquellas palabras, algo sencillo y humilde, que hizo que Fanny se levantara rápidamente y la besara.

—Cariño… —le dijo.

Audrey se sonrojó intensamente. Fanny le gustaba mucho, aunque sentía que, de algún modo, no estaba bien que simpatizara con ella. Además, en su familia no decían «cariño». «Querida» representaba la máxima expresión de afecto, y Jim y ella, que sin duda se querían tanto como dos personas se podían llegar a querer, también se llamaban «querida» y «querido». Tan solo una vez él la había llamado «mi amor»: el día que nació el pequeño Jim, pero desde luego aquella había sido una ocasión especial. Así pues, aunque le agradó que Fanny la llamara «cariño», también se sintió incómoda, porque, ¿acaso estaba bien que alguien que era prácticamente una desconocida utilizara una palabra tan intensa?

Entretanto Conderley permanecía en silencio, rellenando su pipa, y era imposible adivinar sus pensamientos. Tal vez uno de ellos fuera de alivio porque el día siguiente ya era lunes, quizá otro fuera que la vejez dejaba mucho que desear. Dentro de unos años apenas sentiría nada, ni le importaría nada, ni querría nada. ¿Demasiado parecido a la muerte? Tal vez, pensó Conderley, presionando el tabaco con el pulgar, pero cuánta paz.

La paz, sin embargo, aún no estaba todo lo cerca que él hubiera deseado

porque, como bien sabía, estaba a punto de llegar el momento en que el anfitrión propone dar un breve paseo y acompaña al invitado hasta los invernaderos. Fanny no había respondido a la proposición de Audrey de subir a su habitación y descansar un rato, de modo que lo menos que Conderley podía hacer era ofrecerle una visita a los invernaderos.

Esperaba que Fanny rechazara la invitación. Los diez minutos que habían pasado a solas la noche anterior tras la cena habían sido a todas luces angustiosos y no era posible que Fanny tuviera intención de que se repitieran y alargaran. Si subía al piso de arriba como una buena chica y no volvía a aparecer hasta la hora del té, tres cuartas partes de la visita se habrían salvado sin problemas, y Conderley tenía un plan para evitar los diez minutos que se quedarían a solas mientras Audrey subía a dar el beso de buenas noches a sus hijos. Era un plan sencillo: los tres subirían a besar a los niños.

Pero Fanny no la rechazó. Audrey, pensó Conderley, había conseguido que le resultara imposible hacerlo.

—¿Te gustaría venir a echar un vistazo a los invernaderos, Fanny? —Se obligó a preguntar, y antes de que Fanny pudiera responder, Audrey exclamó con un entusiasmo fuera de lugar:

—Oh, sí, Jim, id. Así ocuparéis el tiempo que falta hasta la hora del té.

En vista del afán demostrado por librarse de ella, Fanny habría tenido que ir aunque no lo hubiera deseado. Pero eso era exactamente lo que quería, de modo que, calzada y vestida para la ocasión, y armada con un bastón —no el de madera de ébano y empuñadura de marfil con goma en la punta que se reservaba para su futuro, pues apoyada en él avanzaría tambaleándose por los salones de fiestas, sino uno sólido con la punta de hierro—, emprendió en compañía de Conderley la ruta acordada, mientras Audrey los observaba desde la ventana y pensaba que su Jim estaba comenzando a encorvarse y que Fanny tenía una figura espléndida para su edad. «Por detrás es perfecta», pensó Audrey, que tanto por delante como por detrás siempre había sido bastante regordeta.

—¿Nos llevamos a los perros? —preguntó Conderley, deteniéndose al llegar a los establos. Un par de perros siempre son útiles, se dijo, para rellenar los silencios en la conversación, o cambiar de tema cuando comienza a volverse desagradable.

Fanny dijo que le gustaría salir con los perros y Conderley silbó.

—Vamos, Emily… Vamos, viejo Spunks —gritó, y aparecieron a toda prisa los dos foxterriers más impetuosos de su raza.

Comenzaron a saltar.

—Abajo, abajo —ordenó Conderley, pero no le obedecieron.

Fanny les acarició la cabeza y no se apartó cuando le saltaron encima y le ensuciaron el abrigo, porque nunca se preocupaba por las cosas que Manby pudiera arreglar; tras unos minutos de amonestaciones y órdenes por parte de Conderley y mucho ruido por la de los perros, cuando por fin consiguieron abrirse camino entre ellos, Fanny comentó, mientras ellos paseaban y los animales correteaban formando, enajenados, enormes círculos:

—Son justo lo que necesitamos.

—¿Qué necesitamos? —preguntó Conderley, exhausto tras el esfuerzo.

—A Emily ya… ¿Spunks, se llama? Cuando no sepamos de qué hablar podremos silbar y darles órdenes.

—Pero nosotros sabemos de qué hablar —respondió Conderley, desconcertado por su perspicacia. Fanny era absolutamente desconcertante. La noche anterior, durante aquellos violentos diez minutos a solas en la biblioteca, ¿podría alguien haberlo sido más? Sin duda, no debería haber ido a visitarlos. Sin duda, él no debería haber permitido la visita. Pero ya que había ido, y que él se lo había permitido, en vista de lo difícil que era la situación, Fanny debería mantenerse dentro de los límites adecuados. Conderley no sabía muy bien cuáles eran los límites adecuados y de todos modos en ese momento tampoco podía detenerse a considerarlo, ocupado como estaba en silbar a los perros, que habían huido a la desbandada detrás de un gato.

Conderley adoraba a los gatos. No podía permitir que esos perros…

—¡Spunks! ¡Emily! —gritó jadeando entre violentos silbidos, apresurando el paso, casi la carrera, lo cual debía de ser muy perjudicial, pensó Fanny—. ¡Malditos perros! ¡Venid aquí! ¡Buenos chicos! Pobre gatito… no tengas miedo, gatito. ¡Venid aquí!

El gato se encaramó a un árbol. Los perros, desconcertados y sin darle importancia al hecho de que los consideraran buenos, saltaban sin cesar y ladraban desesperados.

—Tal vez deberíamos devolverlos al establo —dijo Conderley, tras varios esfuerzos en vano, resollando para recuperar el aliento.

—Tal vez sí —respondió Fanny—. Y retomar de nuevo la marcha.

Con todo, a Conderley no le apetecía quedarse sin su compañía. Mientras estuvieran allí, al menos sería capaz de silbar, de intentar perseguirlos.

—Aunque si los devolvemos, nos quedaremos sin carabinas —observó Fanny.

—Querida… —comenzó Conderley.

Su perspicacia era realmente desconcertante. Como la de una niña, tan directa e inesperada. Una niña. De cincuenta años. Menuda combinación, pensó.

—Este es el huerto —dijo, abriendo una puerta.

—Precioso —comentó Fanny—. Cuánta tranquilidad.

—Y aquí —dijo él, guiándola hasta un invernadero— es donde se refrescan nuestras prímulas.

—Precioso —dijo Fanny—. ¡Cuántas tenéis!

—Me encantan las prímulas —observó Conderley, acariciando con suavidad los pétalos de una de ellas—. ¿No te parecen florecillas encantadoras?

—Sí. Me recuerdan a Audrey.

—A mí también —respondió Conderley, complacido.

—¿Puedo fumar aquí? —preguntó Fanny mientras sacaba su pitillera—. ¿No será malo para las prímulas? Por cierto, Jim —prosiguió, y encendió el cigarrillo con su mechero—, aún no te has interesado por el motivo de mi visita.

Conderley se alegró de no tener que sostener una cerilla. Últimamente le temblaba tanto la mano que habría sido embarazoso para los dos, pues Fanny se podría imaginar que…

—Me lo contaste en tu carta —respondió—. Me dijiste que tenías ganas de volver a ver a tu viejo amigo y de conocer a su mujer. Me pareció conmovedor.

—Sí, pero hay otra razón.

—¿Sí, Fanny? —preguntó Conderley con inquietud, y miró a sus alrededor en busca de los perros.

Estaban ocupados en un rincón lejano del huerto, escarbando y arrancando el apio, y no le prestaron la menor atención cuando Conderley salió a llamarlos.

—Aquí —dijo a su regreso, sintiéndose un poco estúpido, porque Fanny lo miraba con una especie de media sonrisa—, aquí —repitió, acercándose a otra puerta—, están nuestras calas, las flores de primavera. A Audrey le gusta tener una buena provisión a punto para Pascua.

—Para la iglesia —comentó Fanny, y asintió con la cabeza sin moverse de su sitio.

—Para la iglesia —convino Conderley—. Y un poco más allá…

—He estado pensando mucho últimamente —lo interrumpió ella, apoyándose contra la puerta, sin prestar atención a las calas ni a lo que pudiera haber un poco más allá.

—¿Ah, sí, Fanny? —preguntó Conderley, de nuevo inquieto sin saber por qué. Además, sus silbidos seguían sin surtir ningún efecto.

—Sí. Cuando estuve recluida en el Claridge.

—Parece un lugar extraño en el que recluirse y en el que pensar. Aquí están nuestros claveles —continuó él, señalando esperanzado la tercera puerta—. Quizá te fijaras en ellos anoche, en la mesa.

—Me vino muy bien —respondió Fanny, ajena a los claveles—. No salí de mi habitación y no vi a nadie, excepto a Martha. ¿Te acuerdas de Martha?

—¿*Lady* Tintagel? Por supuesto. La más encantadora de tus primas.

—Ella y Tintagel estaban de paso por Londres y se encontró con Manby en una callejuela.

—Me alegra saber que Manby sigue contigo.

—Entonces la recuerdas. No te acordabas de la pipa.

—¿De la pipa?

—Oh, detalles sin importancia —dijo Fanny, descartando ese tema con un movimiento de su cigarrillo.

—¿Has dejado el piso de Charles Street? —preguntó—. Me fijé en que me habías escrito desde el Claridge, pero pensé…

—Job está en Charles Street.

—¿Job?

Conderley la miró fijamente. Durante unos momentos no supo a quién se refería. Había pasado casi un cuarto de siglo desde la última vez que ella había mencionado a Job.

—Últimamente lo he visto bastante —continuó Fanny, esforzándose por parecer sensata e indiferente—, de modo que decidí marcharme.

Conderley siguió mirándola, con sus pobladas y canosas cejas fruncidas. Siempre habían sido pobladas, y ahora eran también canosas.

—Pero, Fanny, no lo entiendo.

—Yo tampoco —respondió ella con una mueca—. Y no puedes hacerte una idea de lo mucho que me disgusta. —Se quedó un momento sin respiración—. Lo que me disgusta que me venzan. Jamás me ha vencido nadie, sabes, Jim. ¡Imagínate tener que rendirse frente a los estúpidos nervios de uno mismo! Y ni siquiera poder luchar con valentía hasta el

final…

Se interrumpió. Conderley seguía mirándola en silencio. ¿Qué significaba aquel extraño discurso? En casa su conversación nunca había sido extraña; siempre era ordenada, comprensible y agradable como aquellas hileras de prímulas hermosas y cuidadas.

—Sería humillante, ¿verdad? —prosiguió Fanny tras una pausa durante la cual buscó en el rostro de Conderley indicios del que algún día había sido un buen amigo, porque, si lograba encontrarlo, ¿no la consolaría? ¿No podría incluso ayudarla?—. Humillante, ¿verdad? —repitió, porque él seguía en silencio, con voz débil y cansada—. ¿Rendirse ante algo que ni siquiera está realmente ahí?

Pero ¿estaba Jim realmente ahí?, comenzó a preguntarse mientras él se levantaba y la observaba sin decir nada. ¿No estaría contándole a un anciano desconocido cosas que la gente sensata solo le cuenta al médico? Las apariencias, en definitiva, significan algo. Tenía un aspecto diferente porque era diferente. Se había atrofiado, petrificado, apagado y silenciado, y solo deseaba evitarse problemas, decidió Fanny con injusta impulsividad. Eso resultaba sumamente prudente, por supuesto, y algún día también ella alcanzaría ese estado.

Pero aunque hubiera cambiado y se tomara las cosas con más calma, Conderley no era diferente. En esos últimos años de su vida, lo único que necesitaba era un poco más de tiempo que antes para ponerse en marcha. No tenía sentido tratar de presentarle una idea nueva. Había que insinuársela para que penetrara lentamente en su mente.

—¿Te refieres a Skeffington? —preguntó él al fin.

—Sí. Me refiero a Skeffington —respondió ella—. Es un marido que tuve, aunque tal vez no lo recuerdes —añadió, incapaz por un instante de contener la amargura.

—Pero, querida… tú misma has dicho que no está realmente ahí.

—Lo sé. Menuda estupidez, ¿verdad? Pura imaginación por mi parte. Pero no te imaginas lo difícil que es en realidad…

Los ojos de Fanny se llenaron de lágrimas de vergüenza, de impotencia, también de exasperación; para ocultarlas fingió que se agachaba a oler las prímulas.

Conderley estaba muy preocupado. No entendía de qué le hablaba, pero vio que tenía los ojos llenos de lágrimas y le tomó la mano.

—Me temo que tienes algún problema, Fanny —dijo con gran amabilidad.

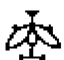
—Estoy angustiada —respondió ella, volviéndose para mirarlo por encima del hombro y tratando de disipar con una sonrisa las lágrimas que se asomaban a sus ojos.

Él le pasó una mano por debajo del brazo y se lo acarició.

Entonces, súbitamente decidido, dijo:

—Vamos, vamos a dar un paseo y me lo cuentas todo.

Al salir con ella del invernadero se olvidó de silbar a los perros, se olvidó incluso de cerrar la puerta que daba a su preciosa colección de prímulas, y cruzó con ella el parque y los campos en dirección a los bosques lejanos tras los cuales el sol ya se estaría poniendo.



Una hora después regresaban lentamente a casa cogidos de la mano. Era reconfortante ir de la mano; además, ambos estaban cansados, pues, absortos en su conversación, se habían alejado más de lo previsto. Hicieron un alto y se sentaron en un tronco caído junto al camino, pero no estuvieron mucho tiempo porque era demasiado duro. Cualquier cosa en la que Fanny se sentara en aquella época le parecía dura porque se había quedado muy delgada; en cuanto a Conderley, le resultaba harto difícil agacharse tanto, y casi imposible volver a levantarse.

—Vaya par de vejestorios —dijo Fanny con una sonrisa, mientras él, tembloroso, después de conseguir ponerse en pie, la ayudaba a levantarse. Fanny ya le había hablado de su enfermedad, de Job, de su visita a Byles y de sus miedos con respecto al futuro, con tanta naturalidad como se habla con alguien a quien, después de mirarlo a los ojos, uno se da cuenta de que en realidad no conoce tan bien. Pero eso se podía sortear dejando de mirarlo; Fanny podía ser de lo más natural simplemente escuchando su amable voz. Y Conderley sentía casi lo mismo hacia ella; la diferencia era que cuando ella lo miraba sentía lástima, y cuando él la miraba se quedaba asombrado.

«Pobre Fanny —pensaba, incapaz de reprimir las ganas de retroceder cada vez que su mirada se posaba sobre aquella parodia espectral del pasado—. Parece un fantasma pintarrajeado».

«Pobrecito mío —pensaba Fanny—. De modo que así es como siempre fue en realidad y ahora ha salido a la luz. Qué terriblemente reveladores son los años».

Sin embargo, cuando con mano temblorosa la ayudó a levantarse del

tronco y ella dijo: «Vaya par de vejestorios», él respondió que le parecía ridículo que hablara de sí misma en aquellos términos y le aseguró que le quedaban años por delante, años…

—Provechosos —lo ayudó Fanny, porque parecía estar buscando una palabra.

—¿Y por qué no? —dijo Conderley, cogiéndole de nuevo la mano mientras continuaban su paseo—. Hay que ser útil. No puedes conformarte con ser simplemente…

—Decorativa —lo ayudó de nuevo Fanny.

—No iba a decir eso.

—¿No, cariño?

Ahora lo llamaba cariño, como solía hacer en el pasado, con total naturalidad, y se preguntó si Audrey…

—Continúa. Si no puedo conformarme con ser lo que ibas a decir, al menos tu consejo debería serme útil. Dime, ¿qué harías, si estuvieras en mi lugar? Me refiero a eso de la utilidad. Cómo evitar que el último tramo de mi vida sea un fracaso. Porque eso es en realidad lo que he venido a descubrir aquí.

Conderley vaciló.

—Bien, por ejemplo, todo eso del pobre Skeffington.

—¿Por qué «pobre»?

—Supongo que en estos momentos esa palabra lo describe bastante bien. A su edad debe de sentirse muy solo, después de haberte perdido.

—Pero me perdió hace muchos años. Y por lo que sé, volvió a casarse. Además, no olvides que lo perdoné una y otra vez. Tal vez no setenta veces siete… —Entonces el recuerdo de un clérigo llamado Hyslup, que durante un tiempo había sido un amigo íntimo (cronológicamente se situaba en algún lugar entre Lanks y Dwight, aunque Fanny nunca lo recordaba con exactitud, y constituía su única incursión en el ámbito clerical), le vino a la mente—, porque entonces aún no había sucumbido a setenta y siete mecanógrafas, pero sí le perdoné al menos seis. Y espero que no se te ocurra sugerir…

—No pienso sugerirte nada sobre Skeffington. Solo me preocupas tú. Es perjudicial que sigas viéndolo como lo haces.

—Es sumamente perjudicial y muy perturbador.

—Y demuestra que tienes los nervios muy alterados.

—Sí, Jim. Es justo lo que sospecho.

—Tal vez si cambiaras de escenario…

—Bueno, me marché al Claridge.

—Fanny, tienes que tomártelo en serio.

—¡Por Dios, Jim! ¿Crees que no lo hago?

—Entonces, ¿me escucharás si te digo lo que pienso?

—Sí, si no es otro bonito discurso que termina con una reverencia.

—Lo siento si te molestó. Estaba muy nervioso.

—Jim, cariño, en realidad no me molestó. Y ahora no estás nervioso. Somos íntimos, ¿verdad? ¿Qué ibas a decirme?

Íntimos. La palabra favorita de la pobre Fanny. Conderley apenas se la había oído pronunciar a alguien que no fuera ella. En el apogeo de su belleza ya hablaba con añoranza de la intimidad, parecía anhelar una relación íntima con alguien, acurrucarse y dejarse cuidar sin tener que responder a la violencia del amor. Si había una mujer a la deriva, Conderley temía que fuera Fanny. Entonces se dio cuenta de que siempre lo había estado, de que siempre había rechazado las innumerables anclas que se le habían ofrecido, entre ellas —¡y acompañada de numerosas súplicas!— la suya. Pero llegaba un momento en que un ancla era esencial para el bienestar de una mujer; no se atrevía a decir felicidad, pues no estaba seguro de que la felicidad existiera salvo para los niños, pero sí el bienestar. Mientras era joven podía revolotear alegremente en la cresta de su popularidad. A los cuarenta debería haber tenido marido e hijos. A los cincuenta, debería hacer veinte años que los tuviera.

—¿Y bien, Jim? ¿Qué ibas a decir? —preguntó Fanny.

—Que deberías marcharte y viajar durante seis meses.

—¿Cómo? ¿Darme a la fuga por culpa de Job? Ni hablar.

—Da la impresión de que ya lo ha conseguido. Te ha echado de tu casa.

—El Claridge no es un refugio. Puedo volver a casa cuando quiera.

—Entonces, si no te gusta la idea, estoy de acuerdo con…

—¿No será con Byles? ¡No me digas que estás de acuerdo con Byles! —exclamó ella, deteniéndose para mirarlo.

—Si Skeffington se comporta como un espíritu, deberías darle descanso, acabar con él —dijo Conderley con decisión.

—¿Acabar con él? —repitió Fanny—. Eso mismo dijo Byles.

—Creo que no iba desencaminado cuando te sugirió que lo invitaras a cenar —añadió Conderley con tono glacial porque tenía a Fanny ante él y no podía evitar mirarla. No debería, pensó; de ningún modo debería maquillarse tanto.

—Pero, Jim… —objetó ella. Y mirándolo fijamente, las cejas canosas,

ese rostro cambiado y consumido, se preguntó qué derecho tenía aquel extraño a darle consejos; cualquier tipo de consejo, sobre todo si el consejo era tan rematadamente estúpido. Byles. George. Jim. Todos sugerían idioteces sobre el condenado Job.

—Esas cosas, sencillamente, no se hacen —dijo Fanny.

—Querida, a ciertas edades se hace de todo —respondió él.

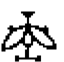
En un momento de súbita docilidad, ella añadió:

—Sí, se me olvidaba. Siempre se me olvida la edad que tengo… —Y tomándolo del brazo mientras caminaban, aferrándose a él, en realidad, como a un punto de apoyo en un mundo de pronto difícil y extraño, pensó en lo perturbador que era hacerse mayor, si además de los otros muchos inconvenientes, había que incluir la libertad para hacer todo aquello antes limitado por las normas y el decoro. Así, si le apetecía podía marcharse con quien quisiera, a París o adondequiera que fuera la gente, y nadie diría ni media palabra. Qué mundo tan frío y desnudo, ese en el que no quedaba ya ninguna barrera en pie. Qué triste era todo.

Conderley, que no soportaba que Fanny fuera dócil, mantuvo el brazo de ella muy cerca de su cuerpo durante todo el paseo… No, no durante todo el paseo, pero sí durante la mayor parte, porque se separó amablemente de ella cuando llegaron al punto en que ya se divisaba la casa.

—¿Audrey? —preguntó Fanny cuando él se apartó, mirándolo con una sonrisa.

—Por supuesto, querida —respondió, pues Conderley era un hombre de honor estricto y no tenía intención de cambiar la jugosa sustancia de Audrey por aquella sombra evanescente.



Pero las esposas siempre lo saben. Nada escapa a sus ojos vigilantes. Conderley apenas había llegado a la mesita del té que había en el salón detrás de la cual esperaba Audrey, cuando esta le dirigió su atenta mirada de devoción y notó en él algo diferente, y cuando Fanny, que había subido a cambiarse las botas embarradas, regresó a su lado, supo que estaba en lo cierto. Algo bastante diferente. Estaba mucho más cómodo con Fanny. Como si —la frase se le pasó por la cabeza— hubieran puesto las cosas en claro.

Pero ¿qué tenían que aclarar? ¿Qué podía haber entre ellos que necesitara de una aclaración? Y entonces comenzó a pensar de nuevo en la

noche anterior, en el silencio sepulcral de la biblioteca cuando ella entró y en las inusuales atenciones para que se sintiera cómoda.

Una prima lejana que se había casado con un hombre de negocios en Liverpool y opinaba que solo quienes viven cerca de un puerto saben lo que es la vida, una vez la previno de que estuviera alerta si su marido comenzaba a volverse demasiado atento. En ese momento lo recordó. No había pensado en ello desde entonces, no se había dado la ocasión. Y si, añadió la prima, además de las atenciones llegaban los regalos, era fundamental que mantuviera los ojos bien abiertos; y si los regalos eran cada vez más valiosos, collares de perlas, por ejemplo, entonces no debía tardar ni un segundo en deducir lo peor.

—Las perlas siempre significan que mantienen relaciones íntimas con alguien —decía la prima—, y eso no tiene justificación. A veces, puede que un marido cuya esposa le ha dado un heredero muy deseado la obsequie con joyas, y es probable que estas no tengan por qué levantar sospechas, pero aparte de ese caso, si una mujer recibe un regalo tan costoso debería solicitar de inmediato los servicios de un detective.

Jim nunca le había regalado perlas ni otras joyas, de modo que no había nada que temer. Sus regalos, que se limitaban a la Navidad y los cumpleaños, consistían en libros de poesía —muy bien encuadernados pero no en cuero ruso, el cual, supuso, también resultaría sospechoso— o plumas estilográficas —no de oro, que también resultarían sospechosas, sino negras y decentes—. Una vez le regaló una pala para las plantas. Ese había sido el regalo más sencillo que le había hecho jamás y, si su prima estaba en lo cierto, era la prueba más evidente de su inquebrantable pasión hacia ella. Si le regalaba una pala, tenía que ser el hombre más fiel de este mundo, y ella la recibió con un entusiasmo que sin duda le sorprendió.

No. Los regalos no la inquietaban, se dijo mientras servía el té, pero, bien mirado, esas repentinas atenciones tal vez sí. Era tan extraño en él que le acercara la bolsa de la labor y le llevara un cojín… Lástima que su madre viviera tan lejos. Sería agradable hablar con ella y —sin mencionar a Jim, por supuesto, pues era demasiado sagrado para comentar algo sobre él— preguntarle si su padre se había entregado repentinamente a ella de ese modo y, de ser así, si eso respondía a que sus pensamientos se habían alejado del buen camino.

Y justo cuando deseaba que su madre la visitara más a menudo y que Fanny se hubiera quedado en su casa y que Jim no hubiera conocido nunca a nadie excepto a ella; justo en el momento en que servía una taza de té para

cada uno de ellos —parecía una burla que tuviera que hacerlo—, oyó que Fanny decía, con un gesto de rechazo a las magdalenas que Jim le ofrecía:

—No, cariño, gracias.

¿Cariño? Estuvo a punto de soltar la tetera. ¿Aquella *lady* Frances, de quien solo una semana antes no había oído hablar, se atrevía a llamar a su Jim, al Jim de su alma, cariño? ¿Qué clase de relación los unía? ¿Qué clase de relación los había unido en el pasado?

Inmensa y dolorosamente alarmada, Audrey los miró, primero a ella y después a él; también los ojos de Jim, pensó, parecían alarmados. Entonces él se volvió y fingió estar ocupado con el pan y la mantequilla, lo cual era muy impropio de su marido y acrecentó la inquietud de Audrey. Jim nunca comía pan con mantequilla. Y ahora se diría que tenía la cara enterrada en él.

Sin embargo, Fanny, que a base de años de experiencia había adquirido una especie de sexto sentido con relación a los sentimientos de las esposas, se dio cuenta de ese intercambio de miradas, pensó que Jim era un borrico por parecer avergonzado y, volviéndose hacia Audrey, comentó que en su época —tuvo el detalle de recalcar la diferencia de edad entre ella y Audrey — todo el mundo se llamaba «cariño».

—Igual que los franceses, cuando hablan, no dejan de repetir «*monsieur*» y «*madame*», ya sabes —aclaró.

—Entonces preferiría que lo llamaras *monsieur* —dijo Audrey de improviso.

Fanny estaba tan desconcertada como Conderley. Esa inesperada valentía, como la de una perdiz que protege a sus crías, los desconcertó a ambos. De repente, Conderley se detuvo a pensar en lo beneficioso que era para un marido que su esposa hubiera aprendido a ocultar su aspecto más primitivo en caso de tenerlo. Con creciente interés seguía pensando en esos beneficios, cuando Fanny, que para apaciguarla —ninguna mujer bien educada, pensó Conderley, debería necesitar que la apaciguaran en público — había comenzado a decir «Pero, cariño…», fue interrumpida por el golpe seco de la tetera contra la bandeja y por el comentario de Audrey, que habló con el tono aplastante y descarado que utilizan los tímidos cuando se enfurecen:

—Querrás decir *madame*, ¿no?

Conderley se ofendió muchísimo. No estaba preparado para una reacción tan primitiva. No en su salón. Si había que mostrar ese aspecto rudo del carácter, y él no veía razón alguna por la que hubiera que hacerlo,

había habitaciones más discretas en la casa que el salón. Su habitación y la de Audrey, por ejemplo. A puerta cerrada. Cuando todo el mundo se hubiera retirado a dormir. Pero mostrarlo durante el té, a una invitada, cuando además esa invitada era Fanny, despertó en Conderley un extraño deseo de ir a buscar a los padres de Audrey y discutir con ellos su método de enseñanza de los modales.

Enfadado con Fanny por haber cometido la insensatez de llamarlo «cariño» —él no la había llamado así ni una sola vez, en extremo precavido para no caer en viejos hábitos—, enfadado con Audrey por ser un diamante sin pulir, un erizo, un puerco espín, en definitiva, cualquier cosa con pinchos y malas maneras, también se sentía molesto consigo mismo, porque desde la llegada de Fanny se había alegrado de que Audrey estuviera con ellos en la misma habitación. Nada había más encomiable e intachable que su conducta y sus sentimientos, y si, durante el paseo, había tomado a Fanny de la mano y habían caminado del brazo había sido por pura lástima y por la amistad que los unía. ¿Acaso no la había soltado en cuanto divisó la casa?

—Mi querida Audrey —comenzó, pero no supo cómo continuar. Lo único que se le ocurrió decir y finalmente dijo fue—: ¡Hay que ver…!

—Bueno, Jim, es lo más normal —gritó Audrey, aún un poco alterada, defendiéndose con pasión—, estoy segura de que es lo más normal del mundo. A ninguna mujer le gusta que llamen «cariño» a su marido, y que él parezca… parezca… —Iba a decir culpable pero consiguió reprimirse—. Lo siento si te he parecido grosera —añadió, y concluyó con un razonamiento que contradecía sus palabras—, pero estoy segura de que mi reacción ha sido de lo más natural, y sé que mi madre estaría de acuerdo.

Entonces, con sumo afán y haciendo todo el ruido posible, colocó las tazas y los platos en la bandeja. ¿Para mantener la compostura, tal vez? ¿Para no romper a llorar?, se preguntó Fanny.

Sería espantoso que se pusiera a llorar, pobrecita. Fanny, que estaba desconcertada, un estado poco frecuente en ella, sintió que su confusión permanecería para siempre, sin esperanza de recuperación, si Audrey se echara a llorar.

—Escuchad, niños —dijo Fanny—, cuando la gente se empieza a pelear siempre hay dos opciones…

—No me estoy peleando —protestó Audrey con indignación mientras golpeaba la mesa con las tazas.

—A discutir, entonces.

—Tampoco. No es verdad. —Y, sin querer, volcó la jarrita de la leche.

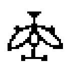
—Hay que ver, Audrey —dijo Conderley, contemplando con impotencia el desastre.

—A lo que sea, entonces. Cuando la gente empieza a hacer lo que estáis haciendo, sea lo que sea —dijo Fanny— hay dos opciones. Una, que la manzana de la discordia, y esa soy yo, se vaya a su casa de inmediato, y dos, que se quede el tiempo previsto, pero mientras tanto se acostumbre a llamar *monsieur* a Jim.

—Y ahora te burlas de mí —gritó Audrey, mientras secaba con fuerza la leche con su pañuelo.

—Te juro que no —respondió Fanny.

Conderley, abstraído de nuevo en el pan con mantequilla, pensó: «Esto es una auténtica lástima», lo cual era la versión de un hombre educado de lo que en boca de alguien más grosero habría sido: «Malditas mujeres».



Pero Jim se salvó, los tres se salvaron, o eso creyeron, aunque en realidad no ocurrió así, cuando de repente irrumpieron en el salón primero voces alegres que se oían cada vez más cercanas y después los cuerpos alegres de los que emanaban esas voces.

Eran cuatro. Los Cookham. Familiares de Audrey. El padre, la madre y dos hijas solteras. Habían llegado de milagro, porque vivían a más de cien kilómetros de distancia y tenían un viejo coche siempre a punto de averiarse; además, la gasolina era cara, por lo que nunca se dejaban caer por allí para pasar solo una o dos horas, sino que, de vez en cuando, unas tres veces al año, llegaban con las maletas y se quedaban una semana.

La semana de vacaciones de invierno había sido en Navidad y nadie los esperaba hasta la Pascua. Era maravilloso, pues, que hubieran aparecido, como caídos del cielo, cuando Audrey más los necesitaba. Corrió a los brazos de su madre y la abrazó casi con frenesí, mientras ellos contaban, felices y a coro, que el día había sido tan espléndido que no habían podido resistir la tentación de salir a hacer un pícnic; como el pícnic había sido hacia la parte de Upswich, se les ocurrió que por una vez podían ser temerarios y no preocuparse por unos cuantos litros de gasolina, así sorprenderían a Jim y a Audrey. Pasarían el día juntos y regresarían a casa por la noche.

Era una familia unida y afectuosa, cuyos miembros se valoraban unos a

otros y apreciaban las pequeñas alegrías, como un día espléndido y una comida campestre; tenían tantas exclamaciones que lanzar, y tantas que escuchar de Audrey, que pasaron varios minutos antes de que se percataran de la presencia de Fanny.

Después de abrazar y de dejarse abrazar por Audrey, cuyo comportamiento era casi demasiado efusivo, pensó su madre, lo cual hizo que se preguntara si su hija estaría bien, se volvieron para saludar a su excelente yerno y cuñado; entonces vieron a la invitada y se quedaron sorprendidos. Al contemplarla, su reacción inmediata y subconsciente —aparentemente eran tan cordiales como siempre— fue concederle el beneficio de la duda; la señora Cookham, la mujer más considerada y menos suspicaz del mundo, comentó, sin ser consciente de que lo hacía: «Pobrecita», y las niñas se preguntaron qué clase de persona extraordinaria tenía Audrey en su casa; solo el padre se permitió pensar, con bastante firmeza: «¡Vamos, vamos!».

—Ah —dijo Audrey, que por un momento de gran felicidad se había olvidado de Fanny y solo se acordó de ella cuando siguió las miradas de sus parientes—. Ah, sí, os presento a la amiga de Jim. Ha venido a pasar el fin de semana con él.

¿Se podía hacer una presentación más torpe y desafortunada? Conderley deseó con todas sus fuerzas que no lo hubiera hecho a propósito. Le parecía imposible que Audrey, además de haberse vuelto de pronto algo ruda, se hubiera vuelto también cruel. No, debía de haberse aturullado, aunque para él, un hombre de leyes, el aturullamiento también era una desgracia.

Entonces Conderley tomó la palabra e hizo las presentaciones. Cada uno de los Cookham, con sus nombres, fue presentado debidamente a Fanny, y el nombre de esta también fue pronunciado con claridad, así como los comentarios explicativos del tipo: «mi suegra», «mi suegro», «mis cuñadas», porque le parecieron relevantes, aunque después del nombre de su amiga no ofreció ninguna aclaración. Y entonces, el salón, que por un momento se había quedado en silencio, recuperó el ánimo y retumbó de nuevo con alegres gorjeos.

Parecía que hubieran soltado en él una bandada de briosos gorriones. Los Cookham, que habían salido a divertirse, no iban a permitir que la presencia inesperada de Fanny interfiriera en sus planes, de modo que se olvidaron de ella de inmediato. Hablaron, rieron, comieron pasteles y bebieron té sin descanso. Sanas y hambrientas porque no habían comido más que emparedados desde el desayuno, las niñas dieron cuenta enseguida

de todo lo que había en la mesa, e incluso Fanny, sentada junto a la madre de Audrey —en vista de las circunstancias, le pareció oportuno entablar amistad con la madre de Audrey—, se contagió del buen humor reinante y se sirvió otro té, mientras que Audrey, en medio de aquel ambiente conciliador tan navideño, se alegró un poco y pensó que tal vez se había comportado como una tonta. O tal vez no.

Lo cierto es que estaba convencida de que era una bendición ver de nuevo a su madre de un modo tan inesperado; estaba encantadora, pensó Audrey afectuosamente, con su rostro arrugado y curtido por los elementos y un mechón de pelo canoso escapándose por debajo de su sombrero de pícnic, en comparación con Fanny, de rostro sonrosado y aspecto de porcelana, cuyos cabellos de azafrán —¡qué ingenioso el pequeño Jim!— estaban tan perfectamente ensortijados y colocados en su sitio, que al verlos a cualquiera le dolería la espalda al pensar en la pobre doncella, que debía de haber estado de pie al menos una hora para conseguir que tuvieran ese aspecto.

Las niñas charlaban y comían; Audrey les contaba todo lo que le había ocurrido de bueno; su madre y Fanny se hicieron amigas desde el primer momento; solo el comandante Cookham, un militar jubilado que en su juventud se había alojado en los cuarteles de Hounslow y por tanto estaba al corriente de las habladurías que circulaban por Londres, parecía darle vueltas a alguna idea.

Conderley se dio cuenta de eso y se molestó. En ese momento, aún resentido por el descuido de Fanny y el comportamiento rudo de Audrey, todo le molestaba, en especial ese aire pensativo con que su suegro miraba a Fanny. Cookham no era un hombre pensativo por naturaleza, de modo que, cuando el cabeza de familia, por lo general un hombre hablador y siempre dispuesto a aceptar a cualquiera que se cruzara en su camino como si fuera de la familia, miró a Fanny y se quedó pensativo, a Conderley le molestó.

—¿Té, padre? —preguntó de repente a fin de distraer la atención de su suegro.

Cuando se había casado con Audrey le pareció divertido llamar padre a un hombre más joven que él, y al comandante Cookham le pareció igualmente divertido llamar hijo a un hombre mayor que él; como ambos eran personas de hábitos regulares, cuya vida estaba marcada por las costumbres, no se cansaron de lo chocante de la situación, y siempre les hacía reír. Sin embargo, en esa ocasión Conderley no sonrió. Dijo: «¿Té,

padre?», con el tono abrupto de un desafío y sin el menor indicio de que estuviera gastándole una broma.

—Por favor —respondió el comandante Cookham y, antes de que su yerno se volviera para servírselo, añadió—: me gustaría conocer a tu amiga, Jim.

—También es amiga de Audrey —dijo Conderley de mal talante.

—Oh, claro que sí, hijo mío. Por supuesto. Dime…

Pero Conderley ya había ido por el té.

En cuanto regresó, el comandante Cookham volvió a la carga.

—Dime, Jim, no hubo un gran…

—Sí —respondió Conderley—. ¿Pastel, padre?

—Ah, me pareció que era ella —dijo su suegro—. Recuerdo que cuando era un muchacho y estaba en Hounslow… dime, ¿no fue ella…? ¿No se dijo que hubo…?

—No —dijo Conderley, con las pobladas cejadas fruncidas en un gesto amenazante—. No hubo nada de eso. Al menos por parte de ella. Fue su marido.

—Ah… la verdad es un misterio —dijo el comandante, y se sirvió un pedazo de pastel—. Pero creo que lo entiendo. Así las cosas, la historia cambia, desde luego.

—La historia es totalmente distinta.

—Sí, por supuesto. Aunque en los tiempos de la reina Victoria…

—¡Al diablo con los tiempos de la reina Victoria! —exclamó Conderley, y se volvió.

El comandante Cookham estaba atónito. Dejó de remover el té y se quedó mirando a Conderley con incredulidad. Que su yerno, un hombre de leyes desde hacía tanto tiempo, mandara al diablo algo relacionado con la realeza lo dejó estupefacto. Jamás le había oído decir tales palabras. Se quedó mirándolo mientras se alejaba y, más pensativo que nunca, siguió removiendo el té.

Sin embargo, Conderley volvió enseguida a su lado. Debía hacerlo, pues no tenía ningún otro lugar a donde ir. No podía sentarse con Audrey y sus hermanas porque estaba demasiado enfadado con su mujer, y no podía sentarse con su suegra y con Fanny porque era esta quien había provocado el conflicto con su actitud irreflexiva y familiar. De modo que regresó junto a su suegro y se sentó a su lado en el sofá.

El comandante, que atribuía el exabrupto sobre la reina Victoria a algo que Audrey le habría dado al pobre hombre para almorzar, se sintió con

ánimos para retomar la conversación sobre Fanny.

—A Audrey le gusta —dijo, aún pensativo, mientras removía el té.

La insinuación que escondía ese comentario irritó profundamente a Conderley.

—Parece que a mi suegra también le ha causado buena impresión —comentó con un énfasis innecesario mientras miraba a las dos mujeres, sentadas junto a la ventana y muy interesadas en su tema de conversación.

El comandante Cookham las miró y asintió. Se podía decir de ellas que parecían uña y carne. Y qué carne, pensó. Jamás había percibido una diferencia tan evidente.

—Se animan la una a la otra —observó, removiendo aún lentamente el té.

Y Conderley, que no era muy dado a sospechar de la gente, dirigió a su suegro una mirada minuciosa.

Entonces se produjo un movimiento junto a la ventana y la señora Cookham volvió la cabeza, sonrió, se levantó y se acercó a ellos.

—Ted, ve a hablar con *lady* Francés. Quiero estar un rato con mi yerno… —dijo, porque apreciaba mucho a Conderley y él, en general, también la apreciaba. Aunque no en ese momento. En ese momento no apreciaba a nadie. De modo que cuando su suegro se levantó y, tras una breve reverencia, como si le pidiera permiso, se sentó al lado de Fanny, y la señora Cookham, posando la mano afectuosamente en Conderley, le preguntó: «¿Todo bien, Jim?», él respondió: «Todo bien, madre», más tieso que un palo de escoba y sin hacer el más mínimo movimiento en respuesta a su caricia.

—Me gusta tu amiga Fanny —dijo la señora Cookham, acomodándose a su lado en el sofá.

—Es tan amiga mía como de Audrey —respondió Conderley de mal talante.

—Entonces me gusta vuestra Fanny… aunque dicho así suena un poco extraño. Me ha contado de todo un poco.

—¿Ah, sí?

—Al parecer ha tenido una vida triste.

—¿Ah, sí?

—¿No lo sabías? —preguntó la señora Cookham, algo sorprendida.

—¿Por qué iba a saberlo?

—Porque es amiga tuya… y también de Audrey, por supuesto. No te irrites, Jim. ¿Estás molesto por algo, querido? —preguntó, y le acarició una

mano, pero como tampoco obtuvo respuesta, retiró la suya y la apoyó de nuevo en el regazo, donde debía estar, porque ella era una mujer que se adaptaba gustosamente al humor de los hombres—. No es que se haya quejado —continuó tras un silencio, durante el cual se preguntó qué le habría servido Audrey para almorzar, atribuyendo su mal humor a algún problema de estómago, como los benévolos Cookham solían hacer cuando observaban cualquier comportamiento que infringiera las leyes de la dulzura y la claridad—. Creo que es muy valiente. Pero no haber tenido nunca un hogar, ni hijos, y haber perdido a su marido tan joven…

—Pobrecita —dijo Conderley con un tono tan mordaz que él mismo se sorprendió. Pero ¿no lo habían puesto lo suficiente a prueba ese fin de semana? ¿No tenía ya bastante? Y los continuos comentarios sobre Fanny, primero de Audrey, después de su suegro y ahora de su suegra… ¿Acaso no había otro tema del que hablar?

La señora Cookham lo miró, de nuevo sorprendida.

—¿No te gusta? —preguntó.

—¿Gustarme? —repitió Conderley, atajando su enfado por la sorpresa que le había causado la pregunta. Ante él aparecieron imágenes vividas del pasado y Conderley se preguntó a qué conclusión llegaría su suegra, en caso de que pudiera verlas, sobre la pregunta que le había formulado. Aunque, por supuesto, a ella le resultaría imposible creer que fueran reales.

—¿Estaría aquí si no me gustara? —preguntó, a lo que ella respondió con tono pícaro:

—Bueno, podría haberla invitado Audrey. Como también es amiga suya…

Conderley pensó que ese día sus suegros se habían revelado como un auténtico fastidio.

Se hizo un silencio. Su suegra, adaptándose a la situación como de costumbre, tampoco dijo nada, y juntos observaron al grupo sentado a la mesa del té y a la pareja de la ventana. El comandante Cookham parecía entre asustado y feliz. Estaba tan cerca de Fanny que era normal que el exceso de maquillaje lo asustara, pero sin duda estaba feliz, pensó Conderley, que seguía de un humor mordaz que le nublaba el juicio. En cualquier caso, había abandonado su aire meditabundo y, a juzgar por su verborrea, era evidente que Fanny lo había animado a hablar de sí mismo. A ella se le daba bien eso, pensó Conderley, recordando de súbito muchas cosas. Fanny construía un altar al que los hombres se encaramaban y desde el cual se alababan a sí mismos a placer, mientras ella, con actitud atenta y

encantadora, escuchaba, aplaudía, exclamaba, simpatizaba y les tiraba de la lengua.

Como el salón era amplio y las luces estaban encendidas, desde donde Conderley estaba sentado no se observaban los detalles del deterioro de Fanny, solo la forma delicada de su pequeña cabeza y de su perfil, que resaltaba contra el fondo de cortinas oscuras. Elevaba un jersey de cuello alto que le llegaba hasta las orejas y cubría la parte más comprometida del cuello, de modo que desde esa distancia, bajo esa luz, solo se veían trazos de belleza. Con el aire distinguido de Fanny como telón de fondo, qué poco atractivas parecían las tres jóvenes sentadas a la mesa del té, y qué corrientes. Peor que corrientes, vulgares, pensó, porque ningún hombre puede controlar sus pensamientos. Fas hermanas eran vulgares, ¿y por qué no ser honesto?, Audrey también lo era, pese a sus muchas y atractivas cualidades. Era buena, amable, decente, dedicada, estaba sana, era la madre de sus hijos, pero también era vulgar. ¿Podía haber algo más vulgar que su arrebato de ira tan solo media hora antes? ¿Y cómo habría terminado si no lo hubiera interrumpido la llegada de sus familiares? Habida cuenta de la escena probablemente dolorosa que le habían evitado, tal vez era conveniente que se mostrara menos malhumorado con sus suegros; de modo que, volviéndose hacia la señora Cookham con intención de corregirse, estaba a punto de decir algo amable cuando la mujer lo sorprendió con el siguiente comentario:

—No entiendo cómo los hombres son capaces de hacer cosas tan espantosas.

Conderley la miró fijamente.

—¿Qué cosas? —preguntó, no sin cierta inquietud. Si hubiera dicho «pensar cosas tan espantosas», Conderley se habría inquietado del todo, porque sin duda lo que había pensado hasta entonces había sido espantoso. Podía ser todo muy cierto, pero hay muchos pensamientos acertados que un marido decente debería suprimir con severidad, y él sabía que ese era uno de ellos. Avergonzado, culpó a Fanny. Nunca, hasta que ella había aparecido en escena, había pensado en Audrey en términos que no fueran amables y respetuosos. Fanny no debería haber ido hasta allí. Él no debería habérselo permitido.

—Irse con otras mujeres —respondió la señora Cookham.

Bueno, él no lo había hecho, pensó aliviado; no se había ido con otra mujer estando casado. De hecho, no había ido a ningún sitio, ni con otra mujer ni con nadie. La única mujer con quien habría deseado irse era

Fanny, pero ella no había querido.

—Y qué triste, recordar los votos que hace la gente en el altar —continuó la señora Cookham.

Bien, él había mantenido sus votos, todos ellos; ni una sola vez había sentido el más leve deseo de romperlos. En ese aspecto tenía la conciencia muy tranquila, así que dijo con tono amable:

—¿En qué estás pensando, madre?

—En el marido de esa pobre mujer… *lady* Francés. No me ha dicho qué le hizo; cuando le he preguntado por él tan solo me ha dicho que lo había perdido. Hace un cuarto de siglo, dice. ¿Te lo imaginas? Todo el tiempo que habrá pasado sola… Y con lo hermosa que debió de ser, y aún lo sería si se lavara la cara. Mírala, desde aquí, se aprecia lo extraordinariamente bella que aún es. Y cuando le he dicho que al haberse quedado viuda tan joven debería haberse casado de nuevo, me ha dicho que no había enviudado. Entonces me he dado cuenta de la situación y me habría gustado consolarla, pero para una mujer felizmente casada es difícil consolar a una desdichada sin parecer condescendiente.

—Es probable que ya lo haya superado —sugirió Conderley—. Al fin y al cabo, ha pasado mucho tiempo.

Y entonces reflexionó sobre qué había hecho Fanny en todo ese tiempo, en el agitado vaivén y el resplandor de esa época, y pensó lo difícil que sería entenderlo para su suegra, que siempre había sido una mujer sencilla y pobre, y que no había salido de su apartada casa en el campo más que para viajar hasta la ciudad catedralicia más cercana.

—Sí, lo sé, lo sé. Y en ningún momento ha querido mi compasión. Es que cuando pienso en cómo me sentiría yo si Ted alguna vez…

Se interrumpió. Y Conderley, incapaz como cualquier yerno de entrar en ese asunto, guardó silencio.

—Pero le he dicho —prosiguió enseguida— que en mi opinión perdonar es lo mejor, sobre todo después de tanto tiempo. De hecho incluso me he atrevido a insinuar que debería perdonarlo. De nuevo, un poco condescendiente por mi parte, lo sé, pero es tan fácil predicar las bondades del perdón a los demás. Aunque no estoy segura, no estoy en absoluto segura, de que pudiera perdonar a Ted en el supuesto de que…

Se interrumpió de nuevo, y, otra vez, por corrección, Conderley no fue capaz de decir una palabra al respecto.

—Yo le he aconsejado lo mismo —dijo al cabo de un momento.

—¿Ah, sí, querido? ¿Crees que te hará caso?

—No.

—Yo tampoco. Me ha parecido que la sola idea la ha disgustado tanto, pobrecita, que he tenido que levantarme y dejar que Ted ocupara mi lugar. Sé que ha sido un poco impertinente por mi parte sugerirle eso, pero por un momento he tenido la sensación de que estábamos intimando enseguida…

—No me extraña en absoluto. Así es Fanny. Hace amistades íntimas en cinco minutos —dijo Conderley, acordándose de muchas cosas.

—Es una virtud encantadora —respondió la señora Cookham afectuosamente, como para rebatir el tono de crítica de su yerno—. ¡Qué ahorro de tiempo!

—Sin duda. Pero es un arma de doble filo. Al principio puede resultar maravilloso, pero cuando quieres darte cuenta estás de patitas en la calle.

Conderley habló con resentimiento y su suegra lo miró con curiosidad.

—Y la puerta —continuó él, tras una pausa durante la cual se acordó de algunas otras cosas— está cerrada.

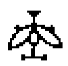
Qué extraño estaba Jim, pensó la señora Cookham. Pese a poner todo su empeño en considerarlo perfecto, no pudo evitar darse cuenta de ello. Pero también estaban las mejillas de Audrey, de un rojo encendido, y ahora que pensaba en ello, su excesiva alegría al verlos entrar por la puerta. Se había lanzado a los brazos de su madre como si escapara de un peligro. Ese comportamiento no era del todo normal. Aunque, si la niña iba a tener un bebé… un embarazo siempre lo explicaba todo; de otro modo, su comportamiento habría sido del todo inusual. Y ahí estaba Jim, comportándose también de manera inusual. Y era imposible que él fuera a tener un bebé.

—Cerrada —repitió, como si se hubiera olvidado de ella y estuviera hablando solo, mientras levantaba la mano y la dejaba caer muerta sobre la rodilla.

Su suegra lo miró. No se le ocurría qué decir después de oír un comentario como ese. Desde luego daba la impresión de que lo había hecho con tono de lamentación y ella estaba más que dispuesta a apoyarlo si supiera en qué, pero no lo sabía.

Desconcertada, recurrió a levantarle el ánimo.

—Oh, no, querido, eso no —dijo para reconfortarlo mientras le daba palmaditas maternales en la mano—. No, querido, eso sí que no. No puedo permitir verte de este modo.



Se quedaron a cenar. Conderley insistió para que lo hicieran casi con tanto ahínco como Audrey. A él le pareció que era una buena oportunidad para pasar la noche sin más incidentes, y Audrey deseaba quedarse a solas con su madre unos momentos y averiguar, sin mencionar el nombre de Jim, si alguna vez había oído que alguna mujer llamara al marido de otra «cariño», y en caso de que así fuera, descubrir qué había hecho al respecto.

Cuando alguien va a una casa a tomar el té y se queda a cenar, hacia las seis y media de la tarde da la impresión de llevar en ella mucho más tiempo, y justo a esa hora Fanny comenzó a notar su edad. El comandante Cookham era un hombre muy agradable, muy amable y muy bueno, sin duda, pero a las seis y media Fanny comenzó a lamentarse de que aún no se hubiera marchado. La cena no se serviría hasta las ocho y media y nadie subiría a vestirse para cenar porque los Cookham no podían hacerlo, de modo que allí seguían, y mientras el comandante Cookham continuaba hablándole de sí mismo, la sonrisa de Fanny, que al principio había sido espontánea, se congeló en su rostro. En cambio, cada vez le costaba más fijar la atención, de modo que siguió sonriendo incluso cuando el comandante le relató su participación en la batalla de la cresta de Vimy. «Qué divertido», dijo Fanny, sonriendo con ganas; después, cuando se dio cuenta de lo que le contaba, trató de arreglarlo.

Por fortuna él estaba demasiado absorto en su autobiografía para darse cuenta de que toser no servía de nada con el comandante Cookham, decidió la mujer al cabo de un rato, mientras guardaba de nuevo su pañuelo. Tampoco los movimientos nerviosos, ni mirar alrededor a los demás, ni quitarle las palabras de la boca para que terminara cuanto antes…, todos ellos métodos que se vio obligada a utilizar. Nadie acudió a rescatarla. Tendría que tragarse ella sola las historias del comandante, pensó con cierto desasosiego, porque Audrey había salido con su madre y aún no había regresado, y sus hermanas, acomodadas en el sofá junto a Jim, una a cada lado, tomándole del brazo, charlaban, se reían y, con la alegre seguridad de que a él le interesaba, le contaban lo que habían hecho desde la última vez que se habían visto.

Alegre seguridad. Sin duda, pensó Fanny, mirándolas primero a ellas y después al autobiógrafo, esa era la tónica de los Cookham. ¡Con qué alegre seguridad de que a Fanny le interesaba desplegaba Cookham toda su vida frente a ella! ¡Con qué alegre convicción le había aconsejado su esposa que perdonara a Job y lo dejara volver a casa! ¿Se lo imaginan? ¿Solo por tener confianza en uno mismo, lanzarse a dar consejos de ese modo? Una actitud

abrumadora para cualquiera que se sintiera tan vieja y cansada como Fanny. Después de una hora en compañía de un comandante Cookham en plena forma, a Fanny se le cerraban los párpados, no solo por la fatiga sino porque sentía el peso de sus cincuenta años más que nunca hasta ese momento. Era la primera vez que se sentía exactamente como si tuviera cincuenta años, y sabía que debía de tener un aspecto espantoso, cada trazo y oquedad de su rostro acentuados por el agotamiento, y esa certeza hacía que se sintiera aún más deprimida. Nada, nada en ese instante le inspiraba seguridad a la exhausta Fanny, mucho menos una seguridad alegre. La vida era un juego en el que todo el mundo terminaba perdiendo, se dijo. Se puede ganar una y otra vez, como ella lo había hecho durante tanto tiempo, pero después se perdía una y otra vez, de manera proporcional, con toda probabilidad, a lo que se había ganado. Subidas y bajadas, pero una vez abajo no se volvía a subir; una vez abajo, allí te quedabas y se terminaba la historia.

Así de funestos eran sus pensamientos mientras el comandante Cookham continuaba narrando su historia sin que se le pasara por la cabeza la posibilidad de que ella no se estuviera divirtiendo tanto como él. Fanny había observado aquella actitud en otros hombres con anterioridad, aquella confianza sencilla en el mismo grado de felicidad en su público, y siempre le había parecido que había algo tierno en ello, algo atractivo para quienes tenían instinto maternal, como sucede con todo lo que desprende ingenuidad. Pero la ingenuidad del comandante Cookham se había prolongado demasiado. El instinto maternal de Fanny era limitado y alcanzó su punto álgido cuando el comandante le contó que había sufrido mucho la noche que había nacido Audrey, aunque, sin duda, no tanto como el día de su boda.

—Oh, vamos —dijo Fanny, intentando sonreír pese a su deseo casi irrefrenable de apoyar la cabeza en la repisa de la ventana y dormir. ¿Por qué le había hecho eso Jim, al final de un día tan desquiciante y accidentado? ¿Cómo era capaz de dejarla a solas con su suegro durante tanto tiempo sabiendo cómo era?

—Le doy mi palabra de honor, *lady* Francés, de que es cierto. Sabía que la estaba dejando en muy buenas manos, pero los sentimientos de un padre son muy profundos, mucho, tal vez más que los de una madre, cuando ve que el primero de sus polluelos se prepara para abandonar el nido.

Llegado ese punto Fanny se dio cuenta de que ya no lo soportaba más. De repente supo que ese era su límite. Se negó a intentar siquiera aguantar un poco más. ¿Por qué tenía que hacerlo? De modo que se levantó, le

tendió la mano al comandante Cookham, que, sorprendido, se puso en pie precipitadamente, y se despidió de él con la dulzura que siempre la había caracterizado después de decirle que esa noche regresaba a Londres en coche y debía subir a prepararse.

La solución para escapar de él le llegó como un relámpago. Fanny sabía perfectamente de qué estaban hablando Audrey y su madre, y se sentía incapaz de hacer frente a una suegra suspicaz y a una esposa indignada durante una cena y una larga noche. Además, seguro que el comandante Cookham se sentaría a su lado, y eso sería ya demasiado. Jim debía de saber lo mucho que le gustaba hablar. ¿La estaría castigando por haberlo llamado «cariño» delante de Audrey? De ser así, sin duda aquel no era el Jim que ella había conocido, y cuanto antes abandonara su casa, mucho mejor. Los círculos familiares no estaban hechos para ella. Que la dejaran volver a Londres y solucionar sus problemas a su manera, a solas. Además, cuando el anfitrión está enfadado y la anfitriona alterada, y la madre de la anfitriona es suspicaz, y el padre de la anfitriona un autobiógrafo, es hora de que la invitada se marche. Utilizaría las pocas fuerzas que le quedaban en decir las mentiras necesarias con aire de ingenuidad. No dudaba deque pudiera arreglárselas, acostumbrada como estaba a las dobleces de las reuniones de sociedad. Y tras despedirse del comandante Cookham, y dedicarle la última sonrisa que recibiría de su parte, cruzó el salón y se acercó a Conderley.

Él se levantó, feliz de liberarse de sus afectuosas cuñadas, y se sorprendió al darse cuenta de que Fanny había dejado solo a su suegro. Aunque más que sorprendido, en realidad se quedó estupefacto cuando Fanny le dijo, con actitud de tener mucha prisa:

—Jim, voy a ver si Manby ya está lista.

—¿Lista? —repitió—. ¿Para qué? No nos vamos a vestir para cenar.

—Pero, querido… ¿te has olvidado de que tengo que regresar a Londres? Ya es casi la hora. Habrás avisado a mi chófer, ¿verdad?

Conderley estaba desconcertado por completo. Su suegro, sin duda también sorprendido al descubrirse repentinamente abandonado, se había acercado hasta el centro de la habitación y estaba removiendo los libros y papeles que había sobre la mesa, obviamente sin ningún interés y con aspecto casi ofendido. A ningún hombre le gusta que la fluidez de su narrativa se vea interrumpida por la marcha precipitada de la audiencia, sobre todo si relaciona la marcha con la narrativa. El comandante Cookham no lo hizo, porque tenía su buena dosis de alegre confianza en sí mismo, pero recordó que cuando Audrey le había presentado a *lady* Francés le dijo

que se quedaría todo el fin de semana. El fin de semana no había terminado. No terminaría hasta el día siguiente después del desayuno, y él aún no había acabado su relato. De modo que se sintió derrotado y contrariado, él, que en su vida de retiro solo tenía al párroco para charlar y recibía a cada nuevo oyente como un regalo del cielo; siguió removiendo los libros y los papeles de la mesa con su gesto más enfurruñado.

Fue el primero en molestarse.

Después le llegó el turno a Conderley, que no lo entendía y estaba seguro de que habían acordado que se quedaría hasta el lunes. Pero allí estaba Fanny, con los ojos como platos, sorprendida por que él lo hubiera entendido de ese modo.

—Pero, Jim… estoy segura de que te dije que tenía que marcharme porque me había comprometido a cenar con los Tintagel esta noche. Y me temo que, saliendo a estas horas, voy a llegar tardísimo —dijo.

Le parecía grosero desconfiar de ella, aunque lo hizo, y la situación le pareció una versión muy suavizada, pero que muy suavizada, de la que había vivido veinte años antes, cuando, con tanta delicadeza y tanta habilidad, Fanny lo había puesto de patitas en la calle.

Fue el segundo en molestarse.

Después le llegó el turno a Audrey, quien, tras una conversación íntima con la señora Cookham, se sentía utilizada tanto por Jim como por Fanny y estaba convencida de que su vida, así se lo había dicho a su madre, estaba destrozada. Pero si le indignaba que Fanny estuviera en su casa, más le indignó que Conderley se acercara a comunicarle que se marchaba. Se negó rotundamente a aceptar que el acuerdo fuera que Fanny se quedaría del sábado al domingo por la noche. La invitación había sido para todo el fin de semana, a no ser, por supuesto, que Jim, que había escrito la carta y no se la había enseñado, se hubiera equivocado.

Fue la tercera en molestarse.

—Querida, seguro que me confundí, o tal vez no leí la respuesta de Fanny con suficiente atención —dijo Conderley, de mal talante.

—No quisiste enseñarme esa carta —gritó Audrey—. No me enseña ninguna carta —añadió, volviéndose con violencia hacia su madre.

—Chist, querida, chist —la calmó la señora Cookham, que habría sido la cuarta en enfadarse si hubiera tenido un carácter menos dulce.

—Y ahora, por favor —prosiguió Conderley, exasperado pero elegante —, ¿serás amable e irás a despedirte de Fanny? Está muy disgustada por el malentendido.

—Ah, ¡tiene gracia! —gritó Audrey.

—Chist, querida, chist —dijo su madre para calmarla, tomándola de la mano.

—Dice que si no tuviera esa cena sin duda se quedaría…

—¡A otro perro con ese hueso! —gritó Audrey.

—Chist, querida, chist —dijo su madre para calmarla, y la rodeó con un brazo.

—Repito que ha sido culpa mía —dijo Conderley—. No puedo hacer nada más. Y te pediría que recordaras, Audrey, que se supone que eres una señora.

Aquellas fueron palabras duras para unos labios siempre tan amables. Audrey nunca le había oído decir algo así. Pero aquellas palabras hicieron que se serenara. Ser una señora, pensaba a menudo, era su punto débil. Que le hubiera recordado que se suponía que ella lo era había sido como decirle abiertamente que no lo era. Consiguió enmudecerla y casi agachó la cabeza.

Mientras, la señora Cookham se preguntaba si un hombre a quien le remordiera la conciencia tendría una actitud tan severa y prepotente. Siempre inclinada a pensar bien de su yerno, además de sentirse orgullosa y segura de él, se respondió que no. Y cuánto mejor era pensar que no y seguir feliz, que estropearlo todo, como hacía su pobre hija, con sospechas infundadas. Tenía la sensación de que nadie podía saber qué clase de relación había mantenido Jim con *lady* Francés. Probablemente había sido del todo inocente, pues, de haber sido de otro modo, ¿por qué no se habían casado? Podrían haberlo hecho. Nada se lo habría impedido. Él estaba soltero y, aunque ella se había divorciado —la señora Cookham se llevó una profunda impresión cuando Audrey se lo dijo, pero solo durante un instante, porque gracias a su carácter alegre se recuperaba de las impresiones fuertes con mayor rapidez que cualquier otra persona—, se podría haber vuelto a casar con él, si no con la bendición de la Iglesia, sí con toda legitimidad en el juzgado. No se habían casado. Jim había seguido soltero y se había casado con Audrey. Entonces, le preguntó a su hija, ¿por qué preocuparse?

Su hija, sin embargo, insistía en preocuparse.

—Hay cosas peores que el matrimonio, madre —le había dicho misteriosamente, llorando, dispuesta a perturbar su paz con algo que podría o no haber ocurrido en un pasado muy remoto.

La señora Cookham negó con la cabeza. Pobrecita mía, pobrecita mía.

—¿Estás embarazada, querida? —Fue lo único que se le ocurrió

preguntar, y mientras Audrey le preguntaba indignada si solo podía enfadarse en caso de estar embarazada, Conderley entró para anunciar la marcha de Fanny; como Audrey estaba hecha una furia, dejó salir esa parte de ella que no era propia de una señora y se manifestó en términos tan lamentables como los que había utilizado con anterioridad.

¿Podría su Jim llegar a perdonarla, él que era tan puntilloso con la cortesía, tan afable, en resumen, tan caballero? Tal vez la perdonara, pero ¿cómo podría olvidarlo? ¿No se alzarían esos comentarios entre ellos como obstáculos insalvables a su confianza y felicidad durante el resto de sus vidas? *Lady* Conderley de Upswich, esposa del presente y madre del futuro lord, atreviéndose a dudar de las palabras de su marido, diciéndole sin tapujos que no le creía.

Entonces empezó a acercarse a él lentamente, con los ojos llenos de arrepentimiento y temor.

—Jim… —comenzó—. Jim…

—Audrey —dijo él, sin darse cuenta de su tímido acercamiento—, te sugiero que subas a la habitación de Fanny y digas y hagas lo correcto.

—Oh, Jim, ¿qué es lo correcto? Parece que lo hago todo mal —contestó ella con tono lastimero, ahora tan humilde como antes enfadada. Pero lo quería mucho, muchísimo, y tras acercarse sigilosamente a su rígido marido, se aventuró a apoyar la mejilla, aún encendida a causa de las muchas emociones de aquella tarde, en su brazo.

—Vamos, Audrey —dijo Conderley, con un tono más amable.

—Creo que está embarazada —anunció su madre.

Conderley miró fijamente a la señora Cookham y después a la mata de cabello negro que se apoyaba en su brazo.

—¿Lo estás, querida? ¿Audrey, querida, lo estás? —preguntó, mientras la rodeaba con un brazo, con repentina amabilidad—. Audrey, ¿es cierto?

«No hay nada como los niños —pensó la señora Cookham mientras, con mucho tacto, se disponía a salir de la habitación—. La verdad es que no sé dónde estaríamos sin ellos».

V

Tras haber estado con amigos, a veces regresar a casa supone un alivio. Después de pronunciar sus últimas palabras, de esbozar su última sonrisa, de besar y ser besada por la arrepentida Audrey, y después de haber invitado a todo el mundo a su casa en Charles Street, llevada por el deseo de poner un broche final que a menudo sobreviene a los que parten, Fanny sintió intensamente este alivio. Aunque en realidad no regresara a casa. Aunque se dirigiera al Claridge. Lo realmente magnífico era escapar de allí.

Así que en cuanto los escalones, las luces, los Conderley y los Cookham, despidiéndose de ella desde la puerta, desaparecieron en la oscuridad, Fanny se dejó caer sobre los almohadones, cerró los ojos y dio gracias al cielo. Qué preciosa era la negación: no ver, no oír, no hablar, no estar con nadie. Ni siquiera Manby podía acceder a ella. Sentada al lado del conductor, al otro lado del cristal de separación, ni siquiera podía preguntarle si tenía los pies calientes o quería otra manta. Oh, qué bendición, pensó Fanny, estar a solas, en la oscuridad, sin que nadie pudiera acercarse a ella, lejos de Upswich para siempre.

Cuando un invitado se marcha sintiéndose de ese modo y cuando los anfitriones se quedan con un evidente resentimiento, no se puede considerar que la visita haya sido un éxito. Aunque nadie se había atrevido a pensar que pudiera serlo. Audrey estaba segura de que no lo haría, Conderley había tenido sus serias dudas, ahora todas ellas justificadas, y Fanny se dio cuenta enseguida, y así lo expresó rotundamente en varias ocasiones, de que había sido una estúpida. Una estúpida por creer que el pobre Jim, veinte años mayor, con una vida estable en la que ella no era más que un fantasma de sus recuerdos, pudiera servirle de refugio. Los ancianos no eran refugios. Ellos necesitaban refugio, porque se volvían tímidos, se acobardaban ante las responsabilidades, te aconsejaban que te reconciliaras

con tu marido y te soltaban el brazo cuando estaban cerca de casa. En realidad, no había amor en ellos. No es que Fanny deseara que lo hubiera, sino que sin él, sin siquiera la capacidad de sentirlo, la gente no servía para nada. Seca como una astilla, fría como una losa, parecía volverse, una vez agotado el amor. Inhumana, indiferente, ensimismada, insensible.

Esos pensamientos, que si bien eran demasiado injustos resultaban también vigorizantes y la hicieron entrar en calor, no se prolongaron mucho más allá de Ipswich. Poco después de su marcha comenzó a asombrarse de su inapropiado comportamiento al haber decidido acortar su visita de ese modo y unos kilómetros más adelante ya había alcanzado el punto en que se sentía totalmente avergonzada. Cuando el coche atravesó Colchester estaba abrumada y compungida, y se dijo que jamás en la vida había conocido una conducta más vergonzosa. ¡Y se atrevía a llamar a la gente inhumana e insensible! Ella sí que había sido inhumana e insensible a los sentimientos de los demás, al pensar solo en marcharse de allí, sin importarle las mentiras que había tenido que contar. Solo porque estaba aburrida y cansada; solo porque, habiendo cometido la estupidez de decir algo que, sin duda, provocaría la ira de Audrey, sentía que no podría enfrentarse a las consecuencias de su acto. Además, al llegar el domingo por la noche, después de una reunión de fin de semana, ¿no estaba todo el mundo aburrido y cansado? Y llegado ese momento ¿no habían esos invitados dicho algo que molestaba a otros? Pero la mayoría de los invitados, más educados que ella, no se marchaban y estropeaban los planes de la anfitriona; esos invitados no se largaban solo por temor a tener que sentarse junto al comandante Cookham.

Un comportamiento de niña malcriada y egoísta; un comportamiento imperdonable. ¿Qué podía hacer para arreglarlo? Nada, Fanny lo sabía muy bien. Como también sabía que no volvería a ver a Conderley. No le gustaba enfrentarse a esa idea, pero en el fondo sabía que era verdad. Aquel libro se había cerrado para siempre. Veinte años después, el breve y extraño epílogo a su historia, que acababa de tener lugar en Upswich, había terminado; ese era, sin duda, el fin. Qué triste. Un poco más de vacío que añadir a su vida. Ahora que la euforia ya se había apagado, la euforia inicial por haber logrado escapar y la consiguiente oleada de rabia por su comportamiento, ahora se sentía incómoda, desanimada, fría y abatida.

Mientras observaba por la ventanilla los setos que dejaban atrás, setos que se iluminaban un instante y después se perdían en la oscuridad —todo muy similar a su vida, pensó Fanny, deprimida—, trató de animarse

considerando lo absurdo que era sentirse tan desolada por culpa de Jim, sin el cual había vivido muy feliz durante tantos años. No era más que un anciano amable y algo torpe que se aferraba a su poco interesante rutina con todas sus fuerzas, cada día más disminuidas. Pero pese a darse cuenta de ello, pese a saber que era cierto, no podía abandonar la idea de que si fuera posible descubrirlo, quitarle una a una las capas de los años, aún encontraría al hombre que solía llenarle los brazos de flores y alimentarla, con imprudente pasión, de huevos de chorlito en una época en que estaban por las nubes.

Además, podría haber añadido, aunque prefirió no hacerlo, que ese era el hombre que había vivido solo para ella, que había estado a punto de morir por ella. Fanny ahuyentó de manera instintiva esos aspectos lastimosos. Ahora le resultaban casi ridículos. Al mirar al pobre y viejo Jim, ¿quién diría que una vez tuvo suficiente vida para casi perderla? Pero era cierto, tan cierto como que ahora ya no podía liberarlo, que permanecería inmovilizado como una momia, oprimido durante los próximos veinte años. A nadie le gustaban las repeticiones, por solitaria y vacía que se tornara la vida. Y así fue como Fanny comenzó a pensar en otro de sus admiradores —a ese no había podido soportarlo demasiado, pues cuando dejaba de hablar de amor no había forma de entender ni una sola palabra de lo que decía—, que solía repetir con frecuencia que el pasado estaba en realidad tan presente como el presente mismo, y que si Fanny pudiera analizarlo desde la perspectiva adecuada, se daría cuenta de que seguía haciendo todo lo que ya había hecho antes, es decir, seguiría sosteniendo flores y comiendo huevos de chorlito (una imagen espantosa), y el pobre Jim continuaría en el funesto proceso de intentar quitarse la vida.

Qué triste. Si nos creyéramos esa clase de historias, nos aterraría hacer cualquier cosa por miedo a quedar atrapados en una repetición infinita. No; la repetición era algo malo. Cuando Jim comenzó a convertirse en una repetición, dando vueltas sin cesar en el mismo círculo de adoración agobiante, ella, para no asfixiarse, se sintió obligada a seguir su camino por nuevos bosques y prados en compañía de Edward, y ahora, solo porque estuviera oscureciendo y ella fuera mayor y estuviera cansada, no debía olvidarse de los hechos y ponerse sentimental. La actitud adecuada en aquel momento, la que se esmeró en adoptar, era alegrarse de que Jim se hubiera librado del estorbo de las emociones y viviera contento y satisfecho con su Audrey. Él nunca estaría solo y jamás conocería ese estado aterrador. Era ella, Fanny, quien se quedaría sola. En su vida no había un marido

afectuoso que la hiciera sentirse importante y maravillosa. Al contrario, después de haber sido tan importante y maravillosa durante tanto tiempo y con tanta gente, se estaba convirtiendo rápidamente en la pobre Fanny. Lo notaba, lo sabía, y era horrible. Pero era mejor no pensar en eso, más valía que se centrara un último momento en Jim, el tiempo suficiente para bendecirlo y decirle adiós, y después, finalmente y para siempre, olvidarlo.

—Adiós, Jim —susurró, procediendo a realizar, con la cabeza agachada, ese último ritual—. Adiós al querido Jim que yo conocí. Gracias por todo y que Dios te bendiga.

En el comedor cálidamente iluminado de Upswich, disfrutando de una cena especialmente deliciosa que había sido preparada para Fanny, con la mesa cubierta de claveles frescos y velas de colores, la vajilla de la familia y la hermosa cristalería antigua de los Conderley, todo dispuesto en su honor, él, allí sentado, respirando el ambiente de armonía y afecto creado por el bebé que al final resultó que Audrey no esperaba, no tenía la menor idea de que Fanny estuviera bendiciéndolo, dándole las gracias y despidiéndose de él desde un coche frío y oscuro en algún punto entre Colchester y Chelmsford, ella que alguna vez había sido para él toda su vida. Aun así, al levantar la copa hacia su esposa, en un momento en que los Cookham estaban ocupados contándose con entusiasmo cosas que todos ellos ya sabían —un gesto amable que habría hecho más feliz a Audrey si hubiera estado segura de lo del bebé—, de repente vaciló, dejó la copa de nuevo en la mesa y se quedó pensativo, con gesto preocupado.

«Oh, Dios mío, ¿qué habré hecho ahora?», se preguntó enseguida Audrey, pero como no era consciente de haber tenido un comportamiento que no fuera ejemplar desde que hubo la reconciliación en su dormitorio, alzó la copa, esbozó una sonrisa esperanzada y dijo:

—¿Y bien, Jim?

—Estaba pensando… —comenzó él, pero vaciló de nuevo, con gesto de preocupación.

No terminó la frase. Y tampoco hizo el brindis. Porque lo que pensaba, lo que pensaba con el último dolor que tal vez sentiría su corazón, era: «Pobre Fanny».

VI

Esa noche, en Bethnal Green, un lugar por el que Fanny tenía que pasar, un clérigo llamado Hyslup, por el cual una vez se había interesado porque él la amaba con toda su alma y además tenía una voz preciosa, estaba oficiando un servicio religioso, pues no en vano era Pascua, y él un hombre devoto.

Oficiaba el servicio en Bunbury Mews, una pequeña calle lateral que desembocaba en la carretera principal, y como tenía el don de la palabra, además de la ferviente convicción de que sus prédicas eran la única vía para la salvación, no le costó reunir a un buen número de fieles. Vestido con una sotana y precedido por una cruz resplandeciente, salía de la casita de hojalata en que oficiaba el servicio vespertino los domingos de Cuaresma, se subía a una silla que le proporcionaba y sostenía uno de sus seguidores, y se disponía, con gran belleza, a llenar de consuelo, aliento y esperanza los ansiosos oídos de los pobres. Había un policía dé servicio, pero no hacía nada por frenar a una multitud cada vez más numerosa aparte de controlar que no amenazara con atestar la calle principal, pues también él quería escucharlo, ya que las palabras de ese predicador llegaban directas al corazón, y la mayoría de los hombres desean, si es posible, ser salvados.

Con actitud humilde, en el estado de ánimo propicio para la salvación, Fanny llegó a la esquina de Bunbury Mews justo en el momento en que el tranvía que circulaba delante de ella se detuvo en la parada, obligando a su coche a frenar. Entonces, se sorprendió al mirar por la ventanilla con abandono y darse cuenta de que a tan solo unos metros de distancia, sobre una silla y gesticulando con vehemencia, se encontraba el hombre en quien aún pensaba de vez en cuando y al que recordaba como su pequeño y dulce Miles. También Manby, desde el asiento delantero, lo vio y en ese mismo instante se quedó igualmente sorprendida.

—Vaya, ahí está ese Hyslup —dijo casi con entusiasmo al chófer—. Ya sabe, el que solía pasar tanto tiempo con la señora —añadió, porque solo lo asociaba a las fiestas en Charles Street, a las flores que enviaba sin cesar, a las continuas llamadas—. Qué casualidad.

Fue una de esas coincidencias que a veces se dan en la vida. Asombrada, viendo en ello algo muy significativo, Fanny bajó la ventanilla para intentar escuchar lo que decía.

No lo consiguió, pero era evidente que su antiguo admirador hablaba con elocuencia. Lo supo por las miradas de su público y le sorprendió, pues lo recordaba como un hombre cohibido, alguien a quien le gustaba más observar que hablar. Sin embargo, cuando hablaba, qué maravillosa era su voz, ¡con qué fuerza la inundaba y le recorría todo el cuerpo! A menudo le hacía pensar en albaricoques maduros, en higos a punto de estallar. La primera vez que abandonó su silencio de enamorado para preguntarle si podía llamarla Fanny, ella pensó que jamás un nombre había sonado tan hermoso y cuando, días después, tras una fase de silencios que evidenciaba lo mucho que le costaba hablar de ello, él le confesó que la adoraba, sus breves palabras llenaron de música la habitación.

Sentada en el coche, Fanny lo observaba con profundo interés. Allí había alguien que podía ayudarla. Si tenía las palabras de la vida eterna, como ella sospechaba por la atención embelesada del público, ¿por qué no habría de poder verter algunas de esas palabras sobre ella? Al fin y al cabo, tal vez la religión fuera lo que necesitaba, si bien debía admitir que no le entusiasmaba la idea de tener que postrarse de rodillas. De todos modos, si pudiera aliviar su tristeza, si le hiciera olvidar el paso de los años y lo mucho que eso la deprimía, tal vez valiera la pena intentarlo. Tan solo unos minutos antes, cuando su chófer, en su pasión por la velocidad, había estado a punto de patinar y meterse en una acequia y ella había tenido la tentación de dar unos golpecitos en el cristal, despedirlo de inmediato y buscar a un chófer más seguro, la asaltó la lúgubre duda de por qué seguía preocupándose por mantenerse a salvo. ¿Para qué? ¿Para qué querría una mujer como ella, una mujer de cincuenta años, continuar a salvo? Si la religión podía evitarle esa clase de pensamientos negativos y engatusarla —persuadirla, quería decir— para que creyera que su alma, si se esforzaba lo suficiente, podría recoger toda la belleza que algún día había tenido su cuerpo, si bien una belleza de otro tipo, y toda la alegría, aunque también de otro tipo, de vivir, de hacer y desear, al menos estaría dispuesta a intentarlo.

Con la ayuda de Miles. Qué agradable era, pensó Fanny, comenzando de nuevo a sonreír, aquello de revivir su historia con Miles en un plano elevado, más espiritual. Debido a las circunstancias, Fanny nunca se había encontrado en un plano espiritual. Con Jim había ascendido hasta el plano de la poesía, aunque solo se mantuvo en él mientras él la retuvo allí; pero ese era un plano inferior al de la religión, ¿no? De cualquier modo, hablaría con Miles y vería qué le sugería. Y como una de las características de Fanny era que tenía una alegre disposición a animarse con facilidad, de repente, ante la posibilidad de recibir ayuda, comenzó a sentirse mejor, se sacudió la depresión y prestó mucha atención a lo que sucedía en aquella silla.

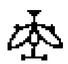
Así que ese era Miles; esa figura vehemente que hacía lo que quería con la multitud. Al parecer se le había soltado la lengua, después de abandonarla… ¿o había sido ella quien lo había abandonado? En cualquier caso, él había sido quien había salido por la puerta, y ahora, al parecer, hablaba como los ángeles. Bastaba con observar los rostros atentos de quienes lo rodeaban, con contemplar el afán con que se empapaban de sus palabras. Todo aquello debía de estar en él cuando lo conoció, pero Fanny jamás lo había sospechado. Tal vez el amor que él sentía por ella mermaba sus capacidades. Quizá Fanny no se había molestado en ayudarlo a expresarse, ya que era un hombre muy alejado de su círculo, un joven y humilde clérigo de Kensington al que había conocido en una subasta benéfica y a quien había invitado a su casa únicamente por su devoción enternecedora y manifiesta, y por la forma encantadora en que decía «Mucho gusto» y «Adiós».

Que Fanny recordara, Miles nunca había causado muy buena impresión. Sus amigas solían apartarla a un lado y le decían:

«Querida, es un hombre encantador, pero ¿por qué lo enmudece la felicidad?».

Cronológicamente, estaba entre Perry Lanks y el hombre que decía que el pasado era el presente, y al principio le gustó porque, después del inteligente Lanks, le había parecido muy reconfortante. Había, o al menos esa era la impresión que daba, una sencillez infantil en él, una especie de inocencia. Con el paso del tiempo le resultó de lo más aburrido por esa misma razón. Fanny descubrió que la inteligencia, de la que según ella Miles carecía, era, en definitiva, lo que a ella le gustaba, pues en aquella época estaba acostumbrada a la compañía de hombres más o menos competentes que se cruzaban impetuosamente en su vida, y de cada uno de ellos aprendía cosas nuevas y tomaba retazos de ideas.

De Miles no tomó nada. Él se quedaba quieto y la miraba en silencio, y después de un tiempo comenzó a aburrirla. Aun así, Fanny había llorado cuando se separaron. Él la había bendecido al despedirse y Fanny recordó que le había parecido un detalle muy dulce por su parte, pobre Miles, y que había llorado.



Y ahora estaba allí, tan cambiado que costaba creer que fuera él, convertido en alguien sin duda fascinante. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la época en que se quedaba quieto y la observaba en silencio? ¿Cinco años? ¿Siete? No, tenían que ser más. Entonces él tenía treinta años… la edad que en aquella época comenzaba a parecerle interesante, y ahora parecía tener unos cuarenta, consumido como estaba por el fuego de su pasión y, probablemente, también por el ayuno. Los clérigos con sotana tendían a ayunar. Fanny no sabía si una cosa implicaba la otra, pero le daba la impresión de que era así. Tenía una tía que se había casado con un clérigo que llevaba sotana, y los viernes y durante la Cuaresma apenas probaba bocado; en esos días estaba tan irritado que nadie podía permanecer con él en la misma habitación. Fanny se preguntó cómo sería Miles en su casa; si, medio muerto de hambre y agotado por su propia elocuencia, regresaría a casa y sería más bien brusco con su esposa. O tal vez no tuviera esposa. Su cuerpo mostraba una acusada ausencia de carne que sugería una tendencia a tener lo menos posible. La ausencia de carne le sentaba bien. Su querido Miles, qué buen aspecto tenía ahora. Fanny siempre se sentía muy cercana a aquellos a los que la habían amado, muy dispuesta, una vez transcurrido el tiempo suficiente para superar la pérdida, a convertirse en su amiga; y ahora que volvía a ver a Miles, ¡cuánto le gustaría saber si la vida lo había tratado bien desde aquel triste día en que se habían dicho adiós! ¿Qué estaría diciendo con tanto énfasis?, se preguntó. ¿Por qué no salir del coche y acercarse a escucharlo? No había razón alguna para regresar al Claridge a toda prisa y, teniendo en cuenta que la casualidad había puesto a Miles en su camino, le parecía una lástima no aprovechar la ocasión.

De modo que dio unos golpecitos en el cristal e hizo un gesto al chófer para que saliera a abrirle la puerta.

Justo en ese momento el tranvía que tenían delante retomó la marcha, y los coches que esperaban detrás también querían arrancar, por lo que se

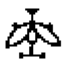
produjo cierta confusión. El chófer, incapaz de acuciar a Fanny para que saliera lo antes posible, se puso nervioso, pues delante tenía a un policía que le gritaba y detrás una hilera de coches retenidos que no dejaban de bramar contra él, mientras su señora, incapaz de alterarse, acostumbrada a hacer lo que quería, cómo y cuando quería, con la elegancia y la dignidad que la caracterizaban, se tomaba el tiempo que necesitaba.

—¿Dónde estamos? —preguntó detenida sobre el estribo, mirando a su alrededor.

Al chófer le costó pronunciar con tono amable las palabras «Bethnal Green».

—Así que Bethnal Green, ¿eh? —repitió Fanny, aún mirando a su alrededor, entre un griterío desenfrenado—. Tú sigue adelante, Griffiths —como si el hombre pudiera seguir—, y espérame calle abajo.

Y seguida de cerca por Manby se adentró entre la multitud con la actitud de quien espera que se le haga un sitio, lo cual, ante la sorpresa de los presentes por la seguridad que mostraba Fanny de que así sería, sucedió.



Miles la miraba. Observaba la calle principal desde que el tumulto de gritos y bocinas atrajo su atención, y la vio salir del coche, elevada durante un momento por encima de la multitud.

Fanny. Ahí frente a él, de pronto fue como si se diera cuenta, tras una larga etapa de resentimiento, de lo mucho que le debía a esa mujer. Todo, se lo debía todo. Reconoció con gratitud lo que había hecho por él cuando le rompió el corazón. A él, la criatura más desconsolada sobre la faz de la Tierra, un clérigo cautivado por una mujer que no era su esposa; Fanny lo había ayudado a ponerse en pie, le había devuelto lo que él siempre había sabido que era su don especial, el poder de mover a las masas, y había sido la verdadera causa, por extraño que pareciera, de que ahora pudiera dedicarse a Dios en cuerpo y alma de un modo tan firme.

Se alegraba de que estuviera allí porque podría darle las gracias. Se alegraba también de descubrir que no quedaba en él ni una pizca de su antiguo sentimiento hacia ella y de poder ver cómo se acercaba con una impasibilidad tan absoluta que, aun sin dejar de mirarla, no frenó su elocuencia. Su hermana. Una hermana muy cambiada y, a juzgar por su aspecto, pues a medida que se acercaba la veía mejor, una pecadora. Bueno, tanto mejor. Él podría ayudarla. Su labor no estaba entre la gente de bien,

sino entre la de mal vivir. Al igual que ella lo había ayudado una vez alejándose de él, él podría hacerlo ahora, podría devolverle el favor que le debía ofreciéndole, en el que parecía el tramo final de su vida, por lo tantísimo que había envejecido, la posibilidad de la salvación.

Su inesperada aparición pareció inspirar a Miles. Él mismo sentía que jamás había hablado tan bien. Rezó para que al menos algunas de sus palabras se abrieran paso hasta los ocultos y, no le cabía duda, áridos rincones del alma de Fanny. De hecho ella lo escuchaba con gran atención. En cuanto se acercó lo suficiente, le causó un enorme placer escuchar las magníficas palabras que salían de la boca de Miles. Qué maravilla, pensó, sumamente satisfecha, que le hubieran ido tan bien las cosas. Además, visto de cerca le pareció un hombre de lo más atractivo. El ayuno le favorecía y era evidente que el fuego interior que parecía consumirlo le hacía mucho bien.

Interesada, observó y escuchó. En el pasado estaba un poco gordo. Bueno, tal vez gordo no, pero sí rellenito, razón por la cual a ella le resultaba difícil encontrarlo particularmente atractivo cuando se quedaba quieto y en silencio y no decía «Fanny» ni nada parecido con aquella voz capaz de agitar los corazones. Por supuesto, era una injusticia que algo tan ridículo como el exceso de peso pudiera poner a un amante en situación de desventaja, pero así fue. Y en cuanto a Miles, cuyo don era su magnífica voz y, como ahora descubría, su dominio de las palabras, enmudecer por adoración y, además, estar rellenito, resultó desastroso. Fanny estaba muy contenta de que hubiera ayunado y superado su mutismo y de que lo hubiera superado todo en general, de que al fin hubiera aterrizado, triunfante e inspirado, en aquella silla… a la que, no le cabía la menor duda, ella le había ayudado a subir.

Esos hombres le debían muchísimo, reflexionó Fanny henchida de orgullo, como si la elocuencia procedente de esa silla fuera un triunfo personal. Todos habían armado un escándalo espantoso al salir de la vida de Fanny, partiéndole el corazón y haciéndole sentir que tal vez hubiera sido desagradable con ellos, pero en realidad cada una de esas salidas significó el comienzo de situaciones mejores y más felices para ellos. Solo había que fijarse en Jim, tan satisfecho y pagado de sí mismo junto a su Audrey. O en Miles. Arrancó impulsivamente una hoja de su agenda y garabateó: «Miles, eres maravilloso. Tenemos que vernos. ¿Puedo cenar contigo cuando hayas terminado con esto tan estupendo que haces? ¿Dónde piensas cenar? Fanny».

Fanny le dio la nota, junto con un chelín, a un niño que tenía a su lado y le pidió que se las arreglara para dársela al señor Hyslup.

—¿Al padre Hyslup? —preguntó el niño.

—Eso es —respondió Fanny.

—¿Al de la silla?

—Al mismo.

Con la mano hábil del que está acostumbrado a recibir notas en mitad de sus discursos, Miles se la quitó al niño, le echó un vistazo sin interrumpir ni un segundo lo que decía y, mirando directamente a Fanny, apretujada entre sus concentrados feligreses, alzó una mano y se santiguó deprisa. Sus feligreses, si bien algo sorprendidos por que lo hiciera en plena alocución, asumieron que era de aplicación general y agacharon la cabeza, pero Fanny sabía que iba por ella y se dijo con gratitud: «Mi querido Miles».

Pero ¿qué quería decir? ¿Qué debía esperar? ¿Que hablara con ella más tarde? ¿Que la rechazara? Le había hecho ese mismo gesto en el triste momento de su partida, la última vez que lo vio, cuando ella lo rechazó. No, no podía ser que la rechazara, pensó, tan solo la había bendecido, y eso hizo que se sintiera como si estuviese rodeada de bendiciones, la de entonces y también la de ahora, y le causó una agradable sensación de seguridad y protección, frecuente en el pasado pero muy poco común en los últimos tiempos.

De modo que esperó, y sintió por Miles un cariño afectuoso. Como en breve estaría con él, se preguntó qué aspecto tenía, y si sería indecoroso o inadecuado abrir el bolso y retocarse un poco el maquillaje. Solo utilizaría polvos, nada de rímel ni carmín. Al fin y al cabo, estaba al aire libre, no era como estar en una iglesia. Podía colocarse detrás del hombretón que tenía delante y agachar la cabeza.

Sin embargo, Miles parecía haber desarrollado una habilidad extraordinaria en todos los sentidos y, al parecer, no se le escapaba nada; de hecho, después de que Fanny se acercara al hombre que tenía delante y comprobara en el espejo la urgencia de hacer algo con su cara, en cuanto comenzó a aplicarse los polvos con sumo cuidado y, creía, sin ser vista, Miles empezó a hablar de rameras en su sermón, o discurso, o alocución, o como se llamara lo que hacía.

No tenía mayor importancia, pues tarde o temprano todos los clérigos tocan el tema de las rameras, pero lo que dio la impresión de subrayar sus comentarios fue el hecho de que cuantos la rodeaban se volvieran a la vez para mirarla. Pura coincidencia, por supuesto, aunque eso enfadó mucho a

Manby, que lanzó una mirada desafiante a su alrededor y comentó con claridad, si bien con tono contenido; contenido porque para ella era como estar en una iglesia, y con claridad porque quería que se la entendiera correctamente:

—La señora no debería rebajarse a pisar lugares como este.

—Silencio —protestó Fanny, que estaba acostumbrada a que la miraran y sabía que no era una ramera. Así pues, ¿qué más daba?—. Intento escuchar.

Y Fanny, que ya había empezado y no se podía dejar la cara a medio empolvar, siguió arreglándose lo mejor que pudo mientras prestaba atención a las palabras de Miles.

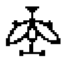
Sus palabras eran espléndidas. Todo lo que aquella encantadora voz acariciaba se volvía de súbito importante y bello. ¡Y qué pasión, cuánto convencimiento! Su cuerpo entero vibraba al hablar. Pecadores de todo tipo, rameras, propietarios de bares, mujeres adúlteras… bajo su influjo todos se transformaban en unos angelitos. Se convertían, pensó Fanny, en figuras de lo más fascinante en manos de aquel artista. Sus propietarios de bares rebosaban atractivo; sus mujeres adúlteras, pura música. Cuando Miles comenzó a referirse a ellos, los que estaban más cerca de Fanny intentaron volverse para mirarla, pero los ojos de Manby, siempre vigilantes, los intimidaron.

A Fanny no le importaba que la miraran, ni tampoco lo que pensaran. Que miraran, se decía, mientras se aplicaba los polvos precipitadamente, que pensaran lo que quisieran. Ella jamás había cometido adulterio, por tanto, ¿qué importancia tenía? Manby era boba. Los sirvientes eran bobos con respecto a esa clase de cosas, siempre temían que alguien sospechara que ellos o sus asuntos no eran decentes. Pobrecitos, se perdían lo más divertido, y no solo lo divertido, sino la felicidad más maravillosa, como la de la poesía y las más hermosas ilusiones. Qué sensación tan agradable descubrirían si pudieran comprender algo de la simplicidad angelical del amor amable y cercano, del amor libre de todo concepto de legitimidad y de los acuerdos que debían cumplirse a rajatabla en una iglesia, del amor dulcemente secreto, del amor que, aunque con el tiempo hubiera terminado en lágrimas, había sido la sensación más cálida y agradable de la vida. De hecho, y pese a su experiencia, en ocasiones Fanny dudaba de que dos personas pudieran tener una amistad verdadera, cómoda y tranquila sin haber sido antes amantes. Pero no esperaba que Manby lo entendiera.

Cuando terminó de retocarse la cara guardó los polvos, cerró el bolso y

se sintió lista para participar en el himno final; lo hizo con gran placer, porque de niña le gustaba cantar y tanto la letra como la melodía le traía recuerdos felices de su infancia, cuando aún no sabía qué le depararía su extraordinaria belleza.

En realidad Fanny disfrutó. Pasó media hora agradable y, para ella, inusual; ahora, cuando la bendición final había despedido, o tratado de despedir, a una multitud que parecía reacia a marcharse, tras darse unas palmaditas instintivas en las pieles y ladearse también de manera instintiva el sombrero, Fanny se preparó para el momento de la cena con un Miles purificado, exquisito y enormemente mejorado.



El saludo fue breve —cálido por parte de Fanny, precipitado por la de Miles— y a continuación él la guio hasta sus aposentos.

Manby los siguió. Fanny no le había dicho que lo hiciera, pero ella no parecía dispuesta a perder de vista a su señora en un lugar como ese. Además, no se fiaba de Hyslup, de quien pensaba que era muy poco señor. Estaba convencida de que no podía ser un caballero, pues de serlo, habiéndose sentado a la mesa en Charles Street, ahora no estaría subido a una silla en Bethnal Green. Era una degradación y Manby no quería saber nada de degradaciones; además le preocupaba ver a su señora, tan amable y conversadora, con ese individuo. De modo que los siguió, al tiempo que se preguntaba: «¿Y ahora qué?», mientras la gente se apartaba con respeto y con una notable discreción para dejar pasar a la pareja, y también a Manby.

—¿Sabes qué piensan, Fanny? —preguntó Miles, después de haber devuelto con solemnidad una prolongada serie de solemnes saludos.

—No. ¿Tú sí?

—Por supuesto. Mi gente es como un libro abierto para mí. Piensan que voy a salvarte y desean que lo haga.

—¿Por eso nos miran por encima del hombro?

—No tiene nada que ver con la forma en que nos miran —dijo con tono cortante.

—Bueno, cielo… —Miles frunció el entrecejo, pues no le parecía bien que Fanny utilizara palabras tan afectuosas— sería delicioso que así fuera.

—Fa salvación no tiene nada de delicioso, Fanny —la reprendió él.

En la corta distancia que habían recorrido Fanny había hecho ya varios comentarios que, al haber merecido una reprimenda, impedían que se

desarrollara una conversación… Comentarios que dividían en lugar de construir. Qué poco había cambiado Fanny, pensó Miles. Salvo por su aspecto —y en este sentido la palabra adecuada no era cambio sino destrozo —, no había cambiado en absoluto; daba la impresión de que no se había dejado influir por el efecto generalmente aleccionador del paso del tiempo. Había en ella la misma seguridad espontánea, la misma certeza de que si lo elogiaba él sin duda se alegraría, la misma incapacidad para tomarse las cosas en serio, que recordaba de Charles Street y que había observado en cada una de las alocadas mujeres que conoció en su casa. En realidad ella era aún Charles Street, mientras que él llevaba años siendo puro Bethnal Green, y por ello daba siempre gracias a Dios.

—Bien, si no te gusta «delicioso», ¿qué te parece «maravilloso»? —preguntó Fanny, mirándolo sonriente. Pobre mujer, no debería sonreír, pensó Miles, pues cada vez que lo hacía se le formaba un nuevo conjunto de arrugas—. Sería maravilloso que me salvaras, querido Miles. Inténtalo. No me sorprendería que lo lograras. Eres capaz de convencer a cualquiera, no me cabe la menor duda.

—No tiene nada que ver con convencer a la gente, Fanny —la reprendió él de nuevo—. Un sacerdote no convence. Reza y se le concede la gracia.

Fanny se disculpó, aunque de muy buen humor, como si no le importaran las reprimendas.

—Esta tarde solo utilizo las palabras equivocadas —comentó, apartando la mirada, y Miles, que se dio cuenta de ello, pensó que lo decía de corazón. Por su parte, Fanny se planteó la posibilidad de que, si bien por fuera estaba mucho más delgado, por dentro siguiera siendo un poco gordito. Pensaba en su cerebro. Henchido, tal vez.

Miles aceptó su disculpa con una inclinación de la cabeza.

—A menos que hayas progresado enormemente —comenzó— en materia de religión desde los tiempos que solía visitarte… —Qué manera más extraña de expresarse, pensó Fanny— es probable que aún tengas conocimientos rudimentarios y, por consiguiente, es normal que te equivoques.

—¿Te importaría explicarme qué quieres decir con eso de conocimientos rudimentarios? —preguntó ella, aparentemente con tono dócil, aunque Miles intuyó que en realidad no lo era en absoluto. Fanny nunca lo había sido. Amable, sí; demasiado, como descubrió con gran pesar cuando supo que lo había engatusado. Pero dócil, jamás.

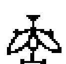
Miles le explicó que quería decir que solo conocía el abecé.

Fanny le preguntó si acaso pensaba que, en el ámbito espiritual, ella estaba aún en el jardín de infancia.

—En el jardín de Dios, Fanny… —respondió Miles.

Tras lo cual, durante unos minutos, Fanny permaneció en silencio.

Le causaba satisfacción seguir llamándola Fanny, el nombre que en el pasado a duras penas se atrevía a pronunciar; se sentía como si se hubieran vuelto las tornas. Además, era evidente que, mientras caminaban uno al lado del otro, cuando cada farola que dejaban atrás le permitía fijarse de nuevo en el rostro de Fanny, a Miles le costaba no sentir satisfacción. De lo contrario, no habría sido humano. Y su edad… Cuando la visitaba, Miles no tenía ni idea de que Fanny fuera tantos años mayor que él. Entonces no se notaba. Y en ese momento vio muy claro que él aún estaba al comienzo de los mejores años de la vida de un hombre, mientras que ella se encontraba, sin duda, en los peores años de una mujer. Y qué diferencia también en sus posiciones: él, convertido de manera consciente en un instrumento de la gracia de Dios, mientras que ella… no le importaría decir en qué se había convertido Fanny si no fuera porque era evidente que estaba muy necesitada de buenas dosis de perdón. Si, por la gracia de Dios, él fuera el elegido como instrumento para llevar a esa mujer, en el pasado una belleza orgullosa, hasta el trono del perdón con actitud humilde, ese sería sin duda el momento más maravilloso de su carrera.



Sin embargo, Miles se daba cuenta de que Fanny estaba muy lejos de ser una mujer humilde. Lo había mirado y le había sonreído cuando él le había dicho que estaba en el jardín de Dios; tan solo una sonrisa, sin decir nada. La clase de sonrisa de quienes hacen concesiones, solo que en su caso era difícil de creer. Entonces, ¿no era Fanny consciente del enorme cambio que se había producido en sus respectivas posiciones? Su actitud segura y confiada apuntaba a que aún imaginaba que Miles era su esclavo. El hecho de que la vanidad que acompaña a la belleza —excusable, tal vez, cuando existe una belleza realmente extraordinaria, o al menos comprensible— siga presente cuando esta ya ha desaparecido resulta extraño. Pobre mujer; sin estabilidad, envejeciendo con tanta rapidez… Miles sintió lástima por esa mujer, que ni siquiera era capaz de sonreír sin parecer aún más vieja. Sin embargo, en lugar de sentir lástima, debía dejar bien clara la situación antes

del anochecer. En primer lugar, le agradecería, con la debida solemnidad y con todo su corazón, lo que había hecho por él años atrás, cuando lo había liberado de sus vergonzosas ataduras; así, juzgó Miles, el simple hecho de profundizar en lo bochornoso de las ataduras y de insistir en su alegría por haberse librado de ellas sin duda le aclararía las cosas a Fanny.

—No vayas tan rápido —dijo Fanny, interrumpiendo tales reflexiones, que le habían avivado el paso.

—Disculpa —respondió él, y aminoró la marcha, aunque no le gustó el tono imperioso utilizado por Fanny.

De nuevo la belleza orgullosa, pensó Miles, incapaz de dominar el resentimiento. En el pasado ella siempre le ordenaba que hiciera esto o aquello, ¡y con qué lamentable entusiasmo había corrido él a obedecerla! Pero aquella época se había terminado para siempre y había llegado la hora en que Fanny debería, al menos, pedir las cosas por favor.

—Me olvidaba de que ya no puedes ser tan activa, Fanny —añadió.

Sin embargo, Fanny no se molestó; se limitó a sonreírle.

—No. Hay varias cosas que era y ya no puedo ser, muy a mi pesar. Pero hay algo que ahora siento mucho más que antes, y es alegría por verte, Miles, cariño.

Cariño. Otra palabra tierna. Y con cuánto afecto declaraba que se alegraba mucho más de verlo ahora que en el pasado.

Miles creyó que sería mejor fingir que no la había oído. Sabía muy bien que a menudo es mejor, además de más seguro, fingir que no se oye, que no se ve, que no se sabe; entonces comenzó a hablarle con deliberada claridad de su voto de castidad, de su dedicación a la vida religiosa, con sus implicaciones de pobreza y austeridad, y de que todo lo relativo a su casa estaba en manos de su hermana, quien también —tal vez de manera innecesaria, pensaba Miles a menudo cuando la miraba— había hecho voto de castidad.

—Mi verdadera hermana —aclaró—. Aunque tú, Fanny, también eres mi hermana.

—¿Lo soy? Me gusta —respondió ella—. Es una relación cómoda y cordial. Lo cual supone una mejora extraordinaria con respecto a la que teníamos. Es decir… —añadió, al ver que Miles fruncía el entrecejo— a la que teníamos cuando venías a visitarme.

Y entonces se dijo que tal vez Miles, como hermano, pudiera ayudarla con lo de Job. Al ser sacerdote, podría ir a Charles Street y acabar con él.

—Tengo tantas —suspiró Miles, y enseguida disimuló el suspiro.

—¿Tantas qué?

—Hermanas.

—¿Tan prolíficos fueron tus padres?

—Todas las mujeres pobres que sufren son mis hermanas —respondió él con frialdad, pues si bien siempre animaba a reproducirse a aquellos de sus feligreses que estaban casados, por alguna razón le molestó oír aquella palabra referida a sus padres.

—¿En serio? —preguntó Fanny con cierto recelo, porque formar parte de un grupo de amargadas, todas ellas convencidas de que Miles era el hombre que podía ayudarlas con su Job particular y dispuestas a robarle su tiempo, no le parecía la situación ideal—. Pero, cariño… —Miles frunció el entrecejo—, yo no soy pobre ni estoy sufriendo; en realidad no me falta nada.

Entonces Miles paró en seco. Se detuvo bajo una farola para mirarla a los ojos, mientras varias personas que se acercaban a ellos bajaron de la acera respetuosamente para dejarles espacio.

—¿No te falta nada, Fanny? —preguntó—. ¿Crees que no te falta nada? Deja que te diga —aseguró con solemnidad— que estás sumida en la pobreza.

Sin embargo, ese comentario también pareció agradar a Fanny. Qué hombre tan comprensivo, pensó. Después de todo, no estaba tan henchido. Por «sumida en la pobreza» se refería a su alma hambrienta, a su mente inquieta y perdida, a su corazón, que iba camino de convertirse en un esqueleto ahora que incluso Dwight había desaparecido de su vida… En definitiva, se refería a todas esas partes del cuerpo que, como es natural, comienzan a dar problemas a partir de los cincuenta. Él lo había descubierto. Lo había sabido por intuición. Una vida sin sexo, pensó Fanny, probablemente lo habría ayudado a desarrollar intuiciones femeninas. Así sucedía, o así lo había interpretado ella, en el mundo animal. En cualquier caso, Manby había tenido un gato al que había tenido que castrar, y lo primero que hizo luego fue dedicarse a hacer gatitos.

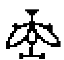
Satisfecha, Fanny le sonrió, y la luz de la farola le iluminó el rostro sin piedad.

—Estoy tan contenta —dijo.

—¿Contenta? —repitió Miles, sorprendido—. ¿Tienes la menor idea de lo que he querido decir?

—Sí. Que tengo un alma pobre y a la deriva, más o menos perdida… —Curioso, pensó Miles, lo mucho que gustaba oír a las mujeres que sus almas

eran pobres y estaban perdidas— y que por lo tanto, vas a ayudarme. Puedes hacerlo, ¿sabes, Miles? Aunque no exactamente con la religión, sino con Job. Me está molestando hasta el agotamiento. Es urgente que alguien haga algo con él.



Miles la miró fijamente. ¿Quién era Job? Buscó entre sus recuerdos y no encontró a ningún Job. El matrimonio de Fanny había tenido lugar mucho antes de su llegada, y él había vivido siempre tan ajeno al mundo de ella que jamás había oído hablar de Job. Al menos no como Job. Sabía que había habido un Skeffington en su vida, pues, ¿por qué si no había adoptado Fanny ese apellido? Y también sabía que Skeffington era un pecador del cual se había visto obligada a alejarse, pero no lo relacionaba con nadie llamado Job.

—¿Quién es Job? —preguntó por tanto, observando aquella cara cruelmente lacerada por la intensa luz de la farola. Mientras la miraba y recordaba lo hermosa que había sido, pensó que realmente era un alma pobre, perdida y a la deriva, pese a la espléndida ropa que vestía y el coche deslumbrante: un alma trivial que, además, perdía el tiempo tratando de disimular la ruina en que la había dejado su juventud perdida con una lamentable fachada de pintura y revoque. Sí, sin duda trivial. Trivial, frívola, enferma de sofisticación. Miles decidió tajantemente que antes de hacer algo por ella, de ayudarla a arrodillarse ante su Dios, era necesario que se lavara la cara.

—Cariño —dijo Fanny, divertida por la pregunta (cuánto le molestaba que lo llamara «cariño»)—, es reconfortante encontrar a alguien que no lo sepa. Job era un marido que tuve. Pero no puedo contarte bien la historia debajo de una farola. Digamos que es más bien un tema de interior. Sigue adelante y te lo contaré todo cuando lleguemos a tu alojamiento.

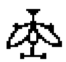
Un marido que tuve. Una frívola sin remedio. Y con ese sigue adelante, como si él fuera un niño pequeño, o un perro.

Miles siguió adelante, porque no podía hacer otra cosa, pero lo hizo a regañadientes. Fanny no parecía tener la más remota idea de su posición actual ni —lo dijo con suma humildad, y atribuyéndola por completo a la gracia de Dios— de su importancia. Aun así se había mezclado con aquella multitud, embelesada, como los demás, por palabras que no se escuchaban todos los días, como él bien sabía. No podía pasar por alto que Dios lo

había colocado en una posición muy elevada entre los oradores, tan elevada que si hubiera decidido encaminar su don hacia la política no habría ningún cargo al que no pudiera haber aspirado. En ese caso, se preguntó, ¿le habría dicho Fanny a un primer ministro que siguiera adelante, con la misma arrogancia que había utilizado con un noble sacerdote?

Con una serenidad fastidiosa, Fanny también seguía, dando por hecho que él iría tras ella. Acostumbrado durante años a la veneración, a la deferencia, a que su gente se detuviera cuando él lo hacía, y a que permaneciera inmóvil hasta que él decidiera moverse, observó a Fanny con una irritación indecorosa en un sacerdote, reconoció con profundo dolor, pero por el momento imposible de mitigar. Era cierto que su gente solo lo conocía como un padre espiritual, como el guía que los conducía por la cuesta inclinada hacia el reino celestial, y que nunca lo habían visto lamentablemente enamorado, rendido a los pies de una mujer. Fanny, en cambio, sí lo había visto de ese modo. Con cada una de sus visitas, que se tornaban más angustiosas con el paso del tiempo, ella lo veía más enamorado y en un estado más lamentable: un esclavo que ansiaba darle muestras de su humillación, un perro entregado y jadeante que solo aspiraba a una palabra amable; y con vergüenza amarga se dio cuenta de que la ceguera de Fanny tenía un cierto sentido. Sin embargo, antes de que cayera la noche dejaría de estar ciega. Su hermana lo ayudaría a quitarle la venda de los ojos para que, al menos, pudiera observarlo y valorar su prestigio. Entretanto, y por última vez, lo único que podía hacer era acatar las órdenes de aquella arrogante ilusa y seguir adelante.

Exasperado por dentro aunque sereno por fuera, fue tras ella, como también lo hizo Manby, que estaba esperando debajo de otra farola, preguntándose de vez en cuando, como lo había hecho con tanta frecuencia durante sus años al servicio de Fanny: «¿Y ahora qué?».



Manby se convirtió en un estorbo cuando llegaron a los aposentos de Miles. Él no supo que estaba allí hasta que se volvió para mirar a Fanny desde lo alto de las escaleras, empinadas y cubiertas de linóleo, para advertirle de que debía aceptar sus habitaciones, la cena y a su hermana tal como eran —Fanny se preguntó de qué otro modo podría aceptarlas—; entonces vio una silueta al pie de las escaleras, en el estrecho pasillo.

Era una silueta sobria y redonda vestida de negro, que estaba claramente

pendiente de Fanny. Su doncella, sin duda. Uno de los parásitos mimados y consentidos que infestan a cualquier mujer rica y malcriada. Como las garrapatas en los perros. Gordos a expensas de quienes los alimentan.

Se molestó de nuevo; a Miles, que deseaba tanto haber vencido sus sentimientos más innobles y creía que, gracias a Dios, ya nada podía perturbar su serenidad, le resultó a la vez extraño y mortificante haberse enfadado tantas veces en los últimos quince minutos. De hecho, se había enfadado continuamente. Es decir, desde que había comenzado a pasear con Fanny. Y ahora, además, aquella doncella… ¿Qué se suponía que debía hacer con la doncella de una gran dama en unas habitaciones como las suyas, donde se cocinaba en un fogón de gas en un rincón de la sala, y no había cocina en la que pudiera sentarse a esperar? Era evidente que Fanny era una pecadora, y como tal sería acogida por su hermana, cuya labor consistía en acoger a pecadores, pero en el caso de la doncella, se notaba a la legua, incluso desde esa distancia, que la mujer llevaba una vida intachable.

No tenía tiempo para las vidas intachables, ni le interesaban, como tampoco a su hermana, pues ambos vivían para llenar de luz la oscuridad, y si no había oscuridad, ¿para qué malgastar luz? Además, la doncella estaba gorda, como él había observado de inmediato, por lo que no era una mujer que contemplara el ayuno; si dejaban que subiera y se sentara con ellos en su pequeño salón, se verían obligados a ofrecerle un plato para cenar, y no cabía duda de que ella lo aceptaría. Los domingos de invierno por la noche siempre se servía lo mismo: patatas asadas, ensalada de remolacha y una lata de sardinas; era una cena más que suficiente para dos personas, puesto que su hermana no comía sardinas; muy escasa para tres, ahora que estaba allí Fanny; pero imposible alargarla para cuatro. Alguien tendría que sacrificarse, y como era cierto que *noblesse oblige*, no sería la doncella.

Miles trató en vano de evitar que sus pensamientos se centraran en los placeres sensuales, pero tenía tanta hambre, estaba tan cansado y necesitaba tanto alimentarse, que la sola idea de que alguien pudiera quitarle parte de su cena se le hacía insoportable. Toda la semana había seguido un estricto ayuno y ese día, domingo, el día que había intentado no desear que llegara, era cuando podía comer un poco más. Reconoció que su actitud débil y mediocre con respecto al ayuno era lamentable. Tal vez se debiera a que no ayunaba lo suficiente. Había oído decir que si no se comía nada, ni siquiera se bebía agua, llegaba un punto en que se perdía el interés por la comida. ¿Debería, entonces, intentar llegar a ese estadio? ¿Era necesario que empezara a vivir en una austeridad tan severa que lo único que aportara

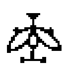
satisfacción a sus días fuera un poco de agua tres veces al día?

Su cuerpo exhausto se estremeció ante una empresa tan deprimente. Esa noche, al menos, no tendría que ponerse a prueba. Tenía que cenar. Al margen de lo que decidiera para la semana siguiente, esa noche debía cenar. Pero no podía dejar a la doncella allí abajo, esperando en el frío pasillo mientras él cenaba, y tampoco podía dejarla en el pequeño rellano, donde no había espacio para moverse ni un lugar donde sentarse. Así pues, no le quedaba más remedio que invitarla a pasar. Probablemente tendría que resignarse a mirar mientras ella acababa con buena parte de la comida. Y con el corazón en un puño, aunque era consciente de que el corazón de un sacerdote no debía sentirse así, mientras sacaba las llaves de su casa, se volvió hacia Fanny y le dijo:

—Creo que tu doncella se ha quedado abajo.

—¿Quién? ¿Manby? —preguntó Fanny, escrutando por encima de la barandilla la penumbra del piso inferior.

—¿Me ha llamado, señora? —respondió de inmediato Manby, con tono respetuoso pero decidido.



Manby. El nombre retumbó en los oídos de Miles como si se los hubieran golpeado. Se olvidó del hambre que tenía. Se olvidó de la cena. Manby. Aquella mujer. Aún al lado de Fanny.

Tenía un recuerdo vivido de ella y sentía con un doloroso cosquilleo que ella lo recordaría con la misma nitidez. Nunca habían hablado pero Miles la conocía bien. A lo largo de la penosa etapa de su enamoramiento la había visto en varias ocasiones; cuando Fanny la llamaba para que le llevara algo, un pañuelo o cualquier otra cosa, siempre en el momento más inoportuno para él, o saliendo del salón, donde había estado arreglando los centros de flores para una de las frecuentes cenas que allí se celebraban. Pero aquel espantoso último día —el recuerdo le abrasaba la piel— Manby salió del salón justo cuando él bajaba las escaleras a trompicones, con el rostro surcado por las lágrimas y un único deseo en su corazón: lograr salir de aquella casa sin que nadie lo viera. Y allí estaba ella, de pie, mirándolo. Horrorizado, se dio cuenta de que el recuerdo de aquel terrible momento aún le abrasaba la piel.

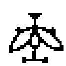
Cuando oyó el nombre de esa mujer, la imagen resurgió con fuerza del pasado, ardiente y poderosa. Aquella noche iba a celebrarse una cena, y

Manby, cuya habilidad para disponer flores ya había sido descubierta y se aprovechaba cuando surgía la ocasión, había terminado de colocar el resultado de su trabajo en el salón, y salió al vestíbulo justo cuando él bajaba por las escaleras.

Atónita ante la sorprendente imagen de un clérigo que descendía con tal precipitación, se detuvo y lo miró fijamente. Intuía qué debía de haber sucedido y, en realidad, se dijo, no debería haberse sorprendido, pero él era el primer clérigo que veía en una situación tan familiar para ella; tal vez fuera el contraste entre el alzacuello y aquella escena de confusión lo que la dejó paralizada.

En cuanto a Miles, un fogonazo de luz le inundó la mente al ver su expresión y le reveló, en un espantoso destello, que Manby había presenciado partidas como aquella con anterioridad. No encontraba su sombrero, porque las lágrimas lo cegaban, y su humillación fue completa cuando Manby se lo acercó, cuando sus dedos temblorosos no lograron sujetarlo y se le cayó al suelo, y Manby lo recogió y se lo colocó en la cabeza.

No. Siempre tuvo la esperanza de no volver a verla jamás.



—Será mejor que salgas y me esperes en el coche —gritó Fanny.

—Mucho mejor, desde luego —retumbó severamente la poderosa voz de Miles.

—Aunque me lo propusiera no encontraría la salida, señora —explicó Manby desde abajo, con tono respetuoso pero decidido, pues al ver las escaleras oscuras, que ni siquiera olían como deberían, decidió que no se movería de esa casa hasta que su señora saliera de allí con ella.

Fue entonces cuando la señorita Hyslup, que había oído voces, abrió un poco la puerta y asomó su cabecita canosa y pequeña por la rendija.

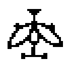
—¿Qué ocurre, Miles? —preguntó, y abrió un poco más la puerta.

Miles se volvió hacia Fanny.

—Esta es mi hermana carnal —explicó a modo de presentación—. Y esta, Muriel —continuó, y tomó a Fanny de la mano—, es mi hermana en el Señor.

—Oh —dijo Muriel.

«¿Y ahora qué?», pensó Manby.



Como era corta de vista, la señorita Hyslup no alcanzó a ver ningún detalle de Fanny bajo aquella luz débil, sino tan solo una imagen general de su figura atractiva y elegancia esbelta. Pieles. Cabello claro. Brillo de perlas. Olor a violetas.

Se quedó mirándola con desconfianza. Las hermanas que Miles solía llevar a casa no se parecían en nada a esa; eran mujeres pobres y desamparadas que necesitaban con urgencia comida, el calor de una buena lumbre, algún que otro consejo y, finalmente, su bendición y una papeleta para el dispensario. Con ellas se sentía cómoda, sabía qué hacer y qué decir, pero ¿cómo tratar con alguien que parecía tan escasamente necesitada como la persona que esperaba en el rellano?

—Pero usted es una dama distinguida —dijo, tímida e insegura, sin dejar de mirarla—. ¿Cómo puede ser una de las hermana en el Señor de mi hermano?

—Ha sucedido de manera repentina —respondió Fanny con una sonrisa—. Abajo, en la calle.

—Ah, ya entiendo. En la calle —dijo la señorita Hyslup, que pareció comprenderlo todo de repente. Bueno, haría lo que pudiera. Era su primera experiencia con una de las más afortunadas, y se preguntó qué hacía una mujer como ella en las calles de Bethnal Green, pero eso no era de su incumbencia, y cualquier persona que Miles llevara a su casa necesitada de ayuda era bienvenida.

Haciendo todo lo posible por serenarse, pues estaba bastante asustada, cumplió con su deber de anfitriona rescatadora y tomó a Fanny de la mano. Era parte de su trabajo, se decía, coger de la mano a aquellas pobres desgraciadas —se podía llevar un abrigo de pieles y seguir siendo una pobre desgraciada, ¿verdad?, igual que se podía llevar corona y tener un corazón bondadoso— y brindarles una bienvenida que, al menos, pareciera cálida. Así pues, aunque nerviosa, apretó la mano que sostenía, y Fanny, siempre dispuesta a devolver la cordialidad, le respondió con otro apretón.

Aquello puso aún más nerviosa a la señorita Hyslup. Ella era la que debía apretar, y no al contrario. En ocasiones, al término de una entrevista, era posible que incluso besara una mejilla pálida, o a una arrepentida, o a una resignada, pero jamás —la habría desconcertado en grado sumo— a una mejilla que devolvía el beso. Sin embargo, era probable que el hecho de llevar abrigo de piel provocara diferencias en el comportamiento de la

gente; ella no era quién para juzgarlo. Haciendo un esfuerzo por enfrentarse con decisión a su tarea, le dijo, tímida pero con decisión: «Me alegro de verla», y acompañó a su visita a la habitación, acercó una tercera silla a la mesa, le pidió que se pusiera cómoda y expresó, con una voz tímida pero decididamente hospitalaria, su esperanza de que tuviera hambre, «porque —explicó— estamos a punto de cenar».

Hasta ese momento, todo marchaba según lo previsto. Esa era la forma en que ella trataba a los pobres, y parecía funcionar porque su visita era bastante obediente. Fanny se quitó el abrigo, y con cada movimiento que hacía para liberarse de él parecía que se esparcieran miles de violetas por toda la habitación. Violetas frescas. Violetas pecaminosas, temía la señorita Hyslup, tratando de evitar que su deliciosa fragancia le proporcionara demasiado placer, volviendo la cabeza… Pero qué delicia. Y qué triste, pensó —muy, muy triste—, que esas maravillosas obras de Dios fueran el pago por una conducta que ella jamás se había permitido imaginar con claridad. Y en Cuaresma, además.

—Siento no poder ofrecerle demasiado. Solo unas sardinas —dijo, cada vez más nerviosa por la esencia del pecado. El pecado, a su entender, no debería oler bien. Y por norma general no lo hacía, como ella bien sabía.

—Adoro las sardinas —dijo Fanny, que tenía la sensación de que debía compensar de algún modo, siendo extremadamente amable o extremadamente agradecida, las pésimas condiciones en que vivían esos dos.

La señorita Hyslup no pudo combatir el deseo de que no le gustaran las sardinas, porque hay límites en cuanto a lo que una latita puede llegar a conseguir, y los domingos por la noche Miles siempre parecía necesitar todas las sardinas que pudiera comer y más. La palabra adoración, además, aunque se hubiera utilizado en relación con las sardinas, ¿acaso no estaba fuera de lugar? Era una palabra sagrada. Representaba una acción sagrada. ¿Era adecuado que aquellas mujeres, espléndidas o en un estado lamentable, la utilizaran? Esa era la primera de las hermanas de Miles de cuyos labios —la señorita Hyslup se estremeció levemente al pensar en los labios de Fanny— se escapaba un adjetivo tan significado.

Tal vez un abrigo de piel envalentonaba a quien lo lucía. En cualquier caso, ella no era quién para juzgarlo. De modo que, esforzándose por usar el tono de amabilidad adecuado, dijo:

—Me alegro.

—También está la doncella —terció Miles, que había cerrado la puerta y permanecía de pie con el birrete en la mano, demasiado inseguro sobre lo

que sucedería a continuación para colgarlo en la percha donde lo dejaba siempre.

—¿La doncella? —repitió su hermana, detenida en la acción de levantar la tapa del plato en que las doce sardinas dibujaban un círculo perfecto, la cabeza de una junto a la cola de la otra. Durante un momento pensó que se refería a alguien que no estaba casada ni había enviudado. Sabía que su hermano tenía el don inusual de la oratoria y que lo utilizaba a placer. Nunca sabía qué palabras diría a continuación—. ¿Dónde? —preguntó, mirando nerviosa a su alrededor.

—Ah, sí… la mía. Abajo —aclaró Fanny, acordándose de Manby.

—¿Quiere decir, su doncella personal? —dijo la señorita Hyslup, profundamente decepcionada—. Entonces —añadió con valentía, pues si aquella doncella había llegado con Miles, ¿no debería ocuparse también de ella?— debe decirle que suba. —Y lanzó una triste mirada de despedida a las sardinas.

Es probable que la doncella la incomodara más que cualquier otra cosa. Las violetas y los abrigos de piel eran claramente intimidatorios, pero la situación a la que ahora se enfrentaba era mucho peor. ¿Debería considerarse que la doncella de una de esas desdichadas era también una desdichada? ¿También sería ella hermana de Miles?

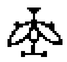
Echó un vistazo a la pequeña habitación, tan llena de gente que parecía a punto de reventar. ¿Cabría alguien más? Sí, tenía que caber, se dijo, irguiendo la espalda; tendría que acoger a una doncella. No había conocido a ninguna y cuanto había oído decir sobre ellas le resultaba intimidatorio.

Hizo un movimiento en dirección a la puerta.

—Pero, no puede… no hay espacio suficiente —objetó Fanny, agarrándola por la manga para retenerla; un exceso de confianza que a punto estuvo de costarle un síncope a aquella mujercita nerviosa—. Ve tú —dijo, volviéndose hacia Miles—. Dile que cogerá una neumonía si se queda ahí de pie con el frío que hace, la muy boba y obstinada; que vuelva al coche de una vez, y si no se va, llévatela tú.

Tras aquel discurso, la señorita Hyslup se sintió como si luchara por mantenerse en pie sobre una pendiente resbaladiza. Un abrigo de piel, una doncella, un coche y ahora, aún más sorprendente, órdenes. Sí, órdenes. Daba órdenes a Miles, que era la fuente de la que emanaban todas las órdenes en aquella casa, y en aquel distrito. ¡Cuánto dinero debían de ganar las de su clase para mostrarse tan seguras y prepotentes! Y en medio de su confusión mental, encontró tiempo para preguntarse si una de las hermanas

de Miles, en el apogeo de su prosperidad, estaría dispuesta a aceptar las atenciones de su hermano o la ayuda que ella pudiera ofrecerle. Su tarea consistía en ayudar a mujeres pecadoras pero arrepentidas. Esa debía de ser una pecadora o Miles no la hubiera llevado a su casa, pero no parecía arrepentida. ¿Y por qué debería arrepentirse —se preguntó la señorita Hyslup en un destello de perspicacia— si se encontraba, como parecía, en el punto más alto de su… carrera? Se había dado cuenta, aunque no lo había comentado con su hermano, que las arrepentidas eran casi siempre aquellas que no podían continuar porque habían dejado de ser atractivas. Si aún eran atractivas, esperaban a perder su atractivo para comenzar a arrepentirse. Y a veces, en los momentos de lasitud más extrema —porque ella, al igual que la mayoría de las mujeres a las que nadie ama, era en muchos aspectos apática y poco entusiasta—, se preguntaba cómo sería el reino de los cielos, si después de tantas complicaciones alguien conseguía llegar a él, si tan abarrotado de desgraciados iba a estar.



Miles se había puesto rojo de ira. De nuevo las órdenes, y encima delante de Muriel, lo cual era mucho peor. Y qué órdenes, además; órdenes que implicaban un *tête-à-tête* con Manby, con el frío que hacía, desfallecido como estaba de hambre y agotado tras un largo día de sermones. Esa cruda noche de febrero tenía que salir a pasear con Manby, con una de las pocas personas de este mundo a quien no perdonaría jamás. Él sabía que la mujer no había hecho nada, que había sido una mera espectadora, pero no podía perdonarle que lo hubiera visto en un momento de tanta humillación. A Fanny, la humilladora, podía perdonarla y ya lo había hecho, porque era una pecadora y él era quien debía salvarla, pero la doncella no necesitaba salvación alguna. A todas luces inocente, Manby no era más que un parásito virtuoso. Y de nuevo pensó en ella —aunque intentó evitarlo, porque al fin y al cabo él era un sacerdote y estaban en Cuaresma— como en una garrapata.

Al darse cuenta de las sombras que acechaban a su hermano, Muriel lo miró con inquietud. Sabía que le afectaba recibir órdenes, pobre Miles, y era lamentable que tuviera que salir de nuevo con el frío que hacía. Pero tampoco podían permitir que le sucediera algo a la doncella, pues precisamente para evitar incidencias de esa clase estaban ellos en Bethnal Green. De buena gana la habría acompañado ella misma, aunque solo fuera

para disipar las sombras que rodeaban a su hermano —ningún círculo familiar puede encontrar la paz mientras haya en su interior la más leve sombra—, pero no podía, ya que la recién llegada seguía sujetándole la manga.

—Opino —comenzó vacilante, con tono reprobatorio pero comedido, como el de quienes se sienten entre la espada y la pared— que tal vez no deberíamos dejarla allí abajo con este frío.

Solo faltaba Muriel, pensó Miles con amargura, la mirada ensombrecida de modo alarmante. También Muriel. Respaldando a la otra.

Así eran las mujeres, se dijo. Siempre se mantenían unidas. Bastaba con colocar a un hombre con dos mujeres para que estas se aliaran de inmediato contra él. Por separado eran fáciles de controlar. Por separado, no había tenido ningún problema para controlar a Muriel, quien, sin apenas a nadie de su clase en Bethnal Green que pudiera incitarla a protestar, había cumplido muy bien su papel de hermana abnegada y fiel compañera de trabajo. Hasta entonces le había dado órdenes orientadas a su bienestar, como que llevara ropa de abrigo debajo de la sotana cuando tuviera que dar sermones al aire libre, o que se tomara una bebida caliente por la noche si notaba que se estaba resfriando; aparte de esas órdenes, que le parecían acertadas, él era en todos los sentidos su guía y su superior…, mucho más de lo que lo hubiera sido para una esposa, quien, de habérselo propuesto, podría haber provocado situaciones en las que se vería en la obligación de suplicar.

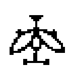
La señorita Hyslup, muy alarmada por la expresión de su hermano, hizo un esfuerzo por liberar el brazo y acercarse a la puerta.

—Ya voy yo, querido —dijo con precipitación.

Pero Fanny la sujetó con fuerza.

—No, no —protestó—. Déjelo. Volverá enseguida, ¿verdad? —preguntó, volviéndose hacia el indignado Miles. Y a su hermana le dijo—: Creo que lo mima demasiado.

La señorita Hyslup solo pudo mirar alternativamente a Fanny y a su hermano con ojos temerosos y desconcertados.



No había otra solución, decidió Miles, que fingir que lo hacía.

Abrió la puerta lentamente y, seguido por la mirada inquieta y reprobatoria de su hermana, salió de la habitación y cerró la puerta sin hacer

ruido. Que Muriel permitiera algo así era inaudito, porque sabía lo mucho que su hermano necesitaba comer y descansar los domingos por la noche, algo que, obviamente, Fanny no podía imaginar. Además, nada lograría que Miles hiciera algo con respecto a Manby. Ellas podían ordenarle que saliera a su encuentro, y él podía fingir que salía, pero en realidad no tenía intención de hacerlo. De modo que, después de cerrar la puerta tan despacio y con tanto cuidado que no hizo el menor ruido, permaneció inmóvil en el pequeño rellano, y oyendo varios carraspeos procedentes del piso de abajo que le demostraban que Manby seguía allí.

La mujer se quedaría donde estaba. Igual que él. Permanecería allí el tiempo suficiente para volver a entrar en casa y que resultara creíble que había salido a buscarla y no la había visto por ninguna parte. Si no miraba por encima de la barandilla, estaría diciendo la verdad. ¿Jesuítico? Quizá. Pero la imagen de él mismo acompañando a Manby por la calle, la Manby que la última vez que se vieron le puso el sombrero y, sin duda, le habría secado las lágrimas si él no hubiera salido corriendo de aquella casa, era demasiado humillante para considerarlo siquiera. Cuando un hombre se encuentra en tal situación debe utilizar todas las armas a su alcance para salir de ella. Él no tenía la culpa de estar allí metido; la tenía Fanny. Ella lo había empujado a esa situación, con sus órdenes y su prepotencia. Desde el día que la había conocido hasta el día que lo despidió de su vida, no le había causado más que problemas; y ahora, tras diez años luchando por su salvación en Bethnal Green e intentando olvidarla, allí estaba de nuevo, y con ella, de nuevo los problemas.

Enfrentado a sí mismo, abatido por verse abocado a la falsedad, hambriento y agotado, Miles se apoyó contra la pared y trató de superar aquella situación animándose con una oración, mientras Manby, en el piso de abajo, se aclaraba la garganta. Entonces Miles descubrió con sorpresa que cuando la mujer dejaba de carraspear, y en algún momento debía hacerlo, pues no era posible carraspear todo el tiempo sin parar, oía lo que su hermana y Fanny decían al otro lado de la delgada puerta, con tanta claridad como si estuviera en la habitación.

Ya que detestaba tanto escuchar a hurtadillas como actuar solapadamente —si bien podía considerarse, y él lo sabía, que en ese momento actuaba solapadamente—, trató de no oír la conversación tapándose los oídos, pero al cabo de un momento, como la postura le resultaba agotadora, buscó en el bolsillo de su sotana algo que pudiera utilizar en lugar de los dedos para no tener que mantener los brazos en alto,

y encontró la nota de Fanny.

Perfecto. Aunque…

Miles vaciló. Le parecía un poco deshonroso meterse en las orejas la letra que alguna vez había venerado. Pero entonces algo se dijo en la habitación que barrió sus escrúpulos sentimentales: Fanny le decía a Muriel que no entendía cómo tenía un hermano tan bajito, como si algunos de los hombres más importantes de la historia no hubieran sido bajos. Napoleón, por ejemplo, y Keats, el poeta. E incluso, y lo decía con gran respeto, fundamentándose en las medidas que se habían tomado en la tumba de José de Arimatea, nuestro Santo Salvador.

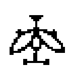
Muy susceptible a que lo consideraran bajo, que lo dijera Fanny lo ayudó a decidirse, y, muy despacio, sin hacer ruido, rompió la nota por la mitad, convirtió cada mitad en un perfecto cilindro y se introdujo uno en cada oreja. De inmediato se sintió invadido por una curiosa satisfacción, muy extraña en él, sin duda, pero con un agradable efecto balsámico, pues con tal acción la degradaba en secreto, se tomaba la revancha y, aunque Fanny no era consciente de ello, se vengaba de ella.

Sí, pero ese sentimiento, ¿no se parecía mucho al rencor? Miles se sobresaltó. Él, que proclamaba la necesidad del amor, la comprensión, la piedad, el perdón, ¡deseando vengarse de alguien! Así pues, ¡qué lejos debía de estar aún de alcanzar el estado de gracia! ¡Qué ligado a la vida terrenal en su amargura y Falta de caridad!

Trató de consolarse dudando que pudiera haber tenido tal pensamiento —pues, ¿acaso no tenía la firme intención de hacer cuanto estuviera en sus manos para salvar a esa mujer?— y, en su reflexión, cometió el pecado de la herejía. Porque, razonó sin poder evitarlo, si ese pensamiento no había sido suyo, y además había sido maligno, debía de habérselo introducido en la cabeza alguna influencia extraña y terrible capaz de existir al mismo tiempo que Dios y de imponerse a Él.

Consternado, trató de levantar el espíritu de nuevo con la oración. Pero su espíritu permaneció inerte. No sucedió nada.

«Debo ayunar más», se dijo el infeliz.



Cuando se quedó a solas con Fanny, la señorita Hyslup se sintió desconcertada durante unos momentos; recordó la orden que Miles dictaba con frecuencia —«Es fundamental», sentenciaba a intervalos regulares,

«mostrar afecto a estas pobres mujeres»—, y se alarmó casi hasta el terror al pensar que tenía que mostrárselo a alguien tan distinguido. Lo intentó empezando con una sonrisa y, al darse cuenta enseguida de que debía de haber conseguido tan solo una mueca horrenda, terminó diciéndole con el tono más firme que fue capaz de mantener:

—¿Por qué no se sienta?

Fanny se sentó.

La señorita Hyslup buscó sus gafas. Las buscó para ganar algo de tiempo y no solo, aunque era un detalle importante, para ver algo. Rebuscó en sus amplios bolsillos, en el cajón de la mesa, en el aparador repleto de latas de Ovaltine, de suplementos vitamínicos, concentrado de carne y reconstituyente en polvo; en definitiva, de los muchos preparados que obligaba a tomar a su talentoso hermano para que se mantuviera fuerte. Era absolutamente fundamental, pensó, que viera a la perfección a esa hermana de Miles recién estrenada. Debía saber a qué se enfrentaba, pues le parecía fuera de toda duda que tendría que vérselas con algo en lo que no tenía ninguna experiencia.

Terriblemente corta de vista, sin sus gafas no veía nada y era presa fácil de los más raros engaños. Por ejemplo, sin ellas le parecía que estaba encerrada en aquella habitación con la belleza hecha persona, y no terminaba de creérselo. No estaba acostumbrada a la belleza. Esta jamás se había cruzado en su camino, excepto, tal vez, personificada en algún niño pequeño, por lo que el hecho de que hubiera entrado en su salón y se dispusiera, porque ella se lo había pedido, a tomar asiento, le parecía sumamente improbable. Aun así, por lo poco que podían distinguir sus ojos miopes, parecía que eso era justamente lo que estaba haciendo, acompañada de esa dulce fragancia, tan distinta de los olores a los que ella estaba acostumbrada, comportándose con una familiaridad tan relajada con ella y con su hermano que resultaba pasmosa.

—¿Está buscando algo? —preguntó Fanny, dispuesta, si le decía qué buscaba, a ayudarla a encontrarlo. La pregunta, reflexionó, no era demasiado inteligente, porque nada podía ser más evidente.

—Mis gafas —respondió la señorita Hyslup con tono distraído.

No. Fanny no estaba dispuesta a ayudarla a encontrar sus gafas. En los últimos tiempos se había declarado en contra de que la gente utilizara esos artilugios.

La señorita Hyslup siguió buscándolas. Si continuaba ganando tiempo era probable que Miles regresara a casa y le diera una explicación. No

debería haber llevado a nadie sin una mínima explicación. Acostumbrada a ser amable y paciente durante todo el tiempo que fuera necesario para que sus hermanas se quitaran la coraza, Muriel no tenía la impresión de que esa mujer llevara coraza alguna. Se había acomodado y esperaba con tranquilidad, como si (*a*) —la señorita Hyslup, consciente de que su cerebro era propenso a la confusión, utilizaba el truco de organizar sus ideas en distintos apartados— se conocieran de toda la vida, y (*b*) no tuviera de qué avergonzarse. A la señorita Hyslup, eso no solo le daba la desagradable sensación de tener que guardarse su innecesario arsenal de amabilidad y paciencia para otra ocasión, sino también una impresión de desorden general, de ser ella quien esperaba consuelo; en definitiva, de ser ella la pecadora.

Se detuvo un instante en su búsqueda para mirar de refilón, con la mayor precisión que le permitieran sus ojos sin gafas, el problema que Miles le había dejado allí y, como era su costumbre cuando se quedaba perpleja, hizo crujir, uno por uno, sus curtidos dedos.

«¡No haga eso!», Fanny esbozó una mueca de dolor y sintió ganas de gritar.

En voz alta, con la esperanza de distraer la atención de su anfitriona hacia sus dedos, le preguntó:

—¿Por qué no se sienta?

Pero no era de recibo que una invitada-penitente invitara a su anfitriona-socorredora a sentarse, y la señorita Hyslup, consciente de ello, deseó más que nunca que Miles regresara cuanto antes e hizo crujir los nudillos aún con más fuerza.

«¡Por favor, no haga eso!», quiso rogarle Fanny.

No lo hizo, por una cuestión de buenos modales, pero con una sonrisa, y de nuevo para distraer su atención, le dijo que era tan alta que se le rompería el cuello si no se sentaba, y le preguntó por qué, en cambio, su hermano era tan bajo, tras lo cual Miles, al otro lado de la puerta, decidió romper su nota por la mitad e introducírsela en las orejas.

¿Por qué sería que la gente tenía hermanos, altos o bajos? La señorita Hyslup, aún entonces, no lo sabía. Acostumbrada a considerar que las preguntas requerían siempre una respuesta concienzuda —era una de esas personas que tienen la poca delicadeza de dar explicaciones cuando se les pregunta «¿Cómo estás?»—, aquella pregunta la dejó muy desconcertada. Los niños veneraban a sus padres, sobre todo cuando ya habían muerto. Los niños instintivamente se negaban a considerar algún aspecto en relación con

sus padres que no estuviera del todo claro. Ella misma, instintivamente y con cierto terror, se negaba a considerar cualquier aspecto de cualquier tema que no le resultara del todo transparente.

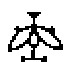
Sin embargo, su invitada no parecía esperar una respuesta. Se limitó a pedirle de nuevo que se sentara, y la señorita Hyslup se descubrió obedeciéndola, luchando contra el impulso, más que inapropiado, de darle las gracias.

Con esfuerzo, logró contenerse a tiempo; se dejó caer en la silla que había junto a su invitada, sintió algo inusual debajo de su cuerpo y descubrió que se había sentado encima de sus gafas.

—¡Oh, aquí están! —exclamó, levantándose de nuevo.

—¿Quiénes? —preguntó Fanny, y volvió la cabeza hacia la puerta.

Por suerte, estaban dentro del estuche.



La señorita Hyslup se las puso, y las manos le temblaron levemente.

—Ahora sí veo —comentó.

—A menudo es preferible no ver —respondió Fanny.

Aunque a Fanny no le importaba que la pobrecita la viera. No retrocedió, como se había acostumbrado a hacer en los últimos tiempos, ante su mirada cercana. La razón era que sentía demasiada lástima por la hermana de Miles, que tenía que vivir en aquellas lúgubres habitaciones y solo podía comer sardinas frías una noche de invierno, para preocuparse por sí misma. «Pobrecita —pensó, mientras miraba la pálida cara que tenía tan cerca de la suya—. Pobre criatura, tan simple y hambrienta; seguro que Miles se aprovecha de su bondad»; la señorita Hyslup, por su parte, aturdida por el poder de un par de lentes para transformar la realidad, también pensó: «Pobrecita. Pobre criatura, tan pintada, demacrada y sonriente… Seguro que llora mucho por dentro». De hecho, la señorita Hyslup llevó su lástima más lejos que Fanny e imaginó el día en que ya no habría abrigo de pieles, ni violetas, ni doncella ni coche, un día que estaba mucho más cerca de lo que le había parecido sin gafas, cuando ya no quedara ni una moneda en su bolsillo y hubiera caído en ese pozo al que, según Miles, iban a parar las mujeres que no se arrepentían.

De ese modo, imaginándose el inevitable final, se sentía mucho menos nerviosa y más capaz de ser afectuosa. Era fácil sentir afecto por los condenados; la señorita Hyslup había comprobado que se podía sentir

afecto por todo el mundo, por todas y cada una de las personas de este mundo, una vez se descubría que estaban condenadas. Cuando, como en ocasiones sucedía y como estaba sucediendo en ese momento, se encontraba de frente con la prosperidad, jactanciosa, solo tenía que pensar en el día, cercano o lejano pero seguro, en que yacería debajo de una sábana con una moneda en cada ojo, no solo para perdonarla, sino para sentirse reconfortada.

Se sentaron de frente, cada una de ellas llena de compasión y de deseos de ayudar a la otra. Fanny pensaba que debería convencer a Miles para que le permitiera ayudarlos a salir de la pobreza en que vivían. La señorita Hyslup pensaba que el primer paso para mejorar las cosas debería consistir en convencer a esa pobre desgraciada de que se lavara la cara. Esa ropa tan elegante —ahora que veía lo hundidas que tenía las mejillas la mujer que la llevaba, y cuánto cansancio y desesperación había en sus ojos— le sentaba tan natural como a la Muerte. Había sido pagada con pecado, y el pecado, como nos enseña san Pablo, se paga con la Muerte. ¿Cómo no sentir ternura hacia una pobre desgraciada que iba vestida de Muerte de los pies a la cabeza?

—¿Cómo se llama, querida? —preguntó, ya bastante tranquila y llena de afecto—. A mi hermano se le ha olvidado decírmelo.

Fanny dijo su nombre, y la conmovió tanto que la llamara querida alguien mucho más necesitada que ella de palabras amables, que posó una mano sobre las graneles y huesudas manos que se apoyaban en el regazo de al lado.

«Pobrecita», pensó Fanny al sentir aquella mano áspera.

«Pobrecita», pensó la señorita Hyslup al sentir aquella mano tan suave.

Una mano pecadora, pensó la señorita Hyslup, mirándose las suyas, y unas manos… bueno, no, no podía decir que las suyas fueran virtuosas, porque en ocasiones no apreciaba a Miles tanto como debería. ¿Y qué decir de las tazas de cacao que de vez en cuando se preparaba a escondidas durante la Cuaresma, cuando el ayuno se hacía insoportable? Tazas de culpabilidad, las hubiera llamado Miles de haberlo sabido. Y a juzgar por el modo en que observaba la puerta y aguzaba el oído hasta habérselas terminado y eliminado todo rastro, cualquiera hubiera dicho que lo eran. Aunque, ¿lo eran, en realidad? ¿No decía la Biblia «Por sus frutos los conoceréis»? ¿Acaso no eran los frutos del cacao lo que la capacitaba para ayunar el doble de bien después de haberlo tomado?

La señorita Hyslup retomó la reflexión sobre las manos. Sin duda las

suyas eran manos acostumbradas al esfuerzo y al trabajo duro, tal vez eso pudiera considerarse virtuoso, mientras que esas otras, pensó con pesar, no habían hecho un esfuerzo en toda su vida, salvo, sospechaba, seguir la dirección del dinero. Además, llevaba las uñas pintadas, una muestra irrefutable del vicio. No pudo evitar sentir cierto rechazo por esas uñas, aunque tras una breve reflexión se dio cuenta de que no deberían incomodarla, pues, a menos que la salvación llegara a tiempo, eran también una mera representación de la Muerte. Así pues, con tono bastante agradable —era extraño lo agradable que podía volverse una al imaginar la muerte de alguien— preguntó:

—¿Fanny y algo más?

—Sí —respondió Fanny, sonriente, pero con una sonrisa tierna, como se sonríe a un niño enfermo al que se intenta ayudar a mejorar—. Skeffington.

La señorita Hyslup se alegró de que le respondiera. Normalmente no lo hacían. Cuando se trataba de dar sus apellidos, la mayoría de las mujeres se negaban a hacerlo, pues preferían que las recordaran —la señorita Hyslup suponía que en un intento por evitar que asociaran a sus padres con la vergüenza de sus hijas— sencillamente como Daisy, o Peggy, o como una que había conocido la semana anterior, Kitty-Poo. Pero era probable que los abrigos de pieles combatieran otras cosas además del frío, como la prudencia, por ejemplo, la consideración hacia la propia familia, o, en ese sentido no le cabía duda, la timidez y la decencia.

—Skeffington —repitió, como si tratara de recordar todos los Skeffington que había conocido, aunque en realidad pensando cómo lograr que su siguiente frase sonara lo bastante afectuosa. Por un lado estaba la leve aversión por aquellas uñas, y por el otro, si bien se esforzaba por combatirla, la imagen tan conmovedora y lastimosa, capaz de ablandarla, de la sábana y las monedas.

—La llamaré Fanny —dijo con tono decidido, superando la aversión.

—Hágalo —respondió calurosamente Fanny—. Yo la llamaré Muriel.

Pero entonces la mujer retrocedió de nuevo.

—Oh —exclamó la señorita Hyslup, desconcertada—. Oh, vaya…

No esperaba algo así. A ninguna se le había pasado jamás por la cabeza la posibilidad de llamarla Muriel.

—Oh, vaya —repitió, y con un gesto involuntario apartó las manos de debajo de las de Fanny—. No estoy segura… —Y miró a su alrededor con nerviosismo, como si buscara orientación.

Nadie la orientó. Miles no estaba allí y su madre —que, sin duda le habría dicho a aquella Fanny: «Una mujer como tú no puede llamar a mi hija por su nombre de pila»— estaba muerta.

—Entonces, ¿sugiere que la llame señorita Hyslup y usted a mí, Fanny? —preguntó Fanny, divertida pero también satisfecha porque le parecía un honor. Era evidente que la hermana de Miles se consideraba muchísimo mayor que ella. Y lo era, por supuesto. Tal vez no muchísimo, rectificó Fanny, consciente de sus cincuenta años, pero desde luego mayor.

—Todas me llaman señorita Hyslup.

—¿Quiénes?

—Las otras hermanas en el Señor de mi hermano. Aunque debo decirle —se apresuró a añadir, deseosa de no adoptar una actitud que pudiera quebrar la caña torcida o apagar la mecha humeante— que no se parecen en nada a usted.

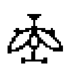
—Sí, me he dado cuenta —dijo Fanny al recordar la descripción que Miles le había hecho. «Las amargadas de Miles», era como pensaba en ellas desde entonces.

—Tal vez, en su caso… —vaciló la señorita Hyslup. ¿Qué pensaría de ella su madre si la viera a punto de ceder? ¿Qué pensaría Miles?

—¿Sabe? —la alentó Fanny, acariciándole la mano—, no creo que sea mucho mayor que yo. En cualquier caso, no es aún lo suficientemente venerable para que tenga que dirigirme a usted con tantísimo respeto.

—Tengo cuarenta y ocho años —dijo la señorita Hyslup.

—Oh —dijo Fanny.



Durante un momento se quedó sin habla. Cuarenta y ocho. Increíble. En realidad, casi imposible. Esa mujer vieja y consumida tenía dos años menos que ella. ¡Cuántos golpes debía de haber recibido de Miles! No físicos, por supuesto, pero había muchas formas de golpear a una mujer sin necesidad de tocarla. Tal vez trabajara demasiado. Tal vez no comiera lo suficiente. Era posible que la interrumpiera demasiado, que discutiera con ella, que la sermoneara, que le diera ejemplo y, finalmente, como recompensa, que la obsequiara los domingos por la noche —Fanny dirigió una mirada indignada a la mesa— con una sardina.

—Muriel —dijo, tomando su voluminosa mano entre las suyas y hablándole con seriedad—, debe dejar que la ayude.

«Tiene gracia», pensó la señorita Hyslup. Le parecía muy gracioso que una de esas mujeres quisiera ayudarla a ella, cuyo trabajo consistía en prestar ayuda. Una locura.

—La está matando —continuó Fanny—. Es evidente que vivir en la pobreza la está matando.

—Es que hemos hecho voto de pobreza —aclaró la señorita Hyslup.

—¿En serio? ¿Han jurado ser pobres? ¿Es eso lo que usted quiere? —preguntó Fanny con incredulidad, y se le ocurrió que Miles podía haberla coaccionado.

—Aquí no hacemos las cosas a medias —respondió la señorita Hyslup.

También habían hecho voto de castidad, pero, por fortuna, no había necesidad de hablar de ello. Como había comprobado, cuantas menos cosas se mencionaban, mejor funcionaban las relaciones. Además, ese voto en particular era inmencionable. Muriel lo sabía porque, en el mismo instante en que se abordaba el tema, de palabra o de pensamiento, era inevitable sentir calor. Al menos en su caso. Qué confuso, además, renunciar a tentaciones que nunca se habían tenido y que, por tanto, resultaban desconocidas. Lo más parecido a una tentación de la carne había sido la bolsa de agua caliente. Suponía que debía de ser una tentación carnal por el extremo placer que sentía cada vez que sucumbía a ella. Le daba vergüenza admitir que a veces, en momentos que Miles, de saber de ellos, consideraría de disipación —tras una comida mejor de lo habitual, o cuando por algún motivo no estaba tan cansada—, dejaba volar la imaginación y pensaba que quizá un marido fuera una bolsa de agua caliente enaltecida; una bolsa de agua caliente de tamaño humano, que invadía y calentaba de maravilla la cama fría y solitaria de una mujer. Y a veces, cuando de verdad se dolía de añoranza por lo que no conocería jamás, rescataba la suave bolsa de caucho de los pies de la cama y la sostenía entre sus brazos, junto al pecho, como si fuera un niño: su propio bebé, dulce, rico, querido y gorjeador. Sin embargo, después de tales pensamientos y tales acciones, se pasaba días atormentada por el arrepentimiento.

—Ya sabía yo que tenía que ser cosa de Miles —exclamó Fanny, llena de ira y de preocupación por Muriel. Si Miles quería ser pobre y ayunar hasta convertirse en un esqueleto, que lo hiciera, pero solo, sin arrastrar consigo a su hermana y convertirla en una anciana antes de tiempo—. Es necesario que se enfrente a él —le dijo—. Es horrible que le permita salirse con la suya hasta el punto de matarla de hambre. ¿Quiere que hable con él cuando regrese? ¿Cree que ayudaría?

Pero la señorita Hyslup no oyó nada más después de la primera frase. Miles, se repetía para sí. Miles, la mujer de la calle había llamado Miles a su hermano. ¿No era muy extraño e inusual? ¿No sugería una gran desfachatez, o intimidad? No, nada de intimidad, por supuesto. Pero entonces… ¡menuda desfachatez!

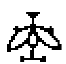
—¿Acaso —comenzó, tratando de no ponerse rígida, porque hay momentos en que incluso los más sumisos se tensan, por mucho que intenten pensar en sábanas y monedas— cuando habla con mi hermano también lo llama por su nombre de pila?

—Oh, siempre —le aseguró Fanny—. ¿Quiere que hable con él? ¿Quiere que le diga lo mal que me parece que…?

Pero de nuevo la señorita Hyslup no oyó nada. Tragaba saliva con rapidez. La desfachatez de aquel «siempre» le cayó como un mazazo.

—¿Y comenzó a llamarlo así —preguntó al cabo de un momento con tono sarcástico, sin prestar atención a lo que Fanny decía, protegiéndose de aquel espantoso «siempre» con la táctica de no creérselo— en la calle?

—¿Abajo en la calle? —repitió Fanny, mirándola sorprendida—. Pero si hace años que nos conocemos —respondió.



Años. La señorita Hyslup se quedó anonadada. Que Miles le hubiera ocultado que hacía años que conocía a esa mujer le parecía terrible. Intuía que la única forma de tratar con las de su clase era hablar sin tapujos. Ella, que estaba segura de tan pocas cosas, estaba segura de algo, y ese algo era que el hecho de que un clérigo viera a una de ellas en privado, y que no se lo hubiera mencionado a su hermana y colaboradora en ese triste campo de trabajo, era un error de los grandes.

Durante un largo rato fue incapaz de pronunciar una palabra. Entonces, con gran dificultad, pues una sospecha que se sabía incapaz de soportar había comenzado a retorcerse como una serpiente en el interior de su cabeza, preguntó: «¿Cuántos?», y Fanny, después de pensar un momento en ello respondió que unos diez.

—¿Diez? —repitió la señorita Elyslup, aún con mayor dificultad, porque ahora parecía que la serpiente le estuviera rodeando la garganta.

Una tarde de hacía diez años Miles se había marchado como clérigo y había regresado como sacerdote. Solo podía describir así el cambio, rápido y radical, que se había producido en él. Un sacerdote resentido, además,

dispuesto a asaltar el reino de los cielos con violencia, arrastrando a su hermana consigo. Una huida, una huida aterrorizada de lo que le había sucedido, fuera lo que fuese, una huida hacia la austeridad, hacia la obsesión desesperada por salvar y ser salvados, fue lo que de repente les tocó vivir a ambos. Él abandonó su agradable coadjutoría en Kensington, hizo sus votos y la obligó a hacerlos, volvió y la obligó a renunciar a todo salvo al sacrificio, y se instalaron en la zona más pobre de Bethnal Green, sirviéndose de aquella sordidez como si fuera un cilicio. ¿Por qué?

Durante diez años se había hecho esa pregunta sin atreverse a interrogar a su hermano sobre la cuestión, pues la expresión de su rostro la hacía enmudecer cada vez que ella intentaba abordar el tema; y ahora…

Apartó las manos de las de Fanny y se quedó mirándola, con los ojos muy abiertos y llenos de horror, porque no podía ni quería creerlo. No era posible. No, no podía ser que Miles, ya por entonces clérigo, sin que su hermana lo supiera, después de decir sus oraciones antes del desayuno, después de celebrar el oficio matinal en su parroquia, después de almorzar y de rezar para que Dios lo bendijera, hubiera salido de casa y hubiera pecado.

Y además, por la tarde. Era evidente que había pecado por la tarde, porque había regresado a tiempo para la cena; lo hacía mil veces más terrible que hubiera pecado, que hubiera sucumbido —¡oh!, ya ni siquiera era capaz de encontrar la palabra adecuada— en pleno día. ¿No era por la noche, se dijo temblorosa, cuando la gente cometía malas acciones? Así debía de ser, o, de otro modo, las parejas casadas, que al fin y al cabo, tras ser bendecidas por la Iglesia tenían libertad para elegir cuándo hacerlo, no se pasearían acicaladas y dejándose ver hasta el anochecer. Al pecado de Miles había que añadir, pues, un matiz de perversidad, porque se había cometido en pleno día, bajo el sol y la mirada de Dios. Eso era rizar el rizo, se le ocurrió confusamente.

Agachó la cabeza. Estaba dolida por la traición. Era indignante cómo la había engatusado, cómo la había aislado del mundo con el voto de castidad. El suyo había sido de verdad pero ¿y el de Miles? ¿Cómo era posible que alguien que no había sido casto llegara a serlo algún día?, se preguntó. ¿De qué servía cerrar la puerta del establo cuando el caballo malvado ya había escapado? Y lo peor, lo más humillante y doloroso de todo era que hubiera sido tan severo con ella cuando descubrió que tenía una bolsa de agua caliente.

Sin levantar la mirada, con la voz entrecortada y las manos, pese a la

fuerza con que se las apretaba, también temblorosas, dijo:

—Hace diez años que mi hermano decidió de repente dedicarse a la vida religiosa.

—Oh, pero si ya lo había decidido mucho antes —aseguró Fanny.

—De repente —repitió Muriel, como si hablara con sus manos, apretadas con fuerza sobre el regazo.

—Cuando lo conocí ya era religioso —insistió Fanny—. Y mucho, además. Siempre me bendecía.

—¿Siempre la bendecía?

Al oír aquello Muriel alzó la cabeza, sorprendida, y se quedó mirando el sepulcro blanqueado de mejillas sonrosadas que tenía frente a sí. ¿Acaso la gente también se bendecía en esas ocasiones? ¡Oh, qué poca idea tenía sobre el tema, pero qué poca idea! Y que su hermano, dedicado como estaba a Dios, hubiera añadido la blasfemia a…

—Sí, era tan dulce, pobrecito Miles —dijo Fanny, recordando con la tierna sonrisa que a menudo acompaña el recuerdo de pasados amantes, su mano en alto, su hermosa voz. «Que Dios Todopoderoso esté siempre contigo», solía decir Miles con su hermosa voz, en lugar de despedirse con un simple adiós. La emocionaba. Por eso lo había aguantado tanto tiempo.

Entonces, la señorita Hyslup, avergonzada en grado sumo de todo y de todos, además de tener que luchar contra un irresistible deseo de romper a llorar, habló con el tono más ofensivo del que era capaz:

—Y ahora me dirá —comenzó, combatiendo con desdén las lágrimas que amenazaban con llenarle los ojos— que él quería casarse con usted.

—Sí, pobre Miles… así es —dijo Fanny—. Pero yo no me caso con nadie.

Al oír eso la señorita Hyslup rompió a llorar. El universo acababa de hundirse bajo sus pies, junto con todo aquello en lo que creía y confiaba. Que Miles hubiera pecado con una de esas mujeres, que además hubiera deseado casarse con ella y que esa mujer lo hubiera rechazado la destrozó por completo. ¿De qué o de quién podía sentirse orgullosa en este mundo?

—Muy inteligente, muy inteligente… —dijo entre sollozos, atrapada en la amargura y la humillación, mientras Fanny, atónita ante aquel súbito desmoronamiento, la miraba sin saber qué decir—. No se puede evitar ser hermana de alguien, pero sí convertirse en… en esposa. ¡Oh! —gritó, dejando caer los brazos sobre la mesa y apoyando en ellos su canosa cabeza como si se abandonara a la desgracia—. La vida es demasiado horrible, demasiado horrible. No pu… puedo continuar. No quie… no quiero ser

hermana. Ya no quie… quiero ser nada en esta vida. Solo marcharme y desaparecer… desaparecer.

—Muriel, por favor —le rogó Fanny en vano.

No comprendía qué había sucedido. Evidentemente Miles se portaba con su pobre hermana peor de lo que ella había sospechado, pero ¿por qué de repente ese ataque de llanto? ¿Era por algo que había dicho? ¿Tal vez porque, después de tantos años, a la pobre hermana de Miles le dolía que no se hubiera casado con él?

Fanny se levantó y se inclinó hacia ella.

Muriel la apartó de su lado con violencia. Esas violetas…, ese hedor a violetas… se atrevía a acercarse a ella y asfixiarla con su repugnante dulzor…

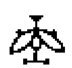
Como jamás la habían obligado a apartarse, y mucho menos con violencia, Fanny se quedó tan sorprendida que no fue capaz de decir una palabra. Pero la imagen del rostro de la pobre Muriel bañado en lágrimas mientras trataba de levantarse hizo que Fanny no diera importancia a lo sucedido y solo quisiera ayudarla y aliviar su dolor. Pobrecita. Qué angustiada, la pobre. Si no hubiera sido porque tenía las mejillas empapadas la habría abrazado y besado, y es probable que Muriel la hubiera apartado de nuevo, pero ¿qué más daba?

—Muriel, debe contarme qué problema tiene —dijo, mientras abría el bolso y sacaba un pañuelo limpio—. Tenga, no está usado —añadió, con el brazo tendido hacia ella.

Eso fue demasiado para la señorita Hyslup. Con un amplio movimiento del brazo golpeó y apartó la mano y el pañuelo; después se abalanzó apasionadamente hacia la puerta y, sin demasiada coherencia, gritó con voz entrecortada:

—Iré a buscarlo… y los pondré cara a cara… tendrá que decirme la verdad… no puedo… no pienso… ¡Miles! ¡Miles! —chilló, dispuesta a seguir gritando por las calles, por todo Bethnal Green si hacía falta, hasta encontrarlo.

Por fortuna, y por el bien de su reputación, lo encontró enseguida.



Abajo, en el pasillo, entre aquellos carraspeos cuya frecuencia aumentaba a medida que pasaba el tiempo y ella sufría cada vez más el frío, Manby estuvo escuchando con tanta atención como lo había hecho Miles

en el rellano antes de taponarse los oídos, y poco a poco se había ido convenciendo de que no estaba sola.

Se le pusieron los pelos de punta. ¿Qué estaría sucediendo al otro lado de la puerta que había franqueado su señora? La puerta se había abierto y después alguien se la había cerrado en las narices. Minutos después se había vuelto a abrir y a cerrar. Pero no había bajado nadie por las escaleras, por lo que Manby estaba convencida de que había alguien arriba, junto a la puerta, inmóvil, escuchando. Escuchándola a ella.

Qué desagradable, pensó Manby. Nunca la habían escuchado cuando estaba callada. Mucho menos un ser invisible, invisible e inmóvil, escondido en lo alto de un tramo de escaleras casi a oscuras y no demasiado limpias.

«Tengo que apreciar a mi señora, por muchos quebraderos de cabeza que me dé», pensó Manby, que desaprobaba duramente su conducta y ya apenas se aclaraba la garganta, tan inquietante era la vigilancia silenciosa que notaba cada vez que emitía uno de sus carraspeos habituales.

¿Debería subir y enfrentarse a quien hubiera allí arriba? ¿Habría alguien haciendo de centinela junto a la puerta, mientras dentro su señora era víctima de algún atropello? Tan solo la imagen de las vestiduras sacerdotales de Miles lograba tranquilizarla un poco. Los hombres con sotana y con esas cosas de forma extraña en la cabeza solían ser de fiar, se dijo, y estaban de parte de la ley. Sin embargo, la confianza que le aportó tal reflexión se fue enfriando a medida que transcurría el tiempo y la niebla, que se colaba por la puerta entreabierta de la calle, la obligaba a aclararse la garganta cada vez más a menudo; así pues, además de temer por su señora, Manby comenzó a temer por ella misma, por su pecho, si permanecía allí abajo mucho más tiempo, porque, ¿qué sería de ella sin salud?

Empujada por ese doble temor, estaba a punto de reunir el coraje suficiente para subir las escaleras y descubrir quién se escondía en el rellano cuando, en el breve intervalo en que se recuperaba de un carraspeo y se preparaba para el siguiente, oyó lo que solo podría describirse como un jaleo en la habitación de arriba. Un enorme jaleo. Un jaleo de aquellos en que su señora no debería verse implicada.

Enfrentándose a sus miedos, por fin comenzó a subir las escaleras. Tan deprisa como su voluminoso cuerpo se lo permitía, Manby avanzó jadeante para averiguar qué ocurría y ponerle fin, mientras que Miles, a quien la vibración había alertado de su ascenso, ya había decidido que lo único que podía hacer era bajar a buscarla, acompañarla a su casa y salir como pudiera de ese trance. Entonces la puerta se abrió detrás de Miles y su hermana

salió enloquecida gritando su nombre.

A punto estuvo de caer encima de él, tan cerca estaba Miles de la puerta y tan violenta había sido la salida de su hermana. Tuvo que agarrarla del brazo para evitar que ambos cayeran al suelo y se produjera una situación caótica y sumamente deshonrosa; y como nunca la había visto enloquecer ni nada parecido, culpó de ello a Fanny. No era capaz de imaginar el cómo o el porqué, pero sabía que Fanny tenía que estar de algún modo relacionada con ese arrebato vergonzoso. ¿Acaso no tenía Muriel una personalidad anodina, no era tan fría e indiferente, por carecer de deseos o iniciativa, como una máquina? Solo una alborotadora como Fanny podría provocarle semejante agitación. Si no dejaba de hacer tanto ruido, la casa entera la oiría.

—Entra, entra en casa —le ordenó con firmeza entre dientes, mientras su mano libre buscaba por detrás de su cuerpo el pomo de la puerta y con la otra, agarrándola con fuerza de la muñeca, trataba de empujarla hacia dentro.

—Sí… y tú entra conmigo —gritó Muriel, tirando de su hermano casi con la misma fuerza con que él la empujaba, porque si no se apresuraban el comunista del piso de arriba los oiría y se mofaría de ellos en su organización— y por una vez en la vida di la verdad, delante de ella y de mí, y cuando lo hagas…

Fue entonces cuando Manby llegó, sin aliento, a lo alto de las escaleras. En la penumbra vio a los Hyslup, tal como lo describió más tarde a la señorita Cartwright, comportándose de un modo que no habría imaginado jamás. ¡Un clérigo! ¡Y un clérigo que había almorzado en Charles Street!

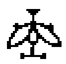
—¿Puedo hablar con mi señora, por favor, señor? —preguntó Manby con respeto, cuando recobró el aliento.

Su presencia, su respetuosidad, lograron apaciguar los ánimos. Los Hyslup dejaron de forcejear de inmediato. El hecho de que alguien se dirigiera a ellos con respeto les devolvió su orgullo y dignidad.

—¿Quién es esa? —preguntó Muriel, casi con tono normal, aunque aún agarrada al abrigo de Miles.

—La doncella de Fanny —respondió él, y le soltó la muñeca.

—Así es, señora. ¿Puedo hablar con mi señora, por favor? —preguntó Manby, volviéndose hacia ella con tanta discreción y respeto como si la escena que acababa de presenciar formara parte del comportamiento habitual de los clérigos y sus familiares—. Se está haciendo tarde y el chófer cree que…



No había duda de que Manby había salvado la situación. Ante su demostración de respeto, tenían que imponerse los buenos modales; tanta calma no podía sino producir una calma aún mayor.

La de Muriel era una calma petrificada, pues no daba crédito a que una doncella tan respetable pudiera estar al servicio de alguien tan poco respetable; además, con qué educación se había referido a Fanny. Su señora. Muriel no conocía a ninguna señora pero tenía una fe sólida en la virtud de la aristocracia femenina. Aun así, en las profundidades de su alma, pese a su sólida fe, y más allá de su estupefacción, bullía la rebelión. ¿Si no era una señora, por qué tenía todo el aspecto de serlo?, se preguntaba el corazón de Muriel en su rebelión.

En cuanto a Miles, la suya era una calma agradecida. Jamás hubiera imaginado que estaría agradecido a Manby, pero lo estaba. Había subido para llevarse a Fanny. En su presencia, escenas como la que Muriel había estado a punto de protagonizar eran impensables. Se quedó mirándola con reconocimiento y gratitud mientras se hacía cargo de la situación y cumplía su tarea con la misma serenidad que si estuviera en el dormitorio de Fanny.

—Su abrigo, señora —dijo Manby, bajándolo lentamente de la percha en que lo había colgado Muriel y sujetándolo sin más preámbulo para ayudar a su señora a ponérselo—. Su bolso, señora —dijo, apartándolo de su peligrosa posición junto al aceite del plato de sardinas—. Su pañuelo, señora —dijo, agachándose, no sin dificultad, para recogerlo del suelo, donde había ido a parar después de que Muriel lo tirara de un manotazo.

E incluso cuando con tono imperturbable añadió: «Griffiths me ha comunicado que cree que la niebla se hará cada vez más densa, por lo que ya va siendo hora de que la señora regrese a casa», Miles, que asumió que Griffiths era el chófer, y sabía que no podía haberle comunicado nada porque no sabía dónde estaban, se sintió incapaz de condenar esa falsedad por lo beneficioso de sus efectos.

Porque sirvió para llevarse de allí a Fanny. Miles ya no quería salvarla, al menos no antes de cenar. En realidad, tal vez ahora ya no le apeteciera hacerlo. Había gente a la que era mejor dejar… No, no, pero ¿qué estaba pensando? ¿Qué espantosa palabra había estado a punto de decir?

Al fin Fanny se marchó y hubo una despedida afectuosa, al menos por parte de Muriel, lo cual sorprendió bastante a Miles, pero también silenciosa. Como cabía esperar, con Manby delante, Fanny tuvo que

marcharse prácticamente en silencio, pues en presencia de esa inocente anciana no podía aclarar que no era lo que Muriel imaginaba. Ahora a Fanny no le cabía la menor duda de que Muriel creía que era del mismo gremio que las otras hermanas en el Señor de Miles, y no solo que tenía la misma profesión, sino que además lo había seducido. Se sorprendió de no haber caído en la cuenta antes, ella, que generalmente percibía con tanta rapidez las sospechas que levantaba entre hermanas, esposas, madres e hijas. Pero ¿cómo demostrar —se había preguntado cuando estaba a solas en la habitación mientras Muriel chillaba como una histérica en el rellano— que no era una prostituta y que no había seducido al hermano de nadie? Desde luego, era muy difícil. Seguro que decir «No lo soy» y «No lo hice» no sería suficiente. Entonces apareció Manby, y su mera presencia, tan respetable, disipó cualquier duda. Cuánto le estaba costando no reírse, pensó Fanny, esforzándose por mantenerse seria.

Pero se mantuvo muy seria cuando miró a los ojos a Muriel. ¿Quién podría reírse en esa situación?

—Seamos amigas —dijo, acercándose a ella para besarla—. Veámonos en alguna ocasión. Me apetecería mucho.

Haciendo un esfuerzo por ponerse de nuevo en su lugar de anfitriona y mantener la calma, lo único que Muriel fue capaz de responder fue:

—¿No va a comer nada antes de irse?

Y Fanny, apoyando las manos un momento sobre sus hombros, le dijo que tenía que regresar a casa por culpa de la niebla.

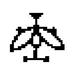
Y Manby, respetuosa, asintió.

Y Miles, con aquella voz maravillosa que convertía cada sílaba en una gema preciosamente tallada, señaló que la niebla entre Bethnal Green y Londres era muy mala en esa época del año, por lo que tal vez sería buena idea que se pusieran en marcha.

Entonces Fanny, mirando los ojos exhaustos de Muriel que las gafas volvían enormes, se inclinó y le susurró al oído, entre dos besos:

—No se preocupe. No tiene importancia. Por favor, no se sienta mal. Yo no lo hago, así que, por favor, usted tampoco.

Tras lo cual Muriel volvió a escandalizarse; más aún, se quedó estupefacta. ¿Cómo podía no importarle que la hubieran tomado por prostituta? ¿Y no importarle muchísimo, además?



Fanny caminó en silencio hasta el coche seguida, una farola por detrás, de Manby, y acompañada por Miles. Él, apartado de nuevo de su cena por exigencias de la buena educación, tampoco dijo nada.

Fanny no quería que lo hiciera. Ya había tenido suficiente de su maravillosa voz, que la dejaba fría ahora que había conocido a la pobre Muriel y sabía cómo la forzaba a vivir y el voto que la había obligado a cumplir. Fanny empezó a pensar cómo podría ayudarla; llevándola a algún sitio de vacaciones, tal vez, sacándola de aquel entorno, aunque solo fuera durante unas semanas. Qué feliz se sentía de no haberse atado a un clérigo fanático. Qué feliz de no estar atada a nadie. Tenía la sensación de que estaba a punto de despedirse para siempre de Miles; mientras caminaba a su lado, sujetándose las pieles sobre la boca para protegerse de la niebla, se le ocurrió que se estaba despidiendo a gran velocidad, uno tras otro, de aquellos que algún día habían sido sus devotos amigos. De Jim, hacía tan solo unas horas, ahora de Miles, y una semana antes de Dwight. Se libraba de ellos. Los abandonaba para siempre. ¿O era más bien que ellos, absortos en sus propias vidas y nada interesados en ella, la habían abandonado para siempre?

Le pareció una idea espeluznante. No parecía posible que ella, Fanny, se hubiera convertido en una mera pieza de museo para esos hombres que en su día la habían adorado, que despertara en ellos la clase de curiosidad que sintió aquella multitud cuando Lázaro se levantó, y que la gente como Muriel, que no la conocía de nada, la tomara de inmediato por un alma perdida. Tal vez fuera un alma perdida. Quizá era así como terminaba la gente: sola y perdida.

Espeluznantes, sin duda, esos pensamientos. Cortante y penetrante la niebla. Húmedas las sucias aceras. No era de extrañar que guardara silencio.

—¿Sí, Miles? —dijo, volviéndose hacia él y apartándose las pieles de la boca, pues parecía que al fin el hombre se había decidido a decir algo, y Fanny tuvo la impresión de no haber oído sus primeras palabras.

Miles se había decidido y Fanny no lo había oído, de modo que lo repitió.

—No es de extrañar, Fanny —repitió, porque se acercaban al coche y se sentía obligado a justificar el comportamiento de su hermana, y porque creía que le estaba dando una lección muy necesaria—, que Muriel, a juzgar por tu aspecto, te haya tomado por lo que prefiero creer que no eres. El hecho de que Manby aún siga a tu lado me da esperanzas en este sentido.

Fanny guardó silencio durante unos momentos. Después, mirándolo de

reojo, con una débil sonrisa, preguntó:

—¿Desilusionado?

—¿Desilusionado, Fanny? —repitió Miles.

—¿Por no tener de qué salvarme? —respondió, desconcertante y belicosa hasta el fin.

VII

Griffiths era uno de esos chóferes a los que no les gusta esperar ni pasar frío, y mucho menos hacerlo en un lugar como Bethnal Green. Por consiguiente, cuando Fanny subió al coche y dijo mecánicamente «A casa», él la llevó a su casa, la llevó a Charles Street, aunque sabía muy bien que había querido decir «Al Claridge». Y lo hizo porque estaba enfadado.

Esa simple acción tuvo consecuencias imprevisibles. Las novedades comenzaron en cuanto llegaron a Charles Street y siguieron desfilando de forma inesperada a lo largo de las semanas siguientes; al llegar a Charles Street, Fanny miró por la ventana con gesto inquisitivo, pues esa no se parecía en nada a la entrada del Claridge, y estuvo a punto de preguntarle a Griffiths por qué la había llevado allí y de ordenarle que siguiera adelante, cuando en medio del silencio de la noche de domingo le llegó una melodía y, asombrada, se dio cuenta de que procedía de su casa.

Manby también la oyó. Desde su posición en el asiento delantero se volvió para mirar a su señora con gesto sorprendido. Griffiths también la oyó, se sorprendió y miró las ventanas oscuras. Pero Griffiths, a diferencia de Manby, además de sorprenderse también se alegró, porque odiaba al mayordomo y se olió que tendría problemas.

—Pero… —dijo Fanny vacilante, mirando fijamente hacia el primer piso, donde estaba la sala y de donde, al parecer, procedía la música. Sin embargo, no había ninguna luz encendida. La casa estaba a oscuras y rodeada de niebla.

Manby se acercó a su puerta.

—¿Quiere salir, señora? —preguntó.

—Sí, creo que sí —respondió Fanny, y salió del coche; cuando encontró la llave de su casa abrió la puerta delantera y encendió las luces—. Vaya —dijo, mirando a su alrededor.

El recibidor estaba lleno de abrigos, chaquetas y bufandas, sombreros y chanclos. Era evidente que había una fiesta, e igualmente evidente, como supo por la clase de prendas que se amontonaban en las sillas, que era una fiesta de sirvientes. Como sabían que pasaría el fin de semana fuera de Londres y que además se había instalado en el Claridge, el servicio había aprovechado la ocasión para descontrolarse; ellos, de cuya lealtad no había dudado jamás, y de quienes nunca habría imaginado que pudieran hacer algo a sus espaldas.

Estaba atónita. Siempre había supuesto que los mayores eran demasiado mayores para esa clase de cosas y que se ocuparían de mantener a los jóvenes a raya. No sabía cuántos años tenía la muchachita con la que el mayordomo, hasta entonces viudo, se había casado hacía poco. Era esa joven, que se pirraba por un poco de diversión, la que había corrompido a su apasionado marido.

Los invitados a la fiesta tenían que estar necesariamente algo apiñados porque la parte anterior de la casa tenía que permanecer a oscuras y solo podían utilizarse las habitaciones de la parte posterior: la biblioteca del piso inferior y, arriba, el salón de la parte trasera. Además era domingo, y pese al ejemplo de sus superiores, la mayoría de ellos no se animarían a bailar. Pero con todo, podía ser una fiesta animada. Por ejemplo, podía haber música. Nadie tenía nada en contra de la música. Y se había decidido que antes de la cena, que se había servido en la biblioteca —¿por qué quedarse en el sótano o en las habitaciones del servicio cuando había la posibilidad de pasar la noche arriba?—, hubiera música sacra en el salón de atrás, donde estaba el piano, y más música después de la cena, aunque menos sacra, pues, como el mayordomo sabía muy bien después de toda una vida dedicada a servir cenas a los ricos, y como su joven esposa de ojos brillantes también sabía muy bien, aunque ella por instinto más que por experiencia, tras la cena no era natural ponerse tan serios.

Justo en el momento en que Fanny entró en su casa y se quedó atónita en mitad del recibidor, la riqueza de matices de una maravillosa voz de bajo que interpretaba una canción titulada «Nazareth», de temática apropiada para antes de la cena, bajó retumbando por las escaleras, acompañada no solo por su piano sino por un clarinete y un coro alegre de diversas voces, algunas de mujeres.

Aunque la cueva sea humilde,
venid, venid y adorad…

Rugía el bajo, dominante, casi ahogando las otras voces.

«Cómo se divierten», pensó Fanny, incapaz de contener una sonrisa y envidiando por un momento la agradable y fresca sensación de dejarse llevar plenamente.

Aun así, por agradable y refrescante que resultara, el asunto era escandaloso y demostraba que, a la larga, ni siquiera los mejores sirvientes, sirvientes que llevaban años al servicio de una persona, podían controlarse sin un hombre que los vigilara. Si Job hubiera estado allí, jamás se habrían atrevido a celebrar una fiesta sin permiso, aun en el caso de que se hospedara en el Claridge, aunque hubiera estado mucho más lejos, fuera del país, en la otra punta del mundo. Además, se habían reunido todos en su salón. Imperdonable. Sus preciosos cojines. Se aprovechaban de que era una mujer. Confiaban en su bondad. Pero era importante hacerse amiga de los sirvientes, se dijo Fanny, frunciendo el entrecejo con gesto de perplejidad. No se podía vivir en una casa con otros seres humanos y no ser amiga de ellos. Además, eran siempre tan educados, tan encantadores; ¿cómo no ser educada y encantadora con ellos?

Fanny se quedó allí de pie, mirando a su alrededor con aire vacilante, mientras Griffiths, sin haber recibido ninguna orden pero decidido a que el mayordomo no se librara de lo que le esperaba, entró en casa el equipaje de su señora para evitar que se batiera en retirada, y se apresuró a aparcar el coche en el garaje. Fanny sabía que Job habría subido con decisión las escaleras, habría abierto bruscamente la puerta del salón y bramado «Fuera de aquí». Pero lo de bramar no iba con ella, y lamentaba —¿o tal vez debería decir que temía?— estropear esa fiesta y asustarlos terriblemente apareciendo allí de repente. Se imaginaba en la puerta, «Nazareth» detenida en el aire, y todos los ojos y las bocas muy abiertos en un gesto horrorizado.

No, esas interrupciones dramáticas no iban con ella. Además, pasaría una vergüenza terrible. Lo que hizo podría considerarse poco enérgico pero por lo menos fue sensato, pues al ver a través de la puerta abierta de la biblioteca aquellas mesas llenas de comida, entró, indicándole a Manby con un gesto que la siguiera, se sentó, y como estaba muerta de hambre comenzó a servirse ostras, una tras otra.

«Blanda, blanda», le susurraba su conciencia; pero cuánto mejor ser una blanda y comer algo, que, con el estómago vacío, subir y hacer que el pobre Soames se muriera de vergüenza ante sus invitados. Al día siguiente habría tiempo de sobra para hacer lo que hubiera que hacer; al día siguiente, si por la noche se le ocurrían los pasos que debía seguir, los seguiría. Y mientras

tanto, ¡qué reconfortante, comer algo!

Aunque la cueva sea humilde,
venid, venid y adorad…

Rugía el bajo por encima de su cabeza.

—Ven aquí, Manby —dijo Fanny al verla de pie en el recibidor—. Esta es tu oportunidad.

Manby entró en la biblioteca, pero solo para decirle que cerraría la puerta y dejaría a su señora esperando allí dentro mientras ella subía a poner fin a ese comportamiento vergonzoso.

—No harás nada de eso —dijo Fanny—. Siéntate y come algo. Debes de estar muerta de hambre.

Y alargando un brazo agarró a Manby, tiró de ella hasta acercarla a una silla y le dijo que no podía creerse que fuera una aguafiestas.

—¿Una aguafiestas, mi señora? —repitió Manby, justamente indignada por los tejemanejes que los criados se traían en su cabeza.

—Es mucho mejor comer ostras —respondió Fanny, acercándole un plato.

—Y bien, ¿quién de vosotros ha sido más listo que el resto y ha entrado aquí el primero? —preguntó el mayordomo, que aún no se sentía culpable porque todavía no sabía que lo habían descubierto, a sus invitados una hora más tarde, cuando estos bajaron en tropel a la biblioteca, y se fijó en los platos utilizados y en las copas de champán vacías.

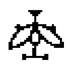
En ese momento, Fanny, que había subido a su habitación por la parte de atrás guiada por Manby, ya estaba en la cama.

—¿Tú crees —se había detenido a susurrar mientras subían, volviéndose para mirar con recelo a Manby, un escalón detrás de ella, con la confianza en sus sirvientes por los suelos— que habrá alguno allí?

—¿Dónde, señora?

—En mi cama.

—¡Oh, señora! —murmuró Manby, escandalizada, aunque no las tenía todas consigo después de todo lo que ya había sucedido, y no podía estar segura de que no fuera a suceder.



Sin embargo, no sucedió. Allí no había nadie, ni siquiera Job. Su

cabeza, ocupada con lo que ocurría en el piso de abajo, no tenía tiempo para pensar en él, y si no pensaba en él, Job no tenía la capacidad de molestarla.

Fanny se quedó mirando a Manby, y mientras la mujer se paseaba con destreza de un lado a otro y retiraba las fundas de los muebles, acercaba una cerilla al hogar, sacaba su ropa de cama favorita del armario de la habitación contigua, y hacía la cama, se preguntó, ahora que el ruido del jolgorio en la biblioteca llegaba hasta su habitación, si era una cobarde por no bajar y poner fin a la fiesta, o una mujer extraordinariamente buena y agradable. Probablemente fuera una cobarde. No lo sabía. Pero lo que sí sabía era que los criados pasarían un mal trago a la mañana siguiente, por lo que mejor sería que disfrutaran mientras pudieran.

Porque suponía que el servicio al completo, salvo Manby y Griffiths, tendría que ser despedido. Todos habían participado en la fiesta y tendrían que marcharse. Era probable que también todos tuvieran madres viudas o padres inválidos que mantener, lo cual volvía el asunto muy complicado y duro. ¿Adónde irían? ¿Cómo se ganarían la vida, cuando se supiera por qué los habían despedido?

Pobrecitos. Aunque… aquella cena… Los cojines nuevos del salón, con sus preciosas y exclusivas fundas de seda china, estropeados por la brillantina que los criados llevaban en la cabeza.

Ardió de indignación al pensar en la cena y en los cojines. Pero la llama se extinguió cuando recordó lo mucho que había disfrutado de la cena y, en cuanto a los cojines, era probable que Soames se hubiera asegurado de que nadie los utilizara. Pero qué extraño eso de encenderse y apagarse con tanta rapidez. Si así era como iba a actuar al día siguiente, ¿cómo podría administrar justicia? En caso de que alguien comenzara a llorar, por ejemplo, ¿podría mantener la llama de la indignación encendida? Y si no podía, si decidía no castigarlos, ¿cómo sería vivir en una casa llena de sirvientes en los que ya no confiaba?

Manby colocó una bata y unas zapatillas cerca de la lumbre para que se calentaran. Mientras la observaba, Fanny recordó un par de versos que un admirador alemán siempre insistía en recalcar:

Denn die Frau *bedarf der Leitung*
Und der männlichen Begleitung.

Entonces la mujer necesita la guía
y el acompañamiento masculino.

¿Sería cierto? Entonces ella se había reído, y él le había dicho con tono amenazador, pues consideraba insultante que Fanny lo hubiera rechazado y si ella hubiera sido un hombre sin duda le habría gritado, que viviría para recordar sus palabras y se daría cuenta de que tenía razón.

En efecto, había vivido para recordarlas y se daba cuenta de que había ocasiones —él creía que era permanente, y ahí era donde se equivocaba—, ocasiones sin precedentes como esa, en que se podía decir que aquellas palabras contenían algo de verdad. Una mujer a veces necesitaba ayuda; no consejo, ni compañía constante, sino ayuda. Quizá no tanto ayuda como que alguien le solucionara ciertos problemas en particular. Job habría sido la persona adecuada en ese momento —comenzó a pensar en él y sintió que se colocaba de repente a su lado, como si lo hubiera llamado—, pero como no podía contar con él debía pensar en sus amigos y considerar a cuál de ellos se le daría mejor quitarle aquel desagradable peso de encima.

¿George Pontyfridd? Quizá. Pero siempre regresaba a Londres los martes y, aunque estuviera allí, lo más probable era que le aconsejara que los perdonara. Eso estaría muy bien, pero no era él quien tendría que vivir con un grupo de pecadores. Si los perdonaba le resultaría muy difícil no desconfiar de ellos, y a los criados, habiendo sido perdonados, les resultaría muy difícil no arrastrarse ante ella.

Pobrecitos. No. Sería demasiado doloroso para todos. George no servía. Necesitaba a alguien más sensato que George. ¿Quién, de entre los hombres que conocía, se sentiría orgulloso de que le pidiera ayuda? Presentía que ninguno. La actual generación de amigos no eran amigos en realidad, sino más bien conocidos, por lo que debía remontarse al pasado para encontrar a alguien que, por los viejos tiempos, se alegrara de poder hacer algo por ella. ¿Perry Lanks, tal vez?

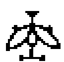
Por supuesto. En cuanto pensó en Lanks supo que él era el hombre que estaba buscando. Hacía años que no se veían, pero eso no tenía la menor importancia; sentía por él el mismo afecto que en la época de sus clases secretas de ajedrez. Ahora ya estaría descansado, habría tenido tiempo de superar la sensación de cansancio y paciencia que pareció apoderarse de él hacia el final. Además, era abogado y conocería los pormenores de cualquier situación; en realidad tal vez fuera un abogado demasiado notable para un caso como ese, pero como era su amigo seguro que no le importaría rebajarse un poco por una vez.

No se le ocurría nadie mejor que él. Lo primero que haría por la mañana sería llamar a su casa y pedirle a su mayordomo que le dijera que

fuera a visitarla en cuanto regresara del campo. Porque también él estaría en el campo ese fin de semana, aunque, como era un hombre tan ocupado, a buen seguro que regresaría el lunes a primera hora.

Sí, Perry era su hombre, pensó. Su querido Perry. En su momento no lo había valorado como debía, pero ahora era más juiciosa.

Y habiendo tomado esa decisión, dejó que Manby la desvistiera y la arropara en la cama, y, satisfecha, se quedó dormida de inmediato.



Sin embargo, había llovido mucho desde la época en que Lanks solía frecuentar a Fanny. Perry no era el mismo hombre. Había ascendido en su profesión hasta convertirse en un abogado eminente tan bien pagado que cuando le ofrecieron convertirse en ministro del Interior se limitó a esbozar una sonrisa. Era un hombre arisco y calculador que tan solo en una ocasión había escapado de la realidad y había tenido sueños y visiones, y que poco después de que Fanny se despidiera de él se había dedicado en exclusiva a aumentar su fortuna. Enseguida se convirtió en su único interés. Absorto en ello y con la agradable seguridad de que cada día era más rico que el anterior, había perdido incluso el recuerdo de que pudiera existir algo como el amor y los sueños.

Así las cosas, cuando Fanny llamó a su casa, a Lanks le costó averiguar quién era.

Los viernes por la noche solía marcharse al campo, donde tenía una casita de fin de semana, y regresaba los domingos por la tarde para disponer de un poco de tiempo antes de volver al trabajo; cuando recibió la llamada de Fanny estaba desayunando a solas en Montague Square, pues su mujer era de esas personas que desayunan en la cama.

La criada —solo tenía criadas, con excepción de su chófer, porque las mujeres no bebían *whisky*— fue a buscarlo y le dijo:

—Una mujer desea hablar con usted por teléfono, *sir* Peregrine.

Él la observó por encima de la montura negra de sus anteojos, sorprendido por que supusiera que haría algo. Jamás respondía al teléfono. En su despacho contaba con jóvenes empleados que le hacían llegar los mensajes, pero en ninguna de sus dos casas las llamadas despertaban en él el menor interés.

—La señora dice que es urgente —balbuceó la criada, a quien no le gustaba la mirada que le dirigía por encima de los anteojos negros. Los

criados tendían a balbucear en su presencia. Era la clase de señor que pregunta qué ha sido del resto del jamón.

—¿Ha dicho su nombre? —preguntó Lanks, reanudando la lectura de *The Times*.

—No, *sir* Peregrine.

—Entonces vuelve y que te lo diga.

Pero antes de que la criada cruzara la puerta, él se levantó, lanzó el periódico, se dijo «Aquí es donde entraría en juego una esposa decente, si algo así existiera» y fue él mismo a contestar. Podía tratarse de un nuevo cliente —estaba saturado de clientes, pero quería más, porque eso le proporcionaba la agradable sensación de que se hacía más rico—, de un cliente acaudalado que, al no haber recibido respuesta en su despacho, porque era probable que sus jóvenes y holgazanes empleados aún no hubieran llegado, lo llamaba a su casa.

—¿Sí? Al habla *sir* Peregrine Lanks —dijo con finura y cortesía.

—Oh, Perry, ¿eres tú? —respondió enseguida una voz al otro lado de la línea.

¿Perry? Nadie lo llamaba Perry. Al menos no delante de él. Cuando era pequeño la gente lo llamaba así, y también lo habían hecho un par de mujeres algo más adelante, pero hacía mucho tiempo que nadie utilizaba ese nombre para dirigirse a él. Su esposa lo llamaba Dragón. «Vamos, Dragón —solía decirle, agitando el índice en señal de advertencia—, haz el favor de no ser un dragón tan travieso». Lamentable.

—¿Con quién hablo, por favor? —preguntó, con mucha menos cortesía.

—¿Con quién? Con Fanny. Y te agradecería que…

—¿Fanny? —La interrumpió sin ninguna cortesía—. Le ruego me aclare con qué Fanny hablo.

—Oh, Perry… ¿Cómo puedes rogarme que te aclare conqué Fanny hablas? —gritó la voz, indignada—. ¿Estás de broma? ¿O estás enfadado porque es muy temprano?

—Es usted… —Lanks vaciló mientras sentía que una sombra funesta se cernía sobre él— ¿Es usted *lady* Fanny Skeffington?

—¡*Lady* Fanny Skeffington! —se burló la voz—. Bueno, supongo que tienes a alguien a tu lado escuchando esta conversación. Pero yo no lo tengo, cariño… —Hacía años que nadie lo llamaba «cariño» y le sonó sencillamente grotesco—. Perry, estoy tan harta, tan infinitamente harta. Ven aquí y dime qué debo hacer. Lo antes posible. Sé bueno y ven ahora mismo, antes de que me vea obligada a bajar y enfrentarme a ellos.

¿Enfrentarse a ellos? ¿A quiénes? ¿Se habría quedado sin dinero y tendría a algún alguacil en su casa?

Hombre prudente, Lanks no sacó el tema por teléfono. No tenía motivos para sospechar que su problema fueran los alguaciles. Entonces recordó vagamente haber oído que Skeffington había perdido todo su dinero en un negocio arriesgado en México, pero ¿acaso Fanny no había recibido una importante cantidad tras el divorcio? Le pareció recordar que así había sido. Sí, estaba seguro, y no era posible que Fanny se hubiera gastado una fortuna en tan poco tiempo. Así pues, estaba bastante seguro de que no eran los alguaciles quienes la preocupaban; pero parecía más que evidente que estaba de verdad preocupada y, después de todo, en los viejos tiempos…

Le llegaron vagos recuerdos de los viejos tiempos, recuerdos fragantes, como el aroma de rosas a una nariz que llevara tiempo taponada, y dulces, como la música a unos oídos que hubieran ensordecido.

—Está bien —dijo—. Pasaré a verte de camino al Temple. Sigues en Charles Street, supongo.

—Sí, Charles Street. Cielo mío…

Pero Lanks había colgado el auricular.

Qué molesto era, se dijo de pie junto al teléfono, pellizcándose el labio inferior entre el índice y el pulgar —un gesto característico en él del que dejaban constancia muy a menudo *Low, Punch* y publicaciones por el estilo —, molesto y bastante absurdo, lo de recuperar el contacto con Fanny. No tenía tiempo para recuperaciones, recuerdos, resurrecciones. Lo muerto, muerto está y no debería removerse. Además, Fanny se había vuelto muy pesada hacia el final, pensó, a medida que sus recuerdos se hacían cada vez más claros. Aunque habían pasado muchos años, recordaba que se había vuelto fastidiosa; lo había atrapado por su carácter encantador, pero una vez extinguida la etapa de adoración, no se había tomado jamás la molestia de ser lo suficientemente inteligente. Una vez agotadas la sorpresa inicial y la precipitada adoración, los hombres quieren que las mujeres sean inteligentes además de encantadoras, y Fanny podría haberlo sido, bastaba con observar lo bien que se le daba el ajedrez hasta que se cansó. Recordó haber pensado en alguna ocasión que tenía una inteligencia sin duda notable para una mujer, si hubiera decidido utilizarla. Si se lo hubiera propuesto, podría haber sido la pareja casi perfecta. Pero Fanny no había querido utilizar su inteligencia ni ser pareja de nadie. Y él había esperado mucho más tiempo del que dictaba el decoro, con la esperanza de llegar a

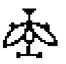
influenciarla; esperó, de hecho, hasta el día en que Fanny lo echó de su vida, si pudiera utilizarse una frase como esa para describir una despedida tan dulce. Había poseído demasiada belleza. Demasiado poder del tipo que otorga la belleza. No tenía por qué molestarse en pensar. Como cualquier ramera, vivía en el presente y de su aspecto.

Ahora su belleza se habría esfumado y solo quedaría la pesadez. Los defectos de su cuerpo y de su mente, como las piedras de una carretera mal construida, habrían salido ya a la superficie. No quería verla. Era lo último que deseaba. Aun así…

Sí, había un «Aun así». De hecho, todavía de pie junto al teléfono del pasillo en penumbra, todavía pellizcándose el labio inferior, se sentía obligado a reconocer que había otro aspecto que tener en cuenta. Bien mirado, ¿no estaba en deuda con Fanny? ¿Y no era lo que en el pasado le habría parecido una deuda hermosa? Porque era un hecho que Fanny había llevado el amor a su vida por primera y única vez, y lo había llevado de manera violenta. Por extraordinario que ahora le pareciera, no cabía duda de que la había amado con violencia. Y amar con violencia, amar con tal frenesí que uno se olvida de sí mismo, ensalza al hombre, lo eleva hasta cimas infinitamente más altas que las que había conocido hasta entonces o conocería jamás. Unas palabras que no pudo identificar de inmediato acudieron a su mente desde algún lugar remoto en relación con aquel breve período de pura adoración, la etapa anterior a aquella en que comenzó a notar y criticar sus faltas… «Por tanto, junto con ángeles y arcángeles y toda la corte celestial…». ¿Dónde las había leído? ¿Dónde las había oído?

Curioso, pensó Lanks, pellizcándose con más fuerza el labio inferior; no cabía duda de que, gracias a Fanny, durante semanas había habitado lugares muy altos.

Así las cosas, y como él era un hombre escrupuloso y justo, se preguntó si debería molestarle tanto ir a Charles Street y ofrecerle unos minutos de su tiempo.



Fue. Pidió que le llevaran el abrigo y el sombrero, entró en el coche y se dirigió hacia allí. Durante el breve recorrido le volvieron muchas cosas a la cabeza, y dado que no le gustaba estar en deuda con nadie, se alegró de que tal vez, con un par de buenos consejos, pudiera saldar la que tenía con Fanny.

Pero cuando la puerta que tan bien recordaba se abrió y vio a un joven pálido y desaliñado en mangas de camisa que parecía al borde de un ataque de nervios, su primer temor fue que Fanny se hubiera gastado todo su dinero y que los alguaciles estuvieran en efecto en la casa.

El impulso de hacer algo a cambio de los ángeles y los arcángeles fue revisado de inmediato, pues pocas cosas son más desagradables para un hombre que reencontrarse con un amor olvidado que le pide dinero. Degradaba a la mujer, se dijo para justificar su renuencia a prestar. Mancillaba lo que, en algunos casos, podían ser recuerdos agradables y los corrompía.

Lanks estaba tan convencido de eso que habría dado media vuelta y escapado de allí, sin importarle lo que el despeinado sirviente pudiera pensar de él, si el mayordomo —reconoció al mayordomo, claramente desmejorado y con los ojos hinchados— no hubiera salido a toda prisa de la habitación que él sabía que era la biblioteca, poniéndose el abrigo mientras iba a su encuentro.

—¿Sí, señor? Oh, buenos días, *sir* Peregrine —dijo el mayordomo, sorprendido al darse cuenta de quién era. *Sir* Peregrine había desaparecido de la vida de Charles Street muchos años atrás, pero aún era reconocible. Mayor, por supuesto. Más árido. Más adusto. Más imponente. Pero aún bastante reconocible.

—Tengo una cita con su señora —dijo Lanks fríamente, y se le ocurrió que el aspecto abotargado y los modales nerviosos del mayordomo no hacían ningún favor a la imagen de la casa. Con alguaciles o sin ellos, un mayordomo no debía perder la compostura.

—Sí, señor. Claro que sí, señor. Sí, *sir* Peregrine —dijo el mayordomo… como el joven en mangas de camisa, convertido en un manojo de nervios.

—¿Ocurre algo? —preguntó Lanks, entregándole el abrigo y el sombrero y mirando alrededor en busca de alguaciles.

—¿Algo, señor? Oh, no, nada. No, *sir* Peregrine.

—¿Está la señora en el salón?

—No he visto a la señora esta mañana, señor. Creo que su doncella ha dicho que…

—Entonces esperaré en la biblioteca mientras sube a avisarla. Le ruego que se dé prisa, no tengo mucho tiempo.

Y antes de que el mayordomo pudiera detenerlo, Lanks, que conocía a la perfección todos los rincones de la casa, ya había cruzado el recibidor,

abierto la puerta y entrado en la biblioteca.

Sus sorprendidos ojos se encontraron con una imagen deplorable. Ahora ya casi nada lo sorprendía, pero que Fanny celebrara esa clase de fiestas desde luego lo desconcertó. La habitación, que recordaba tan ordenada, tan austera, incluso, con sus hermosos paneles oscuros y sus hileras de libros, estaba sucia, llena de lo que parecían los restos de una fiesta especialmente tumultuosa. Un pequeño grupo de sirvientes con aspecto nervioso, mujeres y hombres, trataban de arreglar tal desorden a toda prisa y, tras dirigirle una rápida mirada alarmada, no se detuvieron cuando entró en la habitación. Siguieron trabajando, barriendo colillas y ceniza, cargando con bandejas a rebosar de platos sucios, frotando manchas de las alfombras, recogiendo trozos de cristal y llenando cestas de restos pisoteados de galletas saladas.

¿Galletas saladas? Lanks no se lo podía creer, de modo que se colocó los anteojos de montura negra para echar un vistazo de cerca. Sí, galletas saladas. Por algún motivo le resultaba imposible relacionar a Fanny con las galletas saladas.

El compungido mayordomo, de pie detrás de ellos, no decía una palabra. Tenía la sensación de que ya no tenía nada que decir en esa casa. Había llegado su hora. Contra todo pronóstico, había esperado que Fanny fuera clemente, pero cuando vio a *sir* Peregrine, un miembro distinguido de los tribunales, y este le dijo que tenía una cita con su señora, no le cupo la menor duda de que estaba condenado. Y, como la mayoría de los maridos desde que Adán inaugurara la tradición, se dijo que todo había sido culpa de su esposa.

—Bueno, no puedo esperar aquí —dijo Lanks, volviéndose, con las finas comisuras de los labios más arqueadas hacia abajo de lo habitual—. Subiré al salón.

Pero allí también reinaba la confusión, al menos en la mitad posterior. Lanks permaneció en la parte anterior, que parecía haberse librado de la onda expansiva de la fiesta, y miró alrededor con gesto sardónico y las manos en los bolsillos mientras más sirvientes desesperados sacudían cojines para devolverles su forma y barrían alfombras.

Pero ¿por qué tenían todos tanto miedo y una prisa tan extrema? ¿Acaso Fanny había caído tan bajo como para organizar una fiesta que pudiera despertar el interés de la policía? Esa, más que la de los alguaciles, era la posibilidad que ahora le parecía probable, y a esta idea estaba dándole vueltas cuando Manby apareció en la puerta, y su sola aparición hizo que la

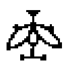
descartara de inmediato. Manby, envejecida. Manby, tan discreta y respetable que resultaba imposible seguir sospechando algo malo en su presencia. Manby, incapaz de servir a nadie cuya conducta pudiera ser cuestionada.

Lanks se avergonzó de sus pensamientos; con la misma compostura que si lo hubiera visto el día anterior y no hubieran pasado ya dieciocho… —Sí, eran dieciocho— años, Manby le dijo:

—Buenos días, *sir* Peregrine. ¿Me haría el favor…? —Lanks la interrumpió al acercarse a ella, le dio un cálido apretón de manos y le preguntó si estaba bien. Sus propios sirvientes no lo habrían reconocido, pues en Wilton Crescent jamás había existido ni un solo recuerdo del amor —. Sí, gracias, *sir* Peregrine. Espero que usted también esté bien, señor —añadió Manby educadamente—. ¿Me haría el favor de…?

—Veo que aún me recuerdas —la interrumpió de nuevo, satisfecho, aunque no habría sabido decir por qué. ¿Tal vez porque asociaba Manby a una etapa de su vida en la que solo importaba el amor? «Por tanto, junto con ángeles, arcángeles y toda la corte celestial…».

—Oh, sí, claro, *sir* Peregrine. ¿Me haría el favor de subir al salón de la señora?



Ese salón tan familiar. Se sintió como si fuera a jugar al ajedrez de nuevo junto a la lumbre, con aquel rostro rebosante de encanto celestial inclinado sobre el tablero, muy cerca del suyo. Se quitó años de encima, como si se adentrara en el pasado, directamente en su juventud perdida, en su amor perdido. Y allí estaba Fanny.

No. Aquella no podía ser…

«Santo Dios», pensó Lanks cuando ella se volvió.

Fanny se le acercó veloz, con los brazos abiertos. Estaba tan contenta de verlo, tan aliviada, que se olvidó por completo de que habían pasado dieciocho años. Se había vestido a toda prisa para no hacer esperar a un hombre tan ocupado y, como además estaba demasiado absorta en sus preocupaciones para tomarse molestias, en lugar de aplicarse maquillaje se había untado rápidamente la cara con él, por lo que, si hubiera tenido tiempo de mirarse con detenimiento, también ella habría pensado que tenía un aspecto extraño.

«Virgen santa», pensó Lanks, y la corte celestial huyó desconcertada.

Tomó las manos de Fanny, porque cuando a alguien le ofrecen ambas manos eso es lo único que se puede hacer, pero se las agarró sin fuerza.

—Perry, qué amable de tu parte —dijo Fanny, sonriente. Sin embargo, cuando reparó en su expresión y notó el poco entusiasmo con que le sujetaba las manos, añadió con tono inquisitivo: «¿Perry?», como si no viera con claridad el camino y avanzara a tientas.

—Mi querida Fanny, ¿cómo estás? —preguntó él.

—Por dentro, como siempre —respondió ella con rapidez al tiempo que apartaba las manos. No estaba acostumbrada a que se las sujetaran sin ganas y no le importó lo que Lanks pudiera pensar.

Lanks no prestó atención a su respuesta, porque intuyó que podría convertirse en un asunto muy tedioso. Tal vez por dentro fuera la misma pero sin un físico que lo atestiguara, ¿de qué le servía? Sin embargo, no tenía intención de entrar a discutir ese asunto.

—Dime, por favor, en qué puedo ayudarte —dijo, mirando el reloj.

—Si estás ocupado no hace falta que te molestes —respondió Fanny, dolida por lo del reloj.

—Tengo unos minutos libres, y me has pedido que viniera —replicó él con tono paciente.

Paciente. Seguía siendo paciente. A ninguna mujer le gusta que un hombre sea manifiestamente paciente. Fanny recordó lo manifiestamente paciente que había sido hacia el final de su relación. Y ahora allí estaba de nuevo, un hombre paciente.

Fanny se molestó. Al fijarse en las comisuras de sus labios, se preguntó si en los viejos tiempos ya tenían ese gesto sarcástico. No recordaba que fuera así. De hecho, estaba segura de que no era así. Y si ese era el efecto que tenía el éxito en un hombre, entonces el éxito no le causaba muy buena impresión.

Lanks, que estaba reflexionando sobre el buen criterio de quienes se negaban a reencontrarse después de que los años los hubieran separado, dijo:

—Si me dices qué puedo hacer por ti…

—Sí. Estoy muy preocupada. Por culpa del servicio —le dijo, pues ahora que lo tenía delante le parecía estúpido no dejar que la ayudara, pese al impulso que había sentido de pedirle que se marchara y decirle que ella se ocuparía de sus asuntos. De manera inesperada, tendiéndole una mano (solo una, en esa ocasión), a lo que él reaccionó como si la mano no estuviera allí, añadió—: No nos peleemos, Perry. Me siento como si, en el

fondo, nos estuviéramos peleando.

—¿El servicio? —preguntó Lanks, repitiendo aquella palabra entre todas las que ella había pronunciado. No tenía ningún interés en detenerse a considerar lo que ella estuviera cavilando, y si había hecho que un hombre tan ocupado se desviara de su camino para hablarle de sus sirvientes, no le quedaba más remedio que opinar que Fanny carecía de valores. Aunque, en realidad, jamás los había tenido. Siempre había perseguido las sombras y descartado la sustancia. Y cuando llegó el momento en que él se convirtió en sustancia, también fue descartado. Mujer estúpida. Hombre afortunado.

—Acércate a la lumbre y te lo contaré —dijo ella, dirigiéndose hacia la chimenea y sentándose muy cerca de las llamas. Tenía frío. Estaba helada hasta los huesos, como si el mundo solo estuviera constituido de hielo y de desconocidos. Fanny estaba descubriendo que las trampas con que el tiempo sorprendía a los indefensos humanos eran muchas y extrañas.

Lanks la siguió pero no se sentó. Permaneció de pie, apoyado contra la chimenea, pellizcándose el labio inferior, esperando a que se explicara; cuando Fanny alzó la cabeza para mirarlo —como era nueva en lo de hacerse mayor aún no era consciente de que una mujer que ha llegado a ese estado jamás debería mirar desde una posición inferior a alguien que la observa desde arriba—, él se fijó en las bolsas que había debajo de sus ojos y se preguntó sí Fanny se habría dado cuenta de que las tenía. No era que le interesara demasiado. Que supiera o no que tenía esas bolsas no tenía la menor importancia. Pero cuando una mujer las tenía, no debería perder el tiempo tratando de convencer a la gente de que por dentro era la misma de siempre. Sin embargo, mientras la examinaba se dio cuenta de que la ruina aún no era absoluta; todavía se percibía algún vestigio melancólico de belleza: restos patéticos, como la pureza inalterada del perfil de su nariz, y la forma de su frente, tan inteligente en potencia. Sin embargo, esas eran tan solo lamentables señales de lo que su rostro había sido alguna vez, y hacían que su estado actual pareciera todavía peor.

—Me preguntaba si podrías echarlos por mí —dijo Fanny.

—¿A tus sirvientes? ¿Yo? —Fue cuanto Lanks pudo preguntar, tan inmensa era su sorpresa.

La miró fijamente con el mismo disgusto y envaramiento con que había mirado a su hinchado mayordomo. Que lo hubieran hecho acudir a Charles Street con ese cometido, a él, el miembro más ocupado y distinguido del colegio de abogados, realmente lo dejó estupefacto.

—O… —se apresuró a añadir Fanny al darse cuenta de su sorpresa— o

podrías quedarte a mi lado mientras lo hago yo, ¿te parece, Perry? Es tan doloroso tener que echar a la gente —dijo—. No lo he hecho nunca y lo cierto es que casi todos…

¡Nunca lo había hecho! A él, a quien en esos días ya casi nada le divertía, tal comentario, aunque amargo, le hizo gracia. Fanny tenía mucha práctica en eso de echar a la gente de su vida. No era posible que hubiera perdido tanta destreza. Lanks entendía que fuera más desagradable echar a los sirvientes que a los pretendientes porque los sirvientes atendían las necesidades de sus señores, mientras que los pretendientes, transcurrido un tiempo, tan solo daban problemas, pero a alguien tan experimentado como Fanny no podía resultarle demasiado difícil. Además, ¿no tenía una secretaria, si no se atrevía a hacerlo ella misma?

Le preguntó si la tenía y Fanny respondió que sí, pero que ella también detestaría hacerlo.

—¿Y no tienes…?

Lanks sabía que no tenía marido. Aunque alejado de los enredos que sucedían en el mundo, atrapado en el trabajo, sin salir a la calle, si Fanny se hubiera vuelto a casar, él se habría enterado. Habría aparecido en *The Times*. Al pasar las páginas para llegar a las noticias del mercado de valores, su nombre le habría llamado la atención, pues, al fin y al cabo, hubo un tiempo en que significó mucho en su vida.

Mientras tanto, Fanny pensaba: «Qué duro te has vuelto, cuánto has cambiado». Si ella había cambiado por fuera, él lo había hecho por fuera y por dentro, lo cual era doblemente grave. Por un instante, le pasó por la cabeza una imagen del interior de Lanks: un interior lleno de bocas, todas con las comisuras torcidas hacia abajo, y se preguntó si no habría estado siempre lleno de bocas, y ella no las había visto porque en el pasado habían estado ocultas bajo capas de amor.

Amor. Lo miró, y él le devolvió la mirada desde arriba. ¿Era posible, pensaron ambos, que se hubieran amado alguna vez? En la expresión de los ojos de Lanks, que la contemplaban con tanta frialdad, Fanny se dio cuenta por primera vez de cómo debía verla la otra gente. Una semana o dos antes había llorado al ver su rostro en el espejo tras una noche en vela, antes de arreglarse; ahora, después de haber dormido, ya arreglada, veía en los ojos de él, y a través de él en los ojos de todo el mundo, que su belleza se había agotado y desaparecido para siempre.

—Perry… —dijo, olvidándose de los sirvientes, olvidándose de la razón por la que estaba allí, pensando solo en el oscuro mar de su futuro, por el

que no tendría más remedio que navegar, ola tras ola, a solas, adentrándose en la noche que la esperaba—. Perry, tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De un puñado de sirvientes, querida Fanny? —respondió él. Y estaba a punto de decirle para animarla, pues le desagradaba sobremanera la idea de tener que echarlos en su lugar, que una mujer de su clase, de su carácter y su temple no debería sentir miedo, cuando ella lo interrumpió.

—No, no, no. Los sirvientes no son nada comparados con… comparados con…

Entonces, mientras él mantenía su mirada escrutadora, Fanny comenzó a estrecharse y a soltarse las manos, e inclinándose hacia delante, añadió:

—Oh, Perry, ¿no te das cuenta? ¿No te das cuenta de lo espantoso, de lo aterrador que es para alguien que lo ha tenido todo asumir de repente que no tiene nada? ¿Nada, nunca más? ¿Y que, eso, con el paso del tiempo solo puede empeorar?

Lanks estaba desagradablemente sorprendido.

—Mi querida Fanny, si ese nada es realmente nada, no es posible que la situación empeore —dijo con tono glacial, porque aquellas palabras solo podían significar lo que él había temido en un principio: Fanny quería que le dejara dinero. Y si él lo hiciera y ella lo aceptara, sería una deshonra para ambos, ¿no? Por supuesto, se respondió con firmeza. El recuerdo de lo que una vez había sido un idilio maravilloso no debía envilecerse con algo como el dinero.

—Oh, sí, sí puede —le aseguró ella, retorciéndose las manos, al parecer presa de las emociones. Era lamentable que las mujeres mayores mostraran sus emociones, pensó Lanks, mientras la miraba. Cuando aparecían las arrugas, ya solo tenía cabida la dignidad. Y ahora pronunciaba la palabra que él había estado temiendo.

—La quiebra —dijo Fanny, retorciéndose las manos—. La quiebra más absoluta. Mayor a cada momento que pasa.

A oídos de Lanks, esa era una palabra de lo más desagradable, y especialmente censurable en boca de los amigos.

—Mi querida Fanny —comenzó con tono severo—, la quiebra no puede hacerse mayor a cada momento. Quien ha quebrado, ha quebrado. No hay grados.

—Oh, ¡sí los hay! —gritó ella, y le dijo con mucho ímpetu que no solo había grados sino que cada grado que se alcanzaba era peor que el anterior. A lo cual, como todo aquello le parecía un disparate, Lanks respondió:

—Mi querida Fanny.

Miró de nuevo el reloj, creyó que podía regalarle cinco minutos más de su tiempo y, pellizcándose el labio inferior, llegó a la conclusión de que la fiesta que había dejado la casa llena de basura había sido la última muestra llamativa de su imprevisión. Lanks sabía que la desesperación hacía que la gente se volviera despreocupada, que derrochara sus recursos en el momento en que incluso un chelín era valiosísimo; después de lo cual, como al parecer era el caso de Fanny, esperaban que sus amigos los sacaran de las dificultades. En particular las mujeres se comportaban como unas lunáticas con el dinero cuando no tenían un marido que se lo quitara de las manos. Si alguna vez, pensó, porque esa era una idea que a lo largo de su carrera se le había ocurrido con frecuencia, hubo un grupo de seres humanos que necesitaran maridos, ese era el de las mujeres.

Y al pensar en la palabra maridos, se le ocurrió una vía para salir de la situación dolorosa y amenazante en la que se encontraba.

—Pídeselo a Skeffington —dijo, con la voz decidida de alguien que de repente lo ve todo claro—. Si lo prefieres, lo haré yo.

¿Skeffington? Fanny dejó de mecerse —durante los últimos minutos se había mecido en la silla— y lo miró fijamente.

—¿Que se lo pida a Skeffington? —preguntó—. ¿Te refieres a Job? ¿Que le pida qué?

—Ayuda. Ya sé que ha perdido mucho dinero, pero sus consejos podrían resultarte valiosos. Mi querida Fanny, él es el hombre a quien debes acudir. Por supuesto, legalmente no puedes exigirle nada, pero tal vez teniendo en cuenta que estuvo casado contigo… Estoy dispuesto —prosiguió, mientras ella seguía mirándolo fijamente en silencio—, si tú no quieres escribirle, a hacerlo por ti. Ya sé que hace muchos años que os divorciasteis y es probable que él haya creado otros lazos hace ya tiempo, pero aun así…

Fanny se levantó. Aún en silencio, se dirigió hacia la ventana, miró un momento las caballerizas, y después regresó a su sitio. Al volverse vio que Lanks estaba sacando de nuevo el reloj.

—Perry… —comenzó, y se detuvo.

Había estado a punto de decir que el mundo estaba lleno de malentendidos, y de contarle que el día anterior una mujer la había tomado por prostituta, y que ahora él creía que lo había llamado para pedirle dinero… pero se detuvo, no solo por culpa del reloj que ese hombre no dejaba de mirar, sino porque se temía que las palabras no servirían de nada.

Palabras, palabras. Todas las palabras del mundo no conseguían, ni por asomo, un mínimo acercamiento por parte del otro cuando ya no había un interés personal, cuando ya tenías arrugas, cuando la belleza había desaparecido hasta el punto de que parecías una extraña. Lo mejor sería despedirse de Perry. Lo mejor sería apartarlo de su vida definitivamente, junto con Dwight, Conderley y Miles. Pero qué reconfortante… ¡qué sumamente reconfortante habría sido que, creyendo que necesitaba dinero, se hubiera mostrado encantado de poder prestarle un poco!

En fin, no importaba. No podía evitarlo. Lanks era aquello en lo que la vida lo había convertido. Y ella tenía parte de culpa, porque, si se hubiera casado con él, ¿quién sabe si las comisuras de sus labios no estarían ahora arqueadas hacía arriba?

Esa ocurrencia estuvo a punto de hacerle sonreír, y Lanks, al ver que su expresión se relajaba, se sintió un poco más tranquilo. Además, Fanny guardaba silencio, y una mujer que guarda silencio es siempre mejor que una que no lo hace.

Más tranquilo aún se sintió cuando ella dijo con aquella mirada burlona que él recordaba, aunque, si bien en el pasado había sido tan encantadora, ahora tenía un aspecto extraño en ese rostro transformado:

—No te preocupes… Aún tengo dinero suficiente para salir adelante.

—Entonces, querida, ¿por qué me has dicho que estás en quiebra?

—Porque lo estoy. Pero no en el aspecto económico. Tengo dinero de sobra gracias a la asignación de Job. Pero hay otras formas de quiebra —dijo, y entonces él volvió a sacar el reloj, temiendo aburrirse todavía más—. Oh, Perry, ¡estoy harta de ese reloj! —exclamó—. Deja de mirarlo de una vez, por favor. Sé que tienes prisa por llegar a tus citas y te agradezco muchísimo que hayas venido a verme. He sido una estúpida por molestar a un hombre tan ocupado como tú. En realidad, puedo arreglármelas sin problemas con la señorita Cartwright… para arreglar lo de los sirvientes, quiero decir, así que, por favor, no te preocupes.

Le tendió la mano. Absolutamente aliviado, Lanks se la estrechó casi con afecto. Qué agradable que, al final, la gente no pidiera nada; aunque ahora que sabía que no necesitaba dinero, lamentaba no haberse mostrado más dispuesto a ayudarla, en lugar de haberle hablado de Skeffington.

—Bueno, entonces adiós, querida Fanny —dijo agradecido—. Da la casualidad de que hoy estoy muy ocupado. Pero si piensas que…

—No pensaré nada —respondió ella, acompañándolo a la puerta—. Actuaré.

—Ah, sí. Sin duda, esa es la actitud adecuada. Como en los viejos tiempos, ¿verdad? —agregó él, mirando a su alrededor antes de salir… qué maravilla encontrarse ya tan cerca de la puerta, pensó.

—Verdad —respondió Fanny.

—¿Jugamos una partida de ajedrez? —preguntó Lanks con tono jocoso al fijarse en la mesa en que solían jugar, aún en el mismo sitio.

—Juguemos —dijo Fanny con una sonrisa, e hizo sonar la campanilla.

Al llegar a la puerta Lanks se detuvo.

—En serio, Fanny, si hay algo que pueda hacer…

—Sí, sí. Es muy amable por tu parte —le agradeció ella.

Entonces apareció Manby.

—Bueno, adiós, Fanny.

—Adiós, Perry.

Y eso fue todo.

VIII

Eso fue todo.
Mirando fijamente la puerta cerrada, al otro lado de la cual Lanks corría escaleras abajo como un colegial sin deberes, Fanny sospechó por primera vez que el destino se había propuesto hacer de ella un hombre. Un tanto desagradable, pues no era un hombre, pero ¿qué otra cosa podían significar esos reveses fulminantes que recibía uno tras otro, salvo que debía aguantar de pie con dignidad y afrontar como un caballero que todo desaparecía con el tiempo?

Si eso fuera así en realidad, lo primero que debería hacer era dejar de aferrarse a los hombres de una vez por todas. Esos hombres que en el pasado habían sido sus amantes se habían convertido en sombras; aunque era deplorable que los amantes acabaran siendo sombras, aún lo era más intentar aferrarse a ellas. Ella no lo haría. Sería un hombre. Aunque, si tenía que acabar convertida en un hombre, le parecía una terrible pérdida de tiempo haber comenzado la vida siendo lo contrario.

Sin embargo, haciendo acopio de su orgullo, ánimo, valentía y espíritu —los atributos que Lanks le había pedido que recordara, atributos que Fanny, a quien le gustaba la comodidad, las cortinas corridas, y que nadie se preocupara por ella, habría preferido dejar a los hombres de verdad—, se acercó a la mesa, descolgó el auricular y comenzó su carrera en pos de la virilidad ocupándose ella misma de sus asuntos.

Sus asuntos en esos momentos eran sin duda los sirvientes.

—Con la señorita Cartwright, por favor…

Tenía que hacer algo al respecto, y pronto. De Lanks se olvidaría cuanto antes, porque —al haberse olvidado de muchos en el pasado, aunque a ellos no les hubiera gustado en absoluto— sabía muy bien que no había nada como olvidarse de la gente para evitar resentimientos. Y Fanny estaba

decidida a no sentir resentimiento. De hecho, se lo tomó tan en serio que, mientras esperaba con el auricular pegado a la oreja, estuvo a punto de dedicarle una bendición de despedida, aunque breve, al que había sido su querido Perry y que se había convertido en, y ya sería para siempre, simplemente Lanks, pero no logró pronunciarla…

—Oh, ¿señorita Cartwright? ¿Cómo? ¿No es la señorita Cartwright? Por favor, ¿podría pedirle que se pusiera al teléfono?

… Por lo que decidió que sería mejor olvidarse también de las bendiciones que pudiera recibir.

Pero si Lanks, y el amor, y la bondad, y absolutamente todo lo demás, como le parecía en ese momento de ánimo altivo, habían desaparecido de su vida, no veía razón por la que los sirvientes debieran desaparecer también. El problema de encontrar a la persona indicada para decírselo se solucionaba no diciéndoselo. Los perdonaría. Mucho antes de que la señorita Cartwright se pusiera al teléfono, Fanny ya había decidido que los perdonaría. Primero los amonestaría severamente, incluso con fiereza; después, una vez amonestados, los perdonaría. Era tan sencillo, tan fácil, agradable y sin duda natural, eso de perdonar. En su lugar, ¿no habría sentido también la tentación de divertirse si la vieja gata —o el viejo gato, corrigió, considerando las intenciones del destino— se hubiera ausentado de casa? En cualquier caso, no le cabía la menor duda de que el perdón era siempre la mejor opción, y nada la induciría a copiar los métodos disciplinarios de Job.

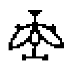
Entonces interrumpió su pensamiento.

—Hola, Job, ¿de nuevo por aquí? —dijo en voz alta, con el auricular pegado a la boca; abajo, en la oficina, la señorita Cartwright se lo había llevado apresuradamente a la oreja, porque Job estaba, o esa era la impresión que daba, al lado de Fanny, mirándola con reproche, pobre Job, mirándola como si tratara de decirle: «¿Qué me dices de los métodos disciplinarios que aplicaste conmigo? ¿Y desde cuándo, mi querida Fanny… (al menos no la había llamado “mi querida mujercita”), estás segura de que el perdón es siempre la mejor solución?».

—Bueno, ahora mismo no puedo explicártelo —respondió, de nuevo en voz alta, y de nuevo al teléfono, pero sin la impaciencia que habría demostrado antes de la humillante visita de Lanks. Después de la mirada gélida y penetrante de Lanks, de la mirada de un hombre que solo deseaba desaparecer, la insistencia de Job en reaparecer le resultaba casi agradable. Al menos a él le gustaba estar con ella; aunque también Job, supuso Fanny,

si bien siempre sería distinto de los demás, y siempre tendría un *cachet* especial por haber sido el único con quien se había casado, se comportaría como los demás si la viera ahora…

—Sí, lo harías, Job —insistió, tras la aparente protesta de Job, hablando aún al teléfono.



Esos tres comentarios, sin duda dirigidos al antiguo señor de la casa, entusiasmaron a la señorita Cartwright, cuya imaginación, avivada por las respuestas sucintas que Manby daba de mala gana a sus preguntas, en los últimos tiempos se había centrado en gran medida en la figura del señor Skeffington. ¿Cómo? ¿Acaso estaba allí arriba? ¿El señor Skeffington…? ¿En casa?

—Le ruego que me disculpe, *lady* Francés —dijo con voz temblorosa y el corazón acelerado—. La verdad es que no…

—¿Me haría el favor de mandar a Soames y a la señora Denton a mi salón? —respondió la voz de su señora.

—¡Oh, ahora mismo! —exclamó la señorita Cartwright, precipitándose hacia la campanilla y haciéndola sonar con tanta violencia que un criado llegó corriendo hasta ella. Él estaba allí arriba, él, el señor de la casa, y había acudido a la llamada desesperada de la que un día había sido su esposa para solucionar el lío en que estaban metidos. Manby le había dicho que antes había llamado a alguien, antes de que la señorita Cartwright, que pasaba los fines de semana con su anciana madre en Ponders End, hubiera regresado a la casa. Habría una bronca considerable y ese grupo de sirvientes holgazanes e insolentes serían despedidos. Él estaba allí para encargarse del asunto, y si la vergonzosa orgía de la noche anterior había servido para hacerlo regresar, tal vez terminara convirtiéndose en una bendición.

A partir de las respuestas de Manby, siempre susurradas, siempre a disgusto y difíciles de sonsacar, pero llenas de contenido una vez pronunciadas, la señorita Cartwright había llegado a la conclusión de que el antiguo señor de la casa debía de haber sido la clase de hombre que ella admiraba. Un hombre justo. Un hombre duro, tal vez —porque, ¿cómo ser justo sin ser un poco duro?—, pero un hombre blando como la mantequilla cuando se trataba de mujeres. Manby le había dado a entender, casi entre dientes, con la vista baja en señal de respeto, que las mujeres eran la perdición del señor Skeffington. ¡Y cuánto le gustaban a ella los hombres

que se perdían con tal facilidad! Jamás había conocido a ninguno, pero estaba segura de que existían; y allí, en esa misma casa, veintidós años demasiado pronto para ella, había vivido uno de ellos. Veintidós años atrás ella era bastante joven. Y sin lugar a dudas, habría sido una de esas mujeres en cuyas manos el señor Skeffington se hubiera vuelto de mantequilla. Y tal vez aún… ¿quién podía saberlo?

Exultante y entusiasmada agitó la campanilla, y apenas fue capaz de esconder su alegría cuando le dijo al criado que avisara a los dos principales culpables. Ella misma les comunicaría el mensaje de su señora. Quería ver cómo se lo tomaban esos dos a quienes tanto detestaba. Soames siempre se había comportado como si fuera su igual, y como los inicios de ambos habían sido similares, tal actitud la molestaba enormemente. Sin lugar a dudas, la señora Denton dejaba que fuera su segunda o tercera ayudante quien se ocupara de las comidas, y como la única alegría en su insulsa existencia era la comida, naturalmente eso también la molestaba.

Ahora, sin embargo, estaban a punto de saldarse las cuentas pendientes.

—Subid ahora mismo al salón de la señora —dijo con tono brusco.

En cuanto salieron corriendo de la habitación, o más bien temblando, convertidos ambos en una masa pálida y gelatinosa, la señorita Cartwright comenzó a preparar y sacó de la caja fuerte con entusiasmo todo lo necesario para su inminente despido: el talonario abierto, las tarjetas del seguro selladas, los certificados de trabajo rellenados y las referencias originales que habían traído consigo, que después de lo que habían hecho la noche anterior no valían ni el papel en que estaban escritas.

Entonces se puso cómoda y esperó; esperó y esperó, y no sucedió nada. Al principio se hizo un silencio, una sensación de inmovilidad en toda la casa que le recordó el día del Armisticio, porque todo el personal contenía la respiración a la espera de que el juicio se precipitara sobre las dos cabezas que aguardaban en la habitación del destino en el piso superior; pero mucho antes de que la señorita Cartwright, que esperaba que sonara su teléfono, empezara a hacerse preguntas, y de las preguntas pasara a los nervios, la casa comenzó a animarse, a producir ligeros movimientos del trabajo retomado con agradecimiento.

La señorita Cartwright escuchó esos sonidos familiares con creciente inquietud. ¿Habría habido complicaciones? ¿Debería llamar ella misma y fingir que le había parecido que su señora la llamaba, para al menos oír el tono de su voz y tratar de adivinar…?

No. No tenía el valor suficiente para hacer eso; cuando al fin,

totalmente agitada, se dirigió al salón para comprobar si veía a alguien con aspecto de que hubieran despedido a sus compañeros, la primera persona a la que vio fue a Soames en mangas de camisa, diligente y concentrado, colocando, como siempre, los periódicos sobre la mesa. Por su actitud era evidente que se desvivía por su trabajo, como también lo era, si bien a la señorita Cartwright le resultaba imposible de creer, que lo habían perdonado.

—¿Hay alguien arriba con *lady* Frances? —preguntó vacilante, sin saber qué pensar, con una voz muy distinta a la que había utilizado media hora antes para ordenarle que fuera a ver a su señora.

—No, señorita Cartwright. No que yo sepa —respondió Soames con deferencia, deteniéndose un momento para volverse educadamente.

Entonces no era posible que el señor estuviera allí. Debía de haberlo soñado. Debía de tener al señor Skeffington metido en la cabeza.

Temblorosa, confusa, sintiendo que, de algún modo, la justicia se había desmoronado, dio media vuelta, y cuando vio a través de la puerta abierta del salón a Manby colocando un cuenco de rosas en la mesa, entró a hablar con ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, cerrando la puerta rápidamente y apoyando en ella la espalda para que no entrara nadie. No podía ser cierto que Soames, que la señora Denton, que todos ellos se hubieran librado del castigo.

—¿Qué ha pasado, señorita?

Manby le dirigió una mirada de incomprensión, de incomprensión intencionada, porque en los últimos tiempos comenzaba a estar harta de tantas preguntas sobre el matrimonio de su señora, y no estaba segura de haber hecho bien respondiéndolas.

—¿No hay nadie arriba?

—¿Arriba, señorita?

—¿Con *lady* Francés? Me pareció oír a un caballero…

—Sería *sir* Peregrine Lanks, señorita Cartwright —respondió Manby, colocando tranquilamente una rosa—. Ha venido a ver a la señora y se ha marchado hace un rato.

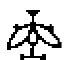
—¿Y Soames? ¿Y la señora Denton? ¿Es que no va a despedirlos?

—No por esta vez, señorita. Por esta vez los ha disculpado —aclaró Manby—. Aquí somos todos unos santos —añadió, inclinándose sobre las rosas para ocultar la desaprobación que se dibujaba en sus labios, generosos y respetables.

La señorita Cartwright la observó en silencio. Las situaciones en que se eludía con tal facilidad la justicia la dejaban sin palabras. Y que al final resultara que el señor no estaba en la casa…

—Lo que nos hace falta es un hombre que no nos quite el ojo de encima —dijo al fin, resentida y decepcionada, cuando recuperó el habla.

Manby pensaba lo mismo. Llevaba veinte años pensándolo. Pero no iba a decírselo a la señorita Cartwright.



Entonces comenzó una etapa dura para Fanny, porque resulta incómodo vivir en una casa llena de gente que ha recibido el perdón. Solo con un severo control sobre sí misma, repitiéndose que su presencia era necesaria para prevenir nuevas recaídas, fue como logró mantenerse firme y resistir la tentación de regresar volando a su vida irresponsable en el Claridge. Sentía mucha lástima por los pobres empleados a los que había perdonado. En el fondo lamentaba profundamente haber regresado a casa sin avisar y haberlos descubierto. Se daba cuenta de que el hecho de volver a casa sin avisar y poner a la gente en la apabullante situación de tener que ser perdonada era un error. Y se preguntó cómo lo hacía Dios, que tenía que perdonar prácticamente a todo el mundo, para seguir mirando a la gente a la cara.

Ella no podía. Se pasaba el día evitando miradas. Cuando daba una orden, evitaba la de Soames y la de la señora Denton. Volvía la cabeza cuando los criados, en lugar de caminar, corrían a abrirle la puerta. Se sonrojaba por las ansiosas disculpas de su ama de llaves por descuidos insignificantes en los que ella ni siquiera se había fijado. Dolorosa; la situación le resultaba dolorosa, y Fanny vivió en un agudo estado de vergüenza hasta que, hacia el final de la segunda semana, tras percibir pequeñas señales, se dio cuenta de que todos ellos se estaban recuperando, y de que ella lamentaba la situación mucho más que sus criados.

Era cierto que, después de haberse sentido avergonzados en exceso, durante la segunda semana los sirvientes se habían dado cuenta de que era absurdo lamentarse indefinidamente y comenzaron a animarse, para gran escándalo de la señorita Cartwright, quien consideraba que esa animación era prematura y los habría tenido de rodillas durante al menos un año.

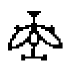
—Lo que les hace falta —dijo de nuevo a Manby, introduciendo una pequeña variación en la fórmula— es un hombre que no les quite el ojo de

encima.

Sí; eso era lo que Soames necesitaba, lo que todos necesitaban, incluida ella, añadió la señorita Cartwright para sí, pinchando nerviosamente el papel secante con la pluma estilográfica. Trabajar para otra señora no era la idea que tenía de una tarea satisfactoria. La noche anterior había soñado algo maravilloso, realmente maravilloso; había soñado que había un hombre que no le quitaba el ojo de encima. ¡Qué agradable sería! Y a juzgar por la descripción que Manby le había hecho del señor Skeffington…

—¿Sí, *lady* Francés? ¿Hay algo que pueda…?

La señorita Cartwright dio un respingo, pues su señora acababa de entrar en la habitación.



Daba la impresión de que su señora estaba siempre peregrinando de una habitación a otra. Tiene muy poco que hacer, la criticaba en privado la señorita Cartwright, a quien las mujeres ricas y ociosas le resultaban cada día más desagradables. No le importaba que los hombres fueran ricos. Al contrario, le gustaba, y cualquier momento sería bueno para conocer a unos cuantos, pero las mujeres nunca eran ricas por méritos propios, y siempre debían su riqueza, como en el caso de su señora, a algún hombre enamorado y blando como la mantequilla. Sin embargo, en esa ocasión había un motivo para la visita de su señora. Por lo general no parecía haber ninguna. Solía pasearse de un lado a otro, esbozaba el contenido de una carta o dos que quería que le escribieran, echaba un vistazo a su lista de compromisos, preguntaba —eso a partir de la fiesta— a la señorita Cartwright si no le parecía que tenía demasiados sirvientes para ella sola, y cuando esta le respondía con prudencia: «En realidad, la casa es grande», ponía gesto pensativo y no decía nada. Pero en esa ocasión entró para decirle que le extendiera un cheque por valor de veinte libras, y la señorita Cartwright, que estaba pensando con afecto en el señor Skeffington y no se esperaba su entrada en la habitación, sacó el talonario del cajón con manos poco firmes, aunque no sabía por qué no habría de pensar afectuosamente y tan a menudo como quisiera en el señor Skeffington, quien hacía tantos años que había dejado de pertenecer a su señora.

—¿Qué nombre debo escribir, *lady* Francés? —preguntó, porque Fanny no se lo había dicho. Había que escribir algún nombre. Era inútil extender cheques si no era a favor de alguien. Entonces se dio cuenta, no sin cierta

sorpresa, de que se estaba volviendo un poco impaciente con su señora. Un hábito fatal, por supuesto, si tuviera la intención de quedarse a su lado. Pero no la tenía. En cuanto encontrara un buen puesto con un próspero hombre de negocios se marcharía de esa casa. Un buen cargo. Un buen cargo y múltiples oportunidades.

—Ah, sí. Extiéndalo a nombre de la señorita Hyslup. La señorita Muriel Hyslup —dijo Fanny—. Le he escrito una carta que acompañará al cheque, y me gustaría que se la hiciera llegar esta tarde.

—Desde luego, *lady* Francés.

—Solo que no sé la dirección.

La pluma de la señorita Cartwright se detuvo. Un hombre, un hombre, pensó.

—Vive en algún lugar de Bethnal Green —añadió Fanny.

La señorita Cartwright esperó, esforzándose por ser paciente.

—Pero no sé dónde.

La señorita Cartwright resistió el impulso de soltar la pluma y reclinarse en la silla con resignación.

—Cuando estuve allí era de noche. Tal vez a la luz del día…

Fanny se interrumpió, sorprendida por la expresión en el rostro de la señorita Cartwright. ¿Dónde había visto antes esa expresión de resignación impacientemente paciente? Ah, sí, por supuesto: Lanks. Ahora era la señorita Cartwright quien la tenía. Qué angustioso pensar que ella, Fanny, fuera la clase de persona que provocaba resignación en los demás.

Para despertarla, porque parecía sumida en la distracción, la señorita Cartwright sugirió que tal vez pudiera darle alguna pista sobre la parte de Bethnal Green donde podría encontrar a la beneficiaría; después de mirarla un momento mientras reflexionaba, Fanny respondió que buscara a su hermano, un sacerdote con sotana; todo el mundo sabría dónde vivía, porque se subía a sillas en medio de la calle y daba sermones.

—Es importante que vea a la señorita Hyslup en persona y me traiga su respuesta. Podría decirle… sí, por favor dígale que deseo de todo corazón que su respuesta sea un «Sí».

—Desde luego, *lady* Francés.

—Y será mejor que tome un taxi. Espere un momento… ¿Qué tengo que hacer esta tarde? Quizá Griffiths podría…

La señorita Cartwright abrió la agenda de Fanny.

—Almuerzo con la señora Pontyfridd y *lady* Tintagel —leyó.

—Sí. Se han invitado ellas mismas. No sé por qué.

—El señor Pontyfridd a las cinco.
—Sí, quiere hablar conmigo de algo, no sé de qué.
—Y esta noche…
Pero Fanny no estaba interesada en esa noche, y le dijo a la señorita Cartwright que como se quedaría en casa todo el día y no necesitaría el coche, sería mejor que Griffiths la llevara a Bethnal Green, pues él sabía el camino, al menos hasta la silla donde habían encontrado al sacerdote; entonces sonó el teléfono de la mesa, y tras descolgarlo, la señorita Cartwright mantuvo la siguiente conversación, de la que Fanny solo pudo oír la parte que se pronunció en su presencia:
—¿Dígame? ¿Con quién hablo, por favor?
—Hola, querida.
—Fe habla la secretaria de *lady* Francés Skeffington.
—Entonces hola, pequeña.
—¿Desea hablar con *lady* Francés?
—Eres una chica muy lista, ¿verdad?
—¿Desea dejar un mensaje?
—¿Cómo, ya ha salido? Esperaba encontrarla en la cama.
—¿Sería tan amable de decirme su nombre?
—Oye, tú no eres *black*, ¿verdad?
—¿Black? —repitió la señorita Cartwright.
—¿Black? —repitió Fanny—. No conozco a ningún Black. Cuelga.
La señorita Cartwright, sonrojada, colgó el auricular.
—Y esta noche… —comenzó de nuevo, hojeando su agenda.
Pero como quien había llamado era *sir* Edward Montmorency, caballero comandante de la Orden de San Miguel y San Jorge —cronológicamente, el que había seguido a Conderley y quien sedujo a Fanny con su atractivo físico y su irreverencia—, recién llegado de la cálida isla que había gobernado en el Pacífico, no iba a resultar fácil librarse de él, al menos no durante mucho tiempo.

En aquella cálida isla, y en otras igualmente cálidas, había pasado años gobernando con éxito y jovialidad a gran cantidad de negros; con jovialidad, pese a la fuerte aversión física que le causaban, pues era la clase de persona que siempre saca el mejor partido de las situaciones, y con éxito, ya que en el fondo era muy parecido a ellos: un hombre simple, propenso a la alegría, a las demostraciones, sin motivo aparente, de buen humor; tarareaba, silbaba e incluso correteaba por las muchas galerías de su casa en lugar de caminar por ellas. Tal actitud, tan similar a la de los negros, le había servido

para granjearse su cariño, y tanta popularidad y tanto poder habían terminado por hacerle creer que era Dios Todopoderoso.

Una creencia que se vuelve un tanto extraña cuando ya se ha alcanzado la edad de la jubilación. En su club de Londres, la gente reconocía tan solo a un Dios. Para los camareros, él no era más que el caballero calvo que se sentaba junto a la ventana. El futuro le deparaba desagradables altercados con los taxistas. Y no cabía duda de que a Edward le esperaban aún muchos otros problemas. Pero esa primera y feliz mañana de su regreso, cuando tras veinte años comiendo papayas se reencontró con un impecable desayuno a base de huevos con beicon, se sentía feliz y sano como una manzana, según sus propias palabras. No se estaba nada mal en la vieja Inglaterra, se había dicho, mientras recorría con paso tranquilo la habitación del hotel en espera de una llamada de Charles Street. Era fantástico haberse encontrado con aquella niebla tan espesa. Fantástico sentir aquel frío tan cortante. Fantástico reunirse con…

—Ah, aquí está…

Edward corrió al teléfono y se embarcó en esa conversación que comenzó con un «Hola, querida» y terminó cuando al otro lado colgaron el auricular.

Poco acostumbrado a ese trato, poco acostumbrado, en los últimos veinte años, a recibir nada que no fuera adulación, Edward se preguntó sorprendido si de verdad una triste secretaria se creía capaz de impedirle hablar con quien quisiera, por lo que la señorita Cartwright apenas había terminado de leer la anotación de la agenda cuando ahí estaba Edward llamando de nuevo.

—¿Dígame? ¿Con quién hablo, por favor?

—Con el mismo sujeto bondadoso de hace un momento —respondió Edward, conteniéndose, porque era su primer día en Inglaterra y no quería enfadarse—. No he cambiado en nada desde nuestra última y amena conversación.

—Lo lamento, pero se equivoca de número. Aquí no vive nadie llamado Black.

A Edward se le subió la sangre a la cabeza. ¿Black? ¿Quién quería hablar con ningún Black? Maldita joven, pensó, mientras llamaba por tercera vez, porque después de ser Dios Todopoderoso en lugares cálidos, al menor contratiempo la sangre se le subía a la cabeza.

En esa ocasión la señorita Cartwright reconoció la voz y, cubriendo al auricular con la mano, dijo: «Es el hombre que pregunta por alguien

llamado Black. Parece… ¿Qué quiere que haga, señora? ¿Desconecto el teléfono un rato?».

Fanny asintió y a continuación, cuando la conciencia alterada de Edward hubo asumido la desconexión, se produjo la llegada de un mensajero con un enorme ramo de rosas y, antes de que Fanny hubiera terminado de observarlas, maravillada porque aún le llegaran flores, también la de Edward.

A lo largo de las cálidas noches de los últimos meses de su exilio, Edward había hecho planes para su futuro, y esos planes incluían, o más bien dependían, de su boda con Fanny. Su querida y dulce Fanny; ya no sería la de entonces, por supuesto, pero al menos era blanca y no estaba pegajosa. Después de las gordas nativas, grasientas a ojos vistas, con aquella horrible y resbaladiza resistencia al tacto, como serpientes calientes, casarse con Fanny tendría el efecto de un baño frío. Maravillosas, las frías mujeres de Inglaterra, pensaba Edward, revolviéndose bajo la mosquitera. Mujeres frías, limpias, frágiles, delicadas, ¡tan distintas de aquellas obesas! Había llegado a odiarlas: tan negras, grandes y resbaladizas. Al principio, el hecho de que hubiera tantas le había resultado más bien divertido; era una cuestión de mero abastecimiento. Sin embargo, salvo en momentos de desesperación, llevaba años sin acercarse a una de esas mujeres, y no veía el día en que pudiera abandonarlas para siempre, regresar a casa y casarse con alguien que fuera lo opuesto a ellas.

Aun así, solo un optimista, un hombre de carácter sumamente animado, incapacitado para la reflexión y acostumbrado durante años de poder a conseguir lo que deseara, podría haber supuesto con tanta tranquilidad que se casaría con Fanny. En los viejos tiempos Fanny se había negado rotundamente a casarse con él, pero eso, si bien lo recordaba a la perfección, lo dejaba frío, porque los viejos tiempos no eran esos tiempos, y a los cincuenta años una mujer haría cosas que no habría hecho a los treinta, y las haría con alegría y satisfacción. Edward le había seguido los pasos. Lo sabía todo acerca de Fanny: sabía que después de terminar con su judío no se había vuelto a casar, que seguía viviendo en Charles Street y, por tanto, seguía siendo una mujer adinerada, que en los últimos tiempos había estado tan enferma que por poco estira la pata y que al cabo de pocos días celebraría su quincuagésimo cumpleaños. De modo que llegado ese momento, después de haber hecho lo que quería y, con toda probabilidad, de haber cometido todos los disparates que había tenido ocasión de cometer, debía de estar tan dispuesta como él a sentar la cabeza. Él tenía

sesenta años. Ninguno de los dos tenía tiempo que perder. Ambos habían alcanzado una edad en la que, si deseaban casarse, era mejor hacerlo cuanto antes. Y Edward no veía razón alguna por la que él y Fanny no debieran hacerlo. Incluso tal vez se casaran el día del cumpleaños de Fanny, lo cual sería sin duda de lo más chic; y después Edward abrazaría la vida con ella, preparado para, durante el resto de sus días, amar y respetar lo que aún quedara por amar y respetar tal como un buen marido, no muy joven, pero tampoco tan mayor como lo sería algún día, debería hacerlo. Un plan admirable, consideraba Edward. Un plan de primera. Ambos saldrían beneficiados. Fanny tendría a alguien que la cuidaría de manera constante y entregada, y él podría hacer frente a sus deudas.

Así pues, con gran decisión, negándose a que una secretaria malbaratara sus planes, acicalado, bien lavado y afeitado, como corresponde a un hombre que alberga la esperanza de besar a una mujer dentro de poco tiempo, llegó a casa de Fanny inmediatamente después que sus rosas; cuando vio a Soames rondando por el salón interior, se abrió paso haciendo a un lado al criado y se dirigió directamente a su viejo amigo. Qué magnífico ver de nuevo al viejo Soames. Cuán fácilmente podría haber estado muerto o haberse roto el vínculo. Algo hinchado por la parte inferior del fajín, pero bastante reconocible.

—¡Hola, Soames! —exclamó, avanzando con gesto amistoso, quitándose él mismo el abrigo para no perder ni un segundo—. ¿Aún con la señora?

Soames se preguntó quién podía ser aquel hombre tan desenfadado y, con cautela, respondió que sí.

—Bien, bien. No hay nada como conservar el trabajo de siempre. ¿Dónde está? —preguntó. Y lanzándole el sombrero al criado, hasta hacía poco un jugador destacado del equipo de su pueblo, que el joven atrapó con habilidad, Edward se tiró del chaleco, se ajustó la corbata, se acomodó el cuello de la camisa, se frotó las manos y se sintió listo para lo que fuera.

—Dudo que haya alguien en casa, señor —dijo Soames con frialdad.

A Soames no le importaba que hubiera lanzado el sombrero, ni que al joven criado le hubiera divertido el gesto. El salón de su señora no era la terraza de un bar. ¿Quién sería ese caballero brioso y calvo?

Si bien Edward reconoció a Soames, este no reconoció a Edward. Tras años tostándose al sol de los trópicos, chamuscándose bajo sus rayos implacables, Edward estaba seco como la paja y calvo como una bola de billar. Soames jamás había visto a nadie tan calvo como él, salvo tal vez

algún recién nacido. De ese modo peculiar en que los sirvientes lo saben casi todo, sabía que en los últimos tiempos su señora daba gran importancia al cabello, así que consideró que era una pérdida de tiempo que un hombre que no tenía un solo pelo en la cabeza intentara que lo recibiera. El caballero tendría que haberle hecho esa visita mucho antes, cuando la pérdida aún no era tan grave. Debería haber ido diez años atrás; tal vez quince. Era más considerado acompañarlo hasta la puerta antes de que la señora hiriera sus sentimientos, decidió Soames, quien, en consecuencia, comenzó a dirigirse al recibidor al tiempo que hacía señales al criado.

Edward se puso autoritario.

—No quiero ver a alguien. Quiero ver a la señora de la casa. Ve a llamarla —ordenó.

Sin embargo Soames, poco acostumbrado a la autoridad ahora que hacía tantos años que el señor Skeffington se había marchado, desoyó la orden y siguió avanzando y haciendo señales.

Entonces a Edward volvió a subírsele la sangre a la cabeza, tras lo cual comenzó a caminar por el pasillo, a abrir puertas y a buscar en las habitaciones.

Soames se escandalizó. ¿Cómo se atrevía ese desconocido a tocar las puertas de su señora?

—Señor, señor… —le reconvino mientras lo perseguía—. Señor, señor —le reconvino con mayor apremio, cuando el caballero, al encontrar las habitaciones vacías, empezó a subir las escaleras.

Asombrado por tal comportamiento, dudando de si debería llamar a la policía, Soames decidió actuar con decisión y agarró al intrépido desconocido por el brazo, lo cual tuvo un efecto espantoso en la sangre de Edward. ¿Cómo? ¿Qué hacía aquel gusano? Un gusano, que era blanco por casualidad y no negro, y Edward, que tenía el poder de decidir sobre su vida o su muerte, ¡cómo se atrevía a tocarlo, cómo se atrevía a intentar evitar que subiera las escaleras!

—¡Maldita sea, suéltame! —bramó, zafándose de él con violencia, tras lo cual, Soames, que en ocasiones había echado en falta una mano masculina en esa casa gobernada con indulgencia por una mujer, se volvió manso como un corderito.

—¿Qué nombre debo anunciar, señor, si encontrara a mi señora? —preguntó, recobrando el aliento, pero con tono deferente.

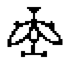
En ese momento fue Edward quien se quedó asombrado… profundamente asombrado. Y dolido, porque de algún modo le parecía muy

desconsiderado por parte de Soames, a quien él había identificado nada más verlo, que no lo hubiera reconocido.

Se detuvo. Se volvió. Lo miró fijamente.

—No me dirás que no me reconoces. No me dirás que no sabes quién soy, Soames.

—Bueno, señor, la verdad… —comenzó Soames, y entonces entró el criado, que era nuevo, que aún era sincero, que era amable, y que quería ahorrarle a su superior carreras innecesarias y, suponiendo que se le había olvidado, intervino tímidamente en la conversación para recordarle que ambos habían visto a la señora entrar en la oficina de su secretaria hacía un momento; y antes de que Soames tuviera tiempo de dirigirle una mirada gélida, Edward ya había salido disparado por el pasillo, encaminándose con paso certero hacia la puerta correcta.



Allí, en la oficina, estaba Fanny. Pero también la señorita Cartwright; como el día era oscuro y la habitación aún lo era más, solo estaban iluminadas las rosas de Edward, colocadas sobre la mesa, entre las dos mujeres y justo debajo de la lámpara de pantalla verde de la oficina. Alrededor únicamente había sombras; nada más que sombras, de modo que Edward, mirando una y otra vez a aquellas dos figuras sentadas la una frente a la otra, no tenía forma de saber quién era quién. Una de ellas era Fanny, pero ¿cuál? Un error sería fatal. Fatal que se acercara y besara —pensaba saludarla con un beso, tal como se había despedido de ella veinte años atrás— a la mujer equivocada.

Por consiguiente permaneció inseguro en la puerta y no dijo nada.

Las dos mujeres lo miraron con curiosidad. Ninguna dio la más mínima señal de haberlo visto antes, de modo que esa reacción no fue de gran ayuda. Fanny pensó que, a juzgar por su ropa y la flor que llevaba en el chaleco, debía de ser el padrino de alguien, que se había metido en la casa equivocada y buscaba desesperadamente al novio. La señorita Cartwright solo sabía que no era el hombre que esperaba para el asunto de las cortinas del salón.

Entonces a Edward se le encendió la bombilla.

—¡Fanny, cariño! —exclamó, sin salir de la sombra de la puerta, con cuidado de dirigirse a ambas con imparcialidad, sin mirar a ninguna en particular; qué idea tan brillante, pensó. Se sentía casi como Salomón,

porque entonces la que no era Fanny se levantó, recogió unos papeles y abandonó discretamente la habitación.

¡Dios! ¡Le había ido de un pelo!, pensó Edward, resoplando aliviado. Habría sido horrible que se hubiera acercado a la mujer equivocada. La correcta nunca, jamás, se lo habría perdonado. Solo de pensarlo le entraban sudores fríos. Aunque de momento todo había salido bien. La que seguía sentada a la mesa debía de ser Fanny. A primera vista le pareció un tanto decepcionante, si bien todo su cuerpo, excepto las manos, permanecía en la sombra, por lo que no podía estar seguro. Aun así, parecía haberse encogido. Pero ¿por qué debería haberse encogido?, se preguntó, ofendido. A él no le había sucedido; más bien al contrario. Decidió que no debía preocuparse. Era Fanny, la que se convertiría en su Fanny, y no debían importarle las pequeñas alteraciones. Lo que sí le preocupaba era que, al igual que Soames, no parecía reconocerlo. Aunque muy pronto lo haría, se dijo, y se acercó a ella con paso confiado y decidido, le levantó una mano que no opuso resistencia, la besó con la pasión de una feliz reunión y dijo, con lo que a él le pareció un gran tacto y aplomo: «Te habría reconocido en cualquier parte».

Fanny estaba demasiado atónita para hablar. Se quedó mirando la cabeza inclinada sobre su mano. ¿Quién era ese calvo? Sin embargo, mientras se lo preguntaba, y mientras él seguía inclinado, algo en su voz, en la forma de sus hombros, en el tacto de aquellos dedos en contacto con los suyos, la hizo retroceder en el tiempo, y entonces Fanny logró contenerse y no decir con una incredulidad que habría sido grosera: «¡Tú no puedes ser Edward!».

Desconcertada por haber estado tan cerca de decirlo en voz alta, se levantó —Edward, solícito, la ayudó, aunque no hacía falta, pero él tampoco había tenido nunca demasiado tacto—, convencida de que sería mejor estar de pie que sentada mientras un calvo que temía fuera Edward le besaba la mano; y como él aún le sostenía la mano, Fanny creyó que lo mejor, lo más normal, sería estrechársela.

De modo que le estrechó la mano.

—¿Qué tal estás? —preguntó, observando con inquietud aquel rostro. Fanny sabía que ese era un saludo inadecuado para alguien que había sido un amigo tan querido, pero sin duda su calvicie interponía una barrera entre los dos. Jamás habría sospechado ella que debajo de su maravilloso pelo ondulado siempre se había escondido algo que se parecía muchísimo a un huevo. Debía sobreponerse a esa impresión antes de poder ser natural. ¿Y si

iba mucho más allá de su cabeza y resultaba que la tenía tan vacía por dentro como pelada por fuera?

Alles Vergängliche ist nur ein Gleichniss, solía asegurarle su pretendiente alemán; y si…

—Fanny —exclamó Edward, al tiempo que le tomaba la otra mano—, no me preguntes qué tal estoy. No me digas que te has olvidado de mí.

—Pues claro que no. Eres Edward.

—Tu Edward —repuso él rápidamente, de nuevo con la agudeza, o eso le pareció, de Salomón.

Fanny lo miró sin saber si reír o llorar. ¿Qué se hacía con un hombre al que, ciertamente, había llamado con frecuencia su Edward —en los momentos tiernos de la juventud se decían cosas de lo más estúpidas— y quien, después de no ser su Edward durante infinidad de años, aparecía de repente, increíblemente cambiado pero aún convencido de que seguía siendo suyo? Además, daba la impresión de que Edward pensaba besarla. Fanny esperaba que no hiciera algo tan sumamente horrible. No solo le disgustaría en grado sumo y se sentiría incapaz de perdonarlo, sino que su instinto le decía que a él tampoco le apetecía demasiado.

—Sí, tu Edward —repitió él, convencido de que debía proceder con rapidez, y aprovechar la ocasión antes de que fuera demasiado tarde. Aunque, ¿había en realidad alguna ocasión que aprovechar? Por supuesto, se respondió Edward con decisión—. Siempre y solo tuyo, pese al modo en que me echaste…

—No me riñas por eso ahora —dijo Fanny con una sonrisa, mientras trataba de liberar las manos. Edward las estrechaba contra su pecho, y Fanny notó que no le gustaba ese contacto—. Además, te casaste poco después y fuiste feliz por siempre jamás.

—No me riñas por eso ahora —se quejó Edward, de nuevo irascible—. Y no creo que pueda decirse que fui feliz por siempre jamás, dado que ella se marchó con otro tipo.

—Inexplicable —dijo Fanny con una sonrisa.

—Verás… —comenzó Edward.

Las cosas no estaban yendo bien. Teniendo en cuenta que él hacía todo cuanto estaba en sus manos, y que estaba decidido a seguir haciéndolo durante el resto de su vida juntos, Fanny no ayudaba demasiado. ¿A qué venía decir «inexplicable», con ese tono? No le ayudaba que la mujer con la que pretendía casarse se burlara de él. De él, ni más ni menos, que seis semanas antes había tenido el poder sobre las vidas de…

Edward hizo un gran esfuerzo y consiguió frenar la tendencia de su sangre a subir. Sabía que ese no era el lugar ni el momento para mostrar nada que no fuera serenidad. Paciencia, paciencia; se jugaba demasiado para permitir que lo ofendieran. Tal vez lo mejor que podía hacer era besarla de una vez. Si bien había llegado decidido a comenzar por donde se disponía a continuar, por los besos, aún no había hecho ningún avance en esa dirección. El modo en que Fanny alejaba la cabeza de él, con tanta rigidez y severidad, lo hacía complicado. Y tampoco podía decirse que la cabeza de Fanny fuera la de antaño; no tenía sentido negarlo. No tenía sentido engañarse. Incluso en esa habitación mal iluminada se hacía evidente que no lo era. Y a cualquier hombre le quitaría las ganas descubrir una cabeza diferente…

También se las quitaría a cualquier mujer, pensó Fanny; aunque ella, que no tenía ningún plan en relación con él, habría aceptado su cabeza tal como estaba a cambio de que le soltara de una vez las manos y dejara de mirarla como si estuviera a punto de lanzarse a poseerla. Lo que dos personas mayores que se reencontraban después de tanto tiempo debían hacer, según Fanny, era sentarse tranquilamente a charlar: charlar de los amigos en común, de quién había muerto y de qué; charlar sobre el clima, charlar, incluso, si así lo decidían, de la situación europea.

Sin embargo, Edward no tenía ganas de charlar. Solo le interesaba la actividad, dar los pasos adecuados en la dirección que se había marcado; y como no estaba dispuesto a dejarse amilanar por las dificultades, estrechó aún más las dos manos que sostenía, se las colocó a la izquierda de su pecho, y dijo:

—¿Lo notas? ¿Notas eso, mi niña traviesa? ¿Notas los latidos desenfrenados?

Pero no eran desenfrenados, y, de haberlo sido, qué deshonroso para los dos, pensó Fanny. Un calvo de sesenta años, una mujer desvencijada de cincuenta… Que salieran a relucir latidos desenfrenados era indecoroso a más no poder, se dijo.

—¡Oh, Edward! —exclamó Fanny sonriente para ocultar su preocupación por la dignidad de ambos.

—No lo puedo evitar —insistió él—. Y todo por tu culpa.

—Oh, Edward —repitió ella, pero en esa ocasión no fue capaz de sonreír.

Tenía que detenerlo. Sus palabras eran demasiado indecorosas. Y peor que sus palabras era su mirada, que parecía indicar que iba a proponerle

matrimonio. Sin duda, tenía que detenerlo. Fanny sabía muy bien que, a veces, no había nada más profundamente insultante que una propuesta de matrimonio. ¿Acaso Edward pensaba que había caído tan bajo, que estaba tan falta de intereses y recursos, por no hablar de orgullo y decoro, como para aceptar a cualquiera?

—Fanny, niña mía… —comenzó Edward. A Fanny le causaba un profundo malestar que la llamara niña mía, o niña traviesa, o niña de cualquier clase—. Tú no solías repetir «Oh, Edward» todo el tiempo. ¿Qué ha pasado?

—Han pasado los años —dijo Fanny con firmeza.

—¡Los años! —se burló Edward, soltándole las manos, pero solo para agarrarla por los hombros. Entonces la agitó y la profundidad del malestar de Fanny alcanzó cotas insondables—. ¡Los años! ¡Paparruchas! Te habría reconocido…

—En cualquier parte —dijo Fanny, asintiendo, aún muy rígida y con la cabeza tan alejada como le era posible—. Sí, ya lo sé. Me lo has dicho antes.

—¿Y yo qué, entonces? Ya que hablamos de años, ¿qué me dices de los míos?

—Que tienes diez más que yo —respondió ella.

Edward tuvo que hacer grandes esfuerzos para controlar su sangre. Antes Fanny no era así. Antes era una mujer divertida, además de tan encantadora que hacía llorar de emoción. En el pasado no había tirantez ni tonterías. Fanny lo había llegado a apreciar muchísimo, Edward estaba seguro de ello; y no era de extrañar, después de haber pasado tanto tiempo con ese vejestorio pobre de espíritu de Conderley. Fanny se había reído sin cesar de sus ocurrencias, de todo lo que decía, y lo había apodado su A.P., las iniciales de Adorable Payasito. Oh sí, se había reído tanto con él. Adorable Payasito, lo llamaba. ¿Debería recordárselo? Por supuesto que lo haría. Se lo recordaría todo.

—Dejemos las cosas claras —dijo Edward.

—Sí, me gustaría.

—Tú y yo estamos en la mejor edad…

—¡Oh, Edward!

—Puedes decir «Oh, Edward» tantas veces como quieras, pero es así. Que no te quepa la menor duda.

—Supongo que pretendes animarme.

—No quiero animarte… Quiero casarme contigo —espetó Edward, aferrado a sus hombros con tanta fuerza y mirándola con tanta severidad,

porque no era capaz de mantener la sangre en su sitio ni un instante más, que de nuevo Fanny no supo si echarse a reír o a llorar.

Mejor reírse. Siempre era más seguro. Pobre Edward, se quedaría destrozado si ella rompiera a llorar y él descubriera los motivos.

—Se quieren unas cosas… —respondió Fanny sonriente, porque había elegido la risa, mientras él, que aún la sujetaba por los hombros, se dio cuenta de lo delgados que los tenía y se asustó. «Dios mío —pensó—, voy a casarme con un esqueleto».

Entonces Soames entró en la habitación —un ángel del socorro, se dijo Fanny; maldito mayordomo, se dijo Edward—; tras un breve momento de vacilación, pues durante meses ninguna puerta de las que él hubiera abierto había propiciado un acercamiento a su señora, y le sorprendía que fuera ese caballero calvo quien hubiera conseguido acercarse a ella, dijo, recuperando la compostura:

—*Lady* Tintagel y la señora Pontyfridd están en la biblioteca, señora.

«Maldito mayordomo», pensó Edward, que se había apartado bruscamente de Fanny como si le remordiera la conciencia. Fanny, a quien nunca le remordía la conciencia, no se movió, solo volvió la cabeza hacia Soames. Durante toda su vida se había negado a que las interrupciones la perturbaran. Lo que estuviera haciendo cuando un sirviente entraba en la habitación, lo continuaba haciendo, y en esas ocasiones, en esas ocasiones a menudo sorprendentes, la práctica confería a su comportamiento una curiosa dignidad, un aire de certeza, de inevitabilidad y por consiguiente de corrección, que silenciaba cualquier conjetura.

—Muy bien —dijo, y le indicó que se retirara; solo cuando se hubo marchado y cerrado la puerta tras de sí, Fanny se movió de su sitio.

Qué alivio, haberse librado de Edward. Se acercó al espejo frente al cual la señorita Cartwright solía acicalarse para comprobar cómo le había quedado el cabello después del meneo que le había dado Edward, colocándose, mientras se acercaba, un tirabuzón suelto detrás de la oreja. Siempre un tanto nerviosa cuando un tirabuzón comenzaba a soltarse, porque podía ser uno de los postizos y terminar en la moqueta, Fanny solía darle un pequeño tirón; si el tirón le dolía, se quedaba mucho más tranquila. Pero en esa ocasión no tiró, porque estaba con Edward. Aunque, pensándolo bien, ¿no debería tirar precisamente porque estaba con Edward? ¿Hacerlo para que se diera cuenta de la realidad? ¿Quitarle de la cabeza lo que quería, o fingía que quería —lo cual era mucho peor—, que era tanto como hacer el amor con ella?

Aunque ese sería un remedio heroico, y Fanny temía no tener las fuerzas necesarias, pues, si bien esos lamentables sucedáneos eran algo relativamente nuevo para ella, lo cierto era que Fanny era muy susceptible en ese aspecto, por lo que su heroísmo sería aún mayor. Pero ¿sería capaz? ¿Sería capaz de atreverse a hacer algo tan terriblemente humillante? Terminaría con Edward, sin duda; se libraría de él para siempre, pero… ¿sería capaz?

—Fanny… —comenzó él de nuevo, entonces con la presión de tener que ser rápido por culpa de las mujeres que la esperaban en la biblioteca—. Fanny…

—Hoy almuerzo con dos de mis primas —dijo ella mientras se colocaba el tirabuzón frente al espejo—. ¿Quieres quedarte?

—¿Quedarme? —repitió Edward, asombrado por su frialdad. ¿No acababa de decirle que quería casarse con ella? ¿No lo había oído?

—Sí. A almorzar —respondió Fanny.

Parecía que el tirabuzón pendía de un único cabello. ¿Debería ascender a la cima del valor, darle un pequeño tirón y dejarlo caer? Refulgiría sobre la moqueta y seguro que Edward lo vería. Los otros tirabuzones también estaban muy flojos. Sin duda, por culpa del meneo. Ninguna mujer cuyo cabello no tenía raíces sino que estaba sujeto con horquillas debería ser sacudida… o al menos no sin previo aviso, no sin haberle dado tiempo para combatir tanta vehemencia con una provisión extraordinaria de horquillas. Le avergonzaba que Edward, a sus sesenta años, la sacudiera a ella, una mujer de cincuenta. Un comportamiento tan infantil le provocaba vergüenza ajena. Edward debería mirarse en el espejo. Debería mirarlos a los dos, el uno junto al otro, en el espejo.

—¿Quedarme? —repitió él con indignación—. ¿Cuándo acabo de pedirte que te cases conmigo y aún no has respondido? ¿Que me quede y charle con tu montón de primas?

—Son solo dos —dijo Fanny, entretenida con su tirabuzón.

—Que me parta un rayo si me quedo.

—Esa es una buena forma de rechazar una invitación —comentó Fanny, sonriendo ante el espejo.

—Sí, y ahora te toca a ti enseñarme cómo se acepta una invitación —replicó Edward, acercándose a ella por detrás con actitud casi amenazante.

—¿Puedo hacer algo mejor que copiarte y decir «Que me parta un rayo si la acepto»? —preguntó ella aún sonriente.

—¡Fanny!

Edward se acercó a ella y le rodeó la cintura. Fanny se llevó rápidamente una mano a la oreja y dio un pequeño tirón, después se apartó y encendió las luces.

La habitación resplandeció. Hasta el más pequeño detalle se hizo de repente visible, también el más pequeño detalle de sus rostros y la calva reluciente de Edward, que parecía de marfil rosa pulimentado.

—Mira —dijo Fanny, señalando sus reflejos—. Tan solo míranos, Edward.

Edward no quería mirar. No miró. ¿Por qué mirar? ¿De qué servía mirar? Sabía lo que vería y no tenía ningún deseo de verlo.

—Fanny —comenzó, con los brazos alrededor de su cuerpo y el rostro enterrado entre los cabellos. Ahora ya solo le quedaba esperar, con la respiración contenida, la impresión de Edward si los tirabuzones comenzaban a soltarse uno tras otro—. No deberías utilizar palabras horribles como años y edad para hablar de nosotros. Deberías meterte en la cabeza que tú y yo no hemos hecho más que empezar la mejor etapa de nuestras vidas. Nos lo pasaremos de maravilla. Seremos felices y dichosos. Iremos a Montecarlo… ¡Dios, cuánto deseé ir a Montecarlo, mientras estuve aislado del mundo, rodeado de negruchos! Eres una niña mala. Mala y traviesa. Ya iba siendo hora de que tu A. P. viniera a pedirte la mano…

Fanny se estremeció y dio un respingo. Trató de zafarse de él. Ese extraño, ese extraño calvo, atreviéndose a tocarla, atreviéndose a recordarle cómo, cuando era insensata, llamaba a un joven entonces atractivo. Cuánto más espantosas que las maldiciones eran las palabras de amor recuperadas al cabo del tiempo.

—Oh, Edward —le rogó—, deja de decir tonterías y ¡míranos… tan solo míranos!

Y él, ante tanta insistencia, cedió, alzó la cabeza y miró; tras una breve mirada, como no le gustó lo que vio, miró hacia otra parte, y esa otra parte resultó ser un objeto sobre la moqueta, a sus pies, que brillaba incluso más que su calva.

Edward se quedó observándolo. ¿Era posible…? ¿Era…?

Aún sujeto a Fanny con una mano, se agachó y con la otra recogió esa cosita reluciente.

—Sí —dijo Fanny—. Es mi tirabuzón. Devuélvemelo, por favor.

—¿Quieres decir…? —comenzó Edward lentamente, mientras contemplaba esa cosa pequeña y dorada que tenía en la palma de la mano. Pero se interrumpió, estaba demasiado anonadado para continuar.

—Sí —asintió Fanny mirando su reflejo—. Me compro el cabello en Harrods.

Se hizo un silencio. Había dicho Harrods en lugar de Antoine porque consideraba que era más probable que un hombre confinado en islas durante años hubiera oído hablar de esa casa comercial, y se quedó observando el efecto de sus palabras.

Edward, plenamente consciente de que había llegado a un punto muy crítico en su cortejo, sintió que solo podría salvarlo una ocurrencia brillante. De hecho, mientras miraba el tirabuzón y Fanny se miraba en el espejo, tuvo una. Otra. Justo a tiempo. Cuando había entrado en esa habitación y la situación se había puesto difícil, había tenido una, y ahora que la situación se había puesto más difícil que nunca, tuvo otra. Al fin y al cabo, ¿qué se podía esperar de una mujer de su edad? Muchos maridos habían visto cosas peores que un tirabuzón suelto. Un hombre no se casaba con una mujer de cincuenta años por su cabello. Solo un necio, o un muchacho, esperaría que a esa edad aún estuviera de una pieza.

Por consiguiente, mientras miraba el tirabuzón que sostenía en la palma de la mano, frunció los labios hasta conseguir la forma y el sonido de un beso, y después dijo con un tacto y una presencia de ánimo que habrían impresionado al mismo Salomón:

—Hermoso.

Fanny lo miró fijamente.

—Ah, hermoso. Muy hermoso —añadió él, mirando con afecto el tirabuzón—. Deja que te lo coloque, querida. ¿Tienes una horquilla?

Fanny no podía hablar.

Edward sacó una que sostenía otro tirabuzón, el cual cayó de inmediato al suelo.

—Tienen vida propia, estas cositas —comentó con un tono admirablemente afectuoso, y comenzó a colocárselos.

Fanny se quedó de piedra.

—El almuerzo está servido, señora —anunció Soames desde la puerta, tras otra leve vacilación.

—No, no te muevas, Fanny —dijo Edward, con la horquilla entre los dedos, mientras ajustaba y colocaba los tirabuzones—. Es una operación delicada, ¿sabes? No permitiré que tus primas te vean hasta… No te muevas.

Edward había sido muy listo.

IX

Eso sucedió el 5 de marzo. Faltaba tan solo una semana para el cumpleaños de Fanny y sus dos primas, Martha Tintagel y Nigella Pontyfridd, conscientes de ello y después de pensar en el asunto, habían decidido que debían hacer algo para que Fanny no se deprimiera. Como eran sus primas, sabían perfectamente cuántos años cumplía. Como eran mujeres, sabían que sería doloroso.

Y ya que Fanny nunca iba a visitarlas desde hacía un tiempo, decidieron que le pedirían que almorzara con ellas y la tantearían con discreción para averiguar qué podría gustarle. Ambas estaban convencidas de que las movían motivos de lo más puros. Sus impulsos eran absolutamente loables. No había ninguna razón por la que no merecieran pasárselo bien.

La idea de Martha era que sería agradable celebrar una fiesta íntima en Tintagel, donde, en la más estricta intimidad, la pobre Fanny, que por supuesto no tenía demasiadas ganas de que nadie la mirara, podría darse cuenta de lo poco que importaba el aspecto de su rostro si tenía a su lado familiares que la querían. Nigella pensaba que su casa de Surrey sería un lugar mejor porque estaba más cerca y era más pequeña; tenía que celebrarse en un lugar pequeño, decía Nigella, si querían que fuera una fiesta íntima, y tenía que celebrarse en un lugar cercano, de modo que cuando hubiera terminado los invitados pudieran marcharse rápidamente. Ambas primas estaban dispuestas a hacer todo lo posible por ayudar a Fanny; ambas estaban preocupadas por que alguien que había sido tan hermosa…

—Estoy segura de que aún lo es —dijo Nigella.

—Tal vez —dijo Martha.

… Se acercara a una edad tan espantosa como era el medio siglo de vida. Ellas, que tenían cuarenta y pocos, nunca habían sido mujeres

hermosas, tan solo razonablemente bonitas, pero podían imaginarse qué se debía de sentir al decir adiós de manera definitiva a la belleza, al pasar, de una vez por todas, a la categoría de «las que fueron».

—Me temo que la pobre aparentará los cincuenta años que tiene —dijo Martha, con un suspiro.

Nigella dijo que quizá aparentara más.

—Quizá —respondió Martha.

Triste para alguien que había tenido una vida tan radiante, que había superado a todo el mundo en encanto personal, forrada de dinero —los Tintagel, propietarios de varias hectáreas que no producían ningún beneficio, jamás habían estado cerca de conocer una situación parecida—, capaz de hacer estragos entre los maridos de otras mujeres —los Pontyfridd, hasta que Fanny cayó enferma, solían hablar del tema, pues a Nigella le costaba creer que no siguiera persiguiendo a George para que formara parte de su séquito, densamente poblado y en permanente fase de crecimiento—, triste para una mujer así, haberlo perdido todo excepto el dinero, y haberse quedado sin nada.

—Te refieres a que no tiene hijos —dijo Martha, porque era Nigella quien había hecho esa reflexión. Martha era la feliz madre del número de hijos preferido por los pobres, dos niños y una niña, y su vida se reducía a ellos. Por consiguiente, para ella la peor desgracia de Fanny era que no tuviera hijos.

—En realidad me refería a que no tiene marido —respondió Nigella, que no tenía hijos, pero no le daba importancia porque su corazón estaba lleno a rebosar de amor por George. Por consiguiente, para ella la peor desgracia de Fanny era no tener marido; y esa era la peor desgracia de otras muchas mujeres, porque, tal vez, un marido hubiera puesto orden en el comportamiento de Fanny.

—Nunca he entendido por qué no se volvió a casar —murmuró Martha.

—Siempre dijo que no quería atarse —respondió Nigella.

—Entonces —dijo Martha.

—Sí, entonces —convino Nigella—. Me atrevería a decir que ahora se arrepiente de su decisión.

Y Martha, que adoraba estar atada y sabía que no resistiría ni cinco minutos sola sin la ayuda de alguien, suspiró de nuevo y dijo:

—Pobre Fanny.

Con todo, aunque apreciaban mucho a su prima, sobre todo a raíz de su

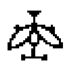
enfermedad, y estaban muy preocupadas por el rápido desmoronamiento tanto espiritual como físico que parecía estar sufriendo —¿no era muy extraño su comportamiento de los últimos tiempos? ¿El hecho de que no quisiera ver a sus primas y se hubiera refugiado precisamente en el Claridge?—, no podían evitar sentir en lo más profundo de su ser que se había hecho justicia, que de algún modo estaba pagando los excepcionales y valiosos dones que le habían sido entregados con tanta generosidad, y que ahora se habían consumido.

Fue en el coche de Nigella, que había recogido a Martha en el Claridge camino de Charles Street, donde tuvo lugar esa breve conversación. A continuación guardaron silencio y cada una de ellas se preguntó, contra su voluntad y con gran añoranza, cómo habría sido la vida si hubieran sido hermosas, y ambas se consolaron pensando que, al final, quienes no lo eran vivían más felices.

—A la larga… —dijo Nigella en voz alta cuando ya había llegado a su conclusión.

—Sí, a la larga… —dijo Martha cuando llegó a la suya.

No había necesidad de explicarse. Ambas sabían qué quería decir la otra. Resultaba extraño la frecuencia con que las mujeres utilizaban últimamente esas palabras en relación con Fanny.



Llenas, pues, de buenas intenciones, de afecto y compasión, la prima carnal y la prima política llegaron a su casa y se encontraron con la prima a la que habían ido a consolar de un pésimo humor.

No había nada que hacer con Fanny. Desde la primera mención de su cumpleaños rehuyó la conversación, y cuando se habló de celebrarlo en familia, en casa de los Tintagel o en la de George y Nigella, Fanny se esforzó tan poco en disimular su aversión que fue decididamente grosera.

No sacaron el tema de su cumpleaños enseguida porque estaban por allí Soames y los sirvientes, pero aun antes de mencionarlo, Nigella consideró que Fanny ya parecía sufrir un ataque de malos modales. Entró en la biblioteca, donde la habían esperado con impaciencia durante una eternidad, ya descontrolada, no se molestó en disculparse por haberlas hecho esperar y las besó con una indiferencia muy poco halagadora. Además, tenía un aspecto desaliñado; llevaba el cabello alborotado, y por primera vez Nigella dudó de su autenticidad. Apenas habló con ellas.

Resultaba muy difícil mantener la conversación que, en su mayor parte, y de modo totalmente inapropiado, quedó a cargo de las dos invitadas. Para colmo, cuando por fin les sirvieron café y se quedaron a solas, y Martha comenzó a explicarle por qué habían ido a visitarla —con mucha amabilidad y gentileza, esforzándose por no mostrar nada que pudiera parecerse a la compasión—, Fanny enseguida puso inconvenientes.

—Por favor, Martha… —exclamó de inmediato, levantando una mano como para ordenarle que se callara.

—Pero, cielo, deberías darte cuenta de que es maravilloso que hayas vivido tantos años —dijo Nigella.

—No lo es. Es una porquería —respondió Fanny.

—Cariño —murmuró Martha.

—Pobrecita mía —murmuró Nigella; y si aquellos murmullos eran de compasión, o de reprimenda por haber empleado una palabra tan desagradable, nadie podía saberlo.

Ese no era un buen comienzo. Las primas tenían la sensación de que no lo era, pero no estaban dispuestas a arredrarse tan pronto. La prima anfitriona sabía que no lo era, pero también era cierto que había sufrido algún que otro sobresalto. Aunque con sobresaltos o sin ellos, a Fanny no le gustaba ser la pobrecita de Nigella, ni tampoco el tono con que Martha la había llamado «Cariño», como si se disculpara por la palabra que ella había utilizado. Se atrevería a admitir que a sus ojos no fuera más que una pobrecita, pero no había ninguna necesidad de que ellas se lo dijeran. Y en cuanto a lo de que era una porquería, lo mantenía. ¿Qué podía ser más terrible para una mujer que había vivido en la belleza, como Jim solía decirle, que llegar a los cincuenta hecha una ruina y seguir viviendo en el mismo mundo que los que la habían conocido en sus años de perfección? En el mismo mundo también que Edward. El Edward que entonces, al separarse de ella, había llorado, y que ahora, al irse, le había guiñado un ojo.

Fanny se estremeció al recordar ese espantoso momento. Se estremeció al recordar lo cerca que había estado de caer ante sus lisonjas. Casi le había conmovido su reacción ante los tirabuzones sueltos; había estado a punto de creer que de verdad la amaba por lo que ella misma siempre se había considerado, si bien de manera algo imprecisa: una mujer encantadora, jovial e irremediablemente burlona, pero aun así bastante buena persona. Mientras cruzaba la habitación y se dirigía a la puerta de la biblioteca, que Soames se había apresurado a abrirle, con Edward siguiéndola en silencio camino de la salida —Fanny había salido de la oficina sin dirigirle una

palabra ni una mirada, y él, convencido de que hasta entonces lo había hecho todo muy bien, se dijo con satisfacción que debía aguardar el momento oportuno—, se preguntó si no sería mejor Edward que la soledad. No era una alternativa muy buena, pero era mejor que nada si de verdad la quería tanto como para que no le importaran esos cambios en su persona que a ella tanto le molestaban. Al menos se lo plantearía. No había nada de malo en planteárselo.

Movida por un impulso de pesadumbre por haberse marchado con tanta altivez —uno de esos impulsos que a menudo en su vida habían terminado empeorando la situación de la otra persona—, se volvió para despedirse de él con un solemne movimiento de la cabeza y vio que le guiñaba un ojo a Soames.

Edward. Guiñando un ojo. Por ella. A su mayordomo.

Tanto Edward como Soames se dieron cuenta de que Fanny los había visto. Soames se quedó inmóvil, mirando al suelo, sumamente asombrado, petrificado. Edward supo enseguida que todo había terminado. Ninguna mujer perdonaría algo así. Su buen humor, que siempre había tendido a dominar su vida, había aparecido en el momento menos oportuno. Había que ser estúpido…

—No sabéis qué es la humillación —dijo Fanny a sus primas con repentina vehemencia, indignada por el recuerdo de esa escena—. No podéis saberlo…

Y Martha, que no se podía imaginar de qué estaba hablando, dijo de nuevo «Cariño», y Nigella, que tampoco podía imaginárselo, dijo «Pobrecita mía».

Entonces Fanny hizo un esfuerzo enorme por borrar de su mente a Edward y su guiño, pues de otro modo jamás habría conseguido superar con dignidad el asunto del almuerzo con sus primas. Sentándose muy derecha en su silla de respaldo alto, frente a aquella otra silla de respaldo alto, por el momento vacía, pero fácil de llenar con la presencia de Job al menor pensamiento sobre él, trató de decir algo sobre su cumpleaños, que al parecer era por lo que sus primas habían ido a verla; pero en lugar de eso se oyó diciendo, tanto le habían impactado él y su guiño, tan resentida seguía: «¿Os acordáis de Edward Montmorency?».

Sus primas la miraron sorprendidas. Por supuesto que se acordaban de Edward Montmorency. Nadie que hubiera seguido la carrera de Fanny habría pasado por alto su presencia. Y ellas la habían seguido con el corazón en un puño; con adoración, al principio, y con menor adoración después

por efecto de sus maridos, pero siempre con el corazón en un puño. Desde pequeñas habían sido testigos de las entradas y salidas de Charles Street, y a su debido tiempo presenciaron también la entrada y la salida de Edward Montmorency. Un hombre ruidoso. Llamaba la atención por su enorme atractivo y parecía estar siempre en un estado de apabullante buen humor. No precisamente de la flor y nata. Muy poco digno de confianza. A las amistades de Fanny siempre les causó un gran asombro que lo tolerara a su alrededor.

—Leí en *The Times* que había vuelto —dijo Martha, afable pero incómoda, porque no entendía qué tenía que ver Edward en todo aquello.

—Está endeudado hasta las cejas, según dijeron —agregó Nigella.

—¡Oh! —exclamó Fanny, volviéndose de inmediato hacia ella. Y tras una pausa, dijo por segunda vez, con el tono de quien acaba de verlo todo mucho más claro—: ¡Oh!

—Pero ¿qué tiene que ver eso con tu cumpleaños, querida? —preguntó Martha tímidamente; y Nigella pensó: «No es posible que la pobre Fanny esté pensando en intentar un nuevo asalto a Edward Montmorency».

—Nada, salvo que deberíamos olvidarnos tanto de lo uno como del otro —respondió Fanny, con lo que dio la impresión de altivez despreocupada.

—Bueno, tú has sacado el tema, cielo —dijo Nigella.

—Estoy de acuerdo en que nos olvidemos de *sir* Edward —añadió Martha—, pero no en que nos olvidemos de tu cumpleaños. Y más un cumpleaños tan importante, cariño.

—Hablas como si fuera a cumplir los ochenta —espetó Fanny… Fanny que en su vida casi nunca había espetado nada. Pero aquel Edward… que había estado a punto de engañarla… Se había salvado por un guiño. Y, destrozada, porque era consciente de lo humillante que resultaba haberse salvado por un guiño, ¿era extraño que hablara con brusquedad?

—No, cielo, pero cumplirás medio siglo, ¿verdad? —dijo Nigella.

Medio siglo. Eso sonaba mucho peor que cincuenta. Y Martha, que lamentó que Nigella hubiera sido tan brusca, cuando en el fondo era una mujer encantadora, comenzó a detallar su plan con cierta precipitación. Con Niggs utilizando un tono grosero, cuando ella no lo era, con Fanny diciendo palabras desagradables cuando no debía hacerlo —una de esas palabras desagradables que comienzan por «p» que Martha se ocupaba de ocultar a sus dos hijos y a su hija, pero que por algún motivo parecían conocer—, y con ese horrible Edward Montmorency apareciendo constantemente en la conversación, Martha se temió que tendría mucho

trabajo.

—Sobre todo, querida —dijo, nerviosa y decidida—, nos gustaría tenerte con nosotras el día de tu cumpleaños, que lo pasaras con los tuyos. Así que ven a Tintagel o a casa de George y Niggs. Creemos que en un día tan… tan…

Martha balbuceó por la expresión en el rostro de Fanny. Nigella la ayudó.

—Un día tan especial —dijo Nigella.

—Eso es. Un día especial. Casi nunca has celebrado un cumpleaños con los tuyos, cariño, y siempre supimos que te habrías aburrido, pero ahora…

Balbuceó de nuevo, otra vez la expresión en el rostro de Fanny. Nigella la ayudó.

—Sí, ahora que estás… —comenzó Nigella.

—¿En las últimas? —sugirió Fanny.

—No iba a decir eso —respondió Nigella, ofendida.

—Hemos venido porque te queremos —dijo Martha, herida.

—Queridas… —respondió Fanny, arrepentida.

Se hizo un silencio. Martha, amable y de mirada tierna, cuyo único deseo había sido que Fanny no lo pasara en exceso mal el día de su cumpleaños, se refugió en su caparazón. Sentía que no estaba a la altura de Fanny, como tampoco estaba a la altura de la gente despierta de Londres. De lo único que estaba a la altura, y también tenía sus reservas, era de su tranquila vida campestre en Tintagel. Cuánto le habría gustado estar allí en ese momento, con sus hijos, con la dulce Zellie y el viejo James repartiendo patatas hervidas.

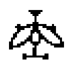
Nigella, que estaba hecha de una pasta más dura, consideró el comentario de Fanny como otro indicio del ritmo al que avanzaba su desmoronamiento. Fanny se había convertido en una auténtica cínica —ella, que solía estar tan satisfecha con la vida, que jamás había criticado nada ni a nadie; muy pronto no quedaría nada de la Fanny original, solo irritabilidad, pensó Nigella, contemplando con los ojos entornados lo que podía ver de ese rostro vuelto hacia Martha—, porque Fanny, arrepentida de lo que le había respondido, le estaba diciendo a Martha que era un ángel. Si hubiera nacido fea, pensó Nigella mientras la observaba, probablemente habría sido irritable desde el principio. ¿Quién sabía si su carácter real no era el de una persona irritable? Tal vez no lo hubiera mostrado hasta entonces porque los halagos, los caprichos y los mimos habían tenido el efecto de una mordaza…

—Ángel —dijo Fanny, volviéndose hacia ella de repente, como si se hubiera dado cuenta de que también Nigella había ido a verla llena de buenas intenciones, pues por nada del mundo quería enfadarse con esas dos bondadosas mujeres.

Tal vez jamás deberíamos volvernos de repente hacia nuestros interlocutores. Deberíamos dar alguna señal de que vamos a hacerlo. Debería dejarse siempre un espacio para hacer los reajustes necesarios. En el caso de Fanny, Nigella no tuvo tiempo de cambiar la expresión de sus ojos entornados, y Fanny la vio. Y Niggs la miraba como si…

Se hizo otro silencio. Entonces repitió «¿Ángel?», aunque esta vez con cierta vacilación y con tono de pregunta.

Como era natural, a Nigella no le hizo gracia.



Después de eso, durante un momento se produjo un distanciamiento entre las dos primas, que se condensó en un elocuente silencio.

«Si cree que me importa», pensó Nigella, mientras colocaba otro cigarrillo en su larga boquilla de jade y lo encendía sin inmutarse.

«Si supieran por lo que acabo de pasar», pensó Fanny, intentando justificarse.

«Cuánto me gustaría que la gente se limitara a quererse», pensó Martha, que no había visto la mirada entornada de Nigella y se preguntaba por qué Fanny era tan grosera y desagradable con Niggs, que casi siempre era un cielo.

Fanny también se lo preguntaba. ¿Qué razones tenía, aunque Edward hubiera guiñado un ojo, aunque casi la hubiera convencido de que la amaba por ella misma, para ser desagradable con dos inocentes? ¿Y qué más daba si Niggs la miraba con hostilidad? Al tratar con Niggs había que recordar la frecuencia con que, por culpa de su estado interior, se veía obligada a acudir a ese tal Byles, lo cual bastaba para alterar el ánimo de cualquiera. Deseosa de compensar ese tono de pregunta tan fuera de lugar y de romper aquel silencio cargado de reproche, Fanny se lanzó a describir el plan que tenía para su cumpleaños y que había ideado tan solo un minuto antes.

Inexistente hasta hacía un instante, el plan la sorprendió. ¡Con qué rapidez se le había ocurrido! ¡Qué fantástico era! Casi como una inspiración. Entraba en la misma categoría que el impulso que le había hecho volver la cabeza en el momento oportuno para ver a Edward

guiñando el ojo. No solo la alejaría de él, en caso de que Edward decidiera acercarse a ella de nuevo, sino que la protegería de las invitaciones de sus primas y conseguiría evitar que su negativa a celebrarlo la hiciera parecer una desagradecida.

—Escuchad, queridas —dijo Fanny, tendiéndoles una mano a cada una, que ninguna de ellas aceptó—, escuchad…

Y les dijo que hacía ya tiempo había decidido —de hecho lo estaba decidiendo mientras hablaba— pasar ese cumpleaños tan especial, estaba de acuerdo con ellas, retirada del mundo. En un retiro estricto. En Stokes —Stokes era la cabaña que tenía a los pies de South Downs—, para considerar sin que nadie la molestara qué quería hacer con su vida.

—Os dais cuenta, verdad —dijo, mirando alternativamente a una y otra, pero incapaz de sostenerles la mirada—, os dais cuenta de que lo que una mujer decida hacer pasados los cincuenta no puede ser lo mismo que antes de cumplirlos. Es posible que una mujer aguante algún tiempo teniendo un aspecto parecido, pero ese no es mi caso, porque la enfermedad me ha despojado de… bueno, de gran parte de mis encantos.

«De todos», pensó Nigella.

«Pobrecita, no se da cuenta de nada», pensó Martha.

—Me doy cuenta de que habéis notado lo mucho que he perdido —dijo Fanny, advirtiendo la expresión de sus primas.

—Cariño —protestó Martha, alzando la mirada y sonrojándose al mismo tiempo.

—Y creo que es importante, ahora que no tengo más remedio que aceptar mi vejez…

—Cariño, no eres vieja —objetó la buena de Martha, incapaz de permanecer herida y oculta en su caparazón durante mucho tiempo.

—… Que asumir mi situación y reflexionar sobre algunas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Nigella, separándose la boquilla de jade de los labios durante un instante, y volviéndosela a colocar de inmediato.

—Oh… la vida, la muerte. Todo eso —respondió Fanny con ligereza.

—Cariño, no pienses en la muerte —dijo Martha.

Nigella volvió a quitarse la boquilla de los labios.

—Está bien, si prefieres pasarlo a solas en Stokes en lugar de con nosotras…

—Dicho así me da hasta vergüenza —dijo Fanny con una sonrisa, la primera desde que habían llegado, observó Nigella.

—¿Y no te pondrás triste tan sola, cariño? —preguntó Martha—.

Estuviste tan enferma allí, ¿no temes que te persiga ese recuerdo?

—Oh, estoy acostumbrada a que me persigan —dijo Fanny, pensando en Job, y entonces se dio cuenta de que lo estaba mirando, pues allí estaba él, ocupando su lugar de siempre en un extremo de la mesa. Lo de pensar en Job, se le ocurrió, era como pulsar un botón. Como encender una luz. ¿Luz? ¿Podía ser Job luz? ¿Se parecía en algún sentido a la luz?

Sus primas siguieron su mirada y la juzgaron extraña. Era raro quedarse mirando fijamente una silla vacía, y extraño también decir que la perseguían. Para Martha ese comentario no tenía ni pies ni cabeza. Nigella interpretó que la perseguían los remordimientos, y no era de extrañar, teniendo en cuenta los muchos corazones de madres y esposas que había roto.

Nigella se había preguntado muchas veces hasta dónde habría llegado Fanny. Era tan hábil que no dejaba ningún rastro, se paseaba con aquel aire inocente y despreocupado, y nadie había sido capaz de descubrir hasta dónde había llegado realmente. Y ahora Nigella comenzaba a temer que hubiera llegado demasiado lejos. Con George, por ejemplo, con el queridísimo George de Nigella. Si no, ¿por qué debería sentirse perseguida? A los buenos no los perseguían. Gracias a Dios, pensó Nigella, que Fanny ya estaba acabada.

—Y no estaré sola —dijo Fanny, volviendo la cabeza con lo que pareció un gesto de súbita impaciencia, porque Job no la había visitado antes estando acompañada y ella sentía que esa novedad se alejaba de las reglas del juego—, ya que hoy mismo he invitado a alguien a que venga a pasar el día conmigo. ¿Os acordáis de mi querido señor Hyslup?

Sus primas la miraron sorprendidas. Por supuesto que se acordaban de su querido señor Hyslup. Nadie que hubiera seguido la carrera de Fanny habría pasado por alto su presencia.

Igual que habían presenciado la entrada y, poco después, la salida de Edward Montmorency, a su debido tiempo presenciaron también la entrada y, poco después, la salida de su querido señor Hyslup. Un clérigo. Un joven clérigo, un vulgar coadjutor. Sin encanto. Tan solo un clérigo y, por ese motivo, un hombre que siempre había llamado la atención en el círculo de Fanny. En realidad llamaba la atención en cualquier círculo, a causa de su amor hacia Fanny, evidente, excesivo y que lo hacía enmudecer. ¿Era posible que se planteara iniciar un nuevo asalto a su querido señor Hyslup?, se preguntó Nigella. Y de ser así, ¿no deberían encerrarla lo antes posible en un asilo de ancianos?

Incluso Martha dudó de que fuera buena idea recordar a su querido señor Hyslup y sacarlo de su decorosa oscuridad; Nigella estaba bastante segura de que no lo era, por lo que ambas deberían de haberse alegrado cuando Fanny dijo: «Bien, pues he invitado a su hermana a venir conmigo a Stokes»; pero en lugar de alegrarse se sintieron defraudadas.

—Oh, cariño, has invitado a su hermana —dijo Martha con tono aburrido.

—Por un momento he pensado que seguíais… —comenzó Nigella.

—¿Enredados? —sugirió Fanny.

—Qué forma tan violenta de expresarlo —dijo Nigella.

—*Touchée* —respondió Fanny con una sonrisa; pero Martha, a pesar de la sonrisa, intuía que no estaban siendo agradables la una con la otra.

—¿No vamos a subir al salón, querida? —preguntó apresuradamente para distraerlas, pues ya hacía rato que habían terminado de almorzar y seguían allí sentadas, hablándose con brusquedad—. Me encanta esa habitación —añadió, sintiendo que su repentino deseo de subir al salón requería una explicación.

—¿Merece la pena subir, si después tendremos que bajar? —preguntó Nigella.

—Esa pregunta la podrías aplicar a cualquier situación —respondió Fanny.

—Podría —convino Nigella—. Y lo hago.

No. No estaban siendo agradables la una con la otra, se dijo Martha, inquieta, tratando de pensar en algo realmente inteligente que sirviera de excusa para llevarse a Nigella de allí.

Sin embargo, antes de que su lenta cabecita diera con algo plausible, Fanny, aún sentada frente a ellas, agregó:

—Su hermana es una hija de Dios.

—Oh —dijo Martha. Y murmuró—: Querida, qué bonito.

Fa información hizo que se sintiera incómoda. Por supuesto que existía eso que ella llamaba hijos de Dios, sobre todo en el catecismo, pero ¿era apropiado hablar de ellos en un salón? Fe parecía extraño que Fanny lo hiciera. Precisamente Fanny. Martha jamás la había oído mencionar a Dios, si no era antes de un «mío» o después de un «por», y temía que Nigella, que en realidad era un cielo, se burlara de ella.

Fe dirigió una mirada inquieta, pero Nigella seguía allí sentada, fumando en silencio.

—Una criatura dispuesta a los mayores sacrificios —continuó Fanny,

con el recuerdo de la remolacha y las sardinas vivido frente a sus ojos.

—Cariño —murmuró Martha con voz marcadamente tranquilizadora.

—Así que pensé…

Sorprendida, se interrumpió; hasta ese momento no había pensado en ello y, en realidad, no había invitado a Muriel en su carta más que a almorzar con ella en Charles Street. Era curioso, el modo en que las cosas se volvían reales, inevitables, solo con mencionarlas. Allí estaba su futuro inmediato, decidido por ella, y solo por unas palabras utilizadas para librarse de pasar su cumpleaños con sus parientes. Stokes, en el que hasta entonces no había pensado, se había convertido en el escenario ideal para ese cumpleaños, y Muriel Hyslup iba a quedarse allí con ella en lugar de ir a Charles Street a almorzar. Era imposible adivinar cómo resultaría su visita. Aislada en el campo, en una ocasión tan seria como la de su quincuagésimo cumpleaños, sola con una hija de Dios, ¿no sería al menos posible que la ayudara a decidir su siguiente paso en la vida, y, lo más importante, que la ayudara a no preocuparse por ello?

—Así que pensé… —comenzó de nuevo, y de nuevo vaciló, y después siguió a toda velocidad—. Bueno, veréis, pensé que como la vida se ha vuelto de repente tan distinta y complicada, y Muriel Hyslup es tan buena, pensé que podría decirme qué debería hacer para…

Esta vez se interrumpió para mirar a sus primas con expresión de asombro, porque hasta ese instante tampoco había pensado en ello. Solo pretendía ser amable con la pobre Muriel durante una o dos horas, ofrecerle una buena comida, dejar que descansara en el ambiente cómodo, cálido y florido de la biblioteca, asegurarle que era su amiga y devolverla a su casa y a sus sacrificios con fuerzas renovadas.

Se hizo un silencio. Martha sabía la palabra que debía haber terminado la frase, porque iba cada domingo a misa en Tintagel. Era «salvarme». Estaba sacada de la Biblia. Un joven rico preguntaba qué debía hacer para salvarse, y como no le gustaba la respuesta, se marchaba apenado. ¡Pero cómo iba a hacer Fanny algo así! Era extraño oírla hablar como él. Extraordinario, en realidad. Aún más extraordinario que su marcha al Claridge. Porque solo los malvados necesitaban ser salvados, y Martha estaba segura de que Fanny era un auténtico ángel. Ella recordaba infinidad de cosas buenas que Fanny había hecho por sus primas pequeñas, hasta que crecieron y sus maridos la relevaron. Martha estaba segura de que alguien que había sido tan dulce con dos pequeñas aburridas no podía necesitar que la salvaran.

—Cariño —dijo, apoyando una mano sobre la de Fanny, afectuosa y preocupada por que tuviera esas ideas.

Pero Fanny no la miraba. Daba la impresión de que la silla vacía había captado de nuevo su atención. Era realmente inquietante el modo en que miraba aquella silla… con tanta intensidad, y esa vez con expresión inquisitiva.

—Dime qué le pasa a esa silla —dijo Nigella con impaciencia; por alguna razón, Martha lamentó que se lo hubiera preguntado.

—¿Te acuerdas de Job? —preguntó Fanny.

—¿Job? —repitió Nigella.

Menuda pregunta. Como para no recordarlo. Martha y ella habían sido sus damas de honor, o más bien las de Fanny, y Job les había regalado unos brazaletes de diamantes sumamente inapropiados. Dos niñas con brazaletes de diamantes. Sus madres se los habían quitado para ponérselos ellas. ¿Era posible que la pobre Fanny se planteara iniciar un nuevo asalto a Job?, se preguntó Nigella.

—Es el hombre con quien te casaste, ¿verdad, querida? —preguntó Martha.

Nigella se volvió rápidamente a mirarla, pero no, Martha no lo había dicho con mala intención.

—Claro que recordamos al señor Skeffington —respondió Nigella brevemente—. ¿Qué le pasa?

—Nada. Solo que esa era su silla y lo sigue siendo —dijo Fanny.

Entonces Nigella se levantó, agarró los guantes, los cigarrillos y el bolso de una sola vez y anunció que debían marcharse. Tenía una cita en Dover Street. Se le estaba haciendo tarde. Daría orden de que el chófer dejara a Martha en el Claridge.

A continuación se volvió hacia Fanny, que seguía sentada a la mesa, los codos apoyados en ella. Tenían que hacer algo con Fanny. Era su prima, aunque solo fuera su prima política, y debía ayudarla y guiarla en la medida de sus posibilidades.

—No intentarás decirme —comenzó— que sigues anhelando la compañía del señor Skeffington.

—Qué palabra —respondió Fanny con una sonrisa, alzando la cabeza para mirarla, la barbilla apoyada en una mano—. No recuerdo haber anhelado la compañía de nadie en mi vida.

—Es probable, pero ahora las cosas han cambiado.

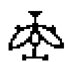
—Quieres decir que yo he cambiado. Aun así, no, no anhelo su

compañía. Y hace algún tiempo que tengo la impresión de que es Job quien anhela la mía.

Nigella decidió que solo se podía sentir lástima por ella.

—Deberías ir a ver a *sir* Stilton Byles —dijo tras un momento, que aprovechó para mirar a su desgraciada prima—. Es el único que puede ayudarte. Te daré su dirección. Y recuerda, cielo… —Apoyó una mano en el hombro de Fanny, que no dio a su gesto la menor importancia—, recuerda, cuando imagines que la gente anhela estar contigo, que tanto tú como el señor Skeffington sois ahora un cuarto de siglo más viejos.

—Cómo dominas el tema de los siglos —fue cuanto respondió Fanny, de nuevo con una sonrisa.



En el coche, camino de Dover Street, Nigella dijo:

—No hace falta que nos molestemos sobre lo de su cumpleaños. Ya veremos si no lo pasa en un asilo. Hablaré con *sir* Stilton de ella y le preguntaré si sabe de alguno agradable. Si hay alguien a punto de sufrir una crisis nerviosa, esa es Fanny.

—O… —Martha vaciló—. O todo lo contrario —soltó.

—No entiendo qué quieres decir con «todo lo contrario» —dijo Nigella, volviéndose para mirarla.

—Creo que yo tampoco —respondió rápidamente Martha con docilidad—. Es lo primero que me ha venido a la cabeza.

X

Ahora tenía que enfrentarse a George.
Fanny ya había tenido suficiente por ese día, pero aún le quedaba enfrentarse a George. Después de irse sus primas subió lentamente las escaleras y pidió a Manby que lavara sus profanados tirabuzones y eliminara de ellos el rastro de los dedos de Edward; decidió que mientras Manby los lavaba —esa era una de las ventajas de no tener que estar en la misma habitación que tu pelo—, tomaría un baño, se cambiaría de ropa e incluso de zapatos para librarse del más mínimo rastro de su persona.

Mientras ascendía por la monumental escalera, la monumental y hermosa escalera por la que había bajado millones de veces en la época de su esplendor ante la atenta mirada de admiradores que la observaban hechizados desde abajo, le vino a la mente una historia horrible que alguien le había contado alguna vez: una historia de jóvenes que bailaban con mujeres mayores, por razones deshonrosas, y mientras bailaban guiñaban un ojo a sus amigos por encima del hombro de esas pobres ancianas confiadas. Una historia realmente horrible. La había escandalizado. Y ahora le había tocado a ella ser la víctima de un guiño. Espantoso, realmente espantoso. Edward, a sus sesenta años, comportándose como uno de esos jóvenes, y ella como una de esas mujeres. Y aún peor, porque Edward no le había guiñado el ojo a sus amigos, sino a su mayordomo. La maldad de ese comportamiento era tal que lo único que podía hacerse con él era olvidarlo.

De hecho, eso era lo único que podía hacerse con Edward: olvidarlo. Ni siquiera le daría la satisfacción de enfadarse con él. Había estado sumamente enfadada durante la primera parte del almuerzo, y eso era más que suficiente. Adiós, Edward. Sin escándalos, sin palabras ampulosas como humillación o vergüenza, de manera serena, agradable, sin ánimo de venganza, lo dejaría en manos de Dios.

Uno más; uno más de sus antiguos amantes al que dejaba en esa situación, lugar, condición, o como quisiera llamársele. ¿No eran ya demasiados? Tal vez. Se detuvo en la curva de la escalera para recuperar el aliento y se alegró de ser capaz de reírse de lo que había sucedido con Edward. Entonces vio a Manby que cruzaba el salón del piso de abajo con las rosas de Edward e inclinándose sobre la balaustrada gritó: «¡Manby!», no para decirle que se librara de ellas, porque ni las rosas ni su guiño, una vez él se había ido con Dios, tenían la menor relevancia, sino para pedirle que subiera a su habitación, porque quería bañarse.

—El señor Pontyfridd llegará a las cinco —dijo Fanny por encima de la baranda; y si Manby se preguntó qué relación podía haber entre el señor Pontyfridd y su baño, Fanny no hizo nada por despejar su duda.

El señor Pontyfridd, el señor Pontyfridd… Maldito señor Pontyfridd, pensó Fanny, subiendo las escaleras. Los parientes… Parecía que ese día no se iba a librar de su presencia. ¿Qué querría de ella? No lo había visto desde que se encontraron en el tren, cuando la había irritado tanto. Fanny esperaba que no volviera a irritarla, porque ese día había tenido ya más que suficiente. Y si lo hacía, en este caso no podía dejar que se fuera con Dios, porque él era su querido primo, el primo al que adoraba, su entrañable y leal primo, además de todo un caballero. Después de Edward, a Fanny le habría gustado sin duda haber atraído a algún que otro caballero; y mientras subía pensó en la tonta de Niggs, que había tenido la fortuna de casarse con un hombre tan maravilloso y arruinaba su felicidad y la de él con celos y sospechas, cuando sabía Dios que…

Sin aliento, Fanny llegó a su habitación y, siguiendo la costumbre inmemorial de todas las mujeres al llegar a sus habitaciones, fue directa al espejo. Se quedó allí contemplándose, realmente sorprendida de que Niggs aún la detestara lo suficiente para lanzarle dardos como lo había hecho durante el almuerzo. ¿Cómo podía pensar que una figura tan enjuta, con las mejillas tan hundidas, tan sumamente cansada como la que se reflejaba en el espejo, fuera un peligro para su George?

«Un viejo —o una vieja, no importaba quién fuera— es una cosa deleznable», había leído esa misma mañana, hojeando un libro de poemas que tenía en su tocador mientras Manby le arreglaba el pelo.

¿Cómo seguía? Abrió el libro y lo buscó. Ah, sí. Allí estaba:

… una cosa deleznable,
un andrajo en un palo, a menos que

el alma bata palmas y cante alto
por cada jirón de su mortal vestido.

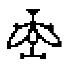
Y bien, ¿no era evidente —pensó, levantando la vista del libro para contemplar su reflejo— que la mujer del espejo, aunque por edad no era aún una anciana, se acercaba con paso ligero a la fase del andrajo en un palo? ¿Y que cuando la alcanzara tendría que cantar o hundirse para siempre? Qué innoble era hundirse. Innoble, dejarse zarandear y rendirse. De algún modo, la única alternativa era cantar. Pero ¿cantar qué? No lo sabía. Eso era lo peor de no ser una persona cultivada: cuando las cosas se ponían feas no se era capaz de encontrar consuelo y satisfacción, como lo hacía el viejo del poema, mediante el estudio de la magnificencia del alma. Tenía que encontrar algo más humilde. Tenía que entonar notas más bajas. Él se iba a Bizancio; ella se iría a Stokes. Y allí, acompañada tan solo de ovejas y de Muriel Hyslup, que tal vez le ofreciera su ayuda, tantearía la situación hasta descubrir algo decente que hacer con el resto de su vida, para que al menos no tuviera que morir sonrojada. Oh, no, no quería morir ruborizada. Y lo haría, sabía que lo haría si seguía a la deriva y no hacía un esfuerzo por dejar de poner mala cara y se apresuraba a devolver algo, al menos, de lo que debía por su existencia, su conservación, y todas las bendiciones que había recibido en la vida. Tantas bendiciones… Entonces pensó en ellas maravillada. Y si —ya que Jim no estaba allí para explicárselo— no era capaz de batir palmas y cantar alto las maravillas más evidentes, como, por ejemplo, la abadía de Westminster o Shakespeare, podría sin duda batir palmas un rato cada mañana en agradecimiento por haber visto amanecer un nuevo día. Al fin y al cabo, los días eran preciosos, incluso los días pasados, si se acudía a ellos en el estado de ánimo adecuado. Y los amaneceres no durarían para siempre…

—El señor Pontyfridd ha llamado, señora —interrumpió Manby, entrando en la habitación—. Dice que espera que lo reciba en su salón.

—¿Que lo reciba en mi salón? —repitió Fanny, volviendo la cabeza con gran sorpresa—. Me pregunto por qué ha pedido tal cosa.

Manby, que no tenía ninguna opinión que ofrecerle, se limitó a preguntarle si quería que le preparara el baño.

—Sí. Y dile a Soames que tomaremos el té aquí. En el salón, quiero decir —aclaró al ver la expresión de Manby—. Muchas gracias, Manby —dijo, y sonrió. Luego se quitó los tirabuzones de Antoine, los dispuso en una hilera encima de la mesa, y le pidió que los volviera a lavar.



Ya eran casi las cuatro. Seguro que George sería puntual, y si quería descansar un poco después del baño y antes de que él llegara, tenía que darse prisa.

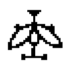
Era extraño que hubiera llamado para pedir que se vieran en el salón. Fanny se preguntó de nuevo a qué se debería su visita, por qué había insistido tanto en que estuvieran a solas. Sin lugar a dudas, Niggs vería en ello las intenciones más siniestras. Solo se le ocurría que George, con la mejor intención, hubiera planeado algo para su cumpleaños, pero en cuanto a por qué tenían que discutirlo en privado…

—La señorita Cartwright me ha entregado esta carta, señora —dijo Manby al encontrarse con ella cuando se dirigía a su dormitorio después del baño.

No era de Muriel, sino de Miles. Le daba las gracias por el cheque, le decía que se gastaría el dinero solo si era estrictamente necesario y lamentaba que su hermana no pudiera ir a almorzar con ella. «Mi hermana no sale de casa», era cuanto especificaba la carta.

—Así que aquí termina todo —dijo Fanny, dejándola sobre la mesa. Podía olvidarse de pasar el día en Stokes con Muriel; podía olvidarse de que la ayudara. Una vez más, se veía obligada a valerse por sí misma, a arreglárselas sola.

Mirando pensativamente a Manby, recordó los días que había pasado en Stokes durante su convalecencia, cuando Job había comenzado a perseguirla, y dijo: «Entonces no habrá nadie conmigo el día de mi cumpleaños, salvo el señor Skeffington», comentario que alteró la calma de Manby hasta tal extremo que a punto estuvo de desmayarse, como después le dijo a la señorita Cartwright.



Una Fanny pensativa salió de su habitación poco después de las cinco y se dirigió al salón a recibir a su primo; una Fanny que se inclinaba a pensar que el destino estaba siendo excesivamente duro con ella. Sin embargo, en el preciso instante en que entró en el pasillo que unía las dos habitaciones, se olvidó de ello; y lo olvidó porque notó algo raro en el ambiente de la casa. Sorprendente y raro. Muy distinto al ambiente que se había respirado

hasta entonces.

Se detuvo a escuchar con la cabeza ladeada.

Un silencio sepulcral, como de respiración contenida, como si la propia casa y todos sus ocupantes estuvieran esperando con apasionada pero aterradora curiosidad a que sucediera algo. «Qué extraño», pensó Fanny; muy extraño, y dirigió a Soames una mirada inquisitiva.

Soames estaba esperando para abrirle la puerta del salón. Parecía abatido, pero eso se debía, se dijo Fanny, a que aún no se había recuperado del guiño de Edward. Podía entenderlo. Pese a no tener culpa de ello, el pobre Soames se encontraba en una situación horrible, que aún lo era más, aunque él no lo supiera, por los pocos deseos de Fanny de tenerlo cerca de sí a causa del incidente. Había perdonado lo de su fiesta, pero ¿podría perdonar el guiño? Un guiño compartido. Compartido con Soames. Herida en lo más hondo de su orgullo y dignidad. No, era intolerable, y Fanny se temía que Soames tendría que marcharse.

—¿Hay algún problema? —preguntó, mientras él, evitando su mirada inquisitiva, se inclinaba sobre el pomo de la puerta con la acuciosa diligencia de quien desea acompañar a alguien a la puerta y salir corriendo.

—¿Problema, señora? —Fue cuanto logró decir, con la sensación de que en cualquier momento le fallarían las rodillas.

Por fortuna para él la puerta se abrió desde el otro lado y apareció George. También él tenía un aspecto diferente, pensó Fanny, observándolo con curiosidad… estaba ruborizado, y mucho, aunque no era habitual en George, y parecía avergonzado.

—Aquí estás, cariño —exclamó con una desenvoltura un tanto nerviosa… ¿de verdad su desenvoltura parecía nerviosa? A continuación la rodeó con un brazo y la hizo entrar apresuradamente en la habitación—. Me alegro mucho de verte. Creí que… bueno, hacía ya mucho, ¿verdad? —preguntó, y se volvió para mirar a Soames, que cerró la puerta de inmediato y se retiró.

Como si estuviera cansada, Fanny se dejó caer en su butaca baja junto a la lumbre.

—No sé a qué has venido —dijo, mirándolo desde abajo—, pero te ruego que seas amable conmigo. He tenido un día duro.

Eso lo puso todavía más nervioso… notablemente más nervioso; encendió un cigarrillo y le tembló la mano.

Sorprendida por su comportamiento, Fanny preguntó, mirándolo:

—¿Por qué te tiembla la mano?

—No me tiembla —respondió él.

—De acuerdo —dijo Fanny con una sonrisa, alzando las cejas. Esbozó tan solo una media sonrisa, porque George, Soames y todos los de la casa se estaban comportando de manera demasiado misteriosa para sentirse a gusto. Si lo que George quería era más dinero para sus obras de caridad, después del que le había dado el mes anterior, eso explicaría que estuviera avergonzado. Pero no explicaría por qué Soames tenía el aspecto de haber visto a un fantasma, ni por qué en la casa reinaba un silencio expectante. Fanny era sumamente sensible al ambiente. Y no había notado un ambiente igual en Charles Street desde… volvió la vista años atrás y, para su gran sorpresa, descubrió que no lo había notado en veintidós años, desde que Job se había marchado.

—Tomemos el té —dijo George con brusquedad.

No podía sentirse más incómodo. Eso de no poder presenciar la angustia y la injusticia sin decidir en ese mismo instante acabar con ellas estaba muy bien, pero teniendo en cuenta que era Fanny quien en esa ocasión podía hacer algo por eliminarlas, y no él, ¿no estaba siendo generoso a costa de otras personas? ¿Y si decidiera no soltar el dinero? ¿Y si resultara que era una fémina como las demás: resentida, codiciosa, egoísta, sin imaginación? En ocasiones, cuando escuchaba las invectivas de Niggs, George tenía la inquietante sospecha de que las mujeres no eran como los caballeros. La justicia y la igualdad no parecían significar mucho para ellas. Sobre todo las mujeres mayores que habían conseguido algo de dinero tendían a aferrarse a él. Fanny era ahora una mujer mayor. Su belleza había desaparecido, pero su dinero permanecía. ¿Y si después de haberse apoderado del botín de Skeffington se negaba a deshacerse de él? Entonces debería utilizar el único recurso que le quedaba; tendría que apelar a su piedad. Y si eso tampoco resultaba, como él era uno de esos hombres incapaces de querer a alguien si ese alguien no los respeta, la perdería para siempre. Su querida prima, perdida para siempre, pensó frunciendo el entrecejo con ansiedad; la prima que durante tantos años había convertido el mundo en un lugar más hermoso solo por estar en él.

—No hace calor, George —comentó, mirándolo mientras él se secaba las gotas de sudor de la frente; y como no respondió, pasó a hablar del té—. ¿No te apetece más alguna otra cosa? —preguntó, sosteniendo en alto la tetera.

—No. Té, por favor.

Se embutió el pañuelo en el bolsillo, cogió un cojín del sofá que tenía

más cerca, lo lanzó al suelo, al otro lado de la mesita baja, se sentó en él y miró con inquietud al frente, no tanto a Fanny como a la butaca en la que se había hundido.

Parecía que hubiera crecido. Siempre había sido lo suficientemente ancha para dos, como nadie sabía mejor que él, pero ahora daba la impresión de que en ella cabrían tres personas. La última vez que había visto a Fanny, forrada de pieles, no se había dado cuenta de lo poco que quedaba de ella. ¿Era justo —se preguntó, con la frente de nuevo perlada de sudor, por lo que tuvo que sacar otra vez el pañuelo, mientras Fanny lo observaba con la cabeza ladeada—, era justo causarle semejante impresión a alguien que tenía todo el aspecto de una inválida? ¿No debería esperar a que engordara un poco? ¿O al menos hasta que no tuviera lo que ella había descrito como un día duro? No, lo que había ido a hacer allí no podía esperar; lo que iba a hacer era, de cualquier modo, tan escandaloso, que solo podía soltarse de golpe y darlo por terminado lo antes posible.

—Ahora podemos hablar —dijo George, cogiendo la taza que ella le ofrecía… cogiéndola con ambas manos para que no temblara sobre el platillo.

—Sí. ¿De qué?

—Primero el té.

George se lo bebió como si tuviera sed, de un solo trago, y enseguida acercó la taza para que le sirvieran más.

—Estoy preocupado —dijo, mientras Fanny se la llenaba.

—¿Por Niggs?

—No. Por ti.

—¿Por mí?

Fanny soltó la tetera y le dirigió una mirada insegura.

—Si se trata de mi cumpleaños… —comenzó, pero George la interrumpió y dijo que se trataba de algo más serio.

Fanny preguntó con una leve mueca si podía haber algo más serio.

Él le pidió casi con firmeza que no dijera tonterías. Y entonces, dejando a un lado las ridiculeces acerca de su cumpleaños, le dijo que la apreciaba tanto que estaba muerto de miedo.

—Prométeme, prométeme —le rogó George— que no me fallarás. No podría soportar perderte. Pero aquella tarde en Paddington desapareciste haciendo aspavientos, toda enfurruñada, cuando comencé a hablarte de Skeffington, y temo que vuelvas a desaparecer.

—¿Piensas hablarme de él? —preguntó.

—Para eso he venido —dijo George. Tras lo cual, Fanny comentó con sorprendente tranquilidad:

—Ese hombre no deja de aparecer.

George la miró fijamente. Las manos de Fanny estaban ocupadas con las tazas y tenía la cabeza inclinada sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir con que no deja de aparecer?

—Eso mismo, que lo hace —aclaró ella.

Se volvió y miró alrededor por encima del hombro. Miró con atención, con cierta cautela, como si no quisiera ver lo que estaba buscando. George la observaba, perplejo.

—Es raro —dijo Fanny, estirando el cuello para escrutar la habitación, escrutándola tan a fondo que llegó incluso a mirar detrás del escritorio—. No está aquí.

—¿Quién no está aquí? —preguntó George.

—Job.

Entonces George sintió en la espalda esa sensación que llamamos escalofrío. Lo que más le había impresionado era la forma en que había mirado hasta detrás del escritorio, donde apenas cabía un gato agazapado.

—¿Esperabas que estuviera aquí? —preguntó, mientras contenía un estremecimiento, consiguiendo el tono amable de quien le sigue la corriente a un paciente querido pero presa de las alucinaciones.

—Normalmente está aquí. Desde mi enfermedad pasa bastante tiempo conmigo. Pero bueno —añadió Fanny encogiéndose de hombros—, una se acostumbra a todo.

Desconcertado, durante un momento pensó que Skeffington lo había traicionado, pero enseguida vio la luz. Era obra de la imaginación de Fanny. Tenía a Skeffington metido en el cerebro. No lograba quitárselo de la cabeza porque tenía dudas, en opinión de George más que justificadas, sobre si no habría sido demasiado dura con él en el pasado. Lo había sido, y por razones totalmente deshonrosas. George estaba seguro de que Fanny no se había divorciado de él guiada por unos principios estrictos ni porque Job hubiera traicionado su amor, sino simplemente porque no podía desaprovechar la magnífica oportunidad de librarse de aquel judío. Y ahora estaba recibiendo su castigo. Ahora su conciencia, despierta por fin en una vida de repente vacía, la atormentaba. A la gente insensible no le remordía la conciencia, y en ese aspecto Fanny seguía siendo su querida prima. De modo que se levantó, rodeó la mesita para acercarse a su butaca, se sentó en el borde, la rodeó con un brazo y dijo con dulzura:

—Pobrecita mía.

—Sí —asintió Fanny. Eso mismo era lo que a veces pensaba de sí misma en los últimos tiempos. Tras cada contratiempo lo pensaba, antes de recuperarse y volver a levantar cabeza.

—¿Has ido al médico?

—Ya te dije el día que nos vimos en Paddington que acababa de salir de la consulta de Byles. Y lo único que hizo fue insultarme, y decirme que lo mejor sería que lo invitara a cenar.

—¿Que lo invitaras a él?

—No. A Job.

George se agachó y la besó en la cabeza. Ese gesto no era solo para demostrarle que la quería y la compadecía, sino también para pensar durante unos segundos qué debía decir a continuación. George estaba bajo una fuerte presión. Lo último que se esperaba era que Byles saliera en su ayuda en la tarea, la difícil y terrible tarea que su impulsividad le obligaba a cumplir. A juzgar por lo que había oído sobre él y por el importe de sus facturas, Byles era una persona sumamente desagradable, pero también era cierto que su sugerencia de que saliera a cenar con Job le había abierto un nuevo camino, y lo único que él, George, tenía que hacer ahora era seguirlo con tacto y prudencia. Aun así, cuando pensó en lo que había hecho y en dónde estaba Skeffington en ese momento, el tacto y la prudencia le parecieron habilidades muy pobres comparadas con el coraje, y las malditas gotas de sudor no dejaban de cubrirle la frente.

—Yo lo he visto de verdad —dijo, arriesgándose.

—¿A quién? ¿A Byles?

—No. A Job.

—¿En serio?

Fanny se apartó para mirar a su primo con asombro. Nadie que ella conociera había vuelto a ver a Job tras el divorcio. Había desaparecido. Se había marchado del país. Los rumores apuntaban que había ido a México y se había quedado allí. ¿Era posible que George, de su misma sangre, también viera cosas que no existían realmente? Desde luego, daba la impresión de estar transpirando bastante.

—No es posible —dijo con decisión—. Está en México.

—No está en México. Está…

Pero George tuvo que detenerse para tragar saliva. Tenía la garganta seca y taponada. Alargó un brazo por encima de la mesa, levantó la tetera y se sirvió otra taza de té. Lo que acababa de hacerle a la pobre Fanny le

parecía imperdonable. Pero cuando pensaba en Skeffington…

En cuanto se tomó el té, vigilado por la mirada curiosa de Fanny, añadió a toda velocidad:

—De hecho, cariño, me encontré con él ayer, en Battersea Park.

Fanny solo fue capaz de repetir, con los ojos clavados en la cara de George y el cuerpo inmóvil: «Ayer, en Battersea Park».

—Yo cruzaba el parque y él estaba sentado en un banco, tomando el sol.

De nuevo, solo logró repetir: «Tomando el sol».

Job, tomando el sol. Job, con el tiempo libre suficiente para sentarse a tomar el sol. Job, queriendo tomar el sol. Era muy extraño; que Job, un hombre de despacho, de reuniones directivas, de tener un millón de cosas entre manos, de poder, importancia y actividad incesantes, quisiera sentarse a tomar el sol.

Incrédula, Fanny señaló que eso era muy impropio de él.

George asintió.

—Totalmente —dijo—. Como todo lo demás. Escucha y verás. Al principio no me fijé en él, porque estaba mirando el perro…

—¿Qué perro?

—El suyo.

—No es posible que tenga perro —objetó Fanny, de nuevo con decisión —. No le gustaban.

—El que estaba con él le gustaba —dijo George. Y añadió, tras un momento de vacilación—: Todo el mundo necesita compañía, ¿no?

Sí. Todo el mundo necesita compañía. ¿Quién podía saberlo mejor que ella? Aun así, un perro le parecía la última forma de compañía a la que Job recurriría. Y entonces Fanny empezó a pensar si también ella terminaría con un perro, y por un instante se dejó llevar por la *rêverie*, y vio imágenes de ella y de Job en sus últimas horas, cada uno por su lado, solos con un perro. El epílogo de sus intensas y espectaculares vidas: un perro.

—Era un encanto de perro —continuó George—. Parecía un animal tan orgulloso y responsable…

—¿Responsable? —dijo Fanny. Esa palabra tan extraña la despertó de su *rêverie*.

—Bueno, ya sabes la impresión que dan los perros —dijo George apresuradamente.

Fanny dijo que no lo sabía, y George añadió con precipitación:

—Bueno, el hecho es que no pude evitar detenerme y acariciarlo. Y entonces vi que el hombre que llevaba a remolque… es decir —se apresuró

a corregir—, me fijé que pertenecía a Skeffington. Estaba muy cambiado, por supuesto, arrugado y demás, pero no cabía duda de que aquellos eran sus rasgos de siempre más marcados. Lo habría reconocido en cualquier parte.

Los ojos de Fanny se alejaron de George para centrarse en el fuego. «Arrugado», pensó. El Job que veía con tanta frecuencia estaba tal como lo recordaba después del divorcio; un hombre ágil, vigoroso y menudo, en la flor de la vida, y Fanny hizo un esfuerzo por imaginarse el cambio. Sabía que el cambio era inevitable, pero por algún motivo le causaba una punzada de dolor que también Job hubiera tenido que sucumbir a él. Un hombre tan lleno de vida, capaz de superar cualquier obstáculo, ahora arrugado, sentado en un banco de Battersea Park, sin hacer nada. Otro de sus adoradores que se marchitaba, uno más convertido en un anciano cansado. Y en esa ocasión era su marido. La gente podía decir lo que quisiera, reflexionó Fanny, pero el hecho de acostarse cada noche con alguien, como ella había hecho diligentemente con Job hasta que las secretarias comenzaron a dar problemas, hace… bueno, crea un vínculo.

—Setenta y dos, me dijo. —Fue lo siguiente que le oyó decir a George.

—Sí —asintió Fanny tras una pausa durante la cual, con la mirada aún clavada en la lumbre, pareció estar contando—. Setenta y dos.

—Me costó mucho conseguir que hablara, pero poco a poco…

—¿Tengo que escuchar todo esto? —preguntó Fanny, cambiando de posición en la butaca.

—¿Quién, si no tú?

—¿Y por qué yo? —Sí, se preguntó. ¿Por qué ella? ¿Qué había sido de todas aquellas…?

George leyó la pregunta en sus ojos.

—¿No sacarás de nuevo el tema de las secretarias? —protestó—. Además, en la vida de un hombre llega un momento en que todo eso se termina, y ya te he dicho que está destrozado.

—No me has dicho que está destrozado —dijo Fanny, volviéndose rápidamente hacia él.

—Pues lo está. Y me sorprende mucho de ti, Fanny, que aún sigas con lo de…

George relajó el brazo con que la rodeaba y Fanny, al creer que iba a apartarlo, alzó una mano y agarró a su primo del abrigo.

—No te vayas. Quédate a mi lado —le rogó—. Es que no puedo imaginarme a Job sin mujeres en su vida y… destrozado. Oh, qué cruel,

¡qué cosa tan horrorosa —exclamó en un arrebato de indignación que llenó de esperanza a George—, abandonarlo cuando está destrozado!

—Y pobre —dijo George, aprovechando su oportunidad—. Eso las hace huir más rápido que cualquier otra cosa, ya sabes.

—¿Pobre?

Entonces fue Fanny quien apartó el brazo de George; se sentó derecha y lo miró con incredulidad. Antes ya lo había insinuado, si bien con aire vacilante. Ahora parecía seguro. ¿Job, pobre? ¿Job, el experto en ganar millones? No podía creérselo. Era posible que fuera relativamente pobre, en comparación con lo que había sido en el pasado, pero no… no pobre como lo eran Miles y Muriel, o las mujeres de Paddington, o la gente de las esquinas a quienes Fanny daba media corona cuando la miraban con ojos de necesitarlas.

—Pobre de verdad —dijo George, como si oyera el pensamiento de su prima—. Pasando apuros. Se ha ido a pique.

Silencio. Fanny tratando de creérselo. Fanny enfrentándose a una idea que, de creérsela, tendría un efecto inmediato sobre su futuro. George no le mentiría. Entonces, debía ser cierto que Job estaba en apuros.

Guardó silencio, intentando asimilarlo. Job estaba en apuros y ella tenía el poder de rescatarlo. Rescatándolo también ella se salvaría. Ya no hacía falta que Muriel Hyslup la ayudara a descubrir cuál debía ser su siguiente paso: Job lo estaba haciendo por ella; Job era el siguiente paso; Job, convertido milagrosamente en instrumento de salvación.

—Pero entonces… —comenzó.

—¿Sí, cariño? —preguntó George con tono impaciente, inclinándose sobre ella.

Fanny no continuó. Estaba demasiado deslumbrada por la luz que le mostraba el camino que debía seguir, y se quedó mirando a su primo en silencio. Era lamentable, por supuesto, que el pobre Job tuviera que estar destrozado para convertirse en el instrumento de su salvación, pero al menos su sufrimiento no duraría demasiado. Lo recuperaría todo. Fanny no podía devolverle su vigor y plenitud, pero podía, y lo haría, darle los medios para que se pusiera en manos de quien pudiera cuidarlo y ocuparse de él. ¿Darle? No, nada de darle; devolverle lo que siempre había sido suyo. Job debía recuperarlo todo. Ella solo le pediría lo justo para vivir, escondida en algún lugar del campo, donde no la encontrara ningún conocido, y donde pudiera, al fin, dedicarse a esa sabiduría, a esa adquisición de conocimientos que Lanks, en los días del declive de su adoración por ella, juzgaba tan

importantes. Esa casa, enorme y tan aparente, y todo su contenido también regresaría a sus manos. Excepto Manby, todos los sirvientes volverían con él, incluido Soames. Realmente los caminos de la Providencia eran envidiables, pensó Fanny, admirada por su meticulosidad, por su atención a los más pequeños detalles… Allí estaba Soames, por ejemplo, a punto de salir de su vida de manera totalmente legítima, feliz y sin complicaciones. Deberíamos tener más fe, se dijo Fanny. No deberíamos, como ella había hecho en los últimos tiempos, entregarnos tan deprisa a la desesperación.

Y aunque los caminos de la Providencia la habían dejado atónita, más atónita aún la habían dejado las palabras de George. ¿Quién habría imaginado, se preguntó Fanny, que su primo hubiera dudado de su consideración hasta el punto de estar, como le había dicho, «muerto de miedo»? Sin duda había sudado tanto por miedo a que ella le fallara. ¿Cómo demonios había podido apreciarla tanto todos esos años si, en el fondo, jamás había estado seguro de que respondiera con rectitud en caso de necesidad?

Doblemente atónita, con la respiración agitada por culpa de esas inesperadas revelaciones, siguió mirándolo fijamente, incapaz de decir palabra, sumida en un silencio que George interpretó como una mala señal.

—Me costó muchísimo conseguir que me contara algo —dijo George —. Tuve que asegurarle una y otra vez que no nos oía nadie. —Y George siguió relatándole que el pobre Skeffington, como él tenía la costumbre de llamarlo, había comenzado a perder dinero en México, donde había entrado en el mundo de la política, de las revoluciones y sabía Dios qué más; cuando las cosas se pusieron demasiado complicadas regresó a Europa y fue a Viena a empezar de nuevo, y con su habilidad consiguió ganar más dinero que nunca en las épocas en que los nazis ascendieron al poder, pero Viena no era precisamente el lugar más seguro para un judío y muy pronto tuvo problemas serios… (Durante un momento dio la impresión de que George no podía continuar; parecía que mirara, con horror, algo que apenas podía creerse). Tan serios que fue afortunado de escapar con vida, si es que de alguien a quien solo le queda la vida, dijo George con una mirada de horror e incredulidad, puede decirse que es afortunado, y ahora estaba en Londres, en una situación desesperada.

—Y tú crees que yo debería sacarlo de esa situación —dijo Fanny con la frialdad natural en aquellos de cuya consideración se duda cuando George terminó.

La frialdad molestó a George.

—No es cuestión de si deberías o no, querida prima —dijo; y que la llamara «querida prima» demostraba lo molesto que estaba. Aunque ella también lo estaba, y con toda justicia, consideraba Fanny—. No tienes ninguna obligación. Él no tiene ningún derecho. Sin embargo, creo que deberías recordar que todo lo que hay aquí… —Miró alrededor, el salón lleno de flores, la desmesurada cantidad de comida que había sobre la mesita y que ninguno de los dos había probado aún, a la propia Fanny, hundida en su mullido cojín, envuelta en prendas que, pese a su aspecto sencillo, debían de ser escandalosamente caras, con una mirada hostil por la imagen que aún veía de aquella figura harapienta y paciente sentada en un banco de Battersea Park—. Todo lo que contiene esta casa, la ropa que te viste, es tuya gracias a su generosidad.

—Sí —convino Fanny—. Fue muy generoso. Pero es fácil —añadió, llegando a un tono de frialdad extrema— ser generoso cuando se es tan rico.

George no quería estar sentado junto a una mujer que hablaba de esa manera, de modo que se levantó, se quedó de pie de espaldas a la lumbre y, tras un movimiento brusco de muñeca, echó un vistazo a su reloj. Era espantoso que ese asunto no estuviera resultando mejor, cuando el apremio era tan importante. En cualquier momento podía irrumpir alguien en la habitación para pedirle nuevas instrucciones…

—¿Tienes prisa? —preguntó Fanny, aún con más frialdad que antes, porque estaba harta de los hombres que miraban su reloj.

George la miró. No prestó atención a su pregunta. Se estaba cuestionando si esa era realmente su Fanny, esa persona fría, y si su corazón se había secado tanto como el resto de su cuerpo.

—Déjame decirte —comenzó George, mirándola a los ojos— que tú solo tenías derecho a una parte de lo que él insistió en dejarte.

—Lo sé.

—Y ahora…

—Ahora que es pobre, y yo sigo siendo injusta y odiosamente rica… dilo, George, dilo. Te mueres de ganas.

—Eso es, es odioso. Es injusto —respondió él, paseándose por la habitación— que él esté en una situación tan terriblemente distinta. Dios mío, claro. —Se interrumpió y se detuvo, como si se hubiera dado cuenta de algo que ya sabía.

—¿Y tú sugieres…?

—Sugiero…

Volvió a su lado y se quedó de pie junto a ella, sonrojado por la agitación, necesitando convencerla cuanto antes de que hiciera lo correcto, lo único que podía hacer.

—¿Sí?

—Sugiero que habléis de lo que estás dispuesta a devolverle.

—Por supuesto, querido primo… —Ahora era ella quien lo llamaba «querido primo», siempre un síntoma de cierta aversión, por lo menos temporal—. ¿Qué crees? Llamaré a mi abogado mañana a primera hora y hablaré con él de este asunto. —Sin embargo, extrañada por el gesto de George, Fanny se inclinó hacia delante y preguntó—: ¿Qué hablemos, quiénes?

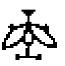
—Tú y Skeffington, Fanny. No hay ninguna necesidad de tratar con abogados. Haz de esto un asunto amable. Un asunto cordial —dijo, casi imploró George.

—Quieres decir… —Fanny lo miró como si no pudiera creerse lo que acababa de oír—. ¿Quieres decir que permita que Job venga a verme?

—Que venga, al menos —respondió George, tras una leve vacilación, como si eligiera las palabras con sumo cuidado; y después esperó, con el corazón en un puño, a que Fanny respondiera.

No tuvo que esperar mucho. Casi de inmediato, brevemente y con firmeza, Fanny contestó:

—Jamás.



Durante un momento se miraron, sin hablar.

Así que esa era Fanny, pensó George. Esa era la auténtica Fanny, la que siempre debía de haber sido, bajo el encanto de su belleza. ¿Era posible que toda su radiante compasión y amabilidad no hubieran sido más que el efecto de un perfecto estado de salud, de la perfecta satisfacción con todo lo que la rodeaba? ¿Era posible? Sin embargo, qué definitivo, qué despiadado había sonado ese «Jamás». A los cincuenta años Fanny se revelaba como una mujer despiadada. Tan mayor y tan poco delicada, se dijo George, mirándola como si esa fuera la primera vez que la veía.

Fanny pensó: «Me odia. Lo he escandalizado tanto que será mejor que haga algo enseguida. No puedo permitir que se vaya. No puedo perder a George. Tendré que decirle por qué no puedo ver a Job. Una humillación más en realidad ya no importa. Prefiero que sepa lo estúpida que soy a que

me tome por una mujer odiosa e insensible».

Fanny intentó levantarse de la butaca, convencida de que de pie diría mejor lo que tenía que decir, pero la butaca era demasiado baja y estiró los brazos para que George la ayudara a incorporarse. Renuente a agarrar unas manos que no le apetecía volver a tocar en su vida, George no tuvo más remedio que ayudarla; cuando Fanny estuvo de pie, bastante cerca de su primo, como una niña pequeña obligada a recitar una lección difícil que aún no se ha aprendido, ante un juez que adivinaba severo, George le dijo que si esa era su última palabra, ese «Jamás» detestable y tan poco cristiano, lo mejor que él podía hacer era marcharse.

—Para no volver —añadió George, dirigiéndole una mirada fulminante por debajo del entrecejo fruncido.

—Pero no es mi última palabra —respondió Fanny a toda prisa. No, no podía perder a George; aunque la hubiera juzgado equivocadamente, no podía. Él era el único admirador que le quedaba… a menos que contara también a Job.

—Debería dar gracias a Dios por las palabras que acabas de decir —respondió George, con las cejas un poco más relajadas.

—Tengo muchas más que decir…

¿Había oído algo muy parecido a un ladrido procedente de la planta inferior de la casa? George miró con inquietud, primero a la puerta y después a Fanny, pero ella no parecía haberse dado cuenta, o había supuesto que el ruido procedía de fuera, de las cuadras pobladas de perros. Además, por la forma en que le apretaba las manos —un truco familiar que Fanny utilizaba cada vez que estaba en apuros—, George sabía que estaba concentrada en lo que intentaba decirle.

—Y si… —prosiguió Fanny, después de tomar aire— me miras con atención, sabrás que las tengo. Es decir, si miras con atención lo que queda de mi rostro.

George se ablandó de inmediato. A él, que se ablandaba con facilidad ante cualquier muestra de aflicción, el dolor que sin duda sentía Fanny por tener que decirle eso lo convirtió en un hombre tierno y compasivo. Niggs le había dicho que Fanny no era consciente de los cambios en su rostro, que las mujeres nunca se daban cuenta cuando la belleza las abandonaba, que era una auténtica lástima, y que alguien debería abrirle los ojos al respecto; él la había creído y se había alegrado de que su querida prima se hubiera ahorrado lo que, al menos para cualquier mujer que hubiera sido tan hermosa como ella, debía de ser un tormento. Ahora se daba cuenta de que

no se lo había ahorrado, de que Fanny era plenamente consciente de lo que le había sucedido.

La lástima terminó de borrar los últimos indicios de su enfado.

—Conozco tu precioso rostro a la perfección, querida Fanny —dijo con dulzura, sujetándoselo con ambas manos mientras le daba un beso en la frente.

—Entonces, ¿hace falta que continúe? Recuerda que hace casi veinticinco años que Job no me ve.

—Eso no importa —dijo George.

Fanny se apartó de su lado. ¿Era ese su comprensivo primo? ¿Llevaba años casado con Niggs y no había descubierto cómo era la vanidad de una mujer, el modo en que podía impregnar su carácter, arrastrando en su camino las buenas intenciones? Fanny quería ser amable, cordial y abierta con el pobre desgraciado de Job, pero no podía, no podía porque le resultaba insoportable que él, que había venerado su belleza de un modo casi lamentable, la viera en ese estado.

—Te aseguro —dijo George con firmeza— que para Skeffington siempre serás la misma.

—¿Me tomas por estúpida? —protestó ella, y a George le pareció oír otra vez un ladrido lejano, y de nuevo se puso nervioso, pero de nuevo tuvo la impresión de que Fanny no se había dado cuenta—. Job me amaba con un amor desquiciado, y tú lo sabes.

—Y estoy seguro de que aún lo hace —respondió George; aunque, ¿tenía razón? Esa figura apática en el banco de Battersea Park que solo se movía si oía un ruido o un movimiento brusco; ese hombre paciente que escuchaba sin rechistar sus impetuosas propuestas y lo seguía obediente allí donde lo llevara, incluso a casa de Fanny; ¿era posible esperar de él una emoción positiva como el amor? ¿Un amor, además, desquiciado? Pobre Skeffington. Ya había tenido suficiente de cualquier tipo de locura.

—Por desgracia solo amaba mi aspecto. No a mí. Y no estoy dispuesta a darle un susto.

—No lo harías —dijo George.

Entonces Fanny se enfadó.

—¡Oh, deja de tratarme como si fuera deficiente mental! —gritó—. He visto a algunos de los otros estos días, a algunos de los que creían que me amaban locamente y todos ellos me han rehuido. Todos y cada uno de ellos. Me he cansado de que me rehuyan. No voy a añadir al pobre Job a esa lista. Después de todo, él fue el único que se casó conmigo y se merece un poco

más de consideración —dijo, y se volvió de espaldas con gesto indignado.

George se acercó rápidamente a ella, la agarró por la muñeca y la obligó a volverse de nuevo.

—Intentas decirme —dijo George, que tenía un brillo extraño en los ojos— que la única razón por la que no verás a Skeffington…

—Sí —lo interrumpió Fanny, y le dirigió una mirada desafiante—. Eso es. Sencillamente porque, sí lo viera, él también me vería. Y ahora despréciame. No lo habrías imaginado jamás, ¿verdad?, que la pobre vanidosa a quien siempre has querido tanto, que tu ridícula…

—Pero… ¿eso es todo, Fanny? —La interrumpió él.

—¿Todo? Pero si es deleznable. No tengo palabras…

—Escucha. —George la interrumpió de nuevo y le apretó la muñeca—. Ahora mismo las palabras no te hacen falta. Lo que tienes que hacer es escuchar las mías…

Pero Fanny no tuvo ocasión de escucharlas, porque en ese instante se abrió la puerta y apareció Soames.

George se volvió hacia él con una violencia extraordinaria.

—¿No te he dado la orden estricta de que no entres? —gritó.

Fanny estaba atónita. Tanta violencia por algo tan nimio. ¿Por qué no podía entrar Soames? El pobre hombre, aún claramente desconcertado, cosa que Fanny aún atribuía al guiño de Edward, solo quería retirar el servicio de té. George era su primo, sí, pero las órdenes estrictas y la violencia rebasaban los límites de lo que podía hacer en su casa. Había algo raro en el ambiente de la casa ese día. Desde que había salido del dormitorio, nada se parecía en lo más mínimo a lo que estaba acostumbrada.

Intrigada y con cara de pocos amigos, se levantó, la muñeca aún sujeta por la mano de George, mientras Soames, después de esa reprimenda, vacilaba en la entrada. Sí, le había dicho que no entrara, pero pasado un tiempo le había resultado imposible quedarse fuera. Estaba demasiado aterrado. El silencio, el silencio sepulcral que reinaba en la planta inferior ya lo había asustado bastante, pero no podía compararse con el miedo que se había apoderado de él cuando ese perro había comenzado a ladrar. ¿Para qué diantre la secretaria habría entrado en la biblioteca y molestado al perro? Había estado tan callado como… como el resto de la casa hasta que la señorita Cartwright se había querido imponer, y el alboroto del animal había hecho que Soames subiera las escaleras a toda prisa, seguido por dos de sus criados, a refugiarse con el señor Pontyfridd y su señora con el

pretexto de retirar el té. Había perdido los nervios. No podía quedarse en la planta inferior, desorientado y desprotegido, cuando cualquier cosa podía ocurrir. Así que ahí estaba, con la puerta abierta de par en par a sus espaldas, bloqueada por los criados sosteniendo las bandejas; en ese instante se oyó otro ladrido, en esa ocasión alto y claro, que retumbó en la entrada y ascendió por la escalinata, avanzó por el pasillo y se adentró en el salón.

—¿Hay un perro en casa? —preguntó Fanny, más sorprendida por el sobresalto de los hombres que por el ladrido.

—¿Un perro, señora? —tartamudeó Soames. ¿Por qué había hecho eso el señor Pontyfridd? ¿Por qué los había puesto en tal situación, si durante tantos años habían salido adelante sin dificultad? Soames lamentaba las desgracias como el que más, pero no veía ninguna necesidad de llevarlas a casa.

Un segundo ladrido, una sucesión de ladridos, un aluvión de ellos hizo que la respuesta fuera del todo innecesaria, y Fanny, mirando a unos y otros, a Soames, blanco como el papel, a los criados, sonrojados, y a George, con la frente perlada de sudor, dijo:

—No sé cuál es el problema, pero como os veo en esta actitud misteriosa y absurda, lo averiguaré yo misma…

Y se dirigió con decisión hacia la puerta.

George la siguió.

—Fanny, tienes que perdonarme —dijo con tono ansioso, posando la mano en su hombro—. Yo he traído al perro. Está en la biblioteca.

—Bueno, no veo por qué no puedas traer a tu perro cuando quieras —respondió ella, y durante unos segundos no supo si molestarse en bajar solo para ver al perro de George en la biblioteca.

Pero allí, al otro lado de la puerta abierta, percibió de nuevo el ambiente peculiar que había sentido al salir de su habitación, la extraña sensación de que toda la casa contenía la respiración a la espera de que sucediera algo. Había llegado incluso a su habitación, porque vio a Manby mirando a hurtadillas con gesto inquisitivo. Sin duda debía bajar y averiguar qué ocurría. Hasta que se lo entregara todo a Job seguía siendo la señora de la casa, y no podía quedarse quieta, con el ceño fruncido y sin hacer nada. Además, la mano de George en su hombro parecía animarla a dar el paso. Notó que él quería que ella bajara a investigar. Y no fue solo eso lo que la hizo bajar, sino que su dignidad le dictaba que no debía tolerar ese tipo de misterios.

—No es mi perro, Fanny —dijo George con una voz muy extraña.

—¿Que no es tu perro?

Fanny se volvió y lo miró; y mientras lo hacía, la duda de sus ojos se convirtió primero en incredulidad y después en una horrorizada certeza.

—¿George? —dijo entre dientes, como si no pudiera creerse lo que le había hecho.

George comenzó a acariciarle el hombro con movimientos rápidos, nerviosos, enérgicos.

—No pasará nada —le aseguró, insertando las palabras entre una y otra caricia—. Verás… entenderás que… hay cosas que no pueden seguir así… Justo ahora iba a decirte… He intentado explicarte… No te preocupes, querida… no te preocupes… baja y… afróntalo…

—Por supuesto que voy a afrontarlo —dijo Fanny, y apartando el hombro, salió de la habitación.

George se secó la frente. Soames, de espaldas, hizo lo mismo con disimulo. A los criados también les habría gustado hacerlo, pero no podían por culpa de las bandejas; además, los criados no hacían esas cosas.

Sí, saldría todo bien, tenía que salir bien, no podía ser de otro modo, se dijo George, mientras observaba a Fanny avanzar por el pasillo y desaparecer escaleras abajo, cada línea de su cuerpo rebosante de altivez e indignación. En cuanto a él, no podía hacer nada salvo rezar por la salvación de los Skeffington; de ambos Skeffington, porque, ¿acaso su Fanny no necesitaba ser salvada de su futuro desolador tanto como el infeliz de Job del recuerdo de su terrible pasado?

George rezó con todo su corazón; pero Soames, que no podía saberlo, juzgó que estaba preocupado y lo interrumpió.

—Si me permite que lo mencione, señor —susurró Soames atemorizado, acompañado de fondo por el golpeteo que las manos temblorosas de los criados producían al recoger las tazas—, ¿no cree que es probable que el… el encuentro le cause a mi señora una terrible impresión?

—Diablos —fue la inesperada respuesta de George, que apretó los puños y se puso de repente tan rojo como los criados.

Sin embargo, no era en los Skeffington en quienes estaba pensando.

XI

Y allí estaba Fanny, bajando a solas las escaleras para encontrarse con su destino. Tenía la cabeza y el ánimo en alto. Era un auténtico escándalo, se dijo. ¿Cómo se había atrevido George a algo así? Aunque, mil veces más inexplicable, ¿cómo se había atrevido Job? Peor, infinitamente peor que el hecho de que George hubiera llevado a Job a su casa era que este se hubiera dejado conducir hasta allí. Ya era lo suficientemente grave que su fantasma la hubiera habitado durante tanto tiempo, alterando los nervios de Fanny hasta dejarla al borde de un ataque, pero ¿qué era un fantasma comparado con un cuerpo de verdad? El loable impulso que había sentido de restituirle lo que era suyo, de devolvérselo todo, se congeló en su interior. Como si ese fuera el reino de los cielos, no permitiría que la expulsaran con violencia. Tan justo era su enfado, con tanta razón se había indignado, que mientras bajaba las escaleras a toda prisa se olvidó de que había decidido que Job no la vería jamás en ese estado de decadencia. No fue hasta llegar al último escalón cuando se dio cuenta de que no podía aparecer ante él con ese aspecto y, deteniéndose en seco, estaba a punto de subir de nuevo y decirle a George que recogiera a su amigo, saliera de su casa y no volviera jamás por allí, cuando se abrió la puerta de la biblioteca y la señorita Cartwright, asediada por los ladridos, salió apresuradamente.

Qué extraño, pensó Fanny, inmóvil frente a ella. ¿Qué habría estado haciendo allí dentro? Y qué inteligente por parte del perro haberla obligado a salir.

Sin embargo, no tenía tiempo para averiguar por qué su secretaria había entrado en una habitación en la que no tenía nada que atender, aunque tenía el presentimiento de que los motivos no podían ser buenos; tan solo dijo con tono inquisitivo, de pie sobre el último escalón y mirándola desde arriba:

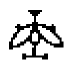
—¿Sí?

—Oh, *lady* Frances, le ruego que me disculpe, estoy segura… —tartamudeó la señorita Cartwright sumamente confusa—. Creí, creí que estaba en la biblioteca, y quería, solo quería…

Su voz se apagó. Cualquier voz lo habría hecho frente a la mirada de Fanny.

—Por hoy no necesito nada más —dijo Fanny bajando el último escalón.

No había vuelta atrás. La señorita Cartwright la había obligado a entrar en la biblioteca. Y mientras decía, por si la secretaria pensaba que no sabía a quién encontraría allí dentro: «Me da la impresión de que ha molestado al perro del señor Skeffington», abrió la puerta, entró, y la cerró tras de sí.



Sí. Allí estaba Job, tal como George lo había descrito, canoso y arrugado, sentado bajo la lámpara al otro extremo de la habitación; el perro, que ya no ladraba y la miraba con ojos vivos, permanecía sentado muy derecho a su lado.

La habitación estaba en silencio. Parecía que una calma extraña la hubiera inundado ahora que solo ella y Job estaban allí… como el polvo que se posa suavemente sobre los objetos antiguos y acabados. Fanny se quedó junto a la puerta cerrada, sin moverse, con la sensación de estar mirando un retrato. Job tampoco se movió en su silla. El perro, sentado sobre sus patas traseras, siguió mirando a Fanny en silencio con ojos vivos.

Un anciano con las manos apoyadas en un bastón. Un anciano, tan absolutamente distinto al Job que ella recordaba y al que se le había aparecido que la ira de Fanny se desvaneció de inmediato. ¿Cómo se podía estar enfadada con un desconocido tan digno de lástima? Y esas gafas oscuras… George no le había mencionado las gafas oscuras; Job nunca había usado gafas; la vista de Job, salvo cuando la miraba y se le empañaba por la emoción, siempre había sido tan buena como la de un lince. Ahora tenía los ojos ocultos, y Fanny no sabía si la miraba o no, aunque tenía la cabeza vuelta hacia ella.

Pero debía de estar mirándola; no podía no hacerlo, a juzgar por la orientación de la cabeza. ¿Sería posible —Fanny contuvo la respiración— que no supiera quién era? ¿Que Job, precisamente Job, no la reconociera?

Afectada por tan terrible sospecha, en lugar de pedirle explicaciones

acerca de la imperdonable invasión de su casa, Fanny solo fue capaz de balbucear: «¿Job?», y tras un silencio que pareció hacerse eterno, la voz que llevaba veintidós años sin oír, lentamente y con mucha delicadeza, como si avanzara a tientas por la habitación, preguntó: «¿Eres Fanny?».

¿Eres Fanny? Durante un momento no pudo hablar. Los otros, todos ellos, pese al evidente espanto, al menos la habían reconocido, pero ahí estaba Job, y no la reconocía.

—¿No me reconoces? —preguntó, tragando saliva.

Tras otro silencio, Job respondió lentamente:

—La voz es la de Fanny.

Acongojada, Fanny permaneció inmóvil, recostada en la puerta, buscando en ella un punto de apoyo. La voz. Para Job ya no quedaba nada de ella, excepto su voz.

Job hizo ademán de levantarse. El perro se sacudió y también se levantó. Fanny se dio cuenta de que estaba sujeto al brazo de su amo con una correa. ¿Acaso Job temía que también el perro, al igual que lo había hecho ella y sus sucesoras cuando había envejecido y perdido su dinero, echara a correr y lo abandonara?

Parecía tener dificultades para levantarse. Palpó el brazo de la silla con la mano que no sujetaba el bastón. Mientras lo observaba, Fanny luchó por no ablandarse ante su indefensión, y pensó: «No es justo. Me han colocado en una situación injusta. Esta no es la forma… No pienso caer en…».

Pero cuando Job tropezó con la alfombra, el bastón salió disparado y quedó fuera de su alcance, y Fanny se dio cuenta de que no se había caído gracias a que el perro había tirado de él hacia atrás y lo había obligado a sentarse de nuevo en la silla; entonces, la primera reacción de Fanny fue correr hacia él con los brazos abiertos.

Job no pareció ciarse cuenta —ella con los brazos abiertos frente a Job, y él ni siquiera se daba cuenta—, y su rostro, alzado hacia ella, tenía la misma expresión extraña, vacía y atenta que cuando había oído que se abría la puerta.

Había algo en él, ahora que lo miraba de cerca, algo detrás de esas gafas de cristal grueso y oscuro, algo invisible pero que se intuía, que le heló la sangre.

—Job —susurró, apenas capaz de hablar—, ¿no estarás…? Nadie me… no es posible que estés…

Pero la palabra se resistía a salir y Job la pronunció por ella.

—Sí —respondió, bajando la cabeza, hablando con mucha delicadeza,

como si deseara evitar el más mínimo tono de queja, o incluso de crítica—. Ciego.

—¿Por culpa de…?

Pero el horror se apoderó de la habitación, de esa tranquila y segura habitación de Charles Street, ante la posible mención de la palabra que habría pronunciado si Job no se lo hubiera impedido.

—Chist, chist… —susurró aterrado, mostrando con ello su primera y verdadera señal de vida, volviendo la cabeza atemorizado, como si tratara de comprobar que no había nadie escondido detrás de su silla, con el cuerpo de repente rígido, preparándose instintivamente para ser golpeado.

Fanny lo observó, paralizada por las terribles implicaciones de ese movimiento. Esa, pues, era la vida más allá de la vanidad. Mientras Fanny, en la soleada superficie, había desperdiciado el tiempo lamentándose con actitud egoísta e infantil de la pérdida de su belleza, Job se había ido rompiendo en pedazos hasta convertirse en un animal aterrorizado. ¿Cómo se podía vivir cuando sucedían cosas como esas? ¿Cómo soportar esa realidad, si no entregándose plenamente y para siempre a ayudar, a consolar, y al final, tal vez al final, a curar las heridas?

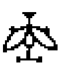
Se oyó un ruido al otro lado de la puerta; un ruido común, habitual, un ruido que Fanny no habría notado, pero que bastó para que Job se aferrara a los reposabrazos de la silla; y ese segundo movimiento, de nuevo cargado de terribles implicaciones, hizo que Fanny se postrara de rodillas.

Rebosante de una apasionada ternura, se arrodilló y lo abrazó contra su pecho.

—No, no —aseguró, abrazándolo, casi meciéndolo, como si fuera el bebé que nunca había tenido—, no te harán… nunca más… estás a salvo… has vuelto a casa…

Job no dijo nada. Escuchaba con atención, pero no a Fanny. Dirigía la cabeza hacia la puerta, mientras Fanny, abrumada por una pena agónica, lo sostenía entre sus brazos, protegiéndolo, desafiando a quien osara hacerle daño, susurrando incoherentes palabras de amor que Job habría dado su vida por oír veinticinco años antes.

Ahora no decía nada. Escuchaba, pero no a Fanny. Y el perro, erguido y alerta, los observaba a ambos en silencio, con sus ojos vivos.



Manby los encontró de aquel modo. Era ella quien, desconcertada e

incapaz de controlar las manos, había golpeado la puerta con la bandeja que sostenía.

Mucho tiempo atrás había descubierto que la única forma de afrontar las diversas situaciones en que su señora se veía implicada con tanta facilidad era comportarse como si no sucediera nada. Una simple mirada al rostro de Fanny, cuando asomó la cabeza por detrás de la puerta y la vio avanzar por el pasillo hacia las escaleras, la había convencido de que se encontraban de nuevo en una de esas situaciones y, entrando de nuevo a toda prisa en la habitación, llamó a la señorita Cartwright y le preguntó si sabía de qué se trataba.

La respuesta que obtuvo la obligó primero a agarrarse a la mesa, porque le fallaron las piernas, pero después, una vez recuperados el aliento y el valor, se repuso enseguida. Sin duda su señora necesitaba ayuda.

Para Manby, el único marido de su señora era aún el señor de la casa. Había dejado a un lado aquella época lejana de los tribunales, porque Manby tenía el firme convencimiento de que lo que Dios unía no podía separarlo la cháchara incesante de un grupo de caballeros con peluca. El señor se había comportado como no debía haberlo hecho, pero los hombres no eran como las mujeres y había que perdonarlos. En ese momento de su vida su señora debería ser capaz de perdonar. Por consiguiente, con los labios fruncidos en un gesto de determinación y los fuertes latidos de su corazón debidamente controlados para facilitar su tarea de ayuda y comprensión, Manby comenzó a medir cierta cantidad de medicamento en un vaso pequeño.

El tónico de su señora. El reconstituyente del doctor Clark. Recomendado por la misma Manby y administrado cada tarde alas siete en punto. Ahora eran las siete. Basándose en su experiencia, si las costumbres se mantenían puntualmente tenían un valor extraordinario para recordarnos que en la vida había otras cosas además de reveses. El desayuno, por ejemplo. El hecho de cepillarse los dientes. Después de medirlo, colocó el vaso en una bandeja, bajó a la biblioteca, avanzó, tras el pequeño tropiezo con la puerta, con el paso sereno y el semblante impasible de quien cumple su rutina diaria a la hora señalada, y dijo con la mirada respetuosamente baja:

—Sus gotas, señora.

—¿Lo ves…? Es solo Manby —dijo su señora al pobre señor, como si fuera un niño asustado al que intentaba convencer de que no había nada que temer.

—Sí, señor. Me alegro mucho de verle, señor —dijo Manby, dirigiéndole una fugaz mirada que la espantó—. Espero que… —Iba a decir «se encuentre bien», pero ¿cómo podía encontrarse bien un pobre anciano, un esqueleto que, para colmo de sus males, estaba ciego?

Fanny se acuclilló y la miró desde abajo, a través de las húmedas pestañas. Su rostro era el del dolor en estado puro, pero un dolor mezclado con esperanza y decisión. No necesitaba su ayuda, pensó Manby, de súbito radiante de orgullo. Su señora haría lo correcto, y en ese momento le pareció más bella de lo que la había visto jamás en su época de gloria.

—El señor Skeffington ha vuelto a casa —dijo.

—Sí, señora. ¿Le pido…? —Se hizo un breve silencio, mientras Manby reprimía y lograba contener una sensación indecorosa e inoportuna en la garganta que fácilmente habría terminado convertida en un sollozo—. ¿Le pido al ama de llaves que prepare una habitación?

—La habitación del señor —dijo Fanny.

—Sí, señora. ¿Y usted se pondrá…? —Se hizo otro breve silencio durante el cual, con un esfuerzo casi sobrehumano, Manby recuperó su semblante impasible y respetuoso—. ¿Quiere que prepare el camisón de terciopelo rosa o el nuevo de encaje blanco?

Durante un instante Fanny agachó la cabeza; durante un instante hizo movimientos vacilantes y extraños con la mano, pasándola adelante y atrás sobre la alfombra, con el rostro aún oculto.

Pero entonces levantó la cabeza y dijo:

—El nuevo de encaje blanco, por supuesto.



ELIZABETH VON ARNIM (31 de agosto de 1866, Sídney, Australia - 9 de febrero de 1941, Charleston, Carolina del Sur, Estados Unidos). De soltera Mary Annette Beauchamp creció en Inglaterra. Prima de la escritora Katherine Mansfield, al terminar sus estudios en Inglaterra, conoció a un viudo barón alemán, Henning August von Arnim-Schlagenthin, en un viaje a Italia que hizo junto con su padre. Dos años después, cuando tenía veinticuatro, se casó con el barón Von Arnim y se estableció en sus propiedades en Pomerania. Aunque el matrimonio nunca funcionó por culpa de las constantes infidelidades del barón, no se separaron y tuvieron cinco hijos. Elizabeth se refugió de la infelicidad de su matrimonio entregándose a la escritura. Su primera novela, *Elizabeth y su jardín alemán* (1898), fue un éxito inmediato. En 1910, el barón Von Arnim murió y Elizabeth se mudó con sus hijos a Suiza, donde empezó una relación amorosa con H.G. Wells. Sin embargo, al descubrir que este le era infiel con la escritora Rebecca West, Elizabeth volvió a Londres. Allí se casó con John Francis Russell, hermano del filósofo Bertrand Russell; no tardaron en separarse, aunque nunca se divorciaron. De este desastroso matrimonio, nació *Vera*, cuya salida a la luz (publicado anónimamente) suscitó mucha polémica. Era el año 1921. A partir de entonces, Elizabeth von Arnim pasó temporadas viviendo en Estados Unidos y Suiza, hasta que murió víctima de una gripe en 1941, en Carolina del Sur.